

Más allá de la política

OBRA PERIODÍSTICA / VOLVERÁS



Carlos Castillo Peraza

uno

Más allá de la política

OBRA PERIODÍSTICA / VOLVERÁS

Carlos Castillo Peraza

Primera edición, 2010

D.R. © 2010, FUNDACIÓN RAFAEL PRECIADO HERNÁNDEZ, A.C.

Ángel Urraza, 812; 03100 México DF.

D.R. © 2010: HEREDEROS DE CARLOS CASTILLO PERAZA

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra cualquiera que fuera el medio, mecánico o electrónico, sin el consentimiento escrito por el editor.

ISBN: 968-7924-12-8

Impreso en México *Printed in Mexico*

Diseño editorial: Retorno Tassier / Mariana de la Garma

Fotografías: Julieta López Morales vda. de Castillo Peraza

Compilación: Julieta López Morales vda. de Castillo Peraza /
Juan Pablo Castillo López

PRESENTACIÓN

Más allá de las actividades y labores desempeñadas en la actividad política y partidista, Carlos Castillo Peraza tuvo un primer oficio, que como él mismo comentaba, era el de “escribidor”. Con este término resumía una vocación que ya desde finales de los años sesenta, y muy probablemente con anterioridad, llevaba al joven de veinte años a dejar asentadas en las palabras del idioma aquellas ideas que comenzaban a aflorar, a madurar poco a poco.

Durante su juventud en Mérida, Yucatán, había abrevado en las lecturas de la biblioteca de algún tío abuelo, de nombre Pedro, al que nunca dejó de referirse, al que siempre, en voz alta o silencio, rindió homenajes propios, ceremonias de interior. La educación escolar del Colegio Montejo añadía el cauce, y una curiosidad natural nacía de esa suma, de la vista postrada en un entorno donde hay que buscar los ríos, en una ciudad que por esos años gozaba con los resabios de una malgastada herencia debida al auge henequenero, en una aldea que nacía del blanco y era la suma de todos los colores.

Con ese bagaje acuñó el texto con el que abrimos el primer volumen de esta edición conmemorativa, un cuento en el que el escritor aún novel y en vías de maduración, deposita ese legado en un retrato regionalista, la microhistoria que retrata con un pie en la narrativa y otro en el testimonio. Más tarde, en la obra que cierra este ejemplar, el autor regresaría la vista a esas mismas fuentes, los páramos de juventud, para retratar en la obra póstuma que, novela inconclusa, *Volverás*, la aldea originaria con los ojos de quien ya para entonces había visto el mundo.

Entre uno y otro textos están los años de crecimiento, de México a Europa y de vuelta a la península yucateca, siempre con la voluntad de dar fe de lo visto, esbozar, criticar y señalar, explicar; la vocación de la mirada y la vocación de la escritura llenaban los reportajes en las páginas del *Diario de Yucatán*, en las ediciones del fin de semana.

Fueron los años de Roma y Friburgo, los últimos sesentas y hasta mediados de la siguiente década, al cobijo del aula universitaria pero con los sucesos aún recientes del 68 flotando en el aire, con brisa de libertad. Fue la época de la guía universitaria

con los griegos y la escolástica, la Edad Media, Sartre y Camus, el Personalismo y Maritain, Hannah Arendt y Yourcenar; lecturas que se complementan con la experiencia cotidiana en el nuevo país, la lengua, las costumbres, el esto se pide así, los viajes por regiones aledañas, los nuevos paisaje y las nuevas vistas que llenaban páginas con los golpes entintados de la máquina de escribir.

El periodismo llegaba como vocación y necesidad. Castillo Peraza encontró en éste, desde muy temprano, un modo de expresión que se colmaba con la filosofía, el arte, la literatura, el cine, lo visto, lo aprendido, lo vivido; de igual modo, fue sustento económico que ofrecía, de manera paralela y de vuelta a Mérida, a mediados de los setenta, trabajar en la redacción de aquel diario donde, adolescente, había aprendido ya de la vida entre bobinas, equipos de escritura, rotativas, linotipos, que es un periódico. Contaba con gusto cómo, alguna vez, apenas haber ingresado de aprendiz, llegó alguna nota escrita en francés, con carácter de urgente, y con lo aprendido en el seminario y en el grado secundario pudo traducir aquel papel, lo que le valió el inicio de una carrera que desarrollaría del final de los setenta hasta mediados de los ochenta.

En el *Diario de Yucatán* escribió siempre. Le guardaba un cariño leal y admiraba el heroísmo de aquellos que se enfrentaban a un gobierno autoritario y exhibían las acciones viles y antidemocráticas de un régimen que era descubierto y puesto en evidencia desde aquellas páginas.

La lucha contra ese régimen exigía compromiso. El Partido Acción Nacional crecía en la Península y demandaba de la participación activa. En 1986 se instaló de manera definitiva en la ciudad de México, luego de haber competido por la alcaldía de Mérida y la gubernatura de Yucatán. La posibilidad de publicar se convertía entonces en un espacio para dar testimonio de esa lucha, para advertir sobre los avances y los atropellos; los temas cambiaban como los hacían las ciudades y las circunstancias. Entonces llegaron los discursos, la redacción de plataformas políticas, de programas, de cursos y talleres, de los artículos para las publicaciones propias del partido y aquellas en las que poco a poco se abría paso.

Los textos que conforman esa etapa política han sido reunidos ya en distintos libros. *Más allá de la política* pretende retratar esos años anteriores, formativos, cuando el escritor construye un estilo que, más cercano a la estética y a la crítica, abre

otra veta de esa personalidad curiosa, consciente de que los hombres y su mundo son más que la pura voluntad de dominarse, y que el alma requiere también contemplar, estudiar, aprehender lo bello.

Como en toda antología, la presente es deudora de muchos, y espera que el apoyo y el entusiasmo sean retribuidos con el resultado final. Reunir los textos seleccionados (y otros que por cuestiones editoriales no tuvieron cabida) fue una labor compleja y dedicada, a iniciativa de Julieta López Morales vda. de Castillo Peraza, que recordaba aquellas publicaciones a las que Carlos dedicaba cada día dos o tres horas, y de las que en buena medida es cómplice y coprotagonista. Juan Pablo Castillo López coordinó la búsqueda en la hemeroteca de unos tomos vetustos y desgastados, que fue necesario transcribir a mano y luego capturar. La idea original de esta colección, compuesta por los volúmenes 2. *La plaza y la tribuna*, y 3. *Doctrina e ideología* nació una tarde, alrededor de una mesa, cuando a petición de Julieta, Juan Pablo, Julio y quien estas líneas suscribe, nos reunimos para decidir qué hacer con una variedad de textos que habían quedado fuera, clasificar y constatar que la colección, en sus tres tomos, desataba tres facetas decisivas (la periodística, la del militante y la del ideólogo) en la vida de Carlos Castillo Peraza, a través de su propia pluma. El Partido Acción Nacional, por vía de su presidente, César Nava, recibió gustoso la idea de sacar a la luz esta Edición Conmemorativa. Décimo aniversario luctuoso, a través de los empeños de la Fundación Rafael Preciado Hernández y su director, Gerardo Aranda Orozco. Gonzalo Tassier puso el detalle gráfico, siempre atinado y siempre bienvenido, y encontró el modo de armonizar esa terna de textos diversos en la unidad de una colección.

Carlos Castillo Peraza supo ser testigo ante sí mismo, supo dar un testimonio que compartió a través de sus textos, sus reportajes, sus entrevistas, sus artículos. El registro de esos años es lo que el lector tiene entre manos, una oportunidad para refrendar que la lectura de un autor es el mejor –y quizá único– medio para conmemorarlo. Es un gusto comprobar que, a diez años de su partida, la pluma de Carlos todavía guarda tinta para una página más.

Carlos Castillo López

OBRA PERIODÍSTICA

FLORES DE MAYO EN ABRIL

Quien no hubiera vivido por esos rumbos no los entendería porque una sola lluvia podía hacer que todo el campo, apenas ayer pajizo y gris, quedara de pronto vestido de verde. Un forastero pensaría que en Santa Martha llovía pintura y no agua.

El caso es que el agua había dejado cientos de espejos móviles en el camino a la cabecera municipal. La vereda se miraba encharcada cada curva. Sin embargo los espejos eran suaves: los cascos de la mula que llevaba sobre su lomo a don Sebastián los arrugaban, y, cuando terminaron de pasar las cuatro bestias de carga, los espejos quedaron definitivamente inservibles.

Había fresco. El día anterior había caído la primera lluvia de primavera, que era también la primera del año. Y en las hojas jícaras del almendro que señalaba la mitad del camino aún quedaban restos de lluvia. Toda la vereda se sentía, se veía, se olía mojada.

Santa Martha, un injerto de vida humana en la sierra, había vestido durante tres días como novia elegante, porque, a pesar de que se llamaba Santa Martha, la fiesta del pueblo era el día de San Anselmo, en la última semana de abril.

Este año, pensaba don Sebastián, las celebraciones fueron como nunca; pero el campesino andaba contrariado: después de escribir una carta de categoría al presidente municipal, con muchos “dones” y “ustedes”, don Pedro Martínez no se había presentado.

Santa Martha es importante, volvió a pensar don Sebastián, y yo, que soy la autoridad, le puse una carta. Y él la despreció.

Las mulas sintieron antes que su duelo el penetrante olor del cedro y resoplaron. Don Sebastián lo sintió después y supo que tras el monte cercano estaba la cabecera municipal con su iglesia y su parque grandes, su palacio de gobierno y su mercado. Hablaría con el presidente municipal. Cuando menos le diría “desconsiderado”.

Las flores de mayo ya estaban encendidas. En Santa Martha se habían abierto

desde el primer día de abril, y eso lo recordaba don Sebastián porque ese mismo día había escrito la carta al alcalde, mientras veía las flores desenvueltas por la ventana. Sus hijos se las habían mostrado. Su esposa adornó ese día la casa con las primicias de árbol recién florecidas.

Vendió dos pieles de vaca, las verduras fresquecitas y después unas tablas de buena y dura madera en lo del carpintero, Tomás Tinal, un hombre que tenía la nariz en conversación con las orejas: así parecía de grande.

A las mulas agua y descanso en el establo de Juan Romero, el de las manos rugosas y secas, dueño de todas las vacas lecheras de la localidad. Don Sebastián se metió a la fonda “La Oriental”, famosa por sus guisos y sus jugos; entre bocado y bocado, después de cada trago y mientras partía hábilmente las tortillas, “el autoridad” de Santa Martha le daba vueltas al desprecio del alcalde.

Ni que se fuera a manchar los pies en el camino al pueblo, decía para sí, y, si se los mancha es porque no ha trabajado para hacer un camino decente a Santa Martha.

Pagó con algunos de los billetes que le habían dado por sus productos. Embuchó agua y escupió sobre el piso para limpiarse la boca de restos de comida, bostezó y salió de la fondita. Se encaminó al parque. Le gustaba, cada vez que estaba en Chaclo, pasearse un rato bajo los árboles de la plazuela gozando de su sombra y de las bancas. Entre las ramas cantaba el vientecillo tibio de abril y los pájaros dormilones hacían la siesta. –Siesteros, pensó don Sebastián, por eso se mueren jóvenes–.

Cruzó el parque pasadas las dos y en poco tiempo llegó a la casa de don Pedro, presidente municipal, y antes de tocar la puerta repasó sus argumentos. La dignidad de Santa Martha exigía una disculpa, pero seguro el astuto alcalde le saldría con excusas tonta. Por eso fue a verlo a su casa: en el palacio le podría mentir con más facilidad. El ambiente hogareño invitaba a la sinceridad y, gracias a esta argucia, don Sebastián esperaba obtener las explicaciones verdaderas y las excusas adecuadas.

Mientras aporreaba los nudillos contra la madera de la puerta, pasaron por la cabeza de don Sebastián, para hacerle frente, todos los preparativos que habían hecho para el lucimiento de la fiesta. Cada volador explotó de nuevo entre sus agitados sesos, cada toro corneó sus venas, cada jarana tensó su cuerpo y el cura santificó las

festividades de Santa Martha, bendijo a los improperios que el hombre tenía ya a flor de labios. Hasta sintió una banderilla clavarse en su sombrero.

Doña María –madrina de bautizo de todos los niños del pueblo desde que su marido era presidente municipal– abrió la puerta y su cara mestiza sonrió con respeto. Don Sebastián, educado, se quitó el sombrero.

Después de los saludos de rigor se presentó don Pedro –pantalón blanco, camisa de manta, clamado, risueño– e invitó al visitante a que tomara asiento. Le ofreció agua fresca. Le tomó el sombrero.

–Don Sebastián, cuánto gusto, cómo anda su mujer, sus hijos...–

–Por ahí pasándola, no tan bien como usted, don Pedro–.

–No hay novedad en el pueblo ¿verdad?–.

–Nada grave, nada serio, lo normal...–

–¿Y a qué se debe su visita?–

–Mire usted Don Pedro, yo le mandé una carta, no hace días, con un mensajero en la que le invitaba a la fiesta del pueblo, y...–

–Ya la tengo–.

–... y le vengo a decir en nombre del pueblo que...–

–Sí, sí, ya me lo dijo en la carta, por supuesto que en la próxima fiesta nos veremos–.

–Don Sebastián, ¿qué pasa?, ¿por qué esa cara de susto?–

–Me está engañando, don Pedro, ni que fuera el otro año, ya no tiene caso... ¿Cómo que la próxima?... Ya pasó el día se San Anselmo... Sólo hay un día de esos al año... El próximo cae hasta el otro...–

–Que ya pasó qué...–

–Mire don Pedro, no me venga con esas, hace ya varios días que se acabó la fiesta de Santa Martha–.

–Si su carta tenía fecha de mayo, y decía... el 21 de los presentes... Don Sebastián, no le entiendo–.

–Y cuál otra fecha iba yo a poner si las flores de mayo ya alumbraban–.

–Pero este es el mes de abril, don Sebastián–.

Don Pedro fue a buscar la carta y se la mostró a don Sebastián, decía la verdad. El presidente municipal estaba esperando que llegara el día para ir a Santa Martha. A don Sebastián se le disolvieron los argumentos. Por no quedarse callado dijo al señor alcalde:

–Señor, en mi pueblo no son los meses los que le dan nombre a las flores, porque es más bonita una flor que un mes, sino las flores las que le dan nombre a los meses. Si hay flores en mayo, es mayo, aunque sea abril–.

Por el encharcado camino regresaba don Sebastián. Los espejos estaban espolvoreados de estrellas. En su mente el pueblo lo destrozaba, le echaba la culpa, y todo porque las flores de mayo brotaron en abril y en la cabecera no entendían que era más bella una flor que un mes.

Su fama quedaría rota como los charcos que pisaban sus bestias. Su prestigio... Su autoridad... Pero ahí estaban las flores, aún era abril y ellas estaban allí, colgaditas, perfumadas, brillantes y limpias.

Ante sus ojos se asomaron las luces y el humo de Santa Martha. Allí nada sabían de meses, sólo de flores... Don Sebastián se preguntó por qué precisamente este año las flores de mayo se habían abierto en abril.

*Certamen Cultural de la Universidad de Yucatán
1er lugar en la categoría Cuento
Mérida, Yucatán, abril de 1967*

JAMES BOND, ¿IDEAL DEL SIGLO XX?

El número siete es cabalístico. El séptimo episodio de cualquier partido de béisbol ha sido llamado tradicionalmente “el fatídico”, en nuestros medios de comunicación, y el *lucky seventh* en los norteamericanos. Además es uno de los llamados números bíblicos, porque siete fueron los días de la creación y, en general, porque en el contexto de libro de Libros ese número representa una duración ilimitada o una indeterminada magnitud. Ignoro si Ian Flemming, el creador de James Bond, pensó en todo lo anterior antes de darle a su criatura el número siete antecedido de un par de ceros, o si más simplemente, fue la etiqueta clasificatoria que primero se le ocurrió para hacer de su personaje un hombre típico de la sociedad tecnificada, es decir, una cifra capaz de funcionar y ser tratada como tal por los grandes métodos de organización. Pero el caso es que Bond es el agente 007; que los ceros no querrían decir nada, si no fueran la clave numérica del “permiso para matar”; y, para efectos de esta colaboración, la última película de Bond –encarnado por un Sean Connery ya un tanto sobrado de kilos– es la séptima que se pone en el mercado de espectáculo las aventuras del ya conocido super agente.

¿Quién puede librarse de tres peligros simultáneos de muerte y de tal avatar dirigirse a seducir a otras tantas aliadas, enemigas o secretas enamoradas? ¿Quién puede tratar a las mujeres como flamantes franelas de limpiar zapatos? ¿Quién puede hacer, adivinar el número de serie una pistola, robar un “Jeep” lunar, salvarse a medio desierto y derrotar absolutamente en cada partida al gobierno de su majestad? La respuesta es obvia: Sean Connery disfrazado de James Bond (o ¿no será al revés?), el único, el inimitable 007, el más James Bond de todos, el genio bueno de los cuentos de hadas del siglo presente.

La serie de las películas comenzó *El satánico Dr. No*. De allí siguieron cuatro más: *Desde Rusia con amor*, *Goldfinger*, *Operación Trueno* y *Sólo se vive dos veces*. Al llegar a esta última la mujer de Connery le puso un ultimátum: o cambias de personajes o cambias de mujer. Connery se retiró de los estudios cinematográficos que lo habían convertido en un marido monótono y en un artista devorado por un solo personaje. El matrimonio se salvó. Pero los productores no deseaban la muerte del famoso agente, y entonces se buscaron otro para encarnar al mítico 007: George Lazenby, que no pudo con la herencia y cuya película, *Al servicio de su majestad*,

esta apenas recuperando los grados de la filmación. Ante el fracaso económico, los productores hieron a una peregrinación a casa de Connery y le ofrecieron un millón de dólares por reencarnar a Bond en *Diamantes Eternos*. La cifra haría entusiasmarse hasta a Elizabeth Taylor. Connery aceptó, pero sus honorarios serán remitidos a una corporación educativa escocesa dedicada a la beneficencia.

Gracias a todo lo anterior las pantallas de todo el mundo podrán vestirse de lujo y devolver a los espectadores al héroe que los entusiasmaba.

Ahora sí, Bond es Bond. La imagen esclavizó al público y casi arruinó a los inversionistas. Pero, por fin, las cosas cambian. Ha cambiado incluso el título original de la obra de Flemming (*Diamonds Forever*) pues la película se exhibe con el de *Agente 007, una cascada de diamantes*.

James Bond es ante todo un hombre eficaz, un hombre de resultados, alguien que sabe cómo hacer las cosas para que salgan bien, un triunfador, alguien para quien lo verdadero es lo útil: un hombre técnico. Es el heredero directo de la tradición que partiendo de Francisco Bacon, pasa por los campos de concentración y por Hiroshima y culmina en las computadoras. Bond no piensa en la moralidad de los medios, se limita a obtener aquello que se le ordena procediendo lógicamente, mecánicamente. Es bueno porque triunfa: tiene la verdad porque los hechos le dan la razón, porque da lo que se le pide, porque es eficiente. El problema más hondo, porque el agente 007 lucha contra algo que nebulosamente aparece como “el mal”, el mismo nombre que Flemming dio a la entidad enemiga que Bond debe combatir, nos muestra su vaguedad: *Spectre*, es decir espectro, fantasma. Pero este mal sólo es tal porque sus intereses son contrarios a los de quienes gobiernan a Bond porque sus fines son diversos. Los medios de ambos son los mismos. Sin embargo, el hecho de identificar a Bond con el bien lleva a Flemming y a sus lectores –y a sus espectadores de las películas “bondianas”– a justificar todas las inmoralidades del agente, a darle la absolución razonada de su culpabilidad.

El hombre inmoral, justificado racionalmente en nombre de una ideología, se convierte en el patrón moral, en la medida de la moralidad de los demás en el mensaje que propaga a los cuatro vientos la bondad, la verdad y la belleza de la eficacia. Entonces, la eficacia para de medio a fin. Camus, atacando la inmoralidad intrínseca de los crímenes efectuados en nombre de cualquier ideología, diría que en

Bond “el crimen se adorna con los despojos de la inocencia”. Es más, añadiría que, en un mundo en el que impera la norma que preside la moralidad de las acciones de Bond, ya no se podría entre justos e injustos, sino entre eficaces, entre amos y esclavos, entre fuertes y débiles, y acabaría asegurando que en tal mundo lo inmoral ocuparía un lugar de privilegio.

Y es que James Bond se dedica a hacer lo mismo que aquellos a quienes combate, amparado por la cortina de humo que sobre la moralidad de sus medios tiende la supuesta bondad de sus fines y aureoleado por la santidad laica de su eficacia. Además, su personalidad es seductora porque su eficiencia le produce personalmente todo lo que un hombre superficial considera bajo el rubro de “éxito”. En última instancia, Bond cobra por su eficacia, que es sobre todo una droga capaz de tranquilizar las conciencias de quienes, por no tolerar el crimen ilegal, legalizan la actividad criminal.

Pero nuestro personaje goza de una “licencia para matar”, como lógicamente se pueden desprender del párrafo anterior. Ahora bien, aceptarla es aceptar al mismo tiempo un permiso para ser muerto. Una sociedad de agentes de este tipo es ni más ni menos que una jungla en la que impera la ley del más fuerte, un mar en el que siempre los tiburones se comerán a las sardinas. Los dueños de la técnica, los monopolistas de la eficacia, serán los peces grandes alimentados por aquellos no iniciados en el *ars mecánica* del dominio. La multiplicación de los crímenes “legales” será el único modo de conservar “el equilibrio social”.

Al mismo tiempo puede verse que el “bien” por el que lucha Bond no es menos brumoso que su enemigo. Es el bien que ha servido de maniqueísmo cinematográfico para hacer pasar como morales los crímenes cometidos en nombre de la ideología de los productores de cualquier color; es la moralidad romántica que justifica los medios usados para conseguir el triunfo, el progreso, el paraíso terrestre. En un “bien”, medido por patrones puramente humanos que sería algo sino fuera tan sólo la canonización del éxito material.

James Bond es la encarnación del ideal humano del siglo XX, en el que la verdad ha dejado su sitio a la eficacia y los principios morales son algo para recomendar, pero no para “triunfar en la vida”. ¿Puede extrañarnos la popularidad del agente 007 en un mundo en el que se pone como ideal el bienestar económico,

como fin el poder político y se juzga a la persona según sepa lograr o no ambos? Evidentemente que no. Lo natural es que Bond sea el paradigma de las generaciones educadas y deformadas por el liberalismo, subproducto del pragmatismo de los pensadores europeos y norteamericanos que inspiraron la organización y la “cultura” hispanoamericana. La paradoja de América Latina es que ha optado por la ideología de sus explotadores, rindiendo pleitesía al positivismo liberal y al tiempo antiutópico del progreso del ser, contra el tiempo moral del deber ser, ha escrito recientemente Carlos Fuentes.

Y, lo más curioso del caso, es que ese “progreso” realizado a espaldas de la verdad, del bien y de la belleza genuinos está siendo hoy rechazado por la juventud, con el mismo fervor con que también rechaza el totalitarismo marxista. La razón de esto último estriba en que éste es hijo de otro liberal inglés, Thomas Hobbes, que se ilusionó pensando que la solución política más eficaz era la de aniquilamiento de la persona en el altar del Estado.

Los modelos de desarrollo de los pueblos del llamado tercer mundo son, hasta hoy, el ruso o el norteamericano, que por ser hijos de los mismos padres no son más que “hermanos gemelos peleados”, según frase de Efraín González Morfín. El fracaso de ambos nos pone ante un desafío histórico: la edificación de una sociedad en la que la persona, las comunidades humanas, la verdad, el bien y la libertad puedan vivir en armonía y en diálogo con el desarrollo económico. Ante el reto se impone una pregunta: ¿Bastarán las medidas humanas para construir tal sociedad? Para responder es preciso analizar a fondo las causas del fracaso capitalista y las del comunista. Y, para ser sinceros, en éste encontramos la negación sistemático-dogmática de todo ente y valor trascendentes; en aquél, la apelación a un Dios que sólo es padre de los blancos, de los ricos y, en una palabra, de los eficaces, y al cual se invoca a veces maquiavélicamente para justificar las “razones de Estado”; es decir, un Dios al servicio de los intereses de los gobernantes de la democracia liberal que, por origen, no son más que el vigilante nocturno de los derechos ilimitables e ilimitados de propiedad de los ciudadanos, según las teorías de John Locke.

Las conclusiones quedan al lector.

*Roma, Italia
enero de 1972*

UNA OBRA INÉDITA DE ALBERT CAMUS

A pocas semanas de su aparición en Francia, la traducción italiana de una obra inédita de Albert Camus inunda las librerías romanas. En la portada, la conocida foto del escritor: de perfil, sonriendo indecisamente, con un cigarrillo semicolgado de sus labios entre europeos y africanos. El recuerdo vuela hacia el de la noticia del accidente en el que Camus perdió la vida; al día en que la voz de al menos un par de generaciones se zambulló bruscamente en el silencio. Camus no tenía aún 47 años cuando cruzó la gran frontera y ya hacia tres que había recibido el Premio Nóbel de literatura porque –rezaba la exposición de sus motivos– “su obra saca a la luz los problemas que se plantean en nuestros días a la conciencia de los hombres”. Tratándose de Camus, es preciso guardar reservas. La conocida calidad literaria de sus obras respondía a un secreto rigor personal. Él se opuso en vida a la publicación de la obra. ¿No será un error darla a la luz contra aquel deseo? ¿No es atender contra la coherencia del escritor? ¿No defraudará a quienes de esta obra juvenil hagan un fruto tan maduro como los que pusieron a Camus en un lugar indiscutible?

Todas las anteriores preguntas son válidas, pero desde el punto de vista de quienes deseen conocer más y mejor al hombre Camus, la edición de *La muerte feliz* no puede menos que celebrarse. Además, la obra está acompañada de un cuidadoso análisis crítico de notas y de datos, que permiten vivir desde el interior del novelista sus propias y juveniles incertidumbres tanto como sus embrionarios rigores. Las amargas páginas de *La muerte feliz* salieron de la pluma de un joven de 23 años. Podría decirse que son el ensayo general de la obra total y una especie de prólogo a *El extranjero*: la temática es la misma que sirve de eje al Camus maduro, la búsqueda de la felicidad.

“Cuando me dedico a buscar lo que a mí es fundamental –dijo el autor en 1951– encuentro que es el gusto por la felicidad... El centro de mi obra es un sol invencible”.

Pero como la imagen de Camus va unida a una más amplia gama de problemas, y como está presidida por una muy alta categoría literaria y por un cuajado dominio del lenguaje, *La muerte feliz* deja un sabor poco menos que desilusionador. Sobre

todo si su lectura está orientada por la esperanza de encontrar en ella la seriedad equilibrada y mesurada y exigentísima redacción de las demás. De aquí que habláramos de reservas y que planteáramos unas preguntas algunos renglones más arriba. Para información del lector, Patrice Mersault –hombrecillo mediocre– mata al rico Zagreus con el fin de apoderarse de su dinero.

De esta común invención –con tintes dostoievskianos– se pasa a un retorno de Patrice a Argelia. La costa africana, “en la que los años de juventud pueden ser dichosos”, es el teatro de una serie de experiencias que culmina en el abandono del mundo: Mersault concluye su existencia retirado de todo, en una especie de vida ascética. De la riqueza al desprendimiento, Mersault quiere demostrar que la felicidad es realizable en un mundo de vida concreto y materialista. Ser rico es un trámite necesario para después acceder a un estado ulterior, más puro, de felicidad ideal. Se presupone, como de costumbre, que más allá de la realidad mundana y del hombre inserto en ella no hay nada más.

En Camus ver es creer; ya habíamos leído en *Nupcias*: me entero de que no hay dicha sobrehumana ni eternidad fuera de la curva de los días. Estos bienes irrisorios y esenciales, estas verdades relativas son las únicas que me conmueven... No es que sea preciso portarse como bestias, pero no encuentro sentido a la dicha de los ángeles”. Tampoco en el inédito recientemente publicado. Camus supera su sensualismo positivista. Desde su perspectiva, solamente la atención lúcida a la propia muerte vale la pena de vivirse. Para esto propone Camus una fraternidad en lo profundamente desértico e inquieto de la vida humana, que haga factible la existencia feliz-desgraciada. Y su llamado a tal hermandad no deja de tener su abundante dosis de actualidad, *La peste*, *El extranjero*, *El hombre rebelde* y *El mito de Sísifo* plantean con lucidez superior y más viva forma la tensión vivida por Camus; la extenuante existencia de quien busca con avidez desesperada la felicidad, rechazando al mismo tiempo cualquier trascendencia. Jean Sarocchi –quien ha añadido a la novela recién publicada las notas biográficas y críticas– ha visto con claridad esto. Por ello ha señalado que nadie debe acercarse a Camus por vía sólo del trabajo juvenil que comenta; *La muerte feliz*, dice, es más un documento que una novela propiamente dicha.

Pero queda, claro, otra vez patente el secreto del éxito del argelino: sus magníficas pinceladas –en capullo o en fruto– que dibujan nuestro cotidiano y constante vivir oscilando entre “lucidez y misterio, rebeldía y aceptación, exilio y

reino”, en el que quisiéramos dejar de ser culpables, pero sin hacer el esfuerzo de purificarnos...” y durante el cual, demasiadas veces, “no tenemos ni la energía del mal, ni la del bien... estamos en el vestíbulo del infierno”.

Tal realidad –tan nuestra– no es rebasada por Camus, quien no se atrevió a dar el salto que lleva de la condición defectuosa del hombre al abrazo redentor de quien puede salvarlo: de quien le es extraordinariamente íntimo. Y, en esta línea, no puede menos que evocarse a otro gran torturado: el Agustín de las *Confesiones*, que sin dejar de ver los claroscuros de la condición humana, puede hablar de una muerte que es descanso del corazón que busca. De una muerte feliz.

*Roma, Italia
abril de 1972*

VIEJA REPRESIÓN. VIEJAS TÉCNICAS

En reciente y explosiva entrevista concedida al *New York Times*, el escritor soviético Solyenitzin ha descritos el modo como vive un escritor disidente en Rusia. Para muchos conocedores de la circunstancia rusa, ella ha sido el signo de que un nuevo momento de tensión ha nacido entre los intelectuales y el poder comunista. De ella se ha seguido la negación de las autoridades soviéticas a dar permiso de entrar a su país a Karl Rogers Jelow, quien a nombre del gobierno sueco debió entregar a Solyenitzin el Premio Nobel de literatura que aún no ha recibido. A raíz de estos hechos se han difundido nuevas noticias sobre la situación de los intelectuales rusos de oposición. La batalla de éstos es tan antigua como Rusia y es parte de la lucha mundial por la libertad de expresión. En la Unión Soviética ha sido larga. Ni los zares ni los soviets han sido amigos de los grandes literatos. El internamiento de los disidentes en manicomios –aduciendo en su contra “locura”– ya se participaba antes el triunfo rojo: en 1836, un exoficial, Ciaadaev, autor de una “cata filosófica”, fue a dar a una institución de aquel género; Dostoievski fue condenado a muerte por simpatizar con los socialistas utópicos y luego, en el último instante, sádicamente perdonando. La represión staliniana es de sobra conocida, pero ya había amainado.

El “deshielo” anunciado por Krushev se volvió un mito en caso de Boris Pasternak, autor de *Doctor Zhivago*.

Pero lo que había sido esporádico se ha vuelto sistemático y cotidiano. Solyenitzin ha hecho público que, si bien la maquinaria represiva es hoy menos brutal, si es igualmente despiadada; se le ha desacreditado públicamente a través de una campaña de calumnias extendidas por toda Rusia y sus satélites; se le ha llamado “traidor a la patria”, “hebreo”, “cristiano” y “bígamo”. Toda una empresa gigantesca del espionaje ha sido montada por la policía secreta en contra de él; soplones, micrófonos, seguidores, traductores, calumniadores, tienen como único fin difamarlo ante el mundo.

Han tratado incluso de hacer publicar libros con la supuesta firma de Solyenitzin para conseguir su objetivo. No puede no recordarse lo que el régimen zarista hiciese con Tolstoi. Pero el Premio Nobel 1970 no quiere salir de su país. De hecho, hubiera podido ir a Suecia a recoger su galardón. Pero temiendo algo semejante a lo que se

hizo a Valery Tarsis –no se le dejó regresar– se negó a ir. Además, Solzenitzin está convencido de que su sitio está en Rusia y no para adoptar una posición pasiva como hizo Pasternak. De hecho Solzenitzin es la cabeza no electa del disenso y de la crítica hacia el régimen de Brezhnev y Kosygin.

La fecha de nacimiento de esta corriente opositora está en el mes de febrero de 1966.

Siniavski y Daniel, acusados de “actividades antisoviéticas” por haber publicado en el extranjero algunas obras “que denigraban a la sociedad soviética y a sus ordenamientos estatales”, fueron víctimas de una virtual persecución de severísimas penas. De cinco a siete años de reclusión en campos de trabajo forzado, a régimen duro. Pero lo que se hizo como escarmiento dio el efecto contrario.

De entonces al presente los casos de disenso público se han multiplicado y, con ellos, los procesos represivos. Los estudiantes Ginzburg, Galanskob, Fobtovolski y Lashkova, la esposa de Daniel –Larisa–, Pavel Litvinov (nieto de un ministro staliniano), el general Grigorenko y un grupo de oficiales de la flota del Báltico han sido juzgados y condenados. Los motivos abarcan la organización de manifestaciones, la protesta contra la invasión de Checoslovaquia, la defensa de la minoría étnica que desea volver a sus tierras, la agrupación en comités pro-derechos civiles y otros contra los “reos”; se ha usado el trabajo forzado, el campo de concentración, el confinamiento en hospitales psiquiátricos, etcétera, pero la corriente no ha podido ser definida. Por el contrario, el disenso ha ampliado y engrosado sus filas y ha mejorado su organización. Los opositores han dado vida a una excelente literatura clandestina llamada Samizdat, es decir, “escrita a mano”, en la que se han publicado las últimas novelas de Solzenitzin y, además, *Viaje al vértigo* de Eugenia Ginzburg, *La época y los lobos* de la escritora Mandelstam, *Mi testimonio* de Marchenko, *¿Llegará la Unión Soviética a vivir después de 1984?* de Amalrik, *Infancia en prisión* de Piotr Fakir y algunas otras obras más.

Ha sido organizado, asimismo, por este núcleo opositor, un comité de los derechos del hombre y del ciudadano. Este no se autoconsidera ilegal. Actúa siempre a la luz del día y de frente. Envía cartas a la ONU, realiza investigaciones y denuncia abusos. Entre otros lo componen los físicos Sacharov y Chelidze, el matemático Shafarevic y el historiador Roy Mevdev: Todos ellos “gente de enorme valor civil”, ha escrito el periodista italiano Rafael Uboldi.

Pero lo curioso del caso es que el comité actúa de un modo que desconcierta al gobierno comunista ruso, acostumbrado a sentirse por encima de toda la ley: exige el cumplimiento de ésta y, en consecuencia, pide con decisión y firmeza derecho de crítica, libertad de palabra, elecciones con candidatos ajenos al partido oficial, etcétera, todo en orden a modificar la estructura real de la dominación del partido comunista, único posible en el país.

De estas actividades es bandera Solzenitzin, y también realizador. Su última toma de oposición ha sido en contra de la iglesia ortodoxa rusa, “Iglesia Nacional” a la que ha acusado de permitir la ateización creciente del pueblo cristiano y de mantener sólo una “iconografía litúrgica”, al dejar que sea el Comité de Asuntos Religiosos del Partido Comunista quien tome las decisiones relativas a la vida de la comunidad eclesial. A nadie oculta Solzenitzin su calidad de cristiano; cuando se le exigió poner con minúscula la palabra “Dios”, se negó a hacerlo: “no puedo rebajarme a tal indignidad”, expresó al editor y, así *Agosto de 1914*, su última obra, se quedó sin ser editada en Rusia. Pero ¿por qué no desata el poder político soviético toda su furia en contra del escritor y de los otros disidentes? La respuesta dada por algunos jóvenes rusos es: “porque no puede; ellos son un problema que se añade y se une al gran peligro ruso actual: el descontento creciente de las minorías étnicas que fueron desplazadas de sus tierras en la era estaliniana y que ahora, cada vez con más fuerza, están exigiendo volver a ellas.

El nacionalismo vibra en los tártaros de Crimea, en los *meshketi* que desean retornar al Cáucaso o emigrar a Turquía, en los judíos que luchan por emigrar a Israel y ucranianos que han sufrido y sufren un fuerte proceso de “rusificación”. De Ucrania se han sabido algunas noticias: recientemente fueron detenidas en Kiev bastantes personas, acusadas de organizar una organización antisoviética y han sido procesados el historiador Valentín Moroz, el periodista Ciornovil, el crítico Ovadciuz y los escritores Svevviuk y Leuvanenko. El proceso más reciente ha sido contra Vladimir Bukovski, escritor. Aunque se desconoce su condena, se sabe que fue acusado por denunciar el método de represión que consiste en internar a los disidentes en manicomios, y que, en otras palabras, califica de loco a quien está contra el régimen ruso.

Bukovski expresó ante sus jueces “nuestra sociedad está enferma de miedo. Del miedo heredado de la era de Stalin. Pero la toma de conciencia ha comenzado y

no podrá ser detenida. La opinión pública ha entendido ya que el verdadero culpable no es quien muestra los trapos sucios sino quien los ha ensuciado. Por mucho tiempo que pase en la cárcel, no renunciaré a mis convicciones y continuaré expresándolas a todos los que quieran escucharlas. Seguiré luchando por la legalidad y por la justicia, y lo único que lamento es hacer demasiado poco por esta causa”.

La libertad es una conquista. En su obtención, la responsabilidad de las elites es alta. Así lo han comprendido los escritores soviéticos y los demás intelectuales anticonformistas de Rusia, cuyo calvario debería servir de antídoto a quienes piensan en una solución marxista-leninista para los pueblos del tercer mundo.

*Roma, Italia
abril de 1972*

LOS DISIDENTES: DOSTOIEVSKI REPATRIADO

En tiempos Stalin fue redactada y editada la *Enciclopedia Soviética*: cápsulas de historia, literatura, política y filosofía oficiales, que harían reír a cualquiera (excepción hecha de algún serio, acartonado y ortodoxo marxista), y que muchas veces, en menor escala, han sido imitadas en otras latitudes. Era algo así como el *Reader's digest* de la verdad de Estado, aprobada, bendecida, impuesta y canonizada por la estructura del poder.

Pero las verdades oficiales nacen muertas. Y aunque por mucho tiempo puedan pasar por ciertas, poco a poco va ganando terreno y finalmente vence la verdad a secas. Es el mismo cuerpo social el que va rechazando el virus de la mentira esclerótica. Todo esto viene al caso porque recientemente, en el sesquicentenario del nacimiento del gran escritor ruso Fedor Dostoievski, las casas que éste ocupara en Moscú, Omsk, Semipalantinsk y Leningrado han sido transformadas en museos dedicados al novelista. En ellas se dan lecciones sobre la literatura de Dostoievski, se dictan conferencias al mismo respecto y, en general, se promueven actividades culturales relativas a la obra del autor de *El idiota*. Es más, la *Gaceta Literaria Soviética* ha dedicado cuatro largas páginas al escritor, y no precisamente para condenar su vigoroso pensamiento.

Todo ello parece desmentir lo que afirmaba la enciclopedia italiana; ésta, en “Dostoievski”, proclamaba: “Apoyando la idea reaccionaria y pesimista del desdoblamiento de la naturaleza humana, Dostoievski trata de demostrar que en todo hombre, junto con las aspiraciones morales positivas, existen necesariamente las tendencias morales positivas, existen necesariamente las tendencias egoístas y un principio de mal. Esta concepción reaccionaria llega a su máxima expresión en las novelas de este autor, quien contrapone un programa reaccionario al programa revolucionario. Más adelante el dogmatismo staliniano afirmaba: “En oposición a los revolucionarios democráticos él ve el futuro de Rusia no en la revolución socialista sino en el triunfo de concepciones idealísticas, en la renuncia a la lucha y en la resignación cristiana... Contra la filosofía materialista y a su luminosa fe en el hombre. Dostoievski desconfía de la fuerza creativa de la razón. Como dice Gorki, Dostoievski describe siempre al hombre como un ser inerme dominado por fuerzas oscuras”.

Humor negro, diríamos hoy respecto a la opinión de la enciclopedia, ya que si se piensa que fue redactada bajo la égida de Stalin, se cae en la cuenta de que aquella fue una época verdaderamente oscura, capaz de volver inerte a cualquier hombre que se atreviera a opinar razonablemente y, al mismo tiempo, con la fuerza irracional suficiente para apagar cualquier chispa creativa racional. Y más cuando se recuerda que Dostoievski fue arrestado y condenado a muerte por conjura contra el zar y vilipendio de la religión ortodoxia; fue este capítulo más dramático de la vida del escritor: el místico cristiano no tenía el derecho de ser revolucionario, pero lo era espiritualmente y su participación en la conjura fue inconsciente; de cualquier modo fue a dar al patíbulo –erigido en la Plaza de Semionovski– junto con otros cinco rebeldes; pero en el momento que el pelotón de fusilamiento cargaba las armas llegó un mensaje que concedía el perdón del zar. Final dramático: el novelista fue víctima allí mismo de un ataque de epilepsia, enfermedad que no lo abandonó durante el resto de su vida.

Dostoievski fue condenado a trabajos forzados. Los realizó en Siberia y en Omsk. Al llegar al campo de prisioneros le fue rasurada media cabeza y media barba. Tenía el aspecto de un payaso. Así estuvo cuatro años: ridiculizado, encadenado, solitario ante el horror. En los baños de la prisión le apodaban “el cadáver”. Después fue perdonado y regresó a la vieja Pietroburgo. Pero su pensamiento había madurado en Siberia. Podría sintetizarse en una frase: la búsqueda interior de la salvación, la aspiración a una felicidad más allá de este mundo, la búsqueda de una expiación, fruto de la conciencia –un tanto enferma– de estar habitado por malignas y oscuras fuerzas hereditarias. Repasando las páginas patéticas, profundas y, a veces, maravillosamente ingenuas de *El idiota*, hemos encontrado el hilo conductor de la obra y quizá una de las cumbres dostoievskianas.

Se trata en ellas de un hombre muy bueno, obsesiva y tercamente bueno, que practica la bondad hasta sus últimos detalles y consecuencias. Ese hombre fracasa sistemáticamente; cada uno de sus esfuerzos cae en el vacío o es aniquilado. Pero en el fondo de su “idiotez”, de su “locura”, tiene plena conciencia de ser un elegido, de ser tal vez el único representante de algún diezmado “pequeño resto” bíblico y, por tanto, de tener el deber de encarnar por sí solo toda la bondad que queda. Y lo curioso es que la pluma del gran ruso nos hace convencernos de ello a los lectores y las páginas vuelan, austeras, melancolías y trágicas, pero consoladoras.

Esta religiosidad no podía ser aprobada por Stalin ni por aquel que fue abanderado de la cultura staliana y Zdaniv. La angustia existencial de Dostoievski era contraria al optimismo fanático y despersonalizante de aquel marxismo; su descubrimiento de la individualidad humana no rimaba con las tesis ni con la praxis del torbellino que aniquilaba al individuo para aceitar el engranaje del Estado y para asegurar la eficacia del partido; la reconstrucción del hombre herido en su propia esencia por el mal por medio de la búsqueda del Dios que redime, eran herejías y así, Dostoievski cayó en desgracia y simultáneamente fue consagrado como profeta: no se le aceptaba en su propia tierra.

Al poderoso se le antojaban pesimistas y anticomunistas las ideas del visionario, le molestaban porque no justifican la dictadura del zar, pero tampoco la nueva tiranía, ni sus atrocidades, le inquietaban porque eran levadura de humanismo y fermento de personas, grito del hombre.

Y aunque hoy el cadáver de Stalin está siendo exhumado –la represión en contra de tantos intelectuales rusos y de las pequeñas llamas libertarias que se empiezan a alzar detrás de la cortina de Hierro lo prueban–, no está mal que lo esté siendo también el de Dostoievski, podrán compararse las doctrinas y ser juzgadas. Y ello ya es un inicio de libertad.

La repatriación del escritor podría ser el inicio de un propósito de enmienda. Pero no significará nada si, como es muy probable, su pensamiento es instrumentalizado, o quizá deformado, por la política oficial soviética. Difícilmente se podrá creer en la sinceridad de este gesto si continúa el ostracismo al que se condena a los escritores rusos, disidentes, al mismo tiempo que se patrocina la protesta falsa y científicamente dosificada (maquiavélicamente) de poetas como Evtushenko.

¿Cuánto faltará, por ejemplo, para la repatriación de Soljenitizn?

*Roma, Italia
abril de 1972*

EL HIJO DE LA GUERRA

Después de casi cincuenta años, la Academia Sueca ha vuelto a premiar a un ciudadano alemán. El último había sido Thomas Mann, en 1929, y de allí en adelante los dos únicos alemanes occidentales premiados lo habían sido con un claro matiz político, como con el deseo de castigar a la nación autora de la guerra mundial última y a sus escritores.

En 1946 el premio había ido a parar a manos de Hermann Hesse, nacionalizado suizo desde 1921, y en 1966 a las de Nelly Sachs, judía alemana que a raíz del nazismo y sus consecuencias había adoptado la ciudadanía sueca. El Premio Nobel a Heinrich Böll tiene, pues, por principio de cuentas, un significado similar al del levantamiento de excomunión y, por otra parte, señala la aceptación mundial de Alemania en el mundo de las letras y en el de las democracias.

La cosa debe causar admiración. Hoy día no es posible dudar que el codiciado galardón sueco esté marcado por la política. Y se sabe que no es un lauro concedido por razones literarias químicamente puras. En esta ocasión marca la unión de la Alemania de la posguerra y, como la obra de Böll saca del universo de la reconstrucción alemana sus temas, sin conceder nada a un pasado bastante negro y sin buscar el en el inspiraciones en el futuro, el Premio Nobel 1972 cobra su significación *hic et nunc*.

Pero lo interesante es, en primer término, saber quién es el escritor premiado, y cuáles las líneas eje de su obra. Heinrich Böll nació en Colonia, el 21 de diciembre de 1917, hijo de escultor; terminados los estudios equivalentes al bachillerato ingresa como aprendiz de librero en un negocio de ese ramo y comienza a escribir; pero el 38 es llamado a unos meses de trabajo obligatorio y en el 39 a unas semanas de servicio militar que se vuelven seis años; combate en los frentes francés y ruso durante ese tiempo. Y, ya en 1945, cae prisionero de los norteamericanos. Terminada la guerra vuelve a Colonia, de cuya totalidad solamente restaba en pie 30% después de los bombardeos bélicos; se inscribe en la Facultad de Letras, trabaja como obrero y, ya para el 47, puede decirse que come de lo que escribe.

De lo que Böll vio salen las líneas de su obra. Podrían sintetizarse diciendo que en la literatura de hoy el Premio Nobel canta a una pequeña y lejana chispa de

esperanza perdida entre la oscuridad cerrada de un mundo regido por el odio y por lo trágico. Muestra una Alemania poco o nada conocida y se lanza al intento de explicar desde adentro el drama de su pueblo, demostrando una profunda y personal toma de conciencia de los antecedentes y de las consecuencias del mismo; Böll pone sobre el tapete –señalando, esclareciendo, ironizando o caricaturizando– la validez de los presupuestos morales sociales preconizados por el III Reich. Por encima de la simple denuncia de los males y errores del periodo hitleriano, la obra de Böll es un análisis esclarecedor del mismo encaminado a buscar gérmenes semejantes a los de la opresión nazi en el presente, a fin de prever peligrosos desarrollos de la vida socio-política en el futuro. Es literatura de previsión, de diagnosis preventiva.

Pero Böll también contempló la restauración, la reedificación alemana a partir de una nación arruinada material y espiritualmente. Bien se ha dicho que es “un hijo de la guerra”, pero bien se podría decir también que es un ciudadano de la reconstrucción. Y un lúcido ciudadano: desconfía de una reconstrucción puramente material y pone en cuestión el resurgimiento económico teutón y los principios de una moral provisional de la restauración.

Böll es la Alemania alerta y consciente, la Alemania del recuerdo aleccionador, la Alemania lamentablemente circunscrita a solitarios como él mismo, la Alemania que no quiere hipotecar su futuro espiritual por las lentejas del *boom* económico.

Quizá por lo anterior aborde temas como el matrimonio y la familia, como en *Vuelve a tu casa*, *Bogner*, novela cuyo protagonista –Fred– rechaza a su mujer y a sus hijos, angustiado por las crisis espirituales que en él y en ellos dejó el conflicto armado, pero acaba volviendo a la barraca en que su familia se amontona. En la misma línea está *El pan de los años jóvenes*: en ella el germen de la desintegración esta constituido por la desmedida afición por el dinero y la consecuente dureza del corazón de Walter, que sólo puede volver a reintegrarse espiritualmente después de encontrar a una mujer cuyo amor le sirve de elemento de conversión, liberación o catarsis.

Hijos de muertos –premiado como el mejor libro extranjero por la crítica francesa en 1955–, dibuja a un Martín y aun Henri cuyos respectivos padres murieron en la guerra casi encadenados a un ambiente frío de soledad, de nada y de mal casi planteado en términos deterministas. Pero la obra concluye esperanzada, saturada

de una voluntad gigantesca de superación y de retorno a lo bueno, a lo verdadero, y, sobre todo, de camino hacia algo que en la obra se siente casi intangible o casi sagrado. Basta un fulgor de amor genuino en unos ojos...

Las corrientes literarias de Böll incursionan por un cierto tipo de investigación que no es posible llamar histórica, pero que refleja una realidad con matices propios del universo creativo del autor.

Hay la obsesión –o casi obsesión– por el estudio de las decadencias y los relanzamientos de familias enteras, cuya biografía colectiva se sigue por lapsos largos. La dialéctica verdugo-víctima las marca.

Pero siempre queda un elemento redentor que escapa a las categorías antitéticas. Es explicable –y es motivo de agradecimiento– que el autor critique el cristianismo de pura fachada: la redención genuina no es coreografía sino compromiso lúcido. La purificación de mundos signados por el odio viene por los canales de un cristianismo sin disfraces y sin claudicaciones. De caridad, como diría Péguy, que no cede ante los poderosos del mundo.

Casado y con tres hijos, Heinrich Böll recibirá, el próximo 10 de diciembre, el galardón de la Academia Sueca. En un país que como desarrollo económico se pone hoy de modelo al mundo entero, pero en el que la genuina liberación del hombre parece haber tomado caminos de materialidad pura.

Y hay que reconocerlo, ese modelo nos seduce en ocasiones y aspiramos a esa sociedad llena y de consumo desenfrenado. La voz de alerta de Böll, desde la atalaya semipolar de Estocolmo, puede servir de gran enseñanza: no es posible reconstruir –y tampoco edificar– de espaldas a ciertos valores; la reedificación y la construcción de lo puramente material llevan en sí mismas semilla de violencias futuras que es preciso prever y es urgente evitar.

*Friburgo, Suiza
octubre de 1972*

AMA DE CASA Y PREMIO NOBEL

“Yo no sé hacer discursos. Me limitaré a agradecer a la Academia Sueca el altísimo honor que, a través de mi modesto nombre, ha concedido a Italia, y a repetir el augurio que los viejos pastores de Cerdeña dirigían a sus amigos y familiares en las ocasiones solemnes: Salud”.

El discurso de Gracia Deledda no fue, ni con mucho, abundante. Es posible que sea el más lacónico pronunciado ante la Academia y el Rey suecos en toda la historia del Premio Nobel. Pero la verdad es que en ella sólo eran abundantes la sencillez doméstica y la producción literaria. Y ésta, de altísima calidad. Si no fuera así, difícilmente la diminuta sarda hubiese sido preferida a figuras consagradas como lo eran los de Pirandello y D’Annunzio en aquel año de 1927. Por aquellas fechas, Gracia Deledda había cumplido ya 56 años.

Nació en Nuoro, ciudad de Cerdeña, enclavada en una región montañosa y un tanto selvática de la isla, en una tierra a la que hay que arrancarle casi a la fuerza sus frutos.

Más de medio siglo después, mientras en Estocolmo estaba sentada entre las mayores eminencias científicas de ese tiempo, seguramente recordaba que ella no habla idiomas más allá del cuarto año de primaria. Era el máximo de pretensiones académicas para una niña que nació y creció dentro del estrecho marco de los usos, costumbres y posibilidades de su pueblo natal, en la que la única misión digna para una mujer de buena familia (o de mediocre o de miserable) consistía en ser o prepararse para llegar a ser una buena esposa.

Pero de aislamiento casi islámico y de la condena a la cocina y a la aguja vino a salvarla la pequeña pero selecta biblioteca de un tío suyo, canónigo, que en sus viejos estantes guardaba preciosos libros liberadores. Allí pudo Gracia, adolescente aún, leer a Dostoiévski y a Tolstoi, a Virgilio y Plutarco, a Tasso y a Sir Walter Scott, a Dumas y a Manzini, y también a los Evangelios.

Sin duda leyó algo más, muy propio para una joven de aquellos tiempos: uno que otro volumen –si es que no abandonó el género primero– de la vasta literatura rosa

de fines de los 800, todos azúcar, lágrimas, suspiros, desmayos y sales. Pero poco, o casi nada, podían decirle; es posible incluso que le disgustaran, por ajenos a una realidad áspera y violenta: la de las conversaciones normales de los hombres sardos, plenas de violencia, venganzas familiares, códigos tácticos de honor recobrado con sangre, rencores perennes y del famoso bandidismo sardo, que hasta hoy hace de loas montañas de su isla, refugio inexpugnable de ladrones, secuestradores y criminales a sueldo.

A una sensible habitante de esta tierra del silencio preñado de voces ancestrales, telúricas, aquel almíbar literario debía parecerle insípido, si es que no amargo. Es esa Cerdeña la que conforma el mundo literario de Gracia Deledda. Poco rebuscamiento, mucha realidad desnuda: colorido y pasión secamente reales; violencia mediterránea, brutal, pero traslúcida, sin los cerebralismos de la vida y de la literatura “menos primitivas” y más desprejuiciadas que hoy nos acosan.

La primera gota del caudal literario de la Deledda se antojaría truculenta a quien desconozca una Italia que aún no ha desaparecido: narra la historia de una joven de 15 años que mata al novio de su hermana y luego arroja el cadáver a un canal sin un solo temblor. El cuento apareció en un periódico de Roma, al cual lo envió por correo su autora. Después vino a la luz *Flor de Cerdeña*, en 1892, novela primera. Luego otra, *Romance íntimo, una lira*, y de allí en adelante, casi con puntualidad solar, Gracia Deledda escribió una obra por año. Al final de su vida se han podido contarle 33 novelas, 19 volúmenes de narrativa, un libro de memorias. Otro sobre tradiciones populares de nutro, dos ensayos dramáticos y la traducción de la *Eugenia Grandet* de Balzac.

No fue fácil el camino para la escritora sarda. La realización de su vocación literaria comenzó por provocar escándalo. En aquellos días resultaba inconcebible que la firma de una “niña bien” apareciera en las páginas de un periódico, y más grave si esa niña era de los Deleddas de nutro de Cerdeña. Gracia debía callar, tejer y cocinar, mientras su familia le encontraba el marido que le convenía. Pero la sencillez de la novel escritora ocultaba un recio temperamento y un buen tallado carácter; el marido se lo escogió sola, contra viento, marea y hermanos celosos. Fue su primer viaje fuera de los límites de su isla, que conoció a Palmiro Madesani, funcionario del Ministerio de Finanzas italiano, de servicio en aquella ciudad sarda.

Y con el matrimonio vino la libertad, sobre todo a partir de que su esposo fue transferido a Roma. La lejanía de los paisajes, de los hombres y de las costumbres de Cerdeña puso a los recuerdos en la región más exitada de la memoria de la joven esposa, quien no solamente no olvidó sino que recordó con mayor fuerza y escribió con vigor superior. Fue Roma el sitio en donde salieron de la pluma de la sencilla ama de casa las mejores y más numerosas páginas de su obra total que, a juicio de los críticos, remató con *Elías Portolu*. La vieja tierra, con toda su desconcertante luminosidad, pasada a través del prisma de Gracia Deledda para volverse menos cegadora, más matizada, más accesible a los profanos, más pictórica y, sobre todo, más universal. Y esto último a tal grado que las traducciones de sus mejores páginas llegaron hacerse hasta en mongol.

Gracia Deledda escribía dos horas diarias. Quienes no conocen a fondo su producción afirman que no se quedó con nada dentro, acerca de su pueblo y de sus enigmáticas, contradictorias vivas gentes.

Pero el resto de su tiempo era ama de casa al estilo campesino arcaico, silencioso y eficiente, amoroso y preciso, seco pero omnipresente. Palmiro Madesani actuaba como su secretario y representante editorial, a fin de hacer llegar al público aquellos cuadernos escolares llenos de letra apretada a cuya escritura se consagraba 120 minutos al día su mujer, en las horas de inicio de la tarde.

Gracia rechazaba *de facto* todo rebuscamiento y todo intelectualismo; no teorizaba; fue esta negación del intelectualismo lo que conquistó a los intelectuales de aquellos días, al decir de Nino Amadori.

Un día llegó un telegrama de Estocolmo que anunciaba el premio. Gracia Deledda ya tenía casi 100 años y estaba incrédula y sorprendida con la noticia. Con realismo campesino brindó con su marido y sus hijos y se fue a comprar un abrigo grueso para afrontar el frío nórdico.

“Yo escribiré siempre mal”, había dicho poco antes: pero la Academia Sueca le concedía el Premio Nobel “por su potencia sostenida de escritora de alto ideal, que regleja en formas plásticas la realidad de la vida tal como es su isla y porque su obra, con profundidad y calor, trata problemas de alto interés humano”.

Gracia Deledda fue a Estocolmo por su premio, dijo su célebremente pequeño discurso y regresó a su hogar a seguir su vida de siempre. Sólo guardó un secreto, hasta a su marido: la diagnosis de cáncer, la enfermedad que la llevó al sepulcro en 1936. Sobrellevó su lenta muerte a solas con su conciencia tranquila y poderosa de mujer fuerte. Por voluntad testamentaria no se avisó de su deceso hasta después de que había sido sepultada.

En una vieja fotografía, añeja y amarillenta, fechada al margen en el año de 1927, Gracia Deledda está a la espera del máximo galardón literario, ante el Rey de Suecia, en Estocolmo, junto a Johannes Fibiger –premiado en Medicina–. Julios Wagner –médico austriaco, también laureado–, Charles Thomson Rees Wilson –físico escocés, Premio Nobel–, y Arthut Compton también físico y asimismo premiado, padre junto con Fermi de la bomba atómica–; las posturas reflejan la vivencia de un momento solemne. Pero es inmediatamente notoria una presencia distinta: la de una sola mujer, que es la única persona sin traje de ceremonia y la única a quien los pies no le llegaban al suelo. Es la última a la izquierda de varios elegantísimos caballeros. Es Gracia Deledda.

Pero también, de tan selecto grupo, ella es la única sin títulos universitarios y, tal vez, la única que al regreso de Suecia preparó un plato de spaghetti antes de volver, por dos minúsculas horas al modesto taller hogareño del que salió su siguiente obra maestra.

*Friburgo, Suiza
noviembre de 1972*

EL EXORCISTA: SATANÁS SUPERSTAR

Después de *Jesucristo Superestrella*, ¿por qué no Belcebú superastro? Abierto el mercado del celuloide a los temas religiosos, resulta difícil cerrarlo.

Ya Hollywood nos regaló en otra época innumerables y sucesivos rollos bíblicos de lujoso decorado y saturados de extras. Lo que sorprende es que ya 10 millones de norteamericanos hubiesen ido a ver *El exorcista*, no cabe duda que su director, William Friedkin, tiene tino de nuevo, como lo tuvo hace poco más de un año con *French Connection*, película que le valiera un Oscar de dirección. En París 120,566 personas llenaron las salas en sólo una semana.

En Berna, a la reducida escala helvética, un puesto de socorros a la entrada del cine advierte a todo espectador posible que las imágenes podrían provocarle algún malestar.

Todo empezó –como el caso de *Love Store*– con un *best-seller*. Un exalumno de jesuitas, William Meter Blatty, tocó las cuerdas de la sensibilidad de una nación horrorizada por el *crescendo* del caso Watergate, progresiva caída de velos que llevó hasta la experiencia del mal y su fealdad física. Regan, la niña de la historia del film, comienza por jugar inocentemente a la ouija, como quien manda ver qué pasa en las oficinas del partido contrario. El desarrollo de la narración arriba más tarde a la frontera de lo increíble.

Blatty nació en 1928. No escribió antes gran cosa. Apenas unos guiones para cine. El problema que aborda lo desborda. La madura pulma de un Bernanos, de un Green e incluso de un modesto Morris West producen nostalgia. Pero allí está el libro, del que casi se puede decir que fue escrito para ser filmado.

La película: una pasable dirección de corte *suspense*, trucos excesivos, obvios y exagerados (sangre-tomate, vapores de aire acondicionado, ruidos de laboratorio). Los espectadores se dejan poseer. Por Friedkin, no por el demonio. Del sortilegio tecnológico a la posesión demoniaca hay trecho largo. Pero la última receta de buen éxito para el cine comercial son las catástrofes, al decir de los entendidos.

Psicólogos, psiquiatras, parapsicólogos, etnólogos, antropólogos, sacerdotes y teólogos han sido llamados al banquillo de los periodistas. Debates y polémicas de todos modos, ni Friedkin ni Blatty deben saber qué hacer con el torrente de los dólares salidos de los bolsillos de 30 millones de espectadores. En seguida las encuestas y estadísticas: 75% del público oscila entre los 18 y 30 años. La frase primera a la salida de la exhibición: “Pensé que esto no podía existir hoy”.

La moraleja apologética despierta simpatías en los medios que se declaran horrorizados por la suciedad de las imágenes (escatológicas y sexuales) y por la víctima de la posesión. El filme es devorado por una generación educada en el esceptismo científicista, poco familiarizada con la presencia de lo misterioso.

Los etnólogos, habituados al contacto con los pueblos que desconocen el *cogito* cartesiano, sonríen.

Jean Dauvignard en *Le Nouvel Observateur*, anota: “Deseo de todo corazón que la ‘crisis de la energía’ rebaje nuestro nivel económico y nuestra pretensión intelectual, pervierta nuestra ideología de la racionalidad, para que nos volvamos más sensibles a estas figuras de lo imaginario colectivo, a los cuales tememos tanto que las hacemos películas como *El exorcista*. El padre Gesland, exorcista de la arquidiócesis de París, señala: “El demonio peca sobre todo de orgullo. Quiere ser reconocido. Sus manifestaciones de presunción le son necesarias. Sin ellas nadie le daría crédito. Nosotros no percibimos la finalidad de lo que él pretende. Sin embargo, desde el momento en que lo percibimos él obtiene gloria”.

Dos problemas discute la novela. Uno el de la posesión diabólica. Otro el de la crisis de fe de un sacerdote atiborrado de categorías científicas, de psiquiatría, de fama, de remordimientos. Película y libro terminan bien: el diablo se va y la fe regresa. Tal vez bello, quizá esperanzador, pero demasiado simple. El tema daba para una exploración que trascendiera la llamada “objetividad” (*facts, facts*) del periodismo anglosajón.

Tal vez una búsqueda penetrante hubiera podido salir de unas frases del sacerdote-exorcista a psiquiatra-sacerdote: ¿Sabes dónde se manifiesta la posesión diabólica? No en las guerras... Muy rara vez en intervenciones como ésta.

“La mayoría de las veces la reconozco en las cosas pequeñas... en los rencores absurdos e insignificantes e hirientes que surgen durante una conversación de amigos, de enamorados. Si reunimos un poco de estas cosas, no es necesario que venga el diablo a desencadenar la guerra: lo logramos nosotros solos... Y, sin embargo, del mal surgirá el bien, de modos que no podremos ignorarlo”. El mal, lo diabólico, no comienza en donde terminan las ciencias. Su misterio nos es tan cercano como nosotros mismos. Blatty y Friedkin hacen terminar las cosas de manera curiosa: se termina el exorcismo, se salva la niña, pero todo sigue igual a partir de entonces. El mal grande –Auschwitz, o sus semejantes, por ejemplo– acabado, los males chicos pragmáticamente tolerados.

Una inyección de lo sobrenatural y que el resto continúe. Los exorcismos regresan al siglo XVI. Se cierra el caso Watergate.

“Cada vez, que hay división, odio, tortura, injusticia, allí está el demonio”, señalaba a la prensa un teólogo.

El libro y la película apenas rozan, si es que no soslayan, esta realidad. Tal vez por ello el exorcista de la arquidiócesis de París, a quienes le preguntaron si había ya visto el film, respondió: “No. Con la realidad me basta”.

*Friburgo, Suiza
noviembre de 1974*

LA PIEDRA Y EL ESPÍRITU: 700 AÑOS DE UNA JOYA DE ARTE

Cuando las piedras se volvieron catedrales góticas, Lausana, hoy ciudad suiza y siempre ciudad a orilla del lago Lemán, tuvo su tiara de roca. Fue en el siglo XII. La construcción se inició hacia el año 1175. Desde 1217 un arquitecto venido del norte, Johannes Caereel, dirigió los trabajos, la admirable filigrana de vidrio y piedra del rosetón de la fachada norte es obra de Pierre d'Arras.

Se trata de un enjambre de cuadros y círculos que pregona un mensaje cosmogónico y mezcla lo zodiacal con lo cristiano. Sin embargo, es preciso decir que los cristales multicolores de las ventanas del templo mayor de Lausana carecen de brillo mágico de otras joyas más preclaras del gótico.

Arquitecto era en aquella época quien “concebía la forma de un edificio sin manipular la materia”, un ser que seguramente vivía en contacto con escultores, maestros y vidrieros, ebanistas y pintores; un hombre que viajaba asimilando experiencias y que era capaz de elaborar un proyecto iconográfico, siempre con la ayuda y el consejo de algún hombre de letras. Un hombre, en fin, sometido al modo de obrar de los hombres de su tiempo –hombres cultos– que se habían propuesto la tarea enorme de reconciliar la razón y la fe.

Siete veces centenaria, la Catedral de Lausana fue consagrada el 20 de octubre de 1275. No había sido aún terminada. El edificio, empero, ya era capaz de albergar a los fieles y a los huéspedes de marca que fueron testigos de la siempre imponente ceremonia de la consagración de un templo.

Pocas catedrales pueden jactarse de haber sido consagradas por un Papa. La de Lausana lo fue por Gregorio X, un italiano de 61 años de edad que había sido llamado al cónclave de Lyon sin ser ni siquiera diácono, para ser electo supremo Pontífice católico después de un significativo interregno. Segundo personaje de la ceremonia fue el emperador de Alemania, Rodolfo de Habsburgo. La familia de éste, siete cardenales, cinco arzobispos, 17 obispos, siete duques, 15 condes y una interminable fila de varones completaban el fabuloso cortejo. Guerrero célebre, Rodolfo acaba también de ser electo emperador, después de un largo periodo de

trono vacante, el emperador y el Papa “Las 2 mitades de Dios”, como se decía en aquellos tiempos de cesaropapismo. Se dieron cita en Lausana. Algo así como lo que hoy se llamaría “una reunión de cumbre”.

Los 2 mil habitantes de Lausana quedaron seguramente impresionados por tanto fasto y sin duda se preguntaron a qué se debían tanto bombo y tantos platillos. ¿Casualidad? De ninguna manera, Lausana era paso obligado para ir a Francia y a Italia, y Gregorio X debía tarde o temprano franquear sus murallas para viajar de Lyon a Roma. El emperador, por su parte, tenía dominios que se extendían hasta la Helvecia septentrional, en los que jugaba un papel militar y económico destacado el paso del Gotardo.

Pero el encuentro no se debió únicamente a razones geográficas. Cada uno de los huéspedes más importantes de Lausana traía en mente sus designios políticos. A Gregorio le interesaba que Europa recobrara la paz interior bajo la égida de un príncipe seguro, a fin de poder organizar una cruzada con tranquilidad en la retaguardia. Y es que el Papa, antes de serlo, se encontraba en Tierra Santa y era un partidario decidido de la recuperación de los llamados Santos Lugares. Rodolfo encuadraba bien sus proyectos. El emperador, por su lado, quería ser coronado en Roma y por el Papa.

Gregorio X consagró la catedral de Lausana y tomó el camino hacia la Capital pontificia. Antes de llegar a ella, murió. La Novena cruzada se quedó en proyecto. Rodolfo no fue coronado en la vetusta sede de los césares. Cruzada y coronación, designios humanos, fracasaron. Pero siete siglos después, la catedral de Lausana que los vio pasar como el puente al río, sólida, elevando al viento su plegaria pétreas.

El edificio tiene forma de cruz latina y está orientado según las normas tradicionales de los salmos, las normas de la arquitectura religiosa. Nave central en dirección oriente-poniente; ábside a la aurora; nártex al crepúsculo (“Desde la salida del sol hasta el ocaso, sea alabado el hombre del Señor”). 70 ventanas por las que la luz se filtra a través de los cristales multicolores para iluminar sin deslumbrar, para permitir caminar sin tropezarse: como la fe. La materia y la organización formal de ella deben permitir y propiciar a los sentidos un camino hacia lo inmaterial.

Para entender esta intencionalidad de la arquitectura gótica, es preciso entender el *modus operandi* de los hombres de los siglos XII y XIII. El abad que

surge de Saint-Denis había polemizado largamente con San Bernardo en torno a la construcción de templos. Suger pretendía que el hombre no debe voltear la espalda al mundo de la belleza física, sino absorberlo para trascenderlo. San Bernardo, por su parte, despreciaba lo material, pero Erwin Panofsky ha demostrado que el santo desaprobaba el arte “no porque no sintiera sus encantos, sino porque los sentía tanto que le inspiraban desconfianza hasta juzgarlo peligroso”. Suger va de lo bajo hacia lo alto.

Añadamos que el propósito de la escolástica –difundido en sermones manuscritos, conversaciones, disputas y discursos– era hacer más clara la fe apelando a la razón, la razón más clara apelando a la imaginación y, ¿por qué no?, la imaginación apelando a los sentidos.

La forma debe llevar al fondo. El principio de clarificación significa ordenar, enumerar suficientemente las partes del todo, articularlas de manera bastante clara y encontrar sus distinciones y su conexión lógica. Una catedral gótica es una *Summa*. La articulación de sus partes, en su estructura, es paralela a la división y encadenamiento de partes, miembros, cuestiones y artículos de una obra teológica: la sistematización de los elementos de un todo, de manera que su esquema muestre su fondo: es escolástica. En la fachadas del gótico clásico se lee ya la estructura de los templos. La *Divina Comedia*, señala Panofsky, es escolástica no sólo por su contenido, sino también por su forma deliberadamente “trinitaria”. Y en la música, la influencia de ese hábito clarificador y ordenador de la época se muestra en París, cuya escuela introduce en el siglo XIII la “notificación proporcional”, tendiente a articular los sonidos melódicos “según una división del tiempo exacta y sistemática”.

El arquitecto de esos siglos, impregnado de este espíritu, admitía como natural que “el fin primero de los numerosos elementos que componen una catedral es el de asegurarle su estabilidad y que la finalidad primera de los numerosos elementos de una *Summa* es asegurar su validez”, pero al mismo tiempo la articulación debe mostrar lo que no se ve. La escolástica exige explicación tras explicación, distinción tras distinción: la fe no dispensa esfuerzo alguno a la razón y a la multiplicación de las distinciones y divisiones pretende hacer transitables los caminos de razonar mostrando su estructura.

De allí la multiplicación de las columnas, su organización trinaría, su remate en la ojiva, nervaduras, columnatas, arcadas, silogismos de piedra, esqueleto al desnudo, totalidad organizada. Comprender creyendo y creer comprendiendo. Pensamiento esculpido en su orden. Totalidad sistemática que abre sus ventanas a la iluminación solar como el racionalismo escolástico deja abierto el espíritu de la fe y a la revelación. Aun cuando ha merecido el calificativo de “Joya del arte gótico”, la Catedral de Lausana carece de la agilidad explicativa, del vértigo ascensional de la seca organización sistemática de sus hermanas francesas.

Su gótico pertenece a la etapa primera de ese estilo. Es “pura dura”, dicen los entendidos. Pero sus volúmenes se antojan todavía demasiado densos. Aún el original “Macizo Oeste”, de clara influencia carolingia, y la torre principal. Cabe destacar, sin embargo, que entre el bosque de 1, 300 columnas de ese templo, hay estatuas bellísimas como el Simeón con Jesús en los brazos, o el Isaías de los siete pájaros (como siete dones del espíritu).

¿Qué puede salirse de un sistema total como el de una catedral gótica? Las gárgolas. Tal vez por ello siempre fueron fascinantes. Caras horribles, figuras deformes, aristas de anarquía, tangentes, fantásticas y misteriosas que rompen públicamente con las sistematizaciones como quebranta el esfuerzo escolástico del ocultismo, la gnosis o las teologías negativas de la Edad Media. Los perros contorsionados, los diablos gesticulantes, los monstruos voluntariamente hórridos que prestan sus esfínteres para que el agua de la lluvia baje a la tierra son la reserva imaginativa y utópica frente a la imponente perfección del sistema total.

En Lausana, alguien tuvo la idea de hacer máscaras con esas caras admirablemente mal hechas. Y diseñó una coreografía y compuso una música y escribió unas palabras. El espectáculo se llama *La piedra y el Espíritu*. Con él la ciudad celebra los 700 años de la consagración de su catedral.

Una catedral que se yergue como una mitra de piedra sobre la colina en cuya falda Lausana ha crecido, en siete siglos, de 2 mil a 150 mil habitantes. Una catedral que ya no es católica, pues desde el siglo XVI la reforma protestante conquistó con su espíritu liberal y con las armas berneseas al país de Vaud y a su capital, Lausana.

Una catedral que sólo recibe visitas de fieles y de turistas –más de éstos que de aquéllos– y que, con su forma y su estructura, continúa generando la admiración de los sentidos, el vuelo de la imaginación, el caminar de la razón, despertar de la fe, una catedral gótica. Un testigo de las relaciones entre la piedra y el espíritu.

Friburgo, Suiza
1975

UN ESPÍRITU EXCEPCIONAL: LEONARDO Y SUS ESCRITOS

Uno de los acontecimientos editoriales de 1974 ha sido la publicación de los cuadernos de notas de Leonardo da Vinci, llamados: *Códice 1* y *Códice 2 de Madrid*. Con ellos se añaden cerca de 700 páginas autógrafas a las 7 mil ya conocidas cuya parte más importante es el *Códice Atlántico*, que se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, Italia, editado también en fecha reciente y en edición facsimilar gracias al paciente trabajo de restauración emprendido y concluido por los monjes de Grotta Ferrata.

Los manuscritos de Leonardo se encuentran en cuadernos o en hojas sueltas que contienen los variados bocetos del maestro toscano. Entre éstos hay diseños de máquinas, de fortaleza, de canales, relojes, estatuas, trajes, decorados teatrales, armas y cuadros. Con entusiasmo exagerado se ha llegado a decir que Leonardo “inventó todo, salvo la rasuradora eléctrica”.

Pese al universalismo de su genio, Leonardo no escribió ni un libro. El *Tratado de la pintura* que se le atribuye es la obra de Francisco Melzi –el más fiel de los discípulos de da Vinci–, quien lo elaboró a partir de los manuscritos de su maestro, después de la muerte de éste en mayo de 1519. Es precisamente a la muerte de su autor cuando comienza la complicada historia de los manuscritos.

Frontera borrosa

Leonardo nació en Anciano, cerca de Vinci, el 15 de abril de 1452. Vinci está en el Valle del Arno, a medio camino entre Pisa y Florencia. El pintor fue hijo “natural” de un notario y de una campesina –Piero y Catalina– en una época en que la frontera que separaba a los “naturales” de los “legítimos” era borrosa. La sociedad era más indulgente que la de otros periodos: todos los hijos del mismo padre eran educados juntos sin mayor problema. Los siglos XV y XVI, aparte de otras características, tuvieron la de ser una especie de “siglos de oro” para los hijos nacidos fuera del matrimonio. Lo fueron el Papa Clemente VI, el cardenal Hipólito de Medici, Francesco Sforza, Isabel Gonzaga y Erasmo de Róterdam, entre otros.

A los cinco años de edad Leonardo pasó a vivir a la casa de su padre, en Vinci. La esposa de Ser Piero, Albiera Amadori, quien no tuvo hijos, volcó su cariño sobre el hijastro. Albiera murió joven. Ser Piero se casó otras tres veces. Entre sus recuerdos de infancia, Leonardo anota el de una ocasión en que llegó hasta la boca de una cueva en los Apeninos toscanos y penetró en la cavidad venciendo el miedo a la obscuridad, “movido por el ardiente deseo de ver si escondía alguna maravilla”. Esa fuerza interior es la clave de toda su vida.

Leonardo fue siempre un sediento; bebió en todas las fuentes del arte y de la ciencia y, a pesar de haber dejado inconclusas muchas de sus obras, es considerado un genio universal, proteiforme.

La vida artística y científica de Leonardo se inicia cuando, a los quince años de edad, Ser Piero lo conduce a la capital de la inquietud y la producción intelectual y artística del siglo XV: la Florencia de los Medici. El genio financiero mediceo y el talento político y bélico de la célebre familia había hecho de la ciudad una no muy sana república, pero sí el más productivo vivero de creadores. Si el príncipe no podía ser filósofo, al menos podía ser mecenas. Lo comprueban Donatello, Ghiberti, Miguel Ángel, Machiavelo, Lippi y el propio Leonardo, quien llegó a la capital toscana hacia 1467.

El mecenazgo de los poderosos

Aprendiz en los talleres del Verrocchio y del Pollaiuolo, Leonardo estudia en Florencia pintura, matemáticas y mecánica. Se dice que el Verrocchio colgó los pinceles porque su discípulo dibujó mejor que él un ángel para *El bautismo de Cristo*, obra del Verrocchio que se encuentra hoy en el palacio de los Uffizi en Florencia. Recientes radiografías prueban la leyenda. Leonardo tenía 23 años y la política florentina estaba regida por Lorenzo el Magnífico. Leonardo permaneció en la capital toscana hasta 1481. De este primer periodo florentino son también *Dos anunciaciones*. Una de ellas está hoy en el Louvre (París), la otra en Uffizi. En la primera puede notarse el esquema geométrico riguroso de da Vinci, las alas del ángel y curvatura de la espalda de la Virgen son arcos del mismo círculo. De la misma época es el patético San Jerónimo, que bien podría ser la expresión pictórica de una frase del artista: “mientras más grande es un ser, mayor es su capacidad de sufrir”. Parecería una ley física o matemática, al menos en el enunciado. Para Leonardo las bases del arte y de

la ciencia son la experiencia sensible y el cálculo matemático; entender la “razón” de una cosa es comprender su proporción necesaria. La Naturaleza –mucho antes que la red extensa cartesiana– es objetividad empírica y necesaria matemática. Comienza la problemática que rematará en Kant. Las Vírgenes davincianas no tienen aureola.

Se dice que Lorenzo el Magnífico murió auxiliado por Fray Jerónimo Savonarola, el aguerrido crítico del lujo y del dispendio florentinos, quien a su vez muriera en la hoguera en la Plaza de la Señoría en el 1498. Leonardo no vio las llamas: se encontraba en Milán, como *pictor et ingenarius ducalis* de Ludovico Sforza (“el Moro”) desde 1428. Había dejado sin terminar una *Adoración de los magos* para el convento de San Donato. Se dice que huyó del neoplatonismo imperante en Florencia, que fue fascinado por la corte milanesa o que Lorenzo el Magnífico, enterado de que Leonardo había hecho una lira de plata con forma de cráneo de caballo, envió ésta y a su autor al nuevo señor de Milán para congraciarse. Si esta última hipótesis es cierta, valdría la pena que la historia sirviera de ejemplo a quienes aceptan el mecenazgo de los poderosos. Da Vinci escribió al margen de sus notas: “Los Médici me crearon y los Médici me destruyeron”.

La Última Cena

En Milán, Leonardo emprende muchas y muy variadas obras. A este periodo pertenece *La Última Cena*, pintada para el refectorio conventual de Santa María della Grazie cuando da Vinci, a causa de la guerra franco-milanesa, vio el bronce destinado a su proyecto de estatua ecuestre de Francesco Sforza convertirse en cañones; la maqueta sirvió más tarde como blanco a los arqueros de Carlos VIII de Francia. Los bocetos del monumento están en los *Códices Matritenses*.

Los esbozos preparatorios de *La Última Cena* muestran la acuciosidad del método leonardiano. Primero estudió las figuras separadamente, desnudas, para valorar con precisión los movimientos y las posiciones: después las estudió por grupos y cada figura con manto, a fin de elaborar la composición de escena y el ritmo, según esquemas geométricos. Junto a los bocetos hay anotaciones detalladísimas que incluyen el peso de los personajes pintados o esbozados. El trabajo duró tres años. Pero la actividad de Leonardo en Milán fue más allá de la pintura. Los códices que ahora se editan provienen de esta época. Entre 1490 y 1495 da Vinci hace anotaciones sobre pintura, arquitectura, escultura, mecánica, anatomía, geofísica, botánica,

hidrología y aerología. Escribía de derecha a izquierda; era zurdo. La relación texto-ilustración es revolucionada por Leonardo: el texto explica el dibujo y no es éste el que ilustra aquél.

Beatriz d'Este, esposa de Ludovico el Moro, murió en 1496. Con ella el entusiasmo de un marido decae y comienza el crepúsculo de los Sforza y de Milán. Los franceses entran en la ciudad en 1499. Leonardo inicia el regreso a Florencia. Hace una escala en Mantua, en donde pinta a la esposa del marqués Francisco Gonzaga, Usable d'Este, en febrero de 1500. Sigue a Venecia, en donde trabaja como ingeniero militar diseñando presas defensivas, mezclas detonantes y máquinas de guerra. Llega por fin a Florencia y pinta *La Virgen y el Niño con Santa Ana*” y, entre 1502 y 1503, es asesor técnico militar de César Borgia.

La Gioconda

Entre sus proyectos de esta segunda etapa florentina está el de un canal para unir a Florencia con el mar y el de un sistema para desviar el río Arno de manera que no inundase la ciudad de Pisa. En 1503 y por encargo de un rico florentino, Francesco de Giocondo, hace el retrato de la esposa de éste, la *Monna Lisa*. Leonardo consideró que el cuadro no estaba terminado y lo conservó consigo hasta su muerte. *La Gioconda*, rostro ingenuo, formas opulentas, simpleza en el vestido y sencillo en el arreglo, va contra el estilo de aquel tiempo.

Tiziano, Bonifacio, Veronese, Pollaiolo y Botticelli cubrían de joyas y vestidos sofisticados a las mujeres que pintaban. Da Vinci remó contra la corriente. En el mismo año el gobierno florentino le encargó pintar *La Batalla de Anghiara*. Para el Palazzo Vecchio: Leonardo dejó hechos los bocetos aunque no terminó la obra; pero los cartones bastaron: Rafael Sandio, el arribista de la época, imitó el estilo. Charles d'Amboise, gobernador francés de Milán, solicitó a la señora florentina los servicios de Leonardo. Esta aceptó la petición y en 1506 comienza el segundo periodo milanés del artista. Para entonces los cuadernos de notas Leonardo se habían enriquecido con estudios anatómicos realizados en hospitales toscanos, con esbozos de observaciones sobre el vuelo de los pájaros y de las corrientes de aire y de agua. En la capital lombarda da Vinci imagina y dibuja el proyecto de un canal para unir por agua el lago de Como y la ciudad de Milán; su irradiación llega hasta el valle de Loira, en Francia, en donde construye el castillo de Amboise.

Prepara una *Anatomía* junto con el profesor Marco Antonio della Torre de la Universidad de Pavía: Leonardo dibja diversas partes del cuerpo humano para la irrealizada obra.

Hacia 1513 los franceses dejan Milán y Leonardo va a Roma, ya sexagenario. Es protegido del cardenal Giuliano de Médici. Tres años permanece en la sede de los papas. Bramante construía entonces la Basílica de San Pedro; Rafael pintaba las estancias vaticanas; Miguel Ángel batallaba para terminar la tumba del Papa Julio. Leonardo es un consejero respetado y admirado que regresa a Francia en 1516 invitado por el joven rey Francisco I. Este lo nombra “primer pintor, arquitecto mecánico del rey”. Da Vinci se establece –junto con el fidelísimo Francisco Melzi– en Cloux, cerca de Amboise, y allí muere el 2 de mayo de 1519. En las notas de esos últimos años había escrito: “Mientras creía estar aprendiendo a vivir, aprendía en realidad a morir”.

Los Códices

La tumba de Leonardo se perdió en el torbellino de las luchas revolucionarias del siglo XVIII en Francia, cuando el furor retenido de los súbditos arrastró en su explosión a los opresores y a una buena parte de la cultura que, pese a su riqueza, era palaciega. La iglesia de San Florentino, en Cloux, fue arrasada y entre sus ruinas desapareció el sepulcro de Leonardo. Pero los manuscritos leonardianos –junto con *La Gioconda*– pasaron a propiedad de Melzi, según el testamento de su maestro dictado el 25 de mayo del año de su muerte.

Melzi falleció en 1570 y su hijo Horacio heredó las notas davincianas, pero desprovisto de aficiones e intereses artísticos las depositó en el desván de su casa en Lombardia. El preceptor de los Melzi, un tal Horacio Gavardi, consiguió algunos de regalo y trató de venderlos, sin buen éxito, al duque Francisco de Toscana. Un consejero de éste los calificó de “impropios para su excelencia”. Por otra parte, un escultor llamado Pompeo Leoni consigue algunos cuadernos de Leonardo y, fascinado por los diseños y las notas, se dedica a seguir la pista del *corpus* leonardiano entre 1582 y 1590. A su muerte, poseé casi la totalidad de ellos, pero es entonces –año 1591– que se inicia la gran dispersión. Buen tanto de los papeles ordenados por su suegro al conde Galeazzo Arconati: estos constituyen el actual *Códice Atlántico*.

Parte del grupo de interés más bien artístico es comprado por Thomas Howard, noble británico, y se encuentran hoy en la Real Biblioteca de Windsor y en otras colecciones inglesas.

El deseo ardiente

Respecto a los códices *Madrid*, se sabe que a la muerte de Pompeo Leoni un coleccionista madrileño compró algunos a Carchi. Era Juan de Espina, quien murió en 1621 y legó todos sus bienes al rey de España. A partir de entonces se pierden las huellas, hasta que en enero de 1967 un estudioso norteamericano –Jules Piccus– encuentra por accidente, entre cancioneros medievales, los códices *Madrid 1* y *Madrid 2* en la Biblioteca Nacional de la capital hispana. Piccus anunció el descubrimiento pero la Biblioteca Nacional afirmó que habían sido descubiertos por sus colaboradores desde 1965. A Piccus se le prohibió el acceso a toda biblioteca española. Parece que todo se debió a un error en la elaboración de un catálogo entre 1820 y 1830: en él –y en todos los siguientes, parece– los manuscritos de Leonardo tenían las cifras “Aa19” y “Aa20”, cuando los cuadernos catalogados portaban las “Aa119” y “Aa120”. En los estantes se encontraban a sólo tres metros de donde debían estar. Y así, nadie los encontró durante casi un siglo y medio.

Los códices madrileños –que ahora se editan simultáneamente en siete lenguas– contienen una rica variedad de diseños: mecanismos de polea, máquinas hidráulicas, reloj de péndulo (¡patentado por Huygens en 1657!), molinos movidos por agua, etcétera. Incluyen asimismo el elenco de los libros de la biblioteca personal de Leonardo, el diseño del cojinete de esferas, mapas, el dibujo de un mecanismo para demostrar la imposibilidad del movimiento perpetuo, y muchos bocetos más que prueban el “deseo ardiente” de descubrir maravillas que caracterizó a Leonardo da Vinci. Para él, dibujar era demostrar y, demostrar era el fruto del “saber ver” la ley matemática en las formas sensibles.

“Destrucción, desilusión y fracaso marcan continuamente las empresas de Leonardo”, escribe Pierre Schneider, y añade: “A veces sus más ingeniosas invenciones escondían un defecto que las hacía irrealizables o cuando anticipan los avances de varios siglos, permanecían desconocidas: como si fuese necesario que el correr normal de la historia no sea alterado por la irrupción de un espíritu excepcional”.

Es por ello que “Leonardo da Vinci encarna no sólo el optimismo de los tiempos modernos, sino también su vertiente de angustia”.

*Friburgo, Suiza
enero de 1975*

LAS AVENTURAS DE EVA

1) Del paraíso a la *sacra infamia*

El libro del Génesis liquida en pocos versículos la aparición de la mujer en el mundo. De la narración puede concluirse, entre otras cosas, que Eva llegó a la cita después que su marido y que cayó en la tentación primero que él. Como quien dice, arribó con retardo y pecó por anticipado. Para otros cronistas de la Creación que no aparecen en la recopilación bíblica el retraso de Eva es aún mayor, pues la primera dama hace su entrada en el Paraíso 40 días después de su consorte, quien automáticamente goza así de un mes y 10 días suplementarios de privilegios edénicos.

En otros relatos orientales se asegura que no hubo una primera falta sino dos, y que en ambas la mujer sucumbió a las artes seductoras de su Adán.

De todos modos la pareja es expulsada del huerto fabuloso. Sin embargo, señala esta narración, cuando Adán estaba en agonía y a punto de pasar a otra vida, ella corrió al paraíso en busca de óleos medicinales. No contó con que el arcángel Miguel le iba a impedir la entrada. Adán se murió. Los eternos misóginos dirán que por culpa de Eva. Sus adversarios cargarán su responsabilidad al arcángel. En cualquier caso los hombres no tienen falta, pues la discusión sobre el sexo de los ángeles no está cerrada definitivamente.

Los musulmanes no carecen de historia al respecto. Una de las más antiguas indica que al salir del paraíso después de la primera falla. Adán y Eva siguieron caminos diversos.

Se supone que porque ella era más lenta o más curiosa o simplemente no le dio la gana de seguir a su marido. El caso es que Adán ni cedió por enterado y se dedicó a las más variadas actividades: le puso nombres a las cosas, distinguió las malas y las buenas hierbas, inventó trampas para cazar, contó soles y lunas y fabricó una lanza. Aterrado como estaba, jamás pensó que le hacía falta su mujer en particular ni la mujer en general.

Por el contrario Eva –pasados los primeros momentos, siempre interesantes de soledad– se dedicó a buscarlo con desesperación gritando su nombre y poco a

poco adquiriendo la agilidad de una gacela, pues dice el relato que corrió varios años desafiando todos los riesgos imaginables. Un día desde el árbol en que estaba encaramado clasificando pájaros, Adán vio a su costilla y escuchó sus gritos. Le contestó y saltó del árbol para correr a su encuentro. Ella se dio cuenta y se detuvo a la orilla de un río para embellecerse y mirarse en el espejo de agua. El hombre llegó a ella y le dijo: “pero mujer, llevo años buscándote como loco. He subido montañas, cruzado torrentes, desafiando desiertos, afrontando selvas y padecido fríos y calores para encontrarte”. Y ella, que lo había buscado infinitamente más y que había realizado en verdad lo que él sólo había intentado imaginariamente, alzó la cabeza, sacudió coquetamente sus cabellos y le respondió: “¿ah sí?”. Como se ve, el oriente de la cultura bíblica padecía de un pesimismo radical respecto de la mujer, mezclado con cierta admiración galante por ella; por la pobre Eva que, a pesar de sus buenas intenciones, nunca da una. Casi se llega a decir que si el mundo comenzó a tener problemas fue por obra y gracia de ella.

Ese “tic” masculinista y discriminador ha evolucionado hasta la fecha. Los franceses, por ejemplo, han logrado imponer a todas las policías del mundo su famoso *cherchez la femme* y este axioma viene a confirmar la vieja teoría: en caso de líos, búsquese al responsable en los rangos del bello sexo.

Si se cree a los estudiosos, hubo una era en que la mujer mandaba. A la institución en que este mando se concreta le llaman matriarcado y la hacen coincidir con el descubrimiento de la agricultura y con la aparición de las primeras formas de propiedad, que son colectivas. La maternidad era entonces una función sagrada. La mujer es respetada y temida como podrían serlo un Leonardo, un Einstein o un Cagliostro, pues en la era anterior y sedentaria había inventado en sus ocios cavernícolas casi todo: cómo fermentar la harina y otros productos para hacer pan y vino, cómo cocer la tierra o la arcilla para cacharros, cómo cardar y tejer lana, algodón o lino. Su mayor prodigio es el traer hijos al mundo, cosa que inspira a los hombres un temor reverencial por ella, sobre todo porque los Adanes ignoran la parte que ellos tienen en el asunto. Así la hacen diosa-madre. Hasta la fecha, en algunas tribus melanesias los hombres están seguros de que la mujer crea al niño con su propia sangre y relacionan el inicio de la gravidez con el baño en algún misterioso árbol o la proximidad de un cierto tipo de roca.

En pocas palabras, la mujer tiene poder en tanto posee las claves de algún

misterio. Las deidades de la fecundidad, llenas de atributos femeninos desmesurados, son también corresponsables de la fertilidad de los campos.

El misterio de la multiplicación de la vida se lee en los vientres maternos y en los surcos agrícolas. En algunas regiones de Borneo son aún las mujeres las encargadas de seleccionar y guardar las semillas; en ciertas regiones de la India las damas salen a arar en determinadas noches y en traje de Eva. Y un periodista relataba que en América del Sur los indígenas hacen sembrar la tierra a las mujeres embarazadas porque “ellas saben como hacer germinar las semillas”. Así consta en *Cien años de soledad*.

En la Grecia patriarcal se terminan los misterios y con ellos el matriarcado. Esquilo anota: “La madre no genera al hijo. Únicamente nutre la semilla”. Los hijos ya no son suyos sino de su papá, como la tierra es propiedad del varón.

Los más remotos códices helénicos estipulan que un padre puede matar a sus hijos, pero sobre todo y sin problema alguno, a sus hijas. Los hombres tendrán entonces la gloria efímera de la espada y las mujeres la modestia permanente de las cacerolas. Con el matrimonio el poder pasa al hombre: todo el poder. La mujer tiene dos obligaciones fundamentales: virginidad antes y fidelidad después. La monogamia sólo vale para ella. El Adán helénico puede tener todas las concubinas y los concubinos que desee.

La mujer pasa a ser propiedad del marido. Si enviuda, se convierte en herencia de los herederos de él. Y esto tal vez sea mejor que la práctica hindú de quemar a la viuda junto con el cadáver de su Adán. Aunque el respeto a la maternidad no se pierde, para los griegos –refinados estetas y consumados sibaritas– lo importante es el placer. Y en estos dominios, valdría la pena dar un vistazo a Babilonia, en donde la prostitución tenía carácter sagrado.

En los templos de Ishtar (equivalente a Astarté), diosa del amor, de las delicias corporales y del comercio carnal, las jóvenes doncellas se ofrecían una vez en la vida al primer desconocido que llegara. Y ello aunque fueran plebeyas, princesas o ricachonas de pueblo. El galán incógnito que pasaba revista a la fila de vírgenes y escogía a una de ellas representaba a la divinidad. Las menos agraciadas debían añadir la denuncia pública de su fealdad –pues eran las últimas en ser escogidas– a la *sacra infamia*.

Las sufragistas inglesas crisarían los puños. Las radicales liberacionistas se lanzarían a la guerrilla urbana. Algunos grupos, sin embargo, tal vez verían en esta práctica un camino de liberación. Pero es mejor dejar toda elucubración sobre el tema a los psiquiatras.

2) Camino a la emancipación

Cualquier antología del antifeminismo encuentra una fuente inagotable de citas en las literaturas griega y romana. Botones demuestra: Hesíodo afirmaba “Quien se confía a una mujer se confía a un ladrón”; Hiponates quien dijo que la mujer hace feliz al hombre dos días, el del matrimonio y el de su muerte (de ella, por supuesto); Plauto, más refinado y por tanto más escéptico, quien afirmó que no tiene caso preferir a una o a otra mujer, ya que “ninguna vale nada”.

Menandro, seguro de que la mujer es peor que todos los monstruos que “existen en la tierra, mar y aire”; el estoico Séneca, tan fecundo en máximas, que no duda en aseverar que “lo único que puede hacer suponer virtud en una mujer es su fealdad”.

En Grecia la mujer no elegía al marido. Primero, porque dadas las opiniones que se tenían allí de ella, en modo alguno hubiera podido pensarse que fuera capaz de escoger. En segundo lugar, porque en efecto resultaba difícil que pudiera hacerlo, ya que la preparación que recibía era únicamente relativa a economía doméstica, cocina y tejido. Tercero, porque la joven griega sólo estaba autorizada a elegir el color de su túnica, opción terriblemente limitada, ya que sólo había rojas y blancas.

Ajuicio de Indro Montanelli, fue Demóstenes el gran teórico de fidelidad conyugal femenina y de la inevitable poligamia masculina. Según ese periodista italiano, el célebre griego indicaba que, para pasarla bien, un hombre debía tener “una mujer para pasar la noche y procrear hijos; otra para pasar el día en amena conversación y una más –o varias– para mantenerse en forma” Montanelli anota al respecto: “A qué hora trabajaba el hombre en una jornada tan bien distribuida, no le dice Demóstenes”. En Esparta, tan militar, tan sana y tan deportiva, las jóvenes lucían sus encantos corporales en el estadio a fin de permitir a los hombres escoger a las mejor constituidas y, por ende, las mejor calificadas para “fabricar” una prole robusta.

Don Adolfo Hitler se hubiera frotado las manos ante esta vía selectiva y no

hay que dudar la influencia de esta espartana costumbre sobre teóricos arios que inventaron el horror de los *lebensborn* que, en castellano vendrían a ser establos humanos para ejemplares procreadores de nazis.

Por lo que toca a la eterna rival de Esparta, Atenas, digamos brevemente que, salvo las legendarias Elena, Clitemnestra, Penélope y alguna que se nos escapa, las únicas mujeres que tuvieron puesto en la historia fueron las hefairas que, al decir de los conocedores, eran un ser intermedio entre geisha japonesa y la *cocotte* parisina. A esa categoría –inconfundible con la de la vulgar prostitución portuaria del Pireo– pertenecieron Aspasia, amante de Pericles y un tiempo primera dama de Atenas: Friné.

Sensual inspiradora de Praxíteles: Arquenasa; reposo de las logomaquias de Platón: Danae y Leoncilla, reconocidas musas de Epicuro y Laida, quien hizo enloquecer al ya octogenario escultor Mirón.

Los romanos llevaban la cuestión femenina en la sangre. Rea Silvia, fecundada por el mismísimo Marte, es la madre mítica de Rómulo y Remo. Y a este par de no menos míticos gemelos, según afirma el ya citado Montanelli, no los amamantó ningún animal de cuatro patas sino una tal Aca Larentia, a la que sus costumbres nada ortodoxas le valieron el apodo de “la loba”. Loba, que en latín debe decirse *lupa*, y de donde seguramente proviene nuestro “lupanar”. Romanas son las célebres Sabinas: lo es Clelia, arrastrando los riesgos para volver a su patria nadando y, si Tito Livio no miente, lo es Lucrecia, cuyo pudo pudor dignísimo acabó con la monarquía en la Roma de los tarquinios. Por si todo esto fuera poco, nadie seguramente habrá olvidado la repercusiones universales de las dimensiones de la nariz de Cleopatra.

Edificante es la historia de Lucrecia, esposa de Colatino, un caballero romano quien aseguró a Sexto Tarquinio, hijo del rey de los romanos, que su cónyuge era la mejor esposa de Roma.

Todo ello, durante una cena que el noble Sexto daba a sus amigos. Estos dijeron que la afirmación de Colatino podría corroborarse con la facilidad si en ese momento se iba a ver qué hacían todas las mujeres de los comensales. La que fuera encontrada hilando o recolectando o arreglando su casa, sería declarada la mejor.

Lucrecia fue sorprendida en la rueca. Colatino gana la apuesta y poco después

ofrece a su vez una cena en la que Lucrecia hace de anfitriona insuperable, despertando el interés en el Sexto Tarquinio, quien, noches más tarde, abusa de ella bajo amenaza.

Lucrecia –temerosa de que el mal amigo cumpla la promesa de matarla y dejarla en el lecho junto al cadáver de un siervo– cede. A la mañana siguiente, Lucrecia cuenta todo a su marido y se suicida. Colatino y sus amigos juran acabar con la estirpe de los Tarquinios: “desde hoy –prometen– Roma no tendrá más reyes” y así nació la república.

Una república con leyes republicanas podría haber hecho algo mejor en materia de jurisprudencia con la mujer: la declaró menor de edad de la cuna a la tumba. Los modelos de la matronería republicana eran mujeres dedicadas absolutamente al hogar regido por *paterfamilias* y a la patria gobernada por machos.

Aceptadas estas reglas del juego, las romanas tenían mejor suerte que las griegas: no eran confinadas en “gineceos” (y mucho menos en harenes como las orientales): podían tomar parte en las cenas domésticas (las atenienses comían en la cocina); tenían permiso para ir al teatro; vigilaban y supervisaban a los esclavos: cuidaban de la educación de la prole y eran llamadas *dimina*, es decir, señora. Por cualquier esbozo de infidelidad conyugal, la señora podía naturalmente y en todo derecho sufrir la muerte de manos de su marido.

Las mujeres plebeyas se regían con otros cánones: la adúltera era conducida a una calle de mala atmósfera y peor renombre y cualquier hombre tenía el derecho de convertirla de nuevo en infiel, siempre y cuando llevara encima varios cascabeles cuyo rumor anunciaba a los cuatro vientos la vergüenza de la mujer.

Pese a que la recesión económica no era un concepto muy en boga en aquellos tiempos –recuérdese: Tito Livio data la historia de Lucrecia hacia 59 antes de Cristo– la matrona romana tenía el deber de ser austera; Catón hizo expulsar del senado a un “gargantón” que había besado a su mujer delante de la hija de ambos, mantuvo férreamente la prohibición del uso de las joyas excesivas y llegó a exigir que se fijara un impuesto a las insignias visibles de la riqueza del marido.

Las mujeres protestaron. La ley de Catón pasó a mejor vida. El gran tribuno no podía haber descubierto en aquella época la teoría de la “colaboración entre los

poderes” que es el secreto para que las leyes sean aprobadas por mayoría, con, sin, o en contra las mujeres.

Durante las postrimerías de la república y luego en tiempos del imperio, la condición femenina evolucionó, se abolió la tutela y fue reconocido el derecho a dote que permitía a la mujer exigir la restitución de su patrimonio personal. Bajo Marco Aurelio se estableció que las hijas podían heredar como los hijos.

El Estado incentivaba los matrimonios y liberalizaba el divorcio. La mujer que no se casaba no podía llevar joyas hasta cumplir 45 años, las viudas debían pagar un impuesto si a los dos años de viudez no se habían vuelto a casar. En materia de divorcio se llegó a los excesos norteamericanos de hoy. “Las más ilustres damas, clamaba Séneca, han adoptado la costumbre de contar los años con los nombres de sus ex maridos”.

La emancipación de la mujer tuvo en Roma dos senderos. Por una parte, el acceso a la cultura e incluso a la profesión, línea duramente rechazada por esa machocracia que era la vida cultural romana: Juvenal, enfurecido, escribió que la mujer ideal es la que no sólo lee pocos libros, sino que además no los entiende.

La otra vertiente es la Popea exigiendo leche de burras para bañarse, o la de Agripina menor organizando intrgas de telenovela. Emancipación a medias. La mujer romana no llegó nunca a tener posibilidades de influir en la política de su país. Y en ello poco se diferencía de los mexicanos –hombres y mujeres– de este 1975.

3) Beatriz, Eloisa, Laura y Julieta

Caballería, cortes de amor, elíxires, poemas juglarescos. Juicios de Dios. De los años que corren entre el siglo V y el XV las Evas de todos los tiempos pueden extraer argumentos para demoler a cualquier Adán de éste y de los siglos venideros. Las creaciones culturales de la época en cuestión están impregnadas del machismo más bárbaro. En un edicto del año 642, proclamado en nombre de Rotario, rey Longobardo, queda establecida la multa de pagar por un hombre que la emprenda a palos contra su mujer en cinta hasta hacerle perder el hijo que lleva en el seno: tres escudos. Pero si los adánicos furores se desahogan sobre un caballo hasta hacerle perder la cola, Adán debe pagar el doble.

Toda poesía de la época, galante y refinada, cortesana y romántica no basta para hacer olvidar que las Romidas, Eloisas, Teodolindas o Berengaria son tratadas de acuerdo con lo que para sus contemporáneos son: camino directo al infierno.

“A ninguna mujer le es lícito actuar según su propia voluntad”, estipula el edicto de Rotario. “El padre o el hermano peden concederla en matrimonio a quien quieran y cuando quieran”, legisla 100 años después otro rey Longobardo. ¡Quién fuera enano del palacio!, diría la Eva del Medioevo, pálida de envidia ante las libertades y consideraciones que merecían los perros, los halcones apolíticos o los caballos “politizadísimos” de sus señores.

Todas esas genuinas barbaridades tienen su lógica. El ambiente intelectual de esos siglos está inquieto con la duda de si la mujer –y más tarde el indio– tiene alma y debate caviloso sobre las posibilidades de que Eva hubiese o no sido hecha a imagen y semejanza de Dios, como seguramente lo fue Adán.

Tiempo de definiciones. Oigamos a los impretérritos magistrados de Pádua dar la de la mujer: “Confusión del hombre, animal no social, inquietud continua, guerra sin cuartel, daño cotidiano, lugar de tempestad, obstáculos a las buenas providencias, naufragio del hombre incontinente, vaso de adulterio, lucha perenne, pésima bestia, serpiente insaciable, esclavitud del género humano”. Por supuesto que entre aquellos hombres de leyes, género humano debía equivaler a género masculino. En fin, una letanía en negativo para que, a lo macho, se respondiera a cada invocación: “esclava por nosotros”.

Cualquiera diría que el Evangelio, código de la igualdad entre hombres y mujeres, esclavos y libres, judíos y griegos, no había llegado a Europa. Cristo dentro de una sociedad en la que los hombres agradecían a Yahvé no haber nacido infieles, ni esclavos, ni mujeres, asoció a innumerables damas a su obra pero era posible que los primeros apóstoles no encarnaran el contexto cultural de su tiempo y los hombres del Medioevo encontraron incluso en los libros sacros apoyos para su misoginia, enriquecidos por las frases de muchos escritores cristianos de la época. Tertuliano, por ejemplo, increpa a la mujer: “Puerta del demonio. Tú persuadiste a pecar a aquel a quien Satanás no osó afrontar”. Los cultos varones de la Edad Media no pudieron descorrer los velos culturales que ocultaban el núcleo del mensaje cristiano, igualitario como pocos. Los altivos caballeros medievales imaginaban extinguir

dragones que no existían y estaban seguros de que, sin mujeres, eran capaces de no morder manzanas en paraíso ni en este Valle de Lágrimas.

En cuanto a las costumbres que rodeaban a la institución matrimonial, las prácticas de este periodo histórico son significativas. El hombre compra a la mujer, y después de la primera noche de matrimonio, le ofrece el “mongengobe” o regalo matutino, mejor conocido como “el premio a la castidad”.

El matrimonio es muy relativamente indisoluble: Adán puede divorciarse cuando lo desea, previo pago de una suma al rey y otra igual al suegro, en el caso de que no tenga motivos plausibles para abandonar a la esposa. Pero si Eva tenía algún pecadillo reprochable, ni el monarca ni el suegro recibían indemnización. Este era el caso para la estéril, puesto que la incapacidad de generar sólo podía tener orígenes femeninos. Al esposo de la adúltera la ley y las costumbres le sugerían piadosamente transformarse en viudo.

Pero a las acusaciones de adulterio le podía pasar en los tribunales lo que en México les pasa a los expedientes de fraude administrativo o electoral. Y es que la mujer podía aducir que las denuncias de su marido eran falsas. Como resultaba difícil encontrar testigos, los medievales cortaban por lo sano con un juicio de Dios u ordalía. El vencedor del duelo tenía razón. La acusada se busca a un buen espadachín que defendiera su honor y el acusador alquilaba a otro que le garantizara lo cierto de sus acusaciones y que, de paso, le evitara arriesgar el pellejo.

Nadie ponía en duda la eficacia del método; si su caballero vencía, la dama recobraba toda su dignidad y el marido corría a abrazarla, pero esta expeditiva manera de desahogar expedientes obligando al bueno de Dios a emitir sentencias contundentes no era la única en su género. El representante de la dama –o ella misma– podía probar lo intacto del honor en causa caminando sobre carbones ardientes sin quemarse, remojando el brazo en aceite hirviendo sin sufrir de ampollas, o saliendo a salvo de un río al que era arrojado con el pie derecho atado a la mano izquierda y el izquierdo a la derecha.

Sin embargo, no les faltaba a los medievales el sentido de excepción. Sin conocer la “mordida”, pensaban que podía haber yerros en los divinos juicios de marras; por ello, un clérigo revisaba las ropas de los duelistas para cerciorarse de que

no hubiera amuletos de por medio, y a veces un sacerdote bendecía las armas. La religión complica las cosas, dirían los partidarios de la teología de la secularización: los combates singulares entre *cowboys* son juicios de Dios desacralizados algunos siglos más adelante. En medio de tantas barbaridades, resulta sorprendente que en el medioevo la iglesia se haga campeona del feminismo propagando la devoción a María y propiciando la construcción de catedrales en honor a Nuestra Señora. Canónicamente se llega a establecer que “lo que no es lícito para la mujer tampoco lo es para el hombre” y el derecho eclesiástico desvincula la validez.

En la segunda mitad de la Edad Media aparecen las cortes de amor en torno a reinas y nobles damas ilustradas que reúnen a caballeros andantes sin empleo, filósofos un tanto hambrientos, bachilleres errantes, poetas despistados, damiselas pudorosas y doctores sin cátedra para discutir problemas de amoríos discretos o de amores infelices. “El buzón sentimental” de la época. La luna es todavía la luna y no un prosaico campo de aterrizaje, los vestidos y los sombreros se alargan. Los escotes descienden y resulta preferible que las mujeres no sepan escribir para que no se manden “billetes de amor”, ni sepan descifrar las fórmulas de mágicos filtros. Se prefieren las aventuras de “amor cortés” a las rigideces del matrimonio.

Los poetas cantan a sus señoras, pero el amor ideal no llega nunca al altar. Acaba en conventos y apasionadas cartas, como el de Abelardo y Eloisa. Concluye en matrimonio de Dante con la vulgar Gema Donati, después de tantos versos de once sílabas para seguir a Beatriz hasta el infierno. Remata en el matrimonio de Laura, quien nunca soñó dedicarle los poemas que le ofreció Petrarca. Romeo y Julieta, que ya tenían casi todo resuelto mueren trágicamente.

¡Pobre doña Ximena: tan lejos de don Rodrigo y tan cerca de doña Elvira y doña Sol!

4) Luna de miel y adulterio

La Eva de la Edad Media puede llamarse Brunilda, Leodegoria, Eduviges o Leonor. Poco importa para los poetas: es un ser melifluido, adornado de un sombrero de tres picos alargadísimo envuelto en tules, con una mirada lánguida, custodiado por uno o varios dragones, suspirante y trémulo, prisionero en la elevada torre de un castillo almenado y siempre dispuesto a ser liberado. Pero cuando de las rimas poéticas se

pasa a las prosas cotidianas, cuando Dulcinea se vuelve aldonza, el Adán medieval sigue siendo el Adán de siempre.

Con lo anterior quiere decirse que a la mujer del medioevo el hombre le exige la virtud cristiana, la trata como a un deficiente mental y castiga sus faltas –reales o imaginarias– con el mismo sadismo con que despellejaría a un sarraceno.

Las mujeres tienen una ventaja sobre los infieles. Sus maridos no las creen irredentas, sino frágiles. Así que para prevenir la proliferación inventan ingeniosos medios que van de la estrechez de un cinturón de castidad a los amplios espacios de un convento de clausura. La cruzada es una intervención quirúrgica. Lo otro son medidas profilácticas; simple prevención. Los caballeros sin miedo ni tacha ante unicornios y moros son, para sus damas, una especie de voluntarios de alguna Cruz Roja del espíritu. Es curioso constatar que las lanzas árabes terminan en media luna, en tanto que la Cruz va pintada en los escudos. El medioevo.

Se debe, a pesar de todo, la invención de la “luna de miel” que, según garantizan las leyendas, en una expresión nacida entre los nada expresivos pueblos germánicos. Los recién casados debían beberse sorbo a sorbo, durante el primer mes de matrimonio, es decir, una lunación o una luna de miel contenida en una taza común. ¡Y pensar que el símbolo quería indicar la dulzura del nuevo estado! La cosa es admirable cuando se constata que los maridos tenían el derecho de pegarle a sus mujeres hasta hacer sangrar, pero sin hacerlas morir. Eso en las regiones que hoy ocupa la civilizadísima Bélgica. Más al norte era lo mismo, pero a condición de que los gritos de Eva no disturbaran a los vecinos.

Aunque habiendo mordazas, las penas fijadas a las adúlteras varían en el grado. En Sicilia se les cortaba la nariz y, si se les descubría en flagrante delito, se les podía matar junto con el amante. En otros sitios se hacía recorrer la ciudad en ropa de Adán y Eva a los dos. La ley francesa –adelantándose a las películas de estos tiempos– entraba en detalles crudísimos para definir exactamente cómo era eso de *in fraganti* en materia de adulterio. En Belluno, la mujer adúltera iba a la hoguera y el hombre infiel la evitaba con 200 libras. Pero los campeones de la fantasía punitiva eran los teutones: la infiel debía caminar descalza sobre la nieve durante un mes, media hora por día, si era invierno; en la estación tórrida debía tomar asiento sobre un hormiguero sin más protección que la de su piel.

Los monasterios medievales fueron célebres por su abundante y brillante colaboración en la conservación y la propagación de la cultura. El crónico olvido en que se tiene a las mujeres ha impedido saber que no sólo se trataba de claustros varoniles. A fines del siglo X, por ejemplo, la monja Hrotsvita, benedictina, inaugura el teatro cristiano bajo los auspicios de Terencio, a cuya lectura dedicara la hija de San Benito numerosas horas. Hrotsvita pretendía mostrar el triunfo de la gracia y hacer frente a la copiosa invasión de obras paganizantes. Pero, para hacer resaltar por contraste el bien, la hermana tuvo que describir el mal. Étienne Gilson nos ha hecho llegar las angustias de conciencia de esta dramaturga: “Si hubiese evitado describir tales situaciones por pudor, no habría alcanzado mi objetivo”, escribe Hrotsvita, quien en prosa dio más detalles impúdicos que Terencio en verso. Demostró con ello, entre otras cosas, que las mujeres no carecen de imaginación. Pero este caso no se dio por generación espontánea. La escritora había recibido en el propio convento las enseñanzas de la madre Rikkardis y de la abadesa Geberga, duchas en latinos y griegos.

Otro caso, extraconventual, esta vez es el de Eduviges, hija de Enrique de Baviera, quien estudió el griego para poder casarse con un príncipe bizantino. No hubo matrimonio. Eduviges consoló su corazón aprendiendo latín. Por fin fue dada como esposa a un alemán, pero enviudó rápidamente y se consagró a la lectura meditativa de Virgilio. Definitivamente, resultaba imposible servir a dos señores: o las letras o el marido. Eduviges tiene como herederas a innumerables solteras doctísimas e incansables o, por antítesis, a un número más que respetable de casadas ignorantes. Los deberes de la casada constan en recopilaciones tan sistemáticas cuanto machistas. *El Menagier de Paris* es un manual de la perfecta casada con indicaciones de cómo planchar cofias, cuándo podar las rosas, cómo cocinar pescado y claro, cómo conservar al marido: “Encenderle un buen fuego en invierno y mantenerle la cama sin pulgas en verano”. El libro era obra de un marido, y a la pregunta del cuál es la virtud femenina por excelencia, el *menagier* responde: la paciencia. La mujer no debe lamentarse nunca; ni siquiera cuando el marido la defraude.

Una dama debe ser un ente inalterable. Para ir a misa, señala el manual en cuestión “llevará la cabeza erguida y los párpados bajos; mirará hacia delante sin voltear alrededor, ni a derecha ni a izquierda, ni hacia arriba ni hacia abajo. No debe detenerse a hablar con nadie por la calle”. Pero el autor del *menagier* termina el libro dando a su esposa, mucho más joven que él, la recomendación siguiente: “Si tienes

otro marido después de mi, preocúpate mucho de su comodidad, porque una que ha perdido al primero padece para encontrar al segundo y se queda sola y desconsolada por mucho tiempo. Peor aún si pierde también al segundo”.

Los notados maridos eran así. Otros pretendían seguir mandando aún después de muertos. En su testamento, el conde William de Pembroke dispone: “Y tú, mujer, recuerda la promesa que me has hecho de permanecer en la viudez”. Pese a tantos cuidados y disposiciones, a los claustros y a los mecanismos de cerrajerías. Para preservar virtudes, al castigo inclemente, a las restricciones en movimiento y lecturas, a los edictos y similares, los caballeros medievales no contaban con la existencia (ni con el ingenio) de otros varones de la época: los pajes; nadie puede ignorar que muchas Evas recatadísimas y circunspectas escondían detrás de sus máscaras ingenuas una sonrisa que, con bastante razón, era un estudiante de venganza.

Los escuderos que no partieron a la guerra santa fueron, con miedo y con tacha, los primeros hombres afiliados al movimiento de liberación femenina.

5) De las bodas y de las brujas

Intrigas, coronas, aureolas, hogueras. Hacia el crepúsculo de la Edad Media, Eva pasa por un periodo que mezcla lo agitado con lo apacible. Reinas, santas y brujas, pero también existencias tranquilas cuyos acontecimientos mayores son los esponsales, el matrimonio y el nacimiento de los hijos. Adán sigue siendo el jefe indiscutible de lo sacro y lo profano. Los teóricos de la época –todos ellos varones, por supuesto– discuten sobre el espinoso problema de la edad óptima para el matrimonio. La bendición nupcial es impartida a adolescentes de catorce, a veces de menos años. Un fraile veneciano, empero, desaconsejaba tal, además de uniones porque de ellas “germinaban malos frutos y la mujer corre graves peligros en el parto”. Nuestro fraile, que además de ser del sexo masculino era seguramente célibe y difícilmente podría tener conocimientos médicos o anatómicos demasiado abundantes, sugería que, cuando menos, el esposo tuviera 21 años y la cónyuge 18.

Teorías más teorías menos, todo estaba hecho para los padres de los novios. Si el pretendiente tenía poca voz en el asunto, la pretendida era prácticamente muda. El matrimonio de los adolescentes o de los jóvenes concierne a los suegros. Son ellos quienes arreglan uniones y, en ocasiones, desuniones. Si se cree a los cronistas de la

época, la cuestión no era nada sencilla. Déjese a un lado toda la liturgia civil y religiosa del asunto. No es fácil lograr el matrimonio ideal si se tienen patrimonios copiosos o antiguos blasones que proteger. Don hijo de banquero tiene que casarse con doña sobrina de conde. Sobre todo si el conde está en desgracia y el banquero es nuevo rico. Se intercambian así dinero con apellido y riquezas nuevas con refinamientos viejos. Del 1400 al 1600, aproximadamente, nacen los bancos florentinos. Uno de ellos es el “Monte de Dotes”. Cuando nace una niña, su padre puede depositar una cantidad que crecerá con el tiempo y sus intereses. Así habrá garantía de matrimonio. Los padres ricos confiaban a veces la tarea de rastrear yernos o nueras bien dotados a un “mediador”, que recibía la comisión del medio por ciento de la fortuna que lograra reunir. Tome nota quien daba.

Si no había intermediarios suficientemente hábiles, las mamás se ocupaban del asunto. Las señoras salían a ofertar el horizonte en busca de un buen yerno o de una óptima nuera. Alessandra Macinghi Strozzi, una florentina, opinaba que los mejores observatorios eran las iglesias. Y no le faltaba razón, como lo demuestra, a cinco siglos de distancia, en el buen éxito de ciertas misas en ciertos templos y a ciertas horas.

Alessandra iba incluso a la liturgia dominical armada de papel y lápiz; se conserva una de sus anotaciones, seguramente relativa a una presunta nuera: “Me parece que es una bella persona, bien hecha, de buenas carnes, tiene la cara alargada y las facciones no muy delicadas, pero tampoco rústicas”.

Las bodas de los ricos eran fastuosísimas. Para que el cortejo nupcial de Ginebra Sforza y Sante Bentivoglio fuera del templo a la casa del esposo se derribaron varias casas. Las familias pudientes alquilaban damas y pajes para aumentar las filas de la comitiva, en claro antecedente de los “acarreados” mexicanos para otros fastos. El gobierno de Bolonia, alarmado de los derroches, invitó a la modestia con una ley que limitaba los cortejos nupciales a un máximo de cincuenta personas: los venecianos bajaron la cuota a treinta. Pero los afanes de ostentación encontraban su camino en la selección de los platillos del banquete y en el alquiler de orquestas.

¿Y las mujeres? Hacía 1450, Francisco Barbaro escribe:

“Toca al marido el mando y a la mujer la obediencia alegre y pronta a los deseos de aquél”.

Si Eva rehúsa obedecer, la sugerencia de Querubino de Siena es la siguiente: “Si nada se logra con buenas maneras, es preciso usar palabras bruscas y ásperas. Si eso no bastare, tómese el palo y péguese fuerte”.

Hay signos de evolución, sin embargo: en los anales de la justicia veneciana se leen algunos casos curiosos, como el de un fulano que pisó a una dama que se negó a bailar con él y, en castigo, recibió una fuerte multa; otro ejemplo es el del hombre que fue condenado a recibir 25 azotes por haber empujado y hecho caer a una mujer en la misma ciudad, y finalmente no con menos gracia, aparece en los anales el caso de un veneciano que tuvo que rendir cuentas ante el tribunal por haber pellizcado a una compatriota suya dentro de la basílica de San Marcos.

Hasta los teólogos cambian un poco su manera de ver a la mujer. Bruno Rossi, periodista italiano, nos hace llegar una de esas típicas sutilezas de la escolástica decadente: “La mujer es superior al hombre por tres aspectos. Primero, en cuanto a materia: Adán fue hecho de lodo y Eva de una costilla humana; segundo, en cuanto a lugar: Adán fue creado fuera del paraíso y Eva dentro de él; tercero en cuanto a concepción: la mujer concibió a Dios, cosa que el hombre no puede hacer”.

Los siglos XV y XVI fueron también testigos de la práctica que se conduce con el nombre de “cacería de brujas”. Esta ola de persecuciones absurdas como pocas resultó dirigida sobre todo contra mujeres. De cada 500 humanos quemados en la hoguera, acusados de brujería, 499 fueron mujeres. La cacería de brujas tenía sus manuales. Uno de ellos, tal vez el más célebre, fue el *Malleus, Maleficarum*. Publicado en 1487, en él se lee que *fémina* (mujer), es palabra que proviene de “fides” y “minus”, es decir, significa “quien tiene menor fe” (que el hombre claro).

¿Por qué la mujer tiene más facilidades que el hombre para volverse bruja? El manual responde como podrían haber respondido los magistrados de Pádua unos siglos antes: “porque es más crédula, más curiosa, más impresionable, más mala, más habladora”. Joven o vieja, fea o bella, la mujer tiene todo lo que se necesita para ser propensa a la brujería, según los demonólogos de la época. Por toda Europa surgen los cazadores de brujas. En Escocia se pagan 20 chelines por cada bruja descubierta. Un cazador de recompensas que fuera un poco hacendoso, se hacía de una renta. Sobre todo si el *Witch-finder* tenía buenos medios para decidir quién era bruja. A veces, en Escocia se punzaba a una mujer con un alfiler y si la sangre no

manaba rápido, el delito de brujería era evidente y la hoguera irremediable y, claro, los 20 chelines...

Todo lo relativo al embarazo y al parto es un tabú. La prohibición medieval que impedía aún hablar de obstetricia en las universidades –“dominio prohibido por las buenas costumbres la religión y el respeto humano”– sigue vigente en estos siglos: en 1521 un médico de Hamburgo fue quemado como una bruja “por haber osado atender un parto difícil disfrazado de comadrona” (Benoitte Groult). Y para gloria del sexo masculino, en 1580 un hombre, Jean Bodoi, sugirió que para las hogueras se utilizara leña verde a fin de que la agonía de los condenados durara más. Para deslindar mejor las responsabilidades dejemos claro que el tal Bodoi era abogado.

6) Teresa, Isabel, Lucrecia

El imperativo categórico de todo hombre renacentista europeo es tener hijos varones. Sobre todo si está de por medio una corona, un título o unas propiedades hereditarios. Las crónicas de la época registran la decepción del Adán que se entera, por comadrona o médico interpuesto, de que su mujer le ha obsequiado con una niña: las fiestas programadas se suspenden, la cuna elegante se guarda para mejor ocasión. Como en el tapadísimo mexicano, la niña nunca es “el bueno”.

Para asegurarse que contará con heredero, todo presunto papá puede recurrir a médicos, herboristas, alquimistas, cartomacianos o astrólogos. Nostradamus se dio el lujo de asegurarle a Alonso d’Este que tendría un retoño varón en su tercer matrimonio y no antes. No se sabe si el célebre adivinador fue ampliamente recompensado, o si temía por su cabeza, pero lo cierto es que su cliente era estéril como la sal. Y el heredero no vino jamás. Alfonso hizo todo lo que pudo en sus tres matrimonios y fuera de ellos. Ni siquiera –escriben plumas maliciosas– tuvo hijas, que, a pesar de todo, lo hubieran consolado mejor que los festines a los que el noble consagró a fin de olvidar su anafrodisia.

Renacentistas son tres Evas conocidísimas. Una, con fama de *femme fatale*, Lucrecia Borgia. Otra que fue tan buena reina que sus consejeros decían que era igualita a su padre, Isabel I de Inglaterra. Y una más, cuya energía espiritual fue tan vigorosa que uno de sus confesores afirmó que era todo un varón: Teresa de

Ávila. Como se ve, el macho sigue siendo medida de todas las cosas, pues a nadie se le ha ocurrido decir que Lucrecia Borgia era tan mala como su hermano o como cualquiera de tantos italianos másculos de la época. La bondad femenina se debe a la imitación del hombre. Su maldad le es propia de toda propiedad. Eva sigue en segundo término.

Sobre Lucrecia Borgia hay más leyenda que historia y se oyen más equívocos que realidades. Se le ha pintado como una alquimista de venenos, como una maquinadora de téticas conjuras, como la ruina de varias familias y como una prodigiosa inventora de complicaciones eróticas. Su nombre ha servido y sigue sirviendo para llenar salas de cine con públicos preferentemente masculinos y seguramente un tanto desequilibrados.

Lucrecia no fue una santa. Nadie dirá lo contrario. Pero muy difícilmente podría haberlo sido. Una mujer de su tiempo y de su familia no tenía más remedio que someterse a los designios políticos de los hombres de casa, que, por lo que a los Borgia toca, no brillaban por sus virtudes. Su padre Alejandro, que llegó a ser Papa por vías nada católicas, estaba interesado en ampliar sus dominios temporales. Su hermano César –conocido como el duque Valentino– tampoco destacó por su ortodoxia. Y ambos lanzaron a la pobre Lucrecia a la carrera diplomática-amorosa.

La mujer cambió de promedios y de esposos por los intereses políticos de sus familiares. Los seguidores de algunos de los “tapados” fallidos pueden entender muy bien que ciertos matrimonios no pueden ser eternos. A la edad de 11 años, Lucrecia fue prometida a un señor feudal valenciano llamado Querubino Juan de Centellas, que debió haber visto chispas cuando Alejandro y César decidieron romper promesa y buscar mejores aires. Lucrecia no tenía aún 13 años cuando ya había sido comprometida con Gaspare d’ Aversa y luego con Giovanni Sforza. Con éste último se casó.

Pero Giovanni, que de don Juan sólo tenía el nombre y en italiano, fue convencido de impotencia por su suegro y su cuñado a fin de poder anular la unión y poder jugar la carta Lucrecia en el tablero del principado de Nápoles: el siguiente marido fue Alfonso de Aragón, príncipe de esa ciudad. Alfonso era español, como los Borgia que originalmente eran Borja, y al no podersele colgar el sanbenito de incapacidad amatoria, la familia de Lucrecia le hizo matar a puñaladas, a fin de poder establecer alianza con la casa d’ Este, duela de Ferrara, en la persona del duque

Alfonso. Este fue su tercer marido, en el que los Borgia buscaban algo así como el apoyo de la CNOP o de la CTM.

¿Devaneos? Los tuvo la muchacha, que alguna rendija debía buscar para no mezclar siempre su vida íntima con la política. Ercole Strozi, que según dice sólo servía de intermediarios, para los tratos platónico-epistolares entre Lucrecia y Francesco Gozanga, pagó el pato: el parte médico señala que este mensajero recibió 22 cuchilladas a crédito del duque Valentino.

Terminemos esta historia de otra Eva sacrificada en el altar de varios Adanes. Murió a los 39 años de edad, melancólica y acabada por frecuentes y desastrosas maternidades. Un año antes se había hecho terciaria franciscana y se le veía más en los templos que en los pasillos de la intriga. Lucrecia es parte de ese tercer mundo de la historia que es el continente femenino.

Pero el Renacimiento tiene otras facetas poco conocidas. Es el tiempo de los manuales y libros con modelos de cartas de amor, como *El florilegio del Buen Decir*, que ofrece 72 tipos de epístolas románticas como “las margaritas francesas”, que proponen frases adecuadas para cada situación, capaces de hacer palidecer a cualquier autor o autora de novelas rosa: “El mismo fuego ha consumido nuestros corazones, pero sólo el mío se ha convertido en cenizas”; es la época de *El Mercurio Galante* parisino, antología de las chispitas y las frivolidades insulsas de los palacios franceses. Agnolo Fiorenzuola escribe uno de los primeros tratados de cosmética femenina –*De la belleza en la mujer*– con recetas a base de vientre quemado de paloma, bicarbonato plomo y sublimato de plata.

Como se ve, ya para entonces los muy avispados varones consideraban a la mujer como un objeto decorable y decorativo. Parecen ofrecerle a las damas la divisa: “Estoy bien pintada, luego existo”, o lo que es lo mismo, “un buen peinado merece dos horas de salón de belleza”. Todo a condición de que Eva no pase de allí.

Y sin embargo, pasó. Isabel de Inglaterra, la reina virgen, es prueba de ello. Durante 45 años se puso los pantalones de su papá Enrique VIII y mandó ejecutar favoritos, enemigos y antiguos amigos, condecoró a piratas, como Francis Drake y dejó plantados a todos sus pretendientes. Pero Isabel no se libra de la sombra varonil. Así lo demuestra una parte de su discurso del 8 de agosto de 1588, a los soldados

que disponían a rechazar una invasión que se suponía coordinada con la expedición de la “Armada Invencible”: “Sé que tengo el cuerpo débil y frágil de una mujer, pero tengo el corazón y el estómago de un rey, y de un rey de Inglaterra”. Gracias a su virginidad, sin embargo, la línea de los Tudor pasó a la historia. Pero ¿por qué no ser una buena reina de corazón y estómago de mujer? ¿Por qué debe caer en la lógica masculina? Dos preguntas que toda militante feminista debe plantearse.

El Renacimiento es, asimismo, una época en que la corrupción invade las más sagradas instituciones de la Iglesia. El papado pasa por su periodo más oscuro, y junto con la cima, se descompone también la base. Si la Inglaterra de Isabel “... es una cárcel para los siervos, un infierno para los caballos y un paraíso para las mujeres...”, los conventos, o al menos una buena parte de ellos, piden a gritos una operación de limpieza. Es San Bernardino de Siena el que, hablando de la práctica corriente de hacer encerrar a las hijas en los monasterios a fin de no pagarles dote, denuncia el hecho de que esos lugares se transforman en prisión para quienes no son asaltantes sino asaltadas.

La Reforma protestante ancla sus raíces en esa descomposición, aunque después el luteranismo se alíe con los príncipes teutónicos para acabar con la revuelta campesina de Thomas Munzer. Pero, sin romper con la Iglesia, hay quienes se proponen acabar con los vicios de sus miembros: Teresa de Ávila, impresionada por la indisciplina conventual, lanza su reforma de Carmelo y funda comunidades sanas. Rechazada, finalmente aceptada, siempre de algún modo combatida, la valerosa española del Renacimiento organiza 16 convenios y 14 monasterios. Su trabajo infatigable, sus escritos, su calidad espiritual, le valieron ser proclamada –en 1970– doctora de la Iglesia católica.

Pero Teresa no escapa a la preponderancia masculinizante de sus tiempos. Uno de sus confesores dijo que “era un hombre con toda la barba”. Como si Eva no pudiera ser otra cosa que una mala copia de Adán. Como si sólo pudiera valer algo “adanizándose”, o como si sólo pudiera pasar a la historia en la medida que se somete, se parece o imita al varón. Y la machocracia es tan fuerte, lo ha sido tanto, que muchas mujeres han llegado a creer que lo varonil es lo valioso, y no llegan a percatarse de exigir lo mismo que ha exigido para sí Adán es lanzarse por el camino que lleva a un mundo en el que hay unos que oprimen y otros que son oprimidos. Y de Eva se espera algo más que eso.

7) Luces y cornamentas

Crinolinas, pelucas, lunares falsos y guillotina. El gorro frigio o el triángulo tuerto irradian esplendores y disipan nubes, como puede comprobarse en las viejas monedas de 20 centavos mexicanos. Tradición y autoridad pasan al desván de las cosas viejas. La religión revelada es digna de toda desconfianza; si la razón se revela a sí misma, ¿por qué no va a autocoronarse Napoleón? Se cree en el progreso gracias a la ciencia. Se dice que será universal e indefinido.

Las ilusiones iluministas se ahogarán definitivamente con la crisis del petróleo y la contaminación ambiental. Pero lo que aquí importa es que Eva llega al Siglo de las Luces.

El Adán del siglo XVIII ya no tiene derecho de “pecar y alterar el orden instaurado por el gran Arquitecto”. Los enciclopédicos caballeros de la razón rampante no contaban con Eva. Charlotte Corday alterará el curso de la revolución francesa apuñalando en su tina de baño a Marat. Madame Pompadour gobernará la Francia emperifollada de Luis XV, arrullada con versos de Voltaire y cuidada por la eminencia médica de Quesnay.

Se dice que en aquellos días las Evas subyugan tanto a los Adanes que éstos no pueden pensar si no es por ellas. La realidad es mucho más cruda: en la incipiente industria de esos rutilantes años todo el mundo trabajaba 16 horas diarias, pero las mujeres ganaban la mitad que los hombres. Minoría, las “favoritas” no pasaban tales apuros, aunque es preciso aclarar que estas damas no son monopolios del siglo XVIII. Pero, con un poco de suerte y otro de audacia, una de ellas llegó a tejer los hilos de la política francesa con la misma habilidad con que bordaba sábanas.

Se trata de Madame Pompadour, una burguesa de buen ver que recibió de niña la educación y los presagios suficientes para ser la amante perfecta de un soberano. Dicen que cuando era pequeña su mamá la apodaba “bocadito de rey” y que sus amigos la llamaban “reinecita”. Juana Antonieta –que así se llamaba en realidad la dama de marras– se casó con un joven de su medio y la feliz pareja fue a vivir a un lugar que coincidió con el sitio en que Luis XV fue a refugiarse de un aguacero durante el cual, a quienes le evitaron la pulmonía, les dejó de regalo un ciervo recién cazado. El esposo de Juana Antonieta, orgulloso y honrado, colocó la cabeza del animal sobre la puerta de su casa. Desde entonces, a lo que después le sucedió se

le ha llamado “poner los cuernos”. Desde el día del chubasco regio Juan Antonieta pudo percatarse de ciertas miradas reales y realísimas que le hicieron comprender cuán posible era darles cuerpo a los presagios de su infancia. Don Luis, por su parte, sabiéndose buen cazador, prefería el bosque a los discursos y a la regencia. Hábil estratega, Juana Antonieta salía a escoger fresas a la espesura y se dejaba sorprender por el rey. Para no alargar el cuento, digamos que el 25 de febrero de 1745 don Luis organizó un baile de disfraces en Versalles y que la única mujer que reconoció al enmascarado real fue Juana Antonieta. A partir de ese día, esta Eva se transformó de primera súbdita en primera dama. Y don Luis que de repúblicas y democracias no quería oír una palabra, se negó a repetir cada seis años la mascarada y privó así a los cronistas de la época de los placeres de la especulación futurista.

Se puede afirmar con claridad y certeza que en materia de *ars pompadouriana* la reina de Francia era neófito. Si no, resulta imposible explicarse como Luis XV pudo hacer que Madame Pompadour pasara a vivir al mismísimo Versalles. Además, le asignó a su favorita una renta de 12 mil libras y pudo convencer al marido de que los celos no sirven para mejorar las finanzas. Todo se arregló entre caballeros por aquello de que “nobleza obliga”. La ingenuidad de la reina era tan aguda que, a la muerte de la que debió haber sido su enemiga acérrima y natural, la soberana dijo: “Nadie habla ahora de ella. Cualquiera diría que la pobre no existió. Así es la vida. Cómo es difícil amar a un mundo tan malo”.

A la candorosa estupidez de esta mujer coronada en más de un sentido hay que añadir la calidad diplomática de Madame Pompadour. Se dice que dispuso a su antojo de generales y capitanes, que decidía el emplazamiento de los ejércitos en batalla ubicando sus lunares falsos sobre los mapas militares y que al buenazo de Luis XV le daba de comer en la mano.

Lo cierto es que su ejercicio del poder tenía su fuente en las recamaras íntimas del rey y que Juana Antonieta tuvo incluso el talento de saber retirarse a tiempo de los regios colchones. Cuando comprendió que los ímpetus borbónicos podían buscar cauces menos frecuentados, ella misma le buscó a Luis XV todas las favoritas efímeras que pudo. Al tenerlo contento mató dos pájaros de un tiro: se aseguró contra la competencia fija y siguió empuñando las riendas del reino.

“Eva que explota su feminidad, la supera” dicen que ha dicho Simone de

Beauvoir respecto a la Pompadour. Cualquier burgués decadente diría que por estos senderos Eva accede a la fuerza con las armas de la descomposición moral y que es más libertina que libre. Pero Madame Pompadour, pletórica de una nueva moral y segura de su vanguardismo, rechazaría la acusación en nombre de la eficacia política.

Tome nota quien deba.

La decrepita nobleza imitaba las prácticas palaciegas de la época. Algo así como cuando los gobernadores de Estado se visten de guayabera, toda proporción guardada. Las copias serviles y extra lógicas de tan exóticas ideas eran moneda corriente. El triángulo reina-rey-favorita se convertía en el marido-mujer-chichisbeo. Este último era un caballero acompañante que entretenía a la dama conversando, le sugería como vestirse, suspiraba al contemplarla, le besaba la mano cada vez que podía y le servía de pareja para los minutos. Si el marido demostraba celos pasaba por ridículo.

Hay espíritus maliciosos que ponen en duda la inocencia de las relaciones entre acompañante y acompañada. En sus alamacenes no gozan de mucho crédito todas esas miradas lánguidas, abandonos, sollozos y besuqueos. No faltó quien dijera que entre Eva y este Adán suplente no cabía “ni un hilo”.

Ante tanto cuerno, cabe preguntarse dónde quedan las luces. En la Enciclopedia, por supuesto. Diderot salía a la defensa de Eva afirmando que “la crueldad de las leyes civiles se había unido a la de la naturaleza contra las mujeres: ellas son tratadas como seres inferiores”. Mala defensa. En el fondo, Diderot está aceptando que la naturaleza hizo a Eva inferior a Adán y que las normas jurídicas sólo empeoraron culturalmente lo que naturalmente ya está dañado. Con Rousseau la exégesis resultaba vana, pues el hombre tiene la virtud de la claridad: “La mujer –escribe– ha sido hecha para ceder ante el hombre y para soportar sus injusticias”.

Y sin embargo la revolución francesa dio pálidas esperanzas a la redención de Eva. Fue en casa de Madame Roland que nacieron los girondinos, fue la oratoria de Anne de Mericourt la que hizo feministas a los jacobinos. Fue Olimpia de Gouges quien defendió los colores femeninos al escribir: “Si la mujer tiene derecho de subir al patíbulo, debe tener también el de descubrir a la tribuna”.

Profeta esta Olimpia. Madame Roland legó, camino al patíbulo, una frase a la posteridad: “Libertad, cuántos crímenes ser cometen en tu nombre”.

Anne de Mericourt dejó en su machismo a sus camaradas y en un estrado su cabeza. Olimpia de Gouges subió a la tribuna y también al patíbulo.

Si la revolución no necesitaba sabios, menos aún requería de mujeres. La rasuradora del doctor Guillotin no hizo nunca acepción de personas: lo mismo decapitó a Luis-Adán que a María-Eva-Antonieta. Menos conocida es la decisión de Robespierre, quien condenó a las prostitutas parisinas –que se habían ofrecido a satisfacer gratis a los patriotas dos días por semana “de 8 a 12 de la noche, horas de comida excluidas”– por considerar que tal generosidad era el último resto de 14 siglos de corrupción y de esclavitud monárquicas.

Sin embargo, el atrevimiento de Charlotte Corday hizo decir que las mujeres revolucionarias “eran más animosas que los hombres”. Las mujeres de París, por su parte, ocuparon Versalles y bloquearon los intentos escapatorios del rey. Sólo que después de tanta belleza apareció Napoleón –el eterno general que llega a resolver los problemas de los civiles–, quien en su código equiparó a veces a las mujeres con los locos. El célebre guerrero era coherente, pues alguna vez había expresado su convicción de que “conceder autoridad a la mujer no es digno los franceses”.

En fin, los derechos del hombre parecen acabar limitándose a los del macho. La revolución francesa quiere que todos los hombres sean hermanos pero no dice nada de hermanas. Y en última instancia, el Adán del siglo XVIII –con gorro frigio o con cuernos– sigue siendo hijo único.

8) Poca cultura, pero bellas maneras

“La mujer ha sido llamada la Providencia para ocupar el primer puesto en la lucha por la emancipación de las nacionalidades oprimidas y en el aniquilamiento del despotismo y la superstición”. La sentencia es de Garibaldi, padre de la unidad italiana, pero de ella no se deduce que la hecatombe de los estados pontificios desembocara en la liberación de Eva.

Quien lo dude, puede asomarse a un villorrio siciliano o acordarse de *El Padrino*.

Don Augusto Comte, decimonónico prototipo si los hay, no escapa a la lista de los enemigos históricos de Eva. Y es que cuando Adán se pone filósofo se lanza a los espacios sublunares, detecta música de esferas o se pastorea por los más elevados grados de la abstracción. Como Eva es tan concreta, no cabe en los sistemas de pensamiento. No llega a premisa de silogismo. Y la pobreza de los Adanes-pensadores hace exclamar a Kant: “Cuando podía necesitar a una mujer, no podía alimentarla. Cuando la pude alimentar ya no la necesitaba”. (Nótese que dice “cuando podía necesitar” y no “cuando necesité”. Kant se quedó soltero). Pero volviendo al señor Comte, aquí está su testimonio: las mujeres y los proletarios no pueden ni deben ser escritores.

Pero a falta de papel y lápiz, buenos son los modales refinados. La mujer del siglo XIX tiene que ser una dama. Pero “dama” viene a resultar sinónimo de “niña”. La condesa Laura de Barezia nos aclara: “Muchas veces surgen disturbios y descontentos porque una mujer no acepta que su esposo la trate como a una infante. Ante una queja mía al respecto, mi sabio director espiritual me ha aconsejado: “Convéncete, hija mía, de que las mujeres son niñas para sus maridos”. Es ocioso añadir que lo eran también para sus confesores.

Estas normas poco escritas las aprendía Eva desde su más tierna infancia. No tenía por qué preocuparse por los libros si había tantas ocupaciones específicamente femeninas: coser, bordar, tejer, hacer pasteles y servir la mesa de modo impecable. Pero la ocupación femenina por excelencia era la de buscar y encontrar marido, sin abrigar demasiadas esperanzas en el terreno amoroso. División tajante y clara.

En consecuencia, todo es válido para formar parte del segundo grupo. No todo, pues la moral victoriana invade salones y chozas. Y la moral de la reina Victoria es algo serio. Los novios de la época no deben visitarse más “de tres veces” y ello siempre y cuando se reúnan las prescripciones siguientes: “estarán juntos poco tiempo”. Estarán presentes sus familiares más cercanos; se debe contar con autorización del párroco”.

Tiempo de palideces, desmayos, efusiones visuales y palpitations cardíacas. Los enamorados Adanes de la época dicen padecer todos los sufrimientos y la enfermedad de moda es el “byronismo”. Así, un novio de aquellos años escribe: “Ella no quería que yo continuase, pero yo no la escuchaba y seguía golpeándome el pecho.

Ningún fraile hizo jamás tanta penitencia. Entonces ella amenazó con dejarme de querer y yo me detuve. ¡Oh, felicidad! Me había perdonado”.

Los duelos son cosa corriente, pero, como las mujeres que los provocan, son cosa de hombres. ¿En qué condiciones habría visitado su novio a doña Josefa Ortiz de Domínguez? Sin duda no utilizaban un sofá, pues Balzac, sin miramientos, decía que ese mueble le daba la impresión de albergar al diablo con todo y cola.

El mundo es malo: Margarita, tan llena de vida, confiesa que siente horror de su Enrique, y Fausto es para ella un demonio que le tiene preparados nuevos tormentos. La aspiración mayor de Eva es a la esclavitud dorada, como la calandria de la canción.

El infierno terrestre son las nuevas condiciones de trabajo de la civilización industrial. En él sufren las Evas los peores tormentos. Los patronos las prefieren porque pueden pagarles menos. Marx cuenta que un fabricante le hizo saber que prefería a las obreras casadas y a cargo de sus hijos “porque demuestran mucha más atención y docilidad que las núbiles y porque saben que deben trabajar hasta el agotamiento para procurar a su familia los medios de subsistencia indispensables”. En Italia, muchas adolescentes entre 9 y 15 años deben laborar hasta 16 horas al día. En el clima de los movimientos obreros de ese tiempo nacieron las primeras luchas por la emancipación femenina.

Sin embargo, hacia finales del siglo XIX un soberano europeo escribió una carta en los siguientes términos: “Es necesario solicitar el apoyo de todos aquellos que pueden hablar o escribir a fin de poner freno a la malvada locura de los derechos de la mujer y a los errores que los acompañan”. No era un déspota en pantalones. La carta la firmaba Victoria de Inglaterra. Lo cual viene a demostrar que los hombres tienen sus aliados en el bando adverso, como Cortés en los tlaxcaltecas. Y nadie ignora que para que la cuña apriete ha de ser del mismo palo. En este caso, resulta verdadero que el peor enemigo de una mujer es otra mujer.

Las furias de doña Victoria encontraban sus raíces en la aparición del movimiento feminista. Ya en 1832 Adela Esquirol había fundado en Francia el *Journal des femmes*, publicación encabezada con el siguiente epígrafe: “¿Qué es la mujer?” Nada. ¿Qué quiere ser? Todo”. Pese a ello, en 1840 los delegados a un congreso antiesclavista reunido en Londres se rasgaron las vestiduras porque la

representación americana incluía a cuatro mujeres. El antiesclavismo no podía ser un tema a tratar por esclavos. Las pobres gringas debieron irse de la galería y meterse bajo una losa, pero, enfurecidas por la humillación, dos de ellas organizaron ocho años después la primera convención sobre derechos femeninos.

El evento se realizó en Senecafalls y en su declaración final, aseveraba: “Es deber sagrado de las mujeres de este país asegurarse el más sagrado de los derechos: el del sufragio”. No dijeron si se trataba de sufragio efectivo, ni complementaron con lo de no reelección. Pero el 6 de septiembre de 1870 las mujeres del estado norteamericano de Wyoming fueron las primeras en tener voto. Un siglo después, lo tienen en muchas partes. Pero las mexicanas y los mexicanos sabemos que una cosa es tener voto y otra es elegir.

A partir de 1870 comienza a haber reuniones, conferencias, congresos, seminarios, discursos y libres feministas a ritmo creciente. A veces con buen, a veces con mal éxito. Una de las grandes protagonistas del combate de las mujeres fue Lucy Stone, una mujer que nació en 1818 y que seguramente entendió lo que su mamá dijo al traerla al mundo: “Dios mío, que lástima que hubiera sido niña. La vida de la mujer es muy dura”. Lucy, mandando a paseo las recomendaciones de Byron y Balzac (entre otros), que recomendaban alimentarlas bien, vestirlas bien y dejarlas leer sólo libros de piedad o de cocina, entró a la universidad. Se casó con un antiesclavista llamado Henry Blackwell y como protesta, no adoptó el nombre de él y se hizo llamar siempre Mrs. Stone.

El pastor que dio testimonio de la unión dijo a los contrayentes: “nunca he celebrado un matrimonio sin sentir la iniquidad de un sistema según el cual marido y mujer son un solo ser y este ese es el marido”. Gracias a Lucy las escuelas secundarias norteamericanas comenzaron a abrir sus puertas a las jóvenes.

Con la dedicación de Lucy comienza a derruirse el imperio de las “funciones masculinas”, siempre consideradas superiores. Valéry decía, por ejemplo, que las ocupaciones femeninas eran “aburridas y fáciles”, y Lenin, además de afirmar que el pueblo es imbécil, calificaba las “funciones femeninas” de “ininteresantes y embrutecedoras”. Y estas tareas, que los hombres no queremos nunca ejercer, eran calificadas de sublimes si las realizaba una mujer: lavar platos, planchar ropa, guisar, similares y conexos.

Hasta la fecha, anota Benoit Groult, “cuando un hombre cocina o sirve la mesa se hace llamar Maitre o Chef, y exige un sueldo dos veces superior al de una camarera”. Sobre los siglos XVIII y XIX caen las frases de Sor Juana: “Hombres necios que acusáis...”.

9) Votos, fotonovelas y machocracia

Eva inicia el siglo XX organizando congresos entre las sonrisas complacientes y los vituperios edulcorados de Adán. Gracia Deledda y María Montessori firman la convocatoria al primer congreso feminista.

Italiano en 1908, Benedetto Croce comenta: “El feminismo es un movimiento condenado por su mismo nombre, los hombres tienen también sus problemas particulares y no han inventado el masculinismo”. Tal vez este Adán olvidaba que uno de los primeros actos de cualquier rebelión es dar nombre a la realidad que combate y a los ideales que la mueven. Los parlamentarios ingleses comenzaron a ser blanco de tomates lanzados por inconfundibles *ladies*.

Los policías de Londres descubrieron que los sufragistas corrían más rápido que ellos. En 1913 la capital del Imperio Británico ve aumentar la ira de sus Evas. Estas destrozan vidrieras, derraman ácido sobre el impecable césped de campos de golf, queman edificios, ponen una bomba en la catedral de San Pablo y rasgan lienzos de la National Gallery. El militantismo femenino tiene su mártir: Emily Davidson, que fallece por haberse arrojado entre las patas de un caballo de los reales establos, durante una ocupación del hipódromo de Epsom. La reina María, continuando la tradición masculinista de la puritana Victoria, declaró que “esa horrible mujer” había ocasionado contusiones a su “jockey”.

Las sufragistas van a la cárcel. Organizan allí una huelga de hambre. Sus guardianes pretenden alimentarlas a la fuerza, pero la opinión pública arma un escándalo. La policía cambia de táctica y libera a las detenidas, quienes creen todo acabado y vuelven a comer. Pero una vez que han recuperado energías, los agentes del orden las arrestan de nuevo. Humor inglés.

Pese a todo, si en aquella época una mujer deseaba tomar lecciones de tango, debía mostrar al profesor la autorización escrita del cónyuge.

En 1912 una norteamericana dejó en la cima de una montaña peruana (a unos siete mil metros de altura según dice), un letrero pidiendo el voto para las mujeres. Aldrin y Armstrong rompieron con esa moda, haciéndose retratar en plena luna con la bandera de las barras y las estrellas.

Las “centinelas silenciosas” ante la Casa Blanca logran finalmente que la constitución norteamericana se enmiende a fin de estipular que la diferencia de sexo no es motivo para negar o limitar el derecho del voto. Eso fue en 1926, casi 43 años después de que las neozelandesas adquirieran el derecho de ir a las urnas. Las finlandesas votaban desde 1907.

La mujer va tomando su camino a base de lucha. La guerra mundial de 1914-1918 deja a innumerables Evas en casa mientras sus Adanes se ejercitan en el muy varonil arte de matarse.

En Italia, por ejemplo, 1500 salas de cine sirven para entretener, inflamar calmar y recomendar fidelidad paciente y patriótica a las Evas abandonadas en nombre de algo que ellas seguramente no entiendan e indudablemente no aprobarían. Lady Astor entra al Parlamento Británico en 1919, demoliendo así un secular monopolio de flemáticos Adanes. París aclama a Coco Chanel.

Pero los años veinte son también el momento en que la mujer, liberada de la imaginería doméstica, se transforma en “póster”. Las industrias nacientes descubren que todo es posible en la paz con una buena publicidad. Eva anuncia cigarros, bebidas, jabones y pieles exhibiendo la suya.

Joyce Hamley se remoja en una tina de baño repleta de champagne, en traje de Eva y por módicos mil dólares. El empresario teatral que organizó el chapuzón se ve obligado a pagar una multa. Pero no por atentado a la moral, sino por infracción a la ley de alcoholes.

Los años veinte son asimismo testigos del nacimiento de los muy norteamericanos concursos de “Miss cualquier cosa”, es decir, “mundo”, “piernas”, “pecho”, “rostro”, y demás. Fortuna fácil y efímera. Exhibición discreta de anatomías calificadas como bellas. Eva deja su casa para tomar posesión de una marca de cosméticos. Adán la califica, la premia, la viste, la desviste, la vende o la alquila.

De la pasarela hasta Hollywood, Eva camina hacia las garras de un sistema que la transforma en un envase no retornable.

Las cosas empeoran para Eva cuando un genio como Freud no ve en ella sino a un hombre incompleto y piensa el psicoanálisis en masculino “desde el complejo de Edipo hasta el de castración”, como señala Benoit Groult. Esta escritura francesa ha virtualmente despotricado a don Segismundo, porque éste afirma que todo lo que la mujer puede o quiere hacer es demostración de una neurosis que busca compensar la tragedia “de haber nacido mujer”.

No es la única. Una discípula del psiquiatra vienés –Melanie Klein– critica a su maestro y se admira de la freudiana hipótesis según la cual “una mitad de la humanidad tendría razones biológicas para sentirse en desventaja por carecer de lo que otra posee, sin que la recíproca sea verdadera”. No es posible que los celos y los poderes femeninos sean solamente intentos por disimular una terrible “insuficiencia genital”. Evelyne Sullerot, por su parte, se divierte imaginando a un psiquiatra del otro bando que, vistas las carencias biológicas del hombre respecto a la mujer, concluyera que “toda actividad masculina es una enorme neurosis colectiva”.

Según la ya citada Benoit Groult, en una ocasión Freud –al hablar de una de sus pacientes, de edad madura y cesible, “que se había sumergido en un torbellino de actividades con el fin de desarrollar sus nada escasos talentos”– decía que de manera atroz “cuando ella comprendió que en el mundo exterior no hay sitio para las mujeres, comenzó a manifestar diversos disturbios; sin embargo, el análisis le demostró los orígenes de aquéllos y, una vez resignada a la inactividad total, todo acabó”.

Resulta claro que hoy ninguna Eva más o menos consciente acepte que se le catalogue como un macho incompleto atiborrado de complejos. Anne Freud, hermana del padre del psicoanálisis, recuerda que no pudo desenvolver sus aptitudes para el piano porque el ruido disturbaba a Segismundito en sus estudios y los padres de ambos decidieron sacrificarla a ella.

El siglo XX ha sido también el del *boom* de las revistas destinadas a la mujer. Una mirada al cúmulo de estas publicaciones basta para saber que las cosas serias pueden contarse con los dedos de una mano. La mayoría son mercancía destinada a explotar a Eva y a ocuparla en vacuidades.

Por una parte, están las revistas que anuncian cremas, emplastos, futuros astrales, vestidos, prendas íntimas y métodos para rebajar sobrantes y engrosar faltantes. Por otra, están las publicaciones destinadas a hacer creer que el amor es merengue y no plato fuerte. En ambos casos no se llega ni al enajenante “fornicar y leer periódicos” de que hablaba Camus. No es Eva-objeto solamente la que se deja fotografiar junto a un automóvil último modelo. También lo es la que adquiere pasquines destinados a hacer o adquirir cosas o poses. Y la que, deseando romper estas cadenas, cae en la trampa de la lógica masculina y sólo aspira a ser lo que el pobre Adán ha llegado a ser.

Nuestros días contemplan el grito de Eva.

Turbulenta, caótica a veces, apasionada, la protesta femenina que hoy asusta en un clamor retenido durante milenios. Y en algunas partes del mundo, retenido aún de manera inicua. En demasiados países que claman por los derechos humanos en los foros internacionales, Eva sigue siendo infibulada para obligarla a la virginidad, castrada para impedirle todo el deseo o todo placer sexual. Basta leer unas líneas de libros como *El drama sexual de la mujer en el Oriente Árabe*, *Eros negro* o *Las mutilaciones sexuales*, para sentir escalofríos y preguntarse si en pleno siglo XX tales atrocidades son posibles. La clitoridectomía es práctica corriente en Egipto, Jordania, Arabia Saudita, Níger, Yemen, Sudán, Somalia y Malí. “Así lo quiere Alá”, dijo al respecto una autoridad islámica, pues en el Corán se lee que “comprar una mujer es adquirir un campo genital”. Muchos otros países árabes y africanos permiten o toleran prácticas de ese tipo.

Como muestra de lo que aún en este año Internacional de la mujer se está haciendo, baste hablar de las famosas “mujeres-jirafas” de Birmania, a las que desde la más tierna infancia se les van poniendo en el cuello anillos de cobre y llegan a tener una gargantilla hasta de 50 centímetros. Cuando una de ellas se casa y le deja de gustar al marido, lo traiciona y se le quitan los anillos; los músculos atrofiados no pueden sostener la cabeza. El cuello se dobla. Las vértebras distendidas no pueden cumplir sus funciones. La mujer quedará paralítica de brazos y piernas el resto de su vida.

Y esta barbaridad no debe hacer olvidar lo que sucede a Eva en torno a nosotros mismos, aquí y ahora.

Georges Vourteline dijo alguna vez que el hombre “es el único macho que le pega a su hembra”, y que una de dos, o es “el más brutal de los animales de sexo masculino”, o bien la mujer “es la más insoportable de las bestias del sexo femenino”. A las lectoras y lectores toca escoger. Por lo que al recopilador de estas pocas “aventuras de Eva” toca, él opina que la revolución femenina está por hacerse, que la revuelta de las mujeres es más que justificada y que lo que nacerá de la acción común de hombres y mujeres debe ser algo totalmente distinto a lo que hasta hoy ha habido. Cuando menos mejor de lo que la machocracia ha podido hacer en 10 mil años.

Friburgo, Suiza
1975

DARLE TIEMPO AL TIEMPO EL MUSEO INTERNACIONAL DE LA RELOJERÍA

En el principio, el cielo y la tierra. Lo dicen todos los libros sobre los orígenes. Hijo de esta pareja originaria fue en el tiempo que quitó la fecundidad a su padre y se transformó en señor de la tierra. Así lo cuenta Hesíodo, el poeta anterior a los filósofos, quien añade que Cronos devoraba a sus hijos hasta que Zeus se puso de acuerdo con sus hermanos para acabar con el tiempo. Allí comenzó la historia de la lucha contra Cronos.

Cuentas cortas, cuentas largas, calendas, katunes y baktunes, días y noches, horas, minutos, segundos, décimos, millonésimos de segundo. Cronos sigue tan devorador como siempre. Los hombres, a falta de poder dominar al tiempo, tenemos que consolarnos con medirlo.

En Suiza medir el tiempo ha sido más que una preocupación: una ocupación. Los inviernos largos dejaban tiempo a los campesinos de los valles y las montañas. ¿Qué hacer si no hay tierras, ni ganados, ni caminos? ¡Relojes! Pero es preciso honrar a quien lo merece. En el menester de la relojería –como en tantos otros– los precursores fueron los chinos.

La Chaux de Fonds, dicen los carteles camineros que anuncian su inmediatez, es una ciudad que escogió vivir en el campo. Así es. Es una ciudad relojera, de un cantón relojero –Neuchatel– que forma parte de un país relojerísimo: Suiza. Y esa ciudad sumergida en el verde de las montañas del Jura, es la sede de un Museo Internacional de la Relojería que abrió sus puertas a mediados del pasado mes de octubre, entre nevadas prematuras y euforia ciudadana.

–Un templo para las obras maestras de la relojería– nos dice André Curtit conservador del recinto. Se ingresa al museo descendiendo. La construcción es subterráneo para salvar un área verde y por diversas razones museográficas: la temperatura es más estable bajo la tierra, se evitan los espacios muertos de las ventanas y se pueden resolver los problemas derivados de iluminación que pone una exhibición que se pretende pedagógica. Porque se trata de una metrópolis, no de una necrópolis de la relojería.

–Queremos que nuestro museo sea dinámico. Por ello cuenta con una sala para exposiciones temporales, con dos para la exposición permanente y con un taller público de restauración relojera en el que laboran Alumnos de la Escuela de Relojería de la ciudad que desean especializarse en restauración de aparatos antiguos de precisión–, nos dice el Señor Curtit.

Y fue precisamente de la Escuela de Relojería de la Chaux de Fonds que surgió la idea de reunir piezas antiguas con fines didácticos hace 110 años.

Para aquel entonces, la civilización occidental estaba indisolublemente ligada a la medida exacta del tiempo. En 1900 la idea de un museo tomó cuerpo cuando el Consejo Comunal de La Chaux de Fonds nombró una comisión para crearlo. La población respondió al llamado y en 1902, el 24 de octubre, un primer museo abrió sus puertas. Sus dos secciones, una para el pasado y otra para el presente relojero de aquel entonces, ocupaban otras tantas salas que resultaron pequeñas para albergar didácticamente las primeras 730 piezas.

–Medir el tiempo es una cosa antigua. Comienza con la percepción del día y de la noche. Sigue la de las estaciones. Vienen luego los instrumentos no mecánicos para medirlo: clepsidras, astrolabios, lámparas de aceite, velas graduadas, relojes de sol y arena. –Y, ¿cuándo aparecen los medios mecánicos de medida?, preguntamos a André Curtit.

–Comienza en el siglo XVI. Antes no había por qué medir el tiempo con exactitud–.

Es cierto. Las lunaciones bastaban. La temporada de lluvias era suficiente. Prima, tercia, sexta, nona, vísperas y maitines se normaban con la campana del convento y a veces, para lograr una exactitud mayor, se medía el día en *paternoters* que algún monje debía recitar sin descanso toda la jornada; luego Galileo inventó el péndulo y Huygens el espiral. Después vinieron las guerras marítimas. Los relojes del siglo XVI eran movidos por pesos y ya no bastaban. Un barco necesita saber la hora precisa para determinar su posición y las marinas de guerra de sus diversas majestades debían tener en sus navíos “guarda-tiempos” portátiles. Un segundo son 300 metros en el mar. Bastan para evitar un arrecife.

–Nació el folio que divide el tiempo en partes pequeñas e iguales, dice Curtit, y el resorte que permitió la miniaturización de los mecanismos. Los relojes de viaje y mesa vinieron entonces. Desgraciadamente gracias a la guerra. Como siempre–.

–¿Quién podría tener un reloj transportable?–

–La aristocracia, los nobles, los dignatarios eclesiásticos. Si usted ve nuestra colección se dará cuenta que los primeros relojes transportables están adornados con preciosos esmaltes que representan casi siempre motivos religiosos–, responde André Curtit.

–¿Y cómo ha avanzado la precisión?– Bien, pues un reloj mecánico de buena categoría garantiza hoy una variación de dos segundos diarios. Uno eléctrico de cuarzo, como los de la segunda sala, asegura un décimo de segundo cotidiano. El reloj atómico garantiza un millonésimo de segundo al día.

Un millonésimo de segundo al día se dice fácilmente. Pero haga usted números y verá que la cifra equivale a una variación de un segundo cada 3,000 años. ¿Quién va entonces a mover la manecilla que empezó a moverse hoy? Decididamente no se puede jugar con el tiempo, o mejor dicho, con su medida. Queda para la imaginación.

–Con el reloj atómico, señalaba el Conservador del Museo, hemos descubierto que el sistema solar se retrasa. No es puntual–.

–¿Está usted seguro?–, interrogamos.

No hay respuesta. La cosa no es tan fácil. Medir el tiempo es por principio de cuentas fijar una unidad de medida.

Antes ésta era dada por el movimiento astral. Hoy la dan –en los observatorios– las pulsaciones del átomo de cesio, si se cambia la unidad originaria no se puede decir que el sistema solar va en retardo. El sistema solar podría decir lo mismo, respecto al átomo de cesio. Es un simple cambio de ejes. Del macro al micro cosmos. Pero de todos modos son cosmos y no caos. Y por un millonésimo de segundo nadie va a perder un tren. Ni el maestro Einstein.

El museo cuenta con 3,100 piezas. Todo lo imaginable. Las vitrinas de exhibición son redondas y el sistema de iluminación las hace aparecer como unas flores de otro planeta. Evocamos a Borges. En el museo no encontramos un aleph. Pero hay relojes de sol, de agua, de aceite y de cera, astrolabios, cuadrantes, octantes y sextantes, mecanismos que se ponen en marcha cada hora con pájaros que cantan, animales que se mueven, magos que sacan respuestas de un cajón, diablos cachetones que brincan y un reloj francés que durante varias decenas de años dio por radio la hora suiza a todo el mundo: broma del tiempo.

Al final, los últimos gritos de la moda y los cronómetros deportivos que gritan por las pantallas de televisión la propaganda de la tecnología suiza cada vez que hay olimpiadas o algo que se les parezca.

Pantallas que reciben imágenes y bocinas que amplifican las voces que explican. El museo es como un reloj: es espacio dedicado al tiempo. Setenta años de recorrer el mundo para hacer la colección que donara Maurice Favre, un fabricante de cajas de oro para relojes que dio su nombre a la fundación que construyó y sostiene al museo, ahora propiedad de la ciudad. Transformada en Cronópolis.

En el museo tememos encontrar a Cronos sacando de los pliegues de su túnica –con la mano libre de la guadaña– un pasaporte helvético. Temor infundado: Cronos sigue libre y sin nacionalidad aunque lleve nombre griego.

De todos modos, no podemos imaginar al viejo Cronos en el museo sin entreverlo sonreír. Su reloj de arena señala plazos insuperables. Meter relojes bajo tierra como en la Chaux de Fonds es un poco querer hacer volver al hijo a las entrañas de su madre. Pero la Chaux de Fonds, lo que quiere es que el museo atraiga visitantes. La ciudad, sus hoteleros y sus industriosos fabricantes de relojes así lo piensan. No en balde aquí lo de la medida del tiempo es también un floreciente negocio. Más de 77 millones de relojes suizos se vendieron en 1974 en todo el mundo, es decir, 97% de la producción suiza que es, a su vez, casi 50% de la producción mundial total.

Una buena parte sale de esta ciudad. Es por ello que el museo, para su mantenimiento y para el enriquecimiento de sus colecciones, cuenta con el apoyo de los particulares y de los industriales de la relojería.

Todos ellos saben darle espacio y tiempo al tiempo.

Tierra de relojeros, el Jura suizo –sea en su parte bernesa o en la novocastelana– ha sido también tierra de refugio para políticos... ¡anarquistas! Bakunin fundó por estos rumbos los primeros sindicatos anarquistas: o la fama del anarquismo es demasiado mala o los relojeros necesitan compensaciones políticas para salir de sus minuciosos mecanismos.

¿Qué será? El tiempo lo dirá: como quiera que sea, visitar el museo es una experiencia que deja un raro sabor de montaña, de árboles, de esfuerzo humano, de vida cívica y política y de misterio en los ojos. Porque, al fin y al cabo ¿qué sabemos del tiempo? Un poco más que Zenón y un poco menos que Einstein, es decir, que, como en los tiempos de los dólmenes, de él sólo conocemos la medida que le tomamos. Cada vez con mayor precisión, sí, pero Cronos sigue siendo el señor de la tierra y el conductor del hombre temporal hacia el juicio definitivo.

*Friburgo, Suiza
1975*

DOCTOR EN TEOLOGÍA CORÁNICA

Podía tener entre 30 y 40 años, pero tenía unos ojos negros penetrantes, expresivos y seguros, con un matiz de dolor añejo. Alrededor de él, en los muros de las minúsculas estancias de su casa, sobre lienzos de madera sin adorno alguno, cientos de libros viejos olían a jeroglífico y opacaban la luz casi ámbar de una lámpara eléctrica. Suleymán Addih estaba allí, con la calma de un camello en el desierto, esperando que comenzara el diálogo.

Para llegar a su casa hubimos de recorrer primero una buena parte de Ammán, la capital del reino haschmita de Jordania. Un reino con rey –Hussein– y con un aparataje oficial pintado de británico, pero tan polígamo como lo permite el Corán. En Jordania hay parlamento y el soberano pide al primer ministro que forme al gobierno como se hace en Londres. El ejército –turbantes aparte– tiene la marca de Lawrence, el creador de la legión árabe. Y desde Hussein hasta el oficial de menor rango, todos los uniformados usan boina a la Montgomery y recuerdan a los discípulos de Baden Powell. Lo simpático es que en Jordania todos los puestos importantes pertenecen a una sola familia. Pero para comprender esto hay que decir que, entre los beduinos, familia es lo mismo que tribu.

Leyman había nacido allí mismo, en Ammán. En esa ciudad que fue testigo del pecado del rey David, pues en ella murió el bravo general Urías, que luchaba en primera línea por orden del jefe de los israelitas, quien deseaba quedarse con su esposa. A partir de la batalla de Ammán la mujer de Urías quedó viuda. Tal y como lo deseaba David.

Desde pequeño, Suleymán –que quiere decir Salomón– tuvo afición por el estudio y aspiró a formar parte de esa larga cadena de sabios musulmanes que estudian las tradiciones islámicas en la célebre universidad religiosa de Al-ahzar, en el Cairo. Suleymán se empapó de coranes, de normas jurídicas y morales, de mística, de números y de órbitas siderales, de filosofía y teología. Por eso sus viejos libros lo probaban con el amarillear de sus lomos. Avicena, Averroes, Al-Kindi, Alfarab, Al-Gazalhi, Ibn-Maskuyeh, Ibn-fatik y Kakim Tirmidhi estaban allí en rústicos librereros con toda su ciencia del cosmos, de los planetas, del discurrir humano, del hombre de Dios y del camino del hombre para llegar a Dios: la mística purificadora y la lucha proselitista.

Sólo alguien que ignora los pasos del pensamiento occidental desprecia al pensamiento árabe. Si el avicenismo tiene que ver con toda la tradición mística que hizo suya el cristianismo, el averroísmo nos lleva hasta las visiones políticas de Marsilio de Pádua. Las reflexiones sobre la inteligencia en Santo Tomás de Aquino, corrigen y desarrollan el pensamiento de Avicena.

El Renacimiento tiene mucho de Averroes, aquel árabe que jamás afirmó que la doctrina divina del Islam fuera falsa, pero que se declaraba experto en ciencia humana.

Suleymán Addih era capaz de hablar de todas estas cosas con una autoridad tranquila. Él las había meditado durante largos 10 años en las recolectas recámaras de su universidad cairota, mientras realizaba una vez más y otra aún la exégesis espiritual del Corán, libro de los libros, libro Santo. Suleymán formaba parte de un pueblo que tenía un libro especial, un libro que bajó del cielo y fue revelado a un profeta para que lo enseñara a ese pueblo. Y, dentro de ese pueblo, Suleymán era miembro del selecto grupo que tenía por tarea exclusiva, primera y última, la de comprender el sentido del libro de los libros. Toda su vida era interpretación. Su vocación, ser la de ser profeta sin iglesia y sin dogma, como son los profetas del Islam.

Suleymán meditó largamente.

Registrando los vericuetos coránicos descubrió que su profeta, Mahoma, daba cuenta de otros libros santos: el Antiguo y el Nuevo testamentos.

Violando las normas de la institución universitaria, Suleymán consiguió leer un ejemplar de cada uno de ellos. Y en ellos, con ojo de lector cuidadoso y analítico, no encontró referencia alguna al Corán. Ello era lógico, pues fueron escritos antes que éste. Pero Suleymán pensó que si había tres libros santos y él sólo conocía uno y trataba de vivir uno, estaba en desventaja respecto a quienes meditaban y buscaban vivir dos. Además, desde el punto de vista musulmán, según el cual toda la historia es santificable y tiene un sentido religioso, ¿por qué –se preguntaba– nos impiden acceder a los otros dos libros?

Suleymán leyó los dos libros proscritos antes de presentar su examen doctoral en la Universidad Al-ahzar. Y vio que en ambos habían rasgos claros de Anbiya,

de “las altas doctrinas propias de los profetas” según marcan los cánones de la declaración del imán Jafar Sadic. Y al sínodo que delante de todo el alumnado le pidió desarrollar el tema del sacrificio de Abraham, el doctorado Suleymán Addih respondió en un lenguaje distinto que horrorizó a toda la asamblea. Él mismo afirma que no recuerda lo que dijo, ni sabe lo que pasó. Pero sí asegura que dos días después despertó en un hospital, cubierto de heridas. Suleymán había incurrido en herejía y había hablado como cristiano, le dijeron algunos amigos. Por ello lo apalearon.

Los países árabes tienen religión oficial. Es el islamismo. Abandonar la doctrina es abandonar el Estado. El hereje –sobre todo en el tiempo en que Suleymán estudiaba en Egipto– no podría volver a tener pasaporte. Además, su vida estaba en peligro.

Así, tuvo que huir de El Cairo con una caravana de contrabandistas, refugiarse en el desierto entre las tribus de camelleros, errar meses ignorando el lugar en donde estaba y el sitio al que se dirigía, recorrer cientos, millares de kilómetros y ejercer todo tipo de tareas para ganarse el pan y el techo.

Las ventajas del hombre sabio –decía el intérprete que traducía la historia que narraba Suleymán– es que nunca necesita equipaje. En su mente lleva la enciclopedia de Cuahrezemi, “las llaves de las ciencias”, que son el derecho canónico, la dialéctica, la gramática, la escritura, la prosodia y la tradición del Islam, así como la lógica, la filosofía, la medicina, la aritmética, la geometría, la astronomía, la música y la química. Con ese arsenal, Suleymán podía sufrir pero no pasar hambre.

Llegó a Líbano. En una playa se sentó a recordar la aventura de tantas semanas de meses (una semana de meses son siete meses). Lloró porque se sentía sin familia, sin raíces, sin patria, sin libro qué leer e interpretar, sin rumbo interior para seguir. Pero empezó a ver que era necesaria una Iglesia, una comunidad de creyentes con una fe que se medita y se transmite sin espadas. Y pensó a la orilla del mar que Jesucristo era más que Mahoma.

Suleymán lloraba sus conclusiones a la orilla del Mediterráneo, tal vez porque, según nos dijo, no adivinaba las conclusiones de sus conclusiones. Una joven lo encontró allí, húmedo de lágrimas y a ella le confió su angustia. Ella le dijo sin titubear: “Tú ya eres cristiano”. Y lo invitó a la casa de sus padres, una familia católica de Beirut. En Beirut, Suleymán pidió el bautismo. En Beirut decidió asimismo que

su lugar no estaba entre los cristianos libaneses, sino entre sus beduinos jordanos. Por todo ello lo habíamos encontrado en Ammán. La aventura de este comenzó pero no terminó allí. Se casó con una musulmana, precisamente en un país en el que esos matrimonios mixtos son mal vistos y a veces peor castigados.

Su vecino –un sacerdote de rito ortodoxo, casado– mató a su hija porque contrajo nupcias con un musulmán. Toda mezcla religiosa es una mancha que es preciso borrar con sangre, y Suleymán afrontó el riesgo: a los cinco años de vida común, su mujer pidió el bautismo. La hija de ambos se llama Heymath, que en árabe de aquellas regiones significa *sofía*, esto es, sabiduría.

Suleymán no tiene pasaporte. Al menos en esos días –1972– no lo tenía. Tampoco podía dar clases en ninguna escuela oficial. Suleymán cargaba hasta entonces la cruz de su conversión con entusiasmo y decisión serenos. Era profesor de geografía en una escuela de franciscanos que funcionaba ese año todavía en Ammán. Pero eso le bastaba para ser feliz. Creyente, practicante de una religión que es vista como adversaria por su propia familia, Suleymán convence –nos dijo uno de sus vecinos– porque es pobre y renuncia a los privilegios que podría tener un ex-alumno de Al-Ahzar. Bastaría una palabra para que lo hicieran sheik, autoridad religioso-civil, una palabra que Suleymán no ha dicho: ¿por qué?...

s/f
Mérida, Yucatán

MERCADER DE LA MUERTE

Venecia acaba siempre por aniquilar su propio mito. Ella rebasa todas sus descripciones. Hasta su decadencia pestilente a marisma, en el moho que invade a sus esplendores marchitos y en la inmundicia que emponzoña sus canales hay cierta gracia en sus capítulos más estatizantes, es cinematografía veneciana. Es el cine de lo inexorable, de lo fatal, de lo que muere, lúcida y grandiosamente, como ese príncipe siciliano de *El Gatopardo*, tan fiel a la novela de Lampedusa. Como la *Muerte en Venecia*, basada en la obra de Thomas Mann.

Callejeando por Venecia sin rumbo fijo, con el deseo de encontrar una sorpresa en cada recoveco, se descubre a la ciudad. Y lo primero que uno se pregunta, con sólo ver a los venecianos, es por lo que ellos pensarán de los miles de seres azorados que están allí por unos momentos y que nunca integrarán lo maravilloso a la cotidianidad. Y las reflexiones las interrumpe el aleteo de un millón de palomas en la Plaza de San Marcos.

Teníamos el problema de buscar habitación barata y los resolvimos en un callejonzuelo estrecho con guirnaldas de ropa recién lavada. Corrimos el riesgo de comer mariscos del Mediterráneo, posiblemente hermanos o primos de los que ocasionaron la última epidemia de cólera en Nápoles. Y allí, en la trattoria, alguien entendió lo que hablábamos en español y nos mandó una jarra de vino a la mesa.

Era un hombre con aspecto grisáceo, burocrático. Un poco taciturno, pero desesperado por hablar en castellano. Lo hablaba bien con apenas insinuado acento lombardo de eses muy espesas y erres un tanto guturales. Nos dijo que México era un país “lindo” y que había estado en los Juegos olímpicos de 1968 (lástima que mataran a esos estudiantes, murmuró como temiendo a herir alguna sensibilidad patriótica).

Su mujer fue latinoamericana, según nos contó, y murió en algún país de América hispano parlante, por allí, en un sitio en el que el frío era una especie extinguida y los mosquitos una plaga cotidiana e indestructible. Su tono era triste, como despreocupado o tal vez despectivo.

Trataba a los meseros con un desdén notable, pero seguramente llevaba días comiendo en ese lugar y los servidores conocían –como nosotros conocimos luego– de la generosidad de sus propinas. Nos aseguró sin presunción que era rico. Pero añadió enseguida que a su edad no tenía la menor importancia serlo. Ya para qué, repetía. El dinero nos llega cuando nos es inútil, exclamó en un murmullo medio ronco.

Su ropa no era ostentosa sino todo lo contrario. Pantalón color usado, corbata fuera de moda, zapatos gastados sin llegar a maltrechos y camisa de paño añoso. Preguntarle dónde y cómo había amasado su riqueza era un desafío que afrontamos sin falsos pudores.

–Trabajo para la Cruz Roja...–

–¿...? (la pregunta se las hicimos con los ojos).

–Soy agente de una fábrica de armas–, respondió con cinismo desgarrador y doloroso, ayudado por una mueca indescriptible.

–Las vendo en todo el mundo. En el este, en el oeste. Por cuenta de tiros y troyanos. Vendo heridos. Por eso les digo que trabajo para la Cruz Roja. No sólo por eso, en realidad he sido representante de una factoría suiza, de allí de donde es la Cruz Roja. Pero también las he comercializado por cuenta de otros–.

–Pero ¿no está prohibida la venta de armas?–

–Ustedes los jóvenes tienen derecho a ser ingeniosos. Miren, Suiza prohíbe que se vendan armas a países que están en guerra o en zonas “calientes”. Y si no son los suizos quienes dan las armas las dan los franceses, o los checos, o los españoles, los belgas o mis compatriotas... ¿No ha oído hablar de las pistolas Beretta? Se hacen aquí cerca, creo que en Brescia... Sí, en esa región que ha dado hasta pontífices a la iglesia...–

Venecia exhaló su vaho putrefacto. Habían pasado ya varias horas y, al caer de las sombras, la fetidez llegó a su clímax, como en nuestra conversación. El mercader de la muerte seguía impertérrito su lección de realismo pragmático.

–Miren, si Israel está en guerra, no es necesario mandar armas a Israel. O mejor dicho, se mandan a Israel directamente pero se facturan a algún militar digamos boliviano, que recibe su parte y él –en el papel– las envía allá. Así los suizos o los franceses, o los checos o cualquier otro ya cumplió con las formas. En el papel, amigo, está el boliviano o el africano o el asiático y todos ganamos en la operación...

Sentimos que el vino del mercader se volvía pastoso, que se coagulaba como si fuera sangre en nuestros intestinos. Era un vino pagado con dinero, que más que cualquier otro, era estiércol de Satanás, como dijera algún jesuita. La charla se hacía de un tono insoportable. El impacto de la barbarie era tal que nulificaba toda capacidad de reacción de respuesta. Y de esa admiración no germinaba, como querían los griegos, ninguna filosofía. Sólo una amargura muda. Muda como un campo árido y sin eco. Terrible como el contacto con el mal concreto, con la maldad total.

Salimos de la trattoria casi sin despedirnos de nuestro interlocutor. El mundo estaba en descomposición. Venecia moribunda era imagen y símbolo de esa disgregación ontológica, de ese vacío de ser que, en la historia, se llama muerte. Hasta el Palacio Ducal olía a Apocalipsis. Las góndolas se antojaban gusanos sobre el cadáver líquido del agua. Porque se trataba de la muerte de algo que ya no tenía alma. Una especie de triple negación.

Y, sin embargo, el mercader de la muerte era un hombre como todos.

Un hombre al que le gustaba el vino fresco y los mariscos baratos de Venecia. Que había venido a la ciudad para descansar de su trabajo. Un hombre que había amado a su mujer, que quería a sus hijos y que compraría dos o tres chucherías para sus nietos.

Un hombre con sus aficiones y manías.

Pero en él había algo. Una cierta disminución de lo humano que nos afrenta a todos. Una herida en el cuerpo de la humanidad que nos duele a todos. Una gangrena que no deja sin peligro a hombre alguno. Porque, en algún modo difícilmente explicable, hay momentos de la vida en los que cada hombre comercia con armas, negocia con el odio, cede al mal, abre el postigo a la muerte.

El agua inmunda de Venecia lamió todas las horas de la noche de ese día. Una oscuridad larga. Porque el tiempo de la noche, dice Borges, es abundante. Y porque sólo en la noche se percibe lo necesario de la luz.

*Mérida, Yucatán
agosto de 1976*

EMBAJADORA DE MÉXICO: ROSARIO CASTELLANOS

De Jerusalén a Tel Aviv la carretera parece extraída del paisaje europeo. Y es que en Israel los cerebros científicos, técnicos y militares tienen sus raíces en el Viejo continente. A la orilla de la ruta, recuerdos de batallas modernas, de las caravanas de vehículos blindados que debían avituallar a la población de la Ciudad Santa en los días de 1948, cuando Israel era un proyecto socialista en la mente de un puñado de hombres decididos, quienes tal vez no pensaron nunca que su determinación afectaría a otros hombres de raza semítica, los palestinos.

A las oficinas de la Embajada de México se entraba entonces por la cocina, quién sabe por qué. Allí, más allá de la estufa del fregadero, encontramos a Rosario Castellanos que fungía “como secretaria, edecán, cocinera, chofer y jefe de la delegación diplomática de nuestro país en Israel”. La sede está en Tel Aviv porque México no quiere dar –o para aquel entonces no quería– calidad de capital hebrea a Jerusalén.

Con jovialidad y sin protocolo, nuestra embajadora nos hizo pasar mientras abría la valija diplomática del día. Al llegar a la sala de estar, nos ofreció asiento y sacó del maletín oficial periódicos con fechas espaciadísimas: uno del 2, otro del 9, otro más del 19 y otros dos del 27 del mismo mes, más dos o tres del mes siguiente. Rosario Castellanos pidió excusas y nos dijo: “para definir esto con una palabra técnica, tendría que decir que es un des...”

Después hicimos cita para pasar con ella un día entero en la residencia oficial, que está en Haifa, a orillas del Mediterráneo.

El día comenzó a las 11 de la mañana. La espaciosa casa estaba adornada con copias de joyas mixteco-zapotecas y en un atril, abierta en los salmos, había una Biblia. Rosario nos contó que tenía un ayudante hebreo que hablaba el sefardí, es decir, el español lejanísimo de los judíos de Castilla que suena a Cid Campeador y a romances de reconquista. Aludió luego que el Gobierno que representaba le había enviado una vajilla de barro de Tlaquepaque, tan mal embalada, que llegó hecha añicos, sólo sobrevivió una taza. Así que “contra la línea nacionalista actual debo seguir usando la vieja vajilla francesa”, concluyó la señora.

De ella sólo sabíamos que era escritora y que formaba parte de ese grupo árbitro de las elegancias artísticas mexicanas conocido con el apelativo de “la mafia”. Rosario se defendió de la acusación alegando que en su caso no era tan “mafiosa” la novelista y poetisa como el club de amigos al que pertenecía.

–Bueno, pues parece que Echeverría quiere gobernar con los intelectuales sin jinetear a los intelectuales, porque él me nombró. Como a mi me gusta la cultura hebrea y la literatura de este pueblo, acepté, porque el puesto es como una beca. ¿Cree usted que un embajador de México en Israel está muerto de trabajo? Ni lo sueñe. Hay cosillas que hacer, políticos que recibir, paisanos que sacar del “bote” por escandalosos o borrachos y recepciones a las que hay que concurrir, pero eso es todo. Perdonando estas limitaciones, uno estudia, lee y yo doy clases de literatura hispanoamericana en la universidad. También escribo artículos periodísticos y teatro por el momento–.

–¿Ningún problema para dejar nuestro país?–

– Si, yo no tenía trajes regionales y la esposa del señor Presidente me preguntó por ellos. Para salir del paso le dije que tenía algunos y ella me pidió que se los llevara para que los viera y decidiera si eran o no eran dignos.

Mi desesperación fue terrible, pero recordé que tenía una amiga bailarina de folklórico, que trajo los suyos a mi casa. Eran una positiva desgracia y con ellos me fui a pasar revista. Evidentemente, no fueron aprobados, pero a cambio me regalaron tres, con la casi orden de lucirlos en las recepciones diplomáticas–.

–¿Y los ha lucido?–

–Desde el primer momento yo aclaré que con lo fea y desgarrada que soy, me encontraba en la imposibilidad de lucir cualquier cosa, y aseguré me negaba a ello. Los exhibiría con gusto, dije, pero ir disfrazada a recepciones diplomáticas no me entusiasmaba nada. Así que ahí los tengo colgados para que todo el mundo los vea, pero no me los pongo para no perjudicarles la imagen–.

–Sus experiencias en Israel...–

–Innumerables y simpatiquísimas. El empleado del telégrafo sabe también la “la clave secreta” de nuestros mensajes cifrados para Relaciones Exteriores, que es el que me los traduce, porque yo no sólo no entiendo una jota de criptografía sino que se me antoja un tanto ridícula. En estos medios no hay secreto posible y menos si los mensajes se ponen en la ventanilla pública. Eso sí, nos acaban de poner un télex en la embajada pero, qué quiere, todavía no funciona ni de aquí para allá ni de allá para acá. Pasamos a la mesa. Entró Gabriel, hijo de Rosario y de un hombre que se casó con ella convencido de la poligamia, en tanto que nuestra anfitriona era decididamente monógama, según ella misma explicó; luego nos aseguró que creía en la liberación femenina hasta el momento en que tenía que subir el cierre dorsal de sus vestidos y nos explicó que en Israel los niños no jugaban a los soldaditos porque allí la guerra se tomaba demasiado en serio. “Es un país en alerta permanente”, dijo, “y no sé cuanto tiempo es posible resistir sin enloquecerse en esta tensión”–, añadió.

Los cubiertos eran de plata con el escudo nacional grabado. La comida impecable. Una mujer de Oaxaca –fiel compañera de Rosario Castellanos– servía la mesa y hacía las compras, “pese a que, como es lógico no entiende una palabra en hebreo que, para acabarla de amolar, es un idioma que se escribe al revés”.

–Felizmente estamos en una comida privada. Para las recepciones oficiales, dos rabinos vienen antes y huelen y prueban todo lo que se come para cerciorarse de que no sea impuro. Es bastante desagradable, pero qué vamos a hacer. Casa quien puede tener las manías que guste. Para unos es la carne *kosher* para otros el agua de Chía. Por cierto, no se que está pasando en México –continuó la embajadora– pues los intelectuales que antes criticaron al gobierno no han dicho nada de lo del 10 de junio–.

–Es que son embajadores señora–.

–Así es muchacho, así es–.

El café se sirvió en la sala. Conversadora amena e infatigable, Rosario Castellanos nos narró sus peripecias para colgar el escudo mexicano en la marquesina de su casa y su frustración al descender 5 minutos antes del inicio de una recepción y darse cuenta de que el águila estaba con la cabeza hacia el suelo.

–Me acordé de los versos que decían los trasnochados cuando se cambió el águila imperial por la republicana. Alguien me los hizo aprender en mi nativa, provinciana, aristocrática y esclavista Chiapas: “Águila de pabellón, ¿por qué estás de pico bajo?”–

“Porque a esta pobre nación ya se la llevó el c...”. Y Rosario Castellanos reía de sus irreverencias, inauditas en labios de una embajadora. La tarde empezó a caer, “sin hacerse daño”, sobre el Mediterráneo espléndido. Tampoco se ahogaba en el agua del mar, pintada de crepúsculo. Se hizo noche, caminamos hasta encontrar un taxi que nos llevara a Jerusalén. Rosario Castellanos se despidió de nosotros con una sonrisa muy amplia y muy maliciosa.

Nunca pudimos haber imaginado que era la última vez que la veíamos. Rosario dejó de sonreír, de conversar, de bromear y de soñar en Balún-Canán chiapaneco por obra y gracia de una descarga eléctrica que, según dicen, la abatió en la casa de Haifa.

El auto nos llevó a una velocidad insospechada y temible hasta la Ciudad Santa. La embajadora de México nos había regalado una jornada que para nosotros fue –sin saberlo– la última.

*Mérida, Yucatán
agosto de 1976*

HENRI DE LUBAC, UN TEÓLOGO DE LA IGLESIA

Henri De Lubac cumplió 80 años y hace más de 50 que escribe, enseña, cree y piensa. Erudito como pocos, este jesuita es uno de los teólogos que hicieron posibles los avances de la actitud católica, antes y después del Concilio Vaticano II. Su producción no sólo es amplia sino variadísima. Lo mismo emprende la exégesis de un socialista como Proudhon que va en busca de los pergaminos medievales, de fragmentos de los más antiguos escritores y pensadores de la iglesia. 80 años de gambusino los del padre De Lubac.

Toda su obra es audacia. No en balde es suya la frase de que “el temor de los errores no debe impedir jamás ir en búsqueda de la verdad”. Los errores por timidez no son los suyos, pero tampoco las aseveraciones irresponsables. Modesto y casi taciturno, H. De Lubac ha huido siempre de los entrevistadores. Pero no ha soslayado jamás sus responsabilidades combatientes con el invasor nazi en la clandestinidad, lleva en su propia carne la marca de las heridas que recibió en la guerra. Su estilo es interesante, por completo y sugerente. Cada libro es un arsenal de citas y aparato crítico. De Lubac aborda un tema haciendo preguntas, innumerables preguntas, como si viera las cosas con un ojo de diamante polifacético. Un libro suyo se llama precisamente *Paradojas cristianas* y en él pueden leerse frases como ésta: “No hay peor blasfemia contra la verdad que rendirle culto al mismo tiempo que se rehúsa admitir que, una vez encontrada, hay que seguirla buscando”. A veces se antoja que no hay nada de él en sus obras y que éstas son tan sólo una bien hilvanada recopilación de citas ajenas.

Pero afirmar tal cosa equivaldría a ignorar la sensibilidad del autor hacia los más vivos problemas que han sacudido a su mundo.

Particularmente atento ha sido siempre De Lubac a los interrogantes que le son contemporáneos. Basta ver, por ejemplo, la decisión y la agudeza con que ha estudiado a todos los autores más importantes del humanismo ateo, humanismo al que ha calificado de dramático.

Feuerbach, Dostoievski, Nietzsche y otros pasan por su mirada analítica. Y, más que la mirada, quizá lo más importante sea la actitud con que mira. De Lubac

piensa en las causas del ateísmo contemporáneo sin exacerbaciones apologéticas, con apertura de espíritu. Su honestidad le lleva a preguntarse si ese humanismo ateo que necesita negar a Dios para afirmar al hombre que no tiene, al menos en parte, su origen en el hecho que los cristianos del siglo XX no han sido plenamente testigos y testimonio de las bienaventuranzas.

Pero en el fondo de sus esfuerzos está la afirmación, el conocimiento, la búsqueda de Dios. Para De Lubac el hombre auténtico es el “hombre ante Dios”. Además este teólogo que en un tiempo fue perseguido dentro de la misma iglesia por sus audacias, es un ejemplo de fidelidad a la misma iglesia. Baste recordar su obra *La Iglesia en la crisis actual* para darse cuenta. De Lubac, después de ser uno de los más decididos impulsores del espíritu de *aggiornamento*, sale a la palestra para combatir al masoquismo de la crítica insana, de la culpabilización patológica de los católicos. Y muestra claramente el color: el teólogo, dice, debe dejar la paz de sus investigaciones cuando ve atacada a la iglesia, de la cual ha recibido todo. E increpa a los hipercríticos estériles y amagados: ¿habrán pensado si la iglesia no tiene más para reclamarle a ellos, que lo que éstos pueden reprochar a ella?

Dos pensadores franceses ocuparon en alguna ocasión –o en muchas– la atención de Henri De Lubac: Pierre-Joseph Proudhon y Pierre Teilhard de Chardin. Este último fue su amigo y confidente y ambos percibieron como sacerdotes dedicados al estudio del problema de los sin Dios y el de los desafíos de la inteligencia contemporánea a los católicos.

Teilhard y De Lubac revalorizaron lo humano. Ambos quieren evitar cualquier deserción del mundo y toda fuga hacia cualquier torre de marfil. Uno y otro intentan superar el problema de la tajante división alma-cuerpo heredada del helenismo maniqueo y del racionalismo cartesiano. De Lubac analizó más tarde la obra de Teilhard y la calificó de “esfuerzo grandioso” por suprimir la brecha multisecular entre fe y razón. Además publicó un libro intitulado *La oración del Padre Teilhard* en el que descubre para el lector asombrado los secretos del alma teilhardiana: espiritualidad, vida de fe, orientación apostólica de aquel gran hombre de síntesis tan poco entendido. De Lubac defiende a la persona pero deja caminos abiertos para enjuiciar la obra: “La fe de Teilhard, escribe, fue íntima, ardiente, firmísima. Puede parecer que fue más allá de algunas posiciones comunes de la iglesia. Pero él jamás se hubiera permitido quedarse más acá”.

En el caso de Proudhon, la tarea es más complicada. Se trata del autor de un par de frases que han escandalizado y escandalizan a muchos: “La propiedad es el robo” y “Dios es el mal”. De Lubac, en una obra plena de simpatía –*Proudhon y el cristianismo*–, demuestra las razones históricas del gran revolucionario francés para emitir semejantes exabruptos. Y descubre, en una carta de Proudhon mismo, que no se trata de transformar en un crimen la fe de Dios ni de abolir la propiedad, sino acabar con una organización social y política en la que la explotación del trabajo de los más era práctica común, y en la que se invocaba el nombre de Dios y del altar. De Lubac muestra como Proudhon es un hombre de Dios, es un hombre que no pudiendo negar a Dios, le declara la guerra en nombre de la justicia. Y acaba diciendo que Proudhon adora al absoluto bajo forma de justicia.

De Lubac no forma filas con la nobleza francesa nostálgica de privilegios. Por el contrario, abre camino a un pensamiento cristiano que asuma las grandes tradiciones de lucha nacional por la justicia.

Es De Lubac quien ha hecho ver que Proudhon muestra a la propiedad como robo, y, al mismo tiempo, como libertad. La pura propiedad, el Estado, ahoga a su antojo a los ciudadanos. Todo exceso de propiedad va contra la justicia.

Pero la falta absoluta de propiedad acaba con la libertad. Faltaría decir algunas palabras sobre la obra teológica de este escritor multifacético que cumplió 80 años. Él mismo asegura que ha permanecido siempre en las fronteras de la teología propiamente dicha y se ha ocupado sobre todo de la historia de la teología. Todo su esfuerzo está encaminado a mostrar las relaciones entre la iglesia y el mundo, pero al mismo tiempo, jamás llega a creer que la ruina de los gobiernos temporales sea una catástrofe cósmica, como lo estimaban algunos espíritus impresionados por la grandeza romana. No se puede defender, dice De Lubac, a la vieja cristiandad. La iglesia es para el mundo, pero no es dependiente de las vicisitudes de quienes gobiernan el mundo. La iglesia sólo tiene por roca la fe en Jesucristo. Tal vez sea ésta una de las mejores afirmaciones del P. De Lubac: “El mensaje que la iglesia predica y la vida que debe propagar no son nunca solidarios ni de un régimen político, ni de una situación social, ni de una forma determinada de civilización”.

De Lubac sabe lo que tiene entre manos. Y hace suya la consigna agustiniana de presumir sin soberbia de la verdad que se tiene en depósito. No quiere instalarse

en la Iglesia; no quiere confundirla consigo sino confundirse en ella. Y critica sin denigrar ni complacerse en rascar las llagas. Porque cuando habla de los defectos de la iglesia no lo hace desde afuera sino que se siente concernido, ofendido y señalado por su propia crítica. No busca con ello un triunfo personal.

Henri De Lubac ha enseñado siempre que “en su aparente bajeza, la iglesia es el sacramento, es decir, la señal verídica y eficaz de las profundidades de Dios”. Y por eso uno de los lugares preferidos de su teología es la iglesia, es decir, ese “allí” donde Dios espera que nos comprometamos libremente: una iglesia que no inventamos nosotros sino que nos es dada como institución y como misión.

*Mérida, Yucatán
julio de 1976*

WAGNER SIN MITOS

El propósito era obvio. El tono lo dijo el propio presidente de Alemania, Walter Scheel, en el discurso del centenario del teatro y de los festivales wagnerianos de Bayreuth. Se trataba de reconciliar la música de Richard Wagner con la democracia, pese a la nieta del gran compositor Winifer Wagner, quien todavía dijo el año pasado que si Adolfo Hitler tocara a su puerta saldría entusiasta a abrirle. “Para mí –dijo el presidente de Alemania– este teatro no es ni un templo sagrado, ni el reino del anticristo. Es un recinto especializado en música de Wagner”. Punto y aparte. El músico quedaba así separado de la veneración que el dictador alemán sintiera por esas partituras y al mismo tiempo, se despojaba a Wagner de toda marca mítico-religiosa. “Un compositor de óperas es mucho, señaló Walter Scheel, pero no es el centro espiritual del universo”.

Desacralizado políticamente –lo cual en Alemania es mucho más serio de los que podamos imaginar–, se podía ya entregar a Wagner a un equipo de franceses para que reinventara la célebre tetralogía. El demonio latino se paseó por las calles teutónicas de Bayreuth y limpió poco a poco de wagneromanía el ambiente.

Pero, como pasa con todo exorcismo, el intento recibió algunos chiflados y el sagrado ámbito de las leyendas, tradiciones y mitos germánicos se conmovió.

¿Qué hicieron los franceses? Al decir de la prensa europea, un intento por demostrar que Wagner no es propiedad de nadie y un esfuerzo por comprobar que si en música no se renuevan ciertas cosas, es por pereza pura y simple.

Pierre Ovules, connotado músico galo a cuyo cargo estuvo la dirección de coros y orquestas, declaró a quien quiso oírlo que la música de Wagner tiene una parte estable y otra pasajera.

El tiempo fuerte de las óperas wagnerianas, dijo, es su música (“que hizo época”) y su elemento transitorio es el lado teatral de la ópera, que siempre dependerá del contexto que la obra germina (“es de la época”). El valor de la puesta en escena francesa radicó, pues, según el director musical, en que condujo al público a descubrir el carácter pasajero, evanescente, de toda convención. Por ello señalaron

los cronistas que esta desacralización de Wagner produjo “vociferaciones de horror y de entusiasmo”, lo mismo que “silencio estupefacto”. Pero, de cualquier manera, parece que se ha inaugurado una nueva era.

¿Cómo lo hicieron? Con una serie de positivos escándalos. En primer término, confiaron la dirección general de la tetralogía a un hombre de teatro –Patrice Chereau– y de teatro moderno. Chereau negó todas las convenciones de la parte violable de la obra. Suprimió los revuelos de la mítica teutónica, laicizó a los dioses paganos (que después de todo no son dioses) y, en una palabra transportó el libreto a la Alemania industrial del siglo XIX. Lo sacó de la intemporal penumbra del olimpo germánico y lo ubicó en un tiempo que, curiosamente, es tiempo wagneriano. Se acabaron así lanzas y cascos alados. Quedó fuera de la “Colonia Santa” de Bayreuth la ensalada militar-musical.

La tetralogía conocida como *El anillo de los Nibelungos* consta de cuatro partes, como tiene a bien indicarlo su primer nombre. *El oro de Rin*, *La Walkiria*, *Sigfrido* y *El crepúsculo de los dioses*. Patrice Chereau y Pierre Ovules pusieron la obra en cuatro tardes de casi cuatro horas cada una, tuvieron al auditorio en vilo, tomaron el pensamiento wagneriano poblado de epopeyas nórdicas, deidades maniatadas belicosas vírgenes, grotescos gnomos e imbéciles gigantes, y los vertieron en múltiples casos.

Desafiaron a Wagner sin prejuicios wagnerianos (menos difícil para ellos que para sus colegas alemanes) e hicieron de la partitura una música audible en un nivel, visible en varios e interpretable en muchos.

Todo ello gracias, por supuesto, a otros dos miembros del equipo, ambos asimismo franceses: Richard Peduzzi –escenógrafo– y Jaques Schmidt, responsable del vestuario. Las cabañas se transformaron en comedores de fábrica; la forja de Wotan en una máquina de reparar espadas; el pájaro cuyo canto debe guiar hacia el tesoro y hacia Brunilda en una especie de radio de transistores. Pero no dejó de haber dragones, llamas, vapores y filtros de amor. Y así la tetralogía pudo leerse en varios registros, resultó transfigurada y se hizo elocuencia, originalidad y profecía, al decir de Maurice Fleuret, quien estuvo allá.

Cabe decir que no es el primer intento de reinventar a Wagner. Las enciclopedias

modernas de música señalan que, cuando menos, hubo antes el de Heising en Munich; el de Melchinger en Kassel; el de Herz en Leipzig; el de Friederichs en Londres y el de Ronconi en Milán. La cuestión es que en todos esos casos se buscó cierto rigor y cierta coherencia por medio de la transposición absoluta del libreto.

El equipo francés –creando con ello una especie de “Wagner para antiwagnerianos”– logró traducir la obra en una diversidad de planos. La música invariable. El movimiento de los ropajes, el todo escénico fluyente como el río de Heráclito.

Una especie de explicación del cambio y la permanencia. Esta unidad en lo diverso dotó de riquezas insólitas a la interpretación que, pese a algunos defectos que todos los críticos han señalado, marca un paso decisivo en los festivales de Bayreuth y en la ejecución de las óperas de Wagner. El centenario de las fiestas musicales sirvió, pues, de mucho.

Sin embargo, en la intención de compositor estaba el hacer de “su” festival un encuentro democrático, popular, juvenil. Algo que sacara a la música de los santuarios de una elite que no iba a escuchar sino a verse así misma en los palcos.

¿Hasta qué punto se logró cumplir el deseo de Wagner? Resulta difícil establecerlo.

En primer lugar, entre el público de centenario había aún muchos de los que gozaron “de las delicias wagnerianas en compañía del Führer”. En segundo término, los wagnerianos que hacen la peregrinación cíclica a la “sagrada colonia” difícilmente toleran la innovación. En tercer lugar, la juventud que podría sintonizar con el elemento transitorio de la tetralogía “a la francesa” estuvo ausente de Bayreuth y el festival mismo impone ciertos gestos y actitudes semilitúrgicos que más bien repugnan a las nuevas generaciones.

Si la reconciliación de Wagner con la democracia se logró este año en las tablas, resulta urgente que en adelante se obtenga en las butacas. Democratización que no es vulgarización sino accesibilidad. La audiencia del equipo Chereau, Boulez, Peduzzi, Schmidt, deberá tener eco en los organizadores para que Wagner quede limpio en los sentidos de quienes lo admiren porque él, como señalara el presidente de Alemania,

“no tiene nada que ver con la admiración que Hitler le profesaba. Hitler amaba también las montañas”.

Y de este efecto no hay deducción política posible, sería absurdo decir que quien ama a las montañas es un nazi, y lo sería doblemente el tachar de hitlerianas a las cumbres.

En fin, como lo señalara Pierre Ovules –reconociendo a los méritos que en esa evolución ha tenido Wieland Wagner, nieto del compositor– hoy día es posible cambiar las convenciones escenográficas y coreográficas de las óperas wagnerianas. Y, mientras las cosas se miren con mayor distancia, “la diferencia entre la anécdota y lo permanente se reconocerá mejor”.

En este camino, no hay paso mejor que el de volver inofensivos a los dioses, tarea que los franceses han vuelto suya desde hace tiempo y a la que se consagran con un entusiasmo a veces blasfematorio o sacrílego, pero siempre fecundo.

En el fondo, como escribió Sylvie de Nussac, la creación del equipo francés en Bayreuth molestó a la vieja guardia wagneriana quizá porque fue “extraordinariamente fiel a Wagner mismo”. No hay nada más acorde con el espíritu del maestro que afrontar una partitura de ópera sin prejuicios y, por supuesto, con algunos gramos de pasión iconoclasta.

*Mérida, Yucatán
agosto de 1976*

EN CUNA DEL CAPITALISMO

Domingo por la mañana, estación de Paddington. Suciedad en los andenes, en las vías. Las esperanza de encontrar un inglés típico desemboca en frustración: los últimos ejemplares del arquetipo reposan en el celuloide disfrazados de David Niven o en las novelas Agatha Christie a punto de ser muertos o matar.

Aún no llega el tren que irá a Oxford y todo parece indicar que el imperio ya se hundió.

La metáfora marinera no es casual. El león británico fue, por excelencia, león marino y sus armas fueron pañuelo de arboladuras: Paddington, playa en bajamar. La resaca deja desnudas las arenas pobladas de botellas a medio romper y latas a medio herrumbras.

En el visible fondo hay vestigios de cada naufragio y los sobrevivientes de la parsimoniosa catástrofe se aferran a Londres y la cosmopolitizan. Todas las razas y todos los colores y todas las vestimentas se anudan en la estación y en sus aldeanos.

Agoniza el inglés en gargantas y labios que se hicieron para otros sonidos. Se conserva en esos museos de la “britaneidad” que son las universidades de abolengo.

Nigerianos, hindúes, chinos y antillanos copian a veces la imagen de los ingleses que pintaron los ingleses. Sombra de sombra, diría Platón interclasistas, los jeans realizan la profecía de Marx que no se cumplió en la patria de la industrialización. El cadáver del profeta yace en un cementerio de Londres, en donde la muerte consume un ecumenismo por omisión. La mezclilla es el laborismo que a su vez es una especie de poder obrero con libertad. Siempre mejor que la camisa obligatoria a la Mao, o que la camisa de fuerza a la rusa. Sin las formas de la libertad, ésta se vuelve pura forma viva la libertad formal.

Temor incierto en los vagones que llevan a Oxford. Puede haber bultos sospechosos que, si los olvido allí, el proscrito Ejército Republicano Irlandés –IRA

para los amigos— es posible que exploten. “No se alarme”, advierten los carteles. Obedecemos. Los domingos por la mañana la tregua parece táctica o la flama limitada. Es preferible fijarse en los asientos cuyo estado es una amenaza de pulgas. Los vidrios de las ventanillas perdieron su transparencia hace tiempo. La remilgosa pulcritud del mítico Phileas Fogg es *past tense*. Acabar con la monarquía no equivale a democratizar el uso del jabón, si es que alguna vez la espuma fue aristocrática. O quizá la limpieza es, en estos tiempos de crisis económica, lujo superfluo.

Los forros fueron alguna vez telas con dibujo escocés. Hoy los parches indican el número de pasajeros que puede ocupar cada asiento y el sitio exacto para cada uno de ellos. Las cortinas ya llegaron a la identificación total en materia de colorido. La madera de los brazos se encuentra debastada. Lo que impresiona es percatarse de que aquí hubo riqueza y la reflexión confiere al cuadro la categoría de retrato —físico y metafísico— de la decadencia.

El público británico y sobre todo el londinense toman la cosa con calma. Les importa más el hecho de que en Londres ya no amague el veneno del *smog*.

Ya en la Edad Media, Juan de Salisbury afirmaba lo útil de las discusiones acerca de lo inexorable. Si la agonía no se puede detener, no vale la pena amargarla a convulsiones. Este país es la negación del Apocalipsis. Oxford es uno de los aparatos digestivos del Medioevo. Allí la escuela franciscana hizo aristotélica y platónica a Europa. En Oxford se tradujo la *Ética* del estagirita y se asumió la mística del ateniense. Experiencia, científicidad, iluminación, idealismo, lógica e inspiración. Los ingleses son buenos ingenieros y magníficos espiritistas. En cualquier caso, no hay porqué multiplicar los entes sin necesidad para ser fieles a Guillermo de Ockham. ¿De dónde salió la tragedia?

Por las calles de la ciudad vaga en procesión misteriosa la serie de argumentos a favor de la tolerancia esgrimidos por Tollan y por el liberal Locke, Azuzada por las mordidas del Leviatán de Hobbes y por la obcecación mártir de Tomás Moro. Si creer que la verdad existe lleva a perder la cabeza, el problema no es utópico.

Ciudad universitaria por antonomasia, Oxford tiene virtudes evocatrices y

sintetizantes. Bertrand Russell y Hercules Parrot se saludan en los corredores de los colleges: Brasenose, All Souls, Nuffield, St. Mary the Virgin...

Cada claustro –recolecto y austero, pero laico– invitaba al estudio. De aquí salió la Inglaterra de las películas. Las hermandades de los regimientos de Indias: *Fear god. Love the Brotherhood, honor the King*. Los soldados que murieron creyendo que colonizar era salvar, eran hombres de lemas y símbolos: “Teme a Dios. Ama a la hermandad, honra al rey”. El tiempo lo carcome todo. Apenas ayer, en Buckingham, el cambio de guardia se hizo al ritmo marcial de una bien arreglada melodía de los Beatles: “Submarino Amarillo”. Oxford era, los Beatles fueron, los reyes quizá serán, el cambio de la guardia es. Los remeros oxonienses se preparan en el río para la regata anual en el Támesis contra sus rivales de siempre, los de Cambridge. Regreso a Paddington. Un vagón abarrotado de hindúes y es de paquistaníes ofrece la oportunidad de constar la tangibilidad de los turbantes, lo indescifrable de la escritura malabar y lo universal afirmativo de los pasaportes del Gobierno de su Majestad. Británicos por pasaporte, estos ex-súbditos resultarían fuera de tiempo y de lugar en Oxford: anacrónicos y utópicos. En el tren, sudados y somnolientos, se hacen comunes en el *a fortiori* de la convivencia itinerante. Sin imperio, distinguirse es imposible. Sobre todo con lo caros que están ahora los Rolls Royce.

Anotación súbita. Tal vez aquí en donde hubo limpieza, riqueza y destellos se está viendo nacer una nueva manera de vivir. ¿Para qué lo superfluo, si basta lo necesario? Sería preciso definir lo necesario. Sobre todo en términos de ética que hagan posible un nuevo obrar político, los límites de la política son éticos para evitar que lo político se mesure en términos de pura eficacia. Sin ética la política es una serpiente que muerde la cola. La *polis* no puede ser una máquina autónoma con movimiento inmanente. Tiene que haber ética, tiene que haber algo más que política. Es necesario trascender la política.

Esta sospecha recibe su confirmación en la sala custodia de las joyas de la corona. Entre éstas percibimos una endiamantada “Espada de la Justicia Temporal”. Entre británicos la justicia que administra el poder público es justicia terrena, humana. No un juicio definitivo. El rey puede ser hasta jefe de la iglesia, pero no es Dios. La política no define la justicia. Ni Dios ni la historia andan en la corona ni en quien la

porta. Así no son posibles las herejías ni las inquisiciones en la sociedad civil, a la que se pertenece por naturaleza y no por elección.

Decir “joyas de la corona” es hablar de rapiñas de conquistadores. De injusticias irreparables. A escala planetaria, amplia como amplios fueron los mares en que ondearan los estudiantes de Su Majestad. Si perdonamos a Mao, la conclusión brota sola. Pero no debe volver a suceder. “Joyas de la corona” es sinónimo de “Torre de Londres”, edificios que envuelven en sangre todo lo que abrigan. Historia, muestra de la vida. ¿Por qué se repite hasta el infinito la violencia?

En la fortaleza-prisión que protege las joyas impresionan los cuervos sin alas. Bien alimentados, tranquilos en el domingo estomacal, gordos. Pero al mismo tiempo estériles, incapaces de reproducirse.

Cuervos esclavos que comen porque son puros y porque aceptan –digámoslo así– no volar más. A los países pobres se les pide lo mismo. No multiplicarse para poder engordar.

Infecundidad ventral. Cada vez que un cuervo muere, es preciso comprar un suplente para evitar que su ausencia total haga posible la leyenda. Sin cuervos se caería la torre y con ella Londres. Descubrimos la trampa de las sociedades opulentas como el lobo, “para vivir, tienen que matar”. Control natal, aborto, eutanasia... No es posible que el desarrollo de la vida se edifique arrasando la vida misma.

Pero Francis Drake fue condecorado y Beckett asesinado, y en una guía de la ciudad, en vez de mostrarnos el sitio en que viviera el gran Newman, nos señala las vitrinas de Harrods...

A pesar de todo, en la catedral de Westminster es posible leer un escudo familiar la divisa: *Otium cum dignitate*. Está sobre la tumba de Charles de Montaigne. Y es que en Londres se trabaja poco. Dicen los ingleses que al principio el poco trabajo es duro, pero que después uno se acostumbra y la verdad es que ir venciendo el trabajo embrutecedor es algo loable. Tal vez por ello en Londres se comienza a trabajar a las 10 de la mañana. Se hace una pausa de dos horas para comer y se interrumpen labores a las 5 de la tarde. Nadie tiene prisa en la cuna del capitalismo.

Que se desquicien otros con los ritmos locos que Inglaterra exportó. Aquí los conductores de taxi esperan a que el cliente anterior pague para autorizar al próximo que suba.

Última constatación: el pragmatismo, fantasma de Spencer. En la *City*, sede de bancos y de los mercados internacionales de productos innumerables –que nunca pasan por aquí, pero aquí se venden– hay una iglesia que sólo cierra los domingos. Y es que en la *City* no hay habitantes. Estos pasan el Día del Señor en sus casas, lejos de la zona bancaria-financiera.

Así se evitan liturgias deslucidas y no hay razón para ver a los mercaderes en el templo. Porque no hay nada más desagradable que encontrarse el templo lleno de mercaderes los domingos. Como que no es de –ni para– *gentleman*.

En fin, cuatro días no bastan para evaluar todo lo que el mundo debe a los ingleses. Por lo que toca a lo que ellos deben al mundo, ya lo están pagando. El que ose dudar, pregúntelo a la libra esterlina.

*Mérida, Yucatán
octubre de 1976*

UNA MUJER CALVA

La eficiencia de los servidores públicos suizos ha convertido los trenes helvéticos en una maquinaria nacional de precisión. La cosa es tan seria que llega uno a dudar si las salidas y llegadas de los trenes dependen de las agujas del reloj o si éstas se ponen con el paso de los convoyes.

Como todas las cosas, este rigor tiene sus ventajas y sus ventajas. Las primeras son de sobra conocidas y envidiadas. Las segundas no gozan de tanta celebridad. Pero el inconveniente principal de la regularidad es transformar en rutinario el viaje en tren. Por la Confederación Helvética circulan trenes sin sobresaltos, totalmente previsibles. Y, como los suizos no destacan por su parlanchinería, ni siquiera queda el consuelo de esas conversaciones catárticas con el desconocido compañero de asiento, a quien se confían más secretos que a la propia mujer. Total no vuelve uno a verlo.

Por todas las razones anotadas, el encuentro fue insólito. La joven llevaba entre las manos una revista española. Su mirada invitaba a la charla y el lugar frente a ella estaba vacío, como un reto al pasajero solitario. Nada hubiera sido suficiente para sacudir la atrofiada comunicabilidad del viajero si un detalle importante no hubiera atraído su atención en tu mesita: la joven era completamente calva. Calva como un escritorio metálico. Vestía con distinción sobria y portaba su calvicie con naturalidad y sin ostentación ¿“Snobismo” latino diluido en el viejo continente tan generoso en excentricidades? Falsa impresión. Era toda sencillez. No fingía intelectualidad ni exhibía afán de ser notable. Nada más –pero nada menos– carecía de cabellos.

Había librado por más de 20 años una ruda batalla contra la caída del pelo, según dijo mientras el tren salía de Bregenz, Austria, y se dirigía hacia Zurich, Suiza, bordeando por algunos minutos el lago de Constanza. Había hecho de todo: “de chica me raparon 10 o 12 veces y mi pelo jamás tomó consistencia ni grosor, afirmo, y mientras fui a la primaria me untaron en la cabeza todos los días una mezcla de alcohol con clavos de olor”.

–¿Sin resultados?–

“Ninguno, ninguno, luego llegué a la secundaria y entonces comencé a preocuparme. La sirvienta de mi casa me ofreció un remedio que ella consideraba infalible. Una especie de té de hojas de sábila con el que tenía que mojar me la cabeza y masajearme al mismo tiempo el cuero cabelludo. Seguí la receta por cuatro meses. Mi pelo siguió siendo pelusa. Es más, la escasa producción de esas finas hierbas empezó a disminuir y era justamente la época en que los muchachos comienzan a fijarse en una”, agregó. No era fea. Su rostro era bello y fino. Soporte distinguido. Vamos, ya para ese momento me había olvidado que era calva.

El tren seguía imperturbable a razón de 120 o más kilómetros por hora. Continuó la charla. “Después del fracaso de la sábila probé untarme mantequilla. Por las noches derretía unos cien gramos y se los daba a comer a la reseca piel de mi cabeza. Después me ponía una gorra de plástico para sudar. Teóricamente mis poros debían abrirse y las raíces de mis cabellos engrasarse. Fue inútil, costoso y embadurnante. La pelusa siguió siendo pelusa y el territorio sin pelo siguió ganando terreno. Ya para entonces era yo “frente amplia”.

Después de la mantequilla experimentó con un producto farmacéutico que adquirió por consejo de un cultor de belleza, quien le hizo un análisis detalladísimo de muestras de cabello radiografiadas. La recomendación la corroboró un dermatólogo. El producto no dio resultado. Los papás de María José comenzaron a desesperarse (por cierto, fue en este momento del relato que le pregunté cómo se llamaba. Imperdonable descortesía que ella disculpó con generosidad: “En mí la calvicie es tan brillante que hace olvidar el resto; mi cabeza eclipsa hasta mi nombre”, señaló con filosofía).

Más adelante probó el aceite de joroba. Luego el tuétano (no se acordaba de que huesos). En el culmen de la desesperación se aplicó acetolia, y en el clímax de la angustia decidió untarse todos los días una pasta hecha en partes iguales con aceite de oliva, aceite de almendras, dulces y ajo. “Como puedes imaginarte, olía delicioso”, aseguró riendo.

María José comprendió entonces que no le quedaba otro remedio que aceptar su calvicie sin esperanza; asumirla como tal sin rubores; presentarse sin temor a sus amigas, amigos y familiares así como era. Se rapó una vez más, compró un

sombrero y le pidió a sus angustiados papás que le regalaran unos días en el campo para meditar y tomar la decisión de afrontar, calva y sin usar peluca, la vida entera.

Sus atribulados padres la llevaron a uno de esos hotel-hacienda que ofrecen las comunidades de la ciudad y el paisaje de la campiña. Había paseos a pie y a caballo todos los días. Campesinos de la región eran los guías y la naturaleza entregaba, en su magnitud, la calma necesaria al espíritu sediento de serenidad y fuerza.

Fue uno de esos días cuando un viejo mozo de establo le propuso el “único remedio seguro para su problema”. Después de que ella le confiara los motivos de su silencioso deambular por los campos. La medicina era terrible. Se trataba de un ungüento a base de residuos orgánicos de la digestión de vacas embarazadas. Debía aplicarse en noches de luna llena.

María José regresó a la cabaña y habló del asunto con sus padres. Entonces con algo de tristeza y algo de resignación, su madre se quitó la peluca y le mostró su rutilante cabeza despoblada del menor vestigio de cabellos. “No lo hagas hija, le imploró casi, es algo horrible. Yo lo puse en práctica y no da resultado. Tu calvicie es hereditaria. Tú me has visto siempre con pelo falso”.

“Soy calva”.

“En ese momento”, afirmó la joven cuando estábamos por arribar a la estación de Zurich, “decidí ser públicamente calva. Y aquí me tienes. No soy ni egocéntrica, ni seguidora de gurús, ni “snob”. He decidido que es algo tan normal, por así decir, como para un joven ser lampiño. Además, no es contagiosa. Me ve raro la gente, pero ya me acostumbré: me río por dentro. Me importa un rábano”.

El tren paró. María José descendió del vagón y se metió entre la multitud de pasajeros que caminaban de ruta en Zurich. Me fue fácil distinguir que subió a un tren que iba a Bruselas: le brillaba la calva.

*Mérida, Yucatán
octubre de 1976*

ANDRÉ MALRAUX: DESAFÍO DE UN TESTIMONIO

Malraux ha muerto. Murió a solas. En un hospital urbano, tal vez mirando a la muerte con sus ojos vivos de adolescente perene; considerando hasta el último instante que morir es un escándalo, un hecho irreductible. Su vida de aventurero parece haber sido una peregrinación premeditada y constante hacia el término de su propia existencia. Quizá lo más grave para ese feroz partidario de la independencia del hombre haya sido no haber muerto cuando quiso. Una banal congestión pulmonar se antoja indigna del padre de tantos héroes y mártires. Pero él mismo acaba de afirmar que lo que le interesaba era el hecho de morir y no el escenario del deceso. Malraux murió apenas unas semanas después de la aparición de su última obra, *Lo intemporal*, en la que acababa asegurando que el hecho de no pertenecer al tiempo no confiere a nada, ni al arte, carácter de eterno.

Nació en 1901, en París. Para ser más exactos, en el barrio de Montmartre, que para aquellas fechas era el centro del arte y la cultura en la capital de Francia. Estudia arqueología del extremo oriente y se sumerge en el pasado con un viaje de cuatro años por China, de 1923 a 1927.

Su sensibilidad de artista nato –“aguilucho erizado de una mirada magnífica”, escribió Mauriac de él– se enfrenta a la miseria del pueblo chino. Un pueblo que sólo conserva de la Europa dominante el ángulo mecánico materialista y los instrumentos para librarse de la opresión colonizadora de los europeos mismos.

La epopeya revolucionaria china está entonces en marcha o, al menos, en germen. El sur de China –como lo había constatado Teilhard de Chardin– hervía de futuro. Los acontecimientos de 1927, cuando los comunistas chinos debieron pasar a la clandestinidad y eran perseguidos, apresados, torturados y muertos por el gobierno de Chang Kai-Shek, dieron el tema a la novela que hizo famoso a Malraux; *La condición humana*. Malraux demuestra que el “orden” es entonces en China únicamente “multitud de esqueletos con túnicas bordadas, perdidos en el fondo del tiempo en asambleas inamovibles”. Descubre además, ante los atónitos ojos liberales, que no hay libertades posibles para quien padece hambre. La obsesión es el futuro porque es el ámbito de lo posible. La única salida para superar lo que se es radica en lo que se puede ser. Este porvenir no puede ser totalmente confiado a la ciencia.

En la misma época Paul Valéry señalaba que aquella patria se encontraba “herida mortalmente en sus ambiciones morales y como deshonrada por la crueldad de sus aplicaciones”. Esta desesperanza –que supone el inicio de la superación de los mitos racionalistas decimonónicos– hace decir Malraux que la civilización europea “carece ya de toda meta espiritual”. Y el escritor se pregunta en dónde será posible encontrar las semillas del árbol de la esperanza.

La experiencia china hace decir a Malraux que la esperanza nace de la angustia. De la angustia que produce el saber que no se llegará a vivir una vida digna. Y lo único que impide la dignidad es la miseria –no la pobreza, atención– que no puede ser aceptada porque conduce paulatina pero inexorablemente a la humillación degradante de la condición humana. Miseria engendra esperanza que no es pasividad inmóvil, sino combate justiciero: “...todo aquello por lo que los hombres se dejan matar, por encima del interés, tiende más o menos a justificar la condición humana al basarla en la dignidad”, escribe el autor que participará como aventurero y como combatiente en innumerables combates: Camboya, China, España, la resistencia francesa –de 1926 a 1945– y nadie olvidará que, ya septuagenario, se ofreció como voluntario en 1971 para ir a combatir a Bangladesh.

Un aroma religioso emana de su fervor; Malraux encuentra que la fe sólo existe en quienes creen que el futuro será mejor y luchan por construirlo. Habla de las fábricas chinas como de “iglesias en catacumbas” que deben salir del subsuelo para “hacerse catedral”. Lo fascina entonces el marxismo porque “no es una doctrina sino una voluntad de vencer”, pero sus héroes se oponen a las rigideces dogmáticas, ya que no es posible “fabricar la revolución como Ford fabrica automóviles”.

La iglesia guerrera tiene sus santos y sus mártires. Los trazos de esas personalidades son incomparables. Katow, que espera ser lanzado a la caldera de una locomotora junto con otros prisioneros, cede su cianuro a dos desconocidos que son más débiles que él y aguarda su turno con lucidez pensando: “...supongamos que he muerto en un incendio...” Para Malraux el hombre es el animal que muere lúcido. Eso no hace de la muerte un gusto. Su inminencia, su sola posibilidad, produce angustia. Pero ésta se calma y se combate por medio de la fraternidad y la compasión.

Para Malraux la amistad es esencial porque es personal. Los muertos son arquetipos que suscitan discípulos y continuadores. Pero, como anota Moeller, para

Malraux la revolución es vana y la esperanza inútil porque los hombres son siempre lanzados a “la soledad como los granos de una mies desconocida”. La actividad exterior es útil porque evita “hacer de la vida una cuestión”. Su ruptura con el comunismo no tarda: “...el mayor periodo de Rusia se titula *Pravda*, que significa, verdad. ¿Desde qué grado se tiene derecho ahora en Rusia a ser mentiroso?”

Malraux sella su separación de los comunistas cuando Stalin pacta con Hitler la no agresión y cuando los “rojos” favorecen por su sectarismo la victoria de Franco en España.

La decepción hace a Malraux un escritor del absurdo: no existen para él valores objetivos. “No hay ideal al que podamos sacrificarnos, afirma, porque conocemos la mentira de todos los ideales, aunque no sepamos en qué consiste la verdad”. El mundo es una serie de relaciones sin inteligencia alguna que las ordene. Tiene cara de angustia. La opción de combatir de Malraux es ética. Es lucha contra la muerte, contra la indignidad. Contra la humillación, por la calidad del hombre, pero de su catedral (afirma Moeller) Malraux ha sacado a Dios. Y es que el escritor quiere organizar un mundo coherente, cuando para él la coherencia consiste en un “orden interno” que carece de “padre”.

Malraux quiere al hombre absolutamente independiente, vencedor de sus facilidades y, por tanto, adversario del tiempo y de la muerte a los que está sometido. El arte es uno de los campos en que se libra esta batalla: “...debe tomar conciencia de su autonomía y osar existir independientemente de lo real, de lo imaginario y de lo sagrado...” (Bernard Teyssèdre). Malraux definirá la obra pictórica como “una superficie plana cubierta de colores organizados según cierto orden que emancipa a los mismos colores del dominio del tiempo”. No en balde su última obra se llama *Lo intemporal*.

Mención aparte merece la manera malrauxiana de afrontar la temática acerca de Dios. Seguimos aproximadamente para su exposición el preciso estudio que le dedica Charles Moeller en el segundo volumen de la *Literatura del siglo XX y cristianismo* (Ed. Gredos, Madrid 1966).

Malraux es ateo, lo es “en nombre del valor”. Como afirma Ignace Lepp. Lo es mucho antes que Sartre y el existencialismo de éste. Pero a diferencia de otros,

Malraux no exhibe nunca ningún altivo desprecio de la religión, ningún complejo llega a envidiarlos algunas veces y siempre describe en sus novelas con simpatía a los creyentes que participan en los combates revolucionarios de los pueblos. En sus obras sobre historia del arte habla con extraordinaria comprensión del arte religioso y de su inspiración, hasta el punto que el psicólogo se siente tentado a suponer que “el escritor no es demasiado ajeno a una experiencia religiosa personal” (Lepp). Su ateísmo es trágico y no blasfemo.

Se sabe culturalmente marcado por el cristianismo. Rechaza con violencia las utilizaciones que de él se han hecho para someter políticamente a los pueblos. En sus narraciones sobre la guerra civil española la caridad son “... los curas vascos que han seguido bendiciendo y absolviendo a los anarquistas, quienes, sin embargo, habían incendiado sus iglesias...” Uno de los personajes de *L'Espoir* afirma: “... creo que hace falta que el sacerdocio vuelva a ser difícil... como tal vez la vida de cada cristiano... La iglesia (no debe) enseñar sólo a obedecer y a dormir”. Y en *La condición humana*, “...¿Acaso una vida verdaderamente religiosa no es una conversación de cada día?”

Gabriel Marcel ha escrito –desde su existencialismo cristiano, por así decir– que Malraux siente todo el peso “de la angustia de la muerte de Dios”. Y es que Malraux se desespera porque ya no sabe qué es la verdad, pero tampoco se preocupa por buscarla demasiado. En una de sus últimas entrevistas señalaba que la civilización actual demuestra una ineptitud completa para concebirse. Dios y el alma son mitos que inventa el hombre que se quiere imperecedero, que se espera liberado de la muerte, pero cuyos sueños desembocan en la nada. Con frase de Nietzsche, Malraux afirma que “el hombre es el único objeto digno de nuestra pasión”. Pero al mismo tiempo, el “yo es un palacio de silencio... y la conciencia que tenemos de nosotros mismos está tejida, sobre todo, de varios deseos, de esperanza y de sueños”.

Consecuencia natural: el hombre que se ha encontrado asimismo es porque ha matado a Dios. Pero muerto Dios, tampoco aparece habitado el castillo de la interioridad. El intento es absurdo, injustificado, pero queda la pregunta: “¿qué hacer con un alma cuando ya no hay Dios ni Cristo?”

Malraux responde que si no hay alma, ni Dios, ni yo personal, “la noción del hombre sólo puede basarse en algo irracional” (Moeller). A falta de verdad, se busca

la “autenticidad” que está tan de moda hoy en día. En el fondo yace el individualismo más puro, el culto a lo provisional, “una metafísica de la que está excluido todo punto fijo”. Lo irracional será para Malraux una actitud de oposición que podrá definirse con la palabra “contra”: “...el hombre es un ser contra la muerte...el artista es el rival del mundo...” El escritor verá en la juventud una “voluntad consciente de ostentar sus combates, a falta de una doctrina”. Y todo lo anterior no es más que un intento de encontrar algo, más fuerte que todas las cosas”.

Será verdadero lo que sea intenso. Malraux permanece ligado a cierta actitud adolescente por la que no interesa tanto el goce como la excitación. Y también el deseo de romper con toda paternidad, asimismo típico de esa etapa.

De allí a poner en la acción pura –hasta llegar al terrorismo– la lucha contra el sinsentido trágico de la vida no hay más que un paso.

Malraux lo da. El hombre queda así dividido. Su exterioridad activa y su inferioridad sin evangelizar. Se obra como se piensa, pero no importa. Basta que se luche por ser el rey de sí mismo y que se combatan todas las formas de indignidad y de sometimiento. Moeller hace ver cómo está lejos Malraux de ese otro gran conocedor del Oriente, Pierre Teilhard de Chardin, quien en sus *Cartas de viaje* indica “he experimentado vivamente hasta qué punto el desplazamiento en el espacio no añade, de suyo, nada al hombre. Al volver a su punto de partida, a no ser que haya acrecentado su vida interior, el viajero es como todo el mundo”.

Emmanuel Berl, un amigo de Malraux que murió hace algunas semanas, señalaba poco antes de fallecer que el autor de *La condición humana* estuvo siempre “obsesionado por lo divino percibido como ausencia, y en lo cual hay que pensar sin jamás hablar de ello”. Berl dice que “el museo imaginario”, la obra en que Malraux describe obras de arte de todo el mundo con maestría –superando todo espíritu de catálogo–. No es más que una “comunidad de los santos” de la cual habría que excluir a los santos mismos.

¿Por qué, se pregunta Berl, es necesario un pincel para entrar al número de los elegidos de Dios? “Si está Rembrandt, que esté San Juan de la Cruz”, añade. Y concluye: “Malraux cre que ya en 1955, Malraux afirmaba que el problema capital de fines de este siglo será el problema religioso” y esta opinión queda corroborada por

su entrevista postrera, en la que prefiere hablar de un “gran fenómeno espiritual... imprevisible e inconcebible”. Pero en tanto que feroz partidario de la libertad, Malraux expresó su temor de que las cosas “se vuelvan trágicas y vayan muy mal”.

En todo caso, la obra de Malraux nos enseña mucho sobre nuestro tiempo; al menos, de ellas aprendemos que “una civilización sin justificación no está en condiciones de realizar nada grande” (Lepp) ¿De dónde vendrá tal justificación? ¿Del Hamlet europeo dubitativo, arrepentido, “que medita sobre la vida y muerte de las verdades”? ¿Del escepticismo que ya no cree en ideal alguno? ¿De los teóricos de un Dios muerto? ¿De los maestros de la negación pura y por tanto paralizante? ¿De la autenticidad anclada sobre lo provisorio y cargada de todos los peligros del individualismo liberal? Malraux dijo un día en privado: “No veo para la humanidad otra luz que la que le ofrece el cristianismo; pero desgraciadamente, me es imposible creer en él”. He allí el reto que representa el testimonio del escritor fallecido.

*Mérida, Yucatán
noviembre de 1976*

JEAN GABIN

A los 22 años, un mes antes que fermentara el otoño, murió en París, Jean Gabin, una cara dura y popularísima en las pantallas. Feroz protector –y celoso cancerbero– de la vida privada, Gabin no era afecto a la prensa ni a las declaraciones. Tal parece que traslada a su vida la actitud de sus personajes hoscos de andar taurino, medios modos de luchadores.

Gabin tenía los escenarios en la sangre. Sus padres eran cantantes de esa especialidad francesa que es el “café-concierto”. Nació en la capital de Francia, en los patios de café, el 17 de mayo de 1904. Ya su padre llevaba el apellido “Gabin” como bandera de arte. En los registros oficiales el “Gabin” era Moncorgé. El verdadero nombre del artista era Jean-Alexis Moncorgé. Su primera tarea en el mundo del espectáculo fue como cantante. Pero a los lejanos días en que hacía esfuerzos por hacerse oír, Jean Gabin les dedica un mínimo de sus recuerdos. Corta por lo sano: “Siempre fui malo para cantar”.

El abuelo “Gabin” empuñó su voz durante nueve años, de 1925 a 1934. Sin embargo, su primera película está fechada en 1930: *A cada quien su suerte*. Argumento trivial: Gabin es un vendedor de ropa femenina y su corazón se pierde en las sonrisas de una vendedora de bombones. La vendedora, en la vida real, se transformó en su mujer. Se llamaba Gaby Basset. En 1932 tuvo Gabin su primer papel mayor en *La bella marinera*. Y sólo hasta 1935 se impuso a los públicos galos con *La Bandera*, su película número 17.

El célebre director francés Jean Renoir dio a Gabin los papeles que lo consagraron antes de la guerra. *Los bajos fondos*, *La gran ilusión* y *La bestia humana*, sobre todo este último filme, hicieron del artista un ídolo cuya popularidad no descendió nunca. Unas semanas antes de su muerte, el público francés votó masivamente por él cuando se trató de elegir al actor que más había marcado con su influencia la cinematografía francesa durante los últimos 10 años. Gabin superó ampliamente a ídolos como Jean-Paul Belmondo.

Prévert, el poeta, habló de Jean Gabin como del actor “más frágil y a la vez más sólido” y dijo que, a diferencia de sus colegas más conocidos y publicitados,

“siempre es alguien”. Los críticos le achacan haber encarnado a un hombre de clase media, mediano en todo, individualista, asocial y gruñón. Lo acusan de no haber hecho nunca política y de haber faltado a las citas habituales en la que los artistas franceses protestan, marchan o firman contra algo o contra alguien.

Se fustiga, asimismo, a quienes le dieron de primera magnitud y olvidaron a grandes estrellas como el suizo Michel Simon. Gabin no ponía complicaciones. Actuaba “su voz”, señalaba el mismo Prévert, que es la voz de su mirada. Lo cierto es que Gabin era la imagen –o al menos lo fue en no pocas cintas– del hombre trágico, sometido a la fatalidad, combatiendo contra el destino, inconteniblemente fuerte y embestidor. Las viejas cintas de 1935 y 1936, bajo la dirección Julián Duvivier, así lo muestran.

O quizá así lo transforman, porque a partir de entonces Gabin asume su papel de “actor-producto” –hecho y maquillado para satisfacer al multicéfalo–, seco, ajeno a la frescura e imaginación de *Zouzou*, una película que hizo a lado de Joseph Baker en 1934, a las órdenes de Marc Allegret, en la cual según algunos Gabin desempeñó su mejor papel, su rol más natural, única interpretación no convencional y espontánea.

De 1936 a 1939 Gabin, dirigido por Renoir, hace las películas que vio el pueblo francés que llevó al poder al frente popular. En ellas –al decir de los críticos– Gabin y Renoir no hacen cine “de izquierda” pero transfiguran los “tics” de siempre del actor. La misma firmeza estoica con que parecía enfrentarse a la fatalidad se vuelve paso seguro de trabajadores, manifestación reivindicada. El público pisa con los zapatos de Gabin cuando está en la calle. La serenidad hosca y sin amaneramientos del actor reproduce en la pantalla la segura decisión de militante sin poses. No son cintas partidistas –Gabin nunca fue opositor– sino que se inscriben en el clima de la época: no se embiste a las barricadas, pero se hacen las manifestaciones a pesar de la política. La filmografía de la época apunta *Quai des brumes* como obra relevante.

Mimado por el público –de cuyos mimos nunca se preocupó–, Gabin llevó a las salas parinisas 326,694 espectadores en 12 semanas con su última película, *El año santo*, estrenada en 1976. Poco antes había desencadenado afluencias semejantes con *Verdicto* y *Dos hombres en la ciudad*, con *El caso Dominici* y otros más.

Los conocedores siguen preguntándose las razones de esta popularidad. Gabin

vivía en una casa de campo situada en el Valle del Orne y sólo bromeaba de tiempo en tiempo con los agricultores vecinos. Ni siquiera esta familiaridad le impedía llevarlos a tribunales cuando penetraban menos de un metro en su propiedad.

Queda, pues, el misterio de los favores populares de que fue objeto como pregunta para la posteridad. Apenas resulta increíble que un hombre que jamás “se preocupó por ser amable hubiera sido tan amado”. Tal vez su mandíbula apretada daba a los espectadores una sensación de seguridad que nuestro tiempo ha perdido.

*Mérida, Yucatán
enero de 1977*

CAMINATAS ROMANAS: PLAZA PAGANA, SENSUAL Y ESCANDALOSA

Hubo al menos una vez un tiempo en que los arquitectos se peleaban a estatuas. Basta esperar a que el bullicio de la noche deje libre los 16,000 metros cuadrados de la Piazza Navona para comprobarlo. El buen humor con que los romanos rodeaban las biografías de los magos del cincel convierte a la enorme área de la plaza en una arena. Los protagonistas del enfrentamiento son Francesco Borromini y Gian Lorenzo Bernini.

Para llegar al lugar de los hechos no hay como el atardecer. Pintores en agraz, caricaturistas de muñeca alevosa e imaginación acérrima, merolicos de lengua inagotable, vendedores de todo, hijos de las flores con sus mercaderías, nórdicos fascinados por el caos del meridión, italianas de todas las edades y de todas las exhuberancias: la Piazza Navona es un paisaje humano, es un diálogo de civilizaciones sin burocracia enajenante, es el mundo que regresa a su ombligo –en Roma hay un lugar que se llama *Umbilicus mundi*– y se rasca con infinita satisfacción. Los mendigos compran el sitio a las diferentes organizaciones que controlan la miseria. El sitio hasta para eso es privilegiado. También gastronómicamente la plaza es cosmopolita. No se diga en materia de atuendo. Turbantes mesorientales, sonatas dominicas tricornios militares, botas rusas, jeans cósmicos, sombreros de pajilla, pellejos tostados por el sol. Plaza epidérmica, plaza pagana, plaza heterosexual, sensual, escandalosa. Se siente correr la vida por las entrañas del mundo, y hay la tendencia a olvidar que sólo hay una Piazza Navona y que la pobreza, el dolor y el hambre forman también una internacional de la piel del harapo, del estómago vacío y de las manos anhelantes.

Se trata, es evidente, de uno de los complejos urbanísticos más armoniosos, espectaculares y característicos de Roma. Allí estuvo el cesáreo estadio de Domiciano, del cual sólo restan la forma y las dimensiones. Es el lugar geométrico e histórico de las fiestas populares, de las asambleas políticas, de los juegos, de las carreras, de la ostentación y del lucimiento. Aún ahora, en los primeros días del año –los que rodean a la fiesta de la epifanía, que quiere decir ¡vaya casualidad! “manifestación”–, suele acampar allí una feria del juguete infantil y del bullicio inocente, pluriclasista y religioso, que da razón a esas imágenes italianas que nos obsequian los directores ítalos: las de un país que en sus peores ratos de paganismo no deja de ser cristiano, y

en sus mejores ratos de cristianismo no abandona totalmente lo pagano. Tres fuentes adornan la plaza. A las horas en que el mundo aún está en otra parte, cuando en Piazza Navona reina la calma que precede al torbellino, sus bordes son un paraíso para los enamorados que buscan marco para la foto del recuerdo. Sus aguas, a las horas del calor romano –y en los días en que San Lorenzo, al decir de la musa popular, hacer hervir las porrillas en que lo martirizaron– ofrecen a la chiquillería audaz la oportunidad de un chapuzón reconfortante. Por sabido se calla que no se trata de H₂O químicamente pura.

La primera fuente empezando por el sur, es la del Moro. Saluda de frente al palacio Pamphili, obra de Girolamo Rainaldi. Antes de hablar de ella es bueno referirse al palacio. Dice la historia, que a veces se confunde con la leyenda, que el edificio fue un regalo del Papa Inocencio X –de la familia Pamphili– a su cuñada Olimpia Meidalchini. No precisamente por sus virtudes, el pueblo llama a la dama “Olim Pa”. Lo cual en latín equivale a decir “la que un día fue piadosa”.

Por lo que toca a la fuente del Moro, representa a un hombre de raza etíope que lucha con un delfín. La diseñó Bernini, la esculpió Giovanni Antonio Mari en 1655 y la pagó Inocencio X, quien deseaba adornar el recipiente de múltiples lóbulos que hizo colocar allí el Papa Gregorio XIII. Está bordeada, además, por cuatro tritones. En el extremo Norte de la plaza está la estatua del Nettuno o de Neptuno.

Ocupa el centro de un recipiente igual al del sur, obra del mismo escultor –Giacomo della Porta– y fue esculpida por Antonio della Bitta en 1873. La adornan nereidas, cupidos y caballos de mar. La verdad que el Norte es Norte y el Sur es Sur con respecto a un cambio ideal. En la Piazza Navona ese punto axial es una realidad impresionante. Tan impresionante que llena y preside y sublima el conjunto. Es una de las obras mejor logradas y más imaginativas de Bernini, que logró con esta creación obtener la simpatía del ya varias veces citado Inocencio X, a quien antes del célebre artista le había sido profundamente antipático. Se llama Fontana dei Fiumi o Fuente de los Ríos.

¿Describirla? Podría decirse que se trata de una collera excavada en rocas que parecen grutas. De esas cuevas surgen –como con ánimo de beber en la fuente, alimentada por ocho surtidores– un león y varios animales fantásticos. Sobre las escollas están cuatro estatuas antropomorfas que personifican sendos ríos: el Nilo,

el Ganges, el Danubio y el de la Plata. Cada uno simboliza una de las partes del mundo conocidas en 1651. Bernini, autor del boceto, pero no de las estatuas, hizo poner sobre las escolleras –en abierto desafío a las leyes de la estática– una imitación del obelisco del templo domiciano. Si se observan las estatuas se descubren gestos diversos en cada representación humana de los ríos. El de la Plata levanta el brazo como temiendo –dicen los romanos– que se caiga la fachada de la iglesia.

Santa Inés, que se alza enfrente y que es obra del artista rival, Borromini, al Nilo, que se lava la cara –para significar que entonces no se conocían sus fuentes–, se le atribuye no querer ver los errores de la fachada de marras. Claro que el autor de Santa Inés no dejó a Bernini –siempre según el pueblo– sin respuesta. La imagen de la santa, desde su nicho, parece asegurar con la mano puesta en el pecho que el obelisco se caerá. Y dicen que Bernini fue una noche a amarrarlo, por si las moscas.

Se asegura que en el sitio que hoy ocupa la iglesia borrominiana fue desnudada y expuesta a las miradas lascivas del populacho la virgen Cristina Inés. También que sus cabellos la envolvieron para preservar su poder. Hoy, entre las estatuas de la mártir y las de los ríos, la vergüenza femenina ya cruzó a zancadas todas las fronteras imaginables. Una mesa presidida por violentísimas féminas sirve de oficina recolectadora de firmas para pedir lo que, con un eufemismo, se llama “descriminalización del aborto”. Y este no es un problema de estatuas sino de seres vivos. Y el grito militante ahoga los fundamentos mismos de toda civilización posible: el respeto por la vida humana, precisamente por la vida del que es otro y distinto. “La libertad, decía Rosa Luxemburgo (mujer a la que parecen olvidar las fanáticas de este tipo de asesinato) es siempre la de aquel que es distinto a mí”. Y ¿quién puede erigirse en árbitro de cuando un hombre ya no lo es o de cuando lo ha dejado de ser?

Tal vez si las estatuas del río de la Plata y del Nilo no estuvieran en las posiciones en que están, las adquirirían para manifestar sus temores y su vergüenza ante las peticiones criminales. Y la fachada de Santa Inés se caería en pedazos. Y el mismo coliseo y con él Roma y el mundo se vendrían abajo.

En ese bullir de vida ¿cómo es posible que alguien entone una oda a la muerte? ¿En nombre de qué dignidad se pide autorización legal para arrojar impunemente a hombres indefensos a un bote de basura de hospital?

Es de madrugada. Piazza Navona se va quedando vacía. Algunos borrachos, algunos drogadictos, algunos bohemios, algunos hippies y algunos miserables se disponen a convertirla en su albergue por esta noche. Las abortistas levantan su oficina y cuentan sus firmas. Es la contabilidad de la muerte y el agua de las tres fuentes arrulla a todos. La piedra tiembla por el destino del mundo.

Una cara de niño se dibuja –con papeles, colillas, zapatos viejos y vasos rotos– en el fondo de una de las fuentes. ¿Qué puede ofrecerle como esperanza? Y sin él, ¿cómo esperar nosotros, si todo –como escribió Péguy– se hace por los hijos?

*Mérida, Yucatán
julio de 1977*

HISTORIA DE UNA CÁTEDRA EN UN BOSQUE DE ESTATUAS: EL ARTE DE ESCULPIR

–Pasa. Sí, soy yo Enrique Gottdiener Soto–.

La puerta vieja y gris, decolorida, se abrió totalmente y nos recibieron unos ojos y unas manos. Entramos en el taller-museo del escultor trashumante. Desde el techo nos saludaron un trío de arañas de nacionalidad diferente, como los cristales de sus brazos y pantallas: Bohemia, Francia, Italia. Un par de *butaques* de madera y cuero nos ofrecieron su cóncava bienvenida. Bajo la mirada sonriente y bronceada de don Antonio Mediz Bolio, comenzó la conversación. Alrededor, el sacro desorden de una casa de artista, el caos originario del que el amor va extrayendo figuras, hijas de formas, nietas de ideas, y éstas, a su vez, hijas de objetos reales.

–Ninguna de mis obras es imaginaria. Todas tienen nombre, apellido, lugar y fecha–, afirma el artista.

Tiene razón Gottdiener. Basta recorrer con los ojos sus esculturas para descubrir que predomina en ellas, casi absolutamente, la forma humana. Su tema es el hombre en el cuadro plenario de su existencia concreta.

Las comadres de Hochtún, El brujo de Tixkokob, Doña Zenaida de Maní. Decenas de obras más lo prueban hasta la saciedad.

Su cincel no exagera ni denigra. Sus gubias no reflejan amarguras afectivas ni pasionales en la madera que labran. Por ello, como los poemas griegos, son seres a los que “la muerte no puede llevar consigo”.

–Simplemente diga que soy mexicano. Hijo de austro-húngaro y mexicana ¿Cuándo nací? La fecha no tiene importancia. Mi padre era un liberal, pero mi madre era profundamente católica. De ellos aprendí que lo peor que puede hacerse es atacar y querer destruir aquello en lo que un hombre cree. Nací en México, pero mi educación la recibí en Europa–.

La Viena de Francisco José I

El artista cuenta que “en tiempos del emperador Francisco José I”, su abuelo Heinrich Gottdiener se lo llevó a Viena. Pensaba vender las propiedades de familia y volver a México, pues se acercaba la guerra. El viejo era coronel del ejército imperial, riguroso, almidonado bigotón, oriundo de Salzburgo –tierra de Mozart– y firmemente convencido de “que todo se podía arreglar a base de espadas”. En la capital austriaca los sorprendió la guerra. Durante el conflicto murió la abuela. El coronel fue a ocupar su puesto en las filas del emperador, con su viudez carcomiéndole las entrañas, pero antes decidió que el nieto se dedicara a aprender un oficio liberal “en donde no gastara mucha ropa”.

–Terminé los estudios primarios y entré a los “de ciudadanía”, que así se llamaban los secundarios. Mi abuelo me llevó al taller de un orfebre de apellido Beckham, en Viena. Allí debía aprender los secretos del arte de las miniaturas –explica el escultor mientras enciende su enésimo cigarro–. Inquieto como era –continúa– quería yo manejar volúmenes mayores y lamentablemente descuidé el aprendizaje. El abuelo me mandó también a estudiar violín.

En la Viena imperial reinaba aún el sistema medieval de los gremios. El maestro aceptaba a un aprendiz que trabajaba para él en su taller, y al que le iba comunicando su sapiencia. A cambio, según contrato con los padres o tutores del educando, le daba casa, comida, ropa y a veces escuela. Todo regido por las leyes severas y corporatistas, por parte del gremio, y por disposiciones precisas de la ley austriaca.

–Con mis conocimientos de violinista me ganaba algunos centavos en los cafés vieneses... ¡Qué pasteles!... Logré tocar bastante bien porque en la pensión en que yo vivía tenía dos compañeros –hermanos– a quienes su padre obligaba a estudiar el instrumento. Ellos contaban con mayores recursos y recibían enseñanza de un profesor del Estado. Pero uno de los dos detestaba el violín y yo lo suplía. Tuve maestro privado, como los ricos –explica sonriendo Gottdiener–. Tenía yo unos 16 años –concluye–.

Bautizo, violines y espadas

Preguntamos si seguía practicando la ejecución musical. Con un poco de melancolía nos narra que en cierta ocasión aceptó ir a armonizar un bautizo en las cercanías de Viena. Era fiesta en casa de los padres de la criatura, quienes eran granjeros y abusaron del vino –“de tocar”, precisa Gottdiener– y se armó una pelea a espada desenvainada. El novel violinista levantó un brazo para protegerse y allí quedó la última falange del dedo cordial de la mano izquierda.

–Perdí la digitación y no hice nada para recuperarla–, dice Gottdiener y pone punto final a la anécdota.

El escultor nos habla de su afición juvenil por la escultura en cera. Desde la calle observaba a Ludwig Weis, quien la trabajaba en la casa vienesa. Eran los tiempos en que iba a clase de violín. Weiss lo invitó a entrar. Le propuso que se quedara con él un mes “para ver se tenía aptitudes” y que le avisara a su abuelo “pues era conocido suyo”. El aspirante no dijo nada al coronel por temor. Pasado el plazo, Weiss le propuso que llamara al abuelo para firmar un contrato de aprendiz por 3 años. –Entonces se reveló la verdad. Le dije al señor Weiss que todavía no le decía nada a mi abuelo. Pero el artista –que fue para mí un segundo padre– hizo una cita con el viejo en un café, fue mi abogado y se firmó el trato. Hasta hoy no he logrado entender porque los mayores tratan de imponer sus puntos de vista a los jóvenes. Weiss me daba todo, hasta escuela superior nocturna, a la que asistía yo incluso los domingos por la mañana. Era lo contrario de Beckman, que me enseñaba poco y me empleaba para hacer mandados, siempre como un tirano. Ludwig Weiss salió de Austria a pesar del bloqueo y se fue a Nueva York.

Dejó a su aprendiz con un tal Feltheim. Enrique Gottdiener Soto no soportó al nuevo patrón y huyó con sus cinceles y gubias bajo el brazo como único equipaje. Destino: Budapest, Hungría. Allí ingresó, en 1917, en la escuela de arte Munkasci, y después trabajó con Gustav Herbert, ebanista. La madera comenzó a ser dócil a sus manos. Y sus manos cargaron un día la docena de cinceles que eran todavía su hacienda, mientras sus pies tomaban rumbo hacia Transilvania –hoy Rumania– y se detenía en Oradera en el taller de los hermanos Engelstein.

Cristal bohemio y tazas piratas

–¿Quieres un café?–, preguntó Gottdenier. Como la respuesta fue afirmativa, le pidió a su ayudante –“como si fuera mi hijo”, indicó el artista– Luis Méndez que lo preparara. Mientras tanto nos condujo a su museo de piezas para decorar casas.

–Esto es vidrio. Esto es cristal veneciano. Esto es porcelana imperial. Eso es biscuit italiano. Este es un bar inglés. Esta lámpara vale yo no sé cuanto. Esta otra –de cristal de Bohemia– le gustó a Loret de Mola para el palacio, no les gustaba lo europeo y aquí se quedó...

Llegan las tazas. Como los ojos escrutadores del artista sorprenden un gesto de desconfianza en los del reportero, la explicación no se hace de esperar.

–No están sucias. Son tazas piratas. Estuvieron hundidas quién sabe cuánto tiempo en un barco y los que las sacaron me las regalaron. Por eso tienen ese color y esas manchas. No te preocupes... ¿Te gustaron los jarrones de porcelana?

Entre sorbo y sorbo, cigarro y cigarro, gesto y demás, sigue la historia. De Oradea al palacio del rey Carol de Rumania, en Bucarest (“el de Madame Lupescu, la que acaba de morir en Portugal, que era Wolf –que quiere decir lobo en alemán– y los tradujo al romano Lupescu que es también lobo y viene del latín *lupus*”, explica). De allí a Odessa y a Kiev. De aquí a Beirut, en donde “luché al lado de los estudiantes libaneses contra el colonialismo francés”–. Tenemos deberes de solidaridad. Nunca hay que soslayarlos –explica Gottdiener–.

Nos teníamos que esconder de la policía francesa y de sus ayudantes libaneses, que eran peores en las poblaciones del interior, como Hasbaya. De Beirut me fui a Viena y de allí a Praga.

Ya desde el tiempo de Oradea había muerto el abuelo.

Gottdiener, servidor de Dios

–¿Es usted judío?–

–Te voy a explicar. Un antepasado mío, quizá mi tatarabuelo, se apellidaba Diener, que quiere decir “servidor”. No somos de origen judío. Este Diener era el encargado de las tierras del conde Studenburg, en Austria. Pero este hombre, mi antepasado, era muy religioso y vivía en la iglesia. Siempre que el patrón llegaba a sus terrenos y preguntaba por él le decían que Diener estaba en el templo. Así que un día Studenburg le dijo “tú no eres servidor mío, sino de Dios”, es decir “Gottdiener” porque *gott* quiere decir Dios. Y le cambió el apellido. Los Diener nos volvimos entonces Gottdiener–.

De Praga a Viena, de Viena a Berlín. En Berlín a Holzschnitzerschule o escuela de tallado en madera, porque “no se deja de aprender nunca”. Luego a Leipzig Hanover, Muchen, Rotterdam (Holanda), Boulogne (Francia), Amberes (Bélgica), Santander y Vigo (España).

En Viena, antes de todo el periodo con 12 cinceles en la alforja, el embajador de México en Austria, –“un señor Cámara Vales, yucateco, que luego vivió aquí en Mérida, en la avenida Colón”–, informó al nómada escultor que sus padres deseaban verlo.

–No podía volver por falta de medios. Pasé hambre. Iba de taller en taller buscando trabajo. Cuando no lo encontraba recogía trozos de madera y tallaba imágenes religiosas que vendía a la salida de los templos. El recurso que me falló en Róterdam, porque allí son protestantes estrictos y no les gustan las efigies de santos. Por poco me muero de hambre. Un viejo marinero se apiadó de mí, me llevó a su barco y me recomendó para trabajar–.

–¿Cómo le fue en España?–

–Fantástico. Es un pueblo de savia antigua. En Santander y sin conocerme me invitaron a una fiesta de sardineros al llegar al puerto. Allí me especialicé en tallar San Franciscos y San Antonios. Trabajé en el taller de la Viuda de un tal Prats. Ya en Vigo oí que estaban engancho gallegos para ir a la zafra cubana. Las oficinas de contratación, como en la Edad Media, las colocaron a la salida de una iglesia. Me apunté. Nos embarcamos en el Mazdam, buque holandés. Llegamos a Cuba y, gracias a los estibadores, pude huir del grupo de gallegos... ¡Por supuesto que yo no quería ir a tumbar caña!–

El México de Vasconcelos

Enrique Gottdiener pasa a Veracruz, después de dos meses en Cuba. Llegó a México cuando Vasconcelos gozaba de libertad total y forjaba el sentido apostólico del magisterio. El escultor estuvo en la escuela de San Carlos y luego al aire libre, en Coyoacán, con los maestros Ramos Martínez y Madrionio Magaña. Más adelante con los hermanos Abraham y Constanancio López.

Trabajó para “el arte italiano” de don Augusto Falfari. Talló con Ramón y Lamberto Padilla y luego decidió irse a los Estados Unidos.

—Éramos varios. Nos quedamos en Guadalajara, entré a trabajar en la sucursal de la casa Pellandini, de las que era gerente don Rómulo Bernasconi, un suizo italiano de tendencias pornazis que volvió a su país en tiempos de nacional-socialismo—.

—¿Se quedó usted en la compañía?—

—No, comencé a laborar con el maestro Pablo Valdez, a quien llaman ahora, después de su muerte “el Miguel Ángel tapatío”. Hice miniaturas en marfil, entre otras ésta...— Gottdiener se levanta, abre una de sus dos cajas fuertes —la más grande— y saca una estatuilla de la Virgen con el Niño, que se parece a alguna pintura italiana renacentista.

—...Mírala. La vendí entonces a un ingeniero a 50 pesos. Hace algún tiempo la compré en México a un vendedor de viejo en 5 mil. No le dije que yo era el autor. Aquí está mi firma—.

Extrae asimismo una efigie —fina, delicada, tierna, trágica— del rostro de Cristo en marfil. La talló en una bola de billar. “Mi hija no quiere que la venda”, nos dice. “Y no la vendo porque no tengo casi nada de lo que hice en esa época. Mis miniaturas deben estar en innumerables cuellos de mujeres lindas”, añade.

Luego nos mostró dos estatuillas religiosas en madera. Las rescató de casa de su hermana Margarita en Nueva York, donde no las tenían como se debe”.

—Después trabajé en el Museo del Estado en Guadalajara. Lo dirigía Ivea Farías.

Estaba de moda el indigenismo y algunos artistas se cambiaron el nombre, como el Dr. Atl, pintor de los volcanes mexicanos. De Guadalajara pasé a Guanajuato.

–¿Siempre tallando madera?–

–Sí. Enseñé allí en el colegio del estado, que luego se volvió universidad. Daba clases de artes plásticas y de historia. Se deben acordar de mí. Tenía yo el pelo largo...–

Las misiones culturales

Errante, Gottdiener no permaneció en el Bajío. Acudió al llamado vasconcelista y ganó por opción un sitio en las famosas “misiones culturales”. Animado con la mística que el ministro de Educación supo imprimir en miles de hombres y mujeres, el escultor recorrió las regiones todas de México, enseñando. Vasconcelos quería que el educador diera sin esperanza de recibir y que la institución educativa permaneciera incorruptible; que no cediera a fines políticos; que no creara la impresión de que la cultura es un saber ocioso.

–Eso era hermoso. Una belleza. Recorrí toda la República, conocí a su gente, a sus plantas, a sus animales. La educación no era el comercio en que lo han transformado. Hoy lo que preocupa es ganar sueldos. Es un mercadeo ¡Cómo han deshumanizado la tarea educativa! Pasé 10 años consagrando a esta labor en las regiones rurales, varios de ellos en la Sierra de Oaxaca. En esas andanzas vine a dar al sureste. Tomé apuntes de hombres y mujeres. Míralos. De ellos salen mis esculturas, nada es imaginación. Pero casi pasaron 30 años entre el dibujo y la talla–.

Don Enrique se levanta y trae sobres y carpetas preñadas de tiempo. Tiene mil cien dibujos o bocetos. En cada uno de ellos vibra una persona. Lo admirable es la sencillez de los trazos y la pureza de las líneas, el equilibrio. Un equilibrio que el artista escudriña en los mismos hombres que su lápiz plasma. La seguridad denota esa madurez que los griegos definieron como medida. Como el dibujo o la escultura tienen la rigidez de lo inorgánico, el arte radica en llevar el movimiento a lo inmóvil.

–Son bocetos tomados en Quintana Roo, en Campeche, en Yucatán. Hace 10 años que de aquí salen mis obras, por dos razones prácticas: porque desde que me jubilé puedo dedicarme a tallar y porque desde el Concilio Ecuménico ya nadie me ha encargado ninguna escultura religiosa–.

–Usted hacía muebles...–

–No hablemos de eso. Cuando el arte se vuelve industrial, pierde. Pero aún así me queda el consuelo de saber que, algunos yucatecos que consideraban caros mis muebles aquí en Mérida, luego los pagaban al doble en México. Una vez vino un señor a decirme que quería un armario de ciertas características. Cuando le hablé del precio dijo que de ninguna manera pagaría tanto. Tal vez pensó que yo exageraba...–

–¿Quién fue?–

–No voy a decir su nombre pero sí que un día me llamó por teléfono y me dijo: “Gottdiener, límpiate los ojos y ven a mi casa para ver lo que compré en la capital”. Yo fui. El cliente me dijo lo que pagó por la obra, y era el doble de lo que le había pedido. Me puse a ver el mueble y le dije: “Agáchate. Allá abajo puedes ver la firma del que lo talló”.

El señor se arrodilló y leyó mi firma, tal vez pensando en su desembolso y en que, además, tuvo que pagar el traslado de México a Mérida. Por cierto, había comprado dos y uno lo mandó a Nueva Orleans a un pariente–.

–¿Cómo terminó el diálogo?–

–Le dije: “Me da gusto que sin saber quién lo hizo aprecies lo que yo hago y que pagues por mis obras lo que valen”–.

Vetas oscuras en un Cristo

–Allí hay un Cristo sin cruz...–

–Estilo español. Me lo encargó López Mateos. Cuando era presidente, cada año me encargaba 10 ó 12 cristos para Navidad. Le servían para hacer regalos a

sus amigos. Este que ves tiene su historia: al estarlo tallando salió a la luz una veta oscura –mírala– que parece sangre. Si lo hubiera buscado no habría salido. Si fuera yo cabalista, me habría causado alegría. Pero lo que hice entonces fue bajarlo de la cruz, quedarme con él y hacer rápidamente otro para el presidente. A él le da lo mismo, a mí y a mis hijas no. Mi esposa es creyente. Yo reconozco que mi obra está llena de sentido religioso, místico–.

Las manos de Gottdiener se hacen expresivas. Los dedos nudosos, rudos, amigos del instrumento que corta y desbasta, dóciles al pensamiento, apoyan sus palabras. “El arte de esculpir”, nos dice “es el que mejor manifiesta la unión del espíritu y la materia”.

–Ven a ver mis trabajos, los hago solo. A veces me quedo aquí toda la noche. Normalmente llego a mi taller a las 5 de la mañana. ¿Mi ayudante? Es el ministro: comienza a trabajar a las 9. Él carga la madera pesada y corta los trozos grandes del material, porque yo ya estoy viejo. Mira...–

Pasamos por un pasillo que da a un jardín pequeño y descuidado. Allí están las mesas y las esculturas en gestación, saliendo, brotando, emergiendo de los bloques que se espiritualizan porque unas manos extraen de ellas una forma universal. En el cuarto de atrás se levanta un bosque de estatuas. Bronce y madera. Cuerpos vivos hombres y mujeres, casi siempre solos, pero cuya figura los muestra comunitarios.

Salvo Mediz Bolio y Abreu Gómez, todos los rostros son mayas. El universo cultural de las obras es yucateco. En cada pieza dialogan dos civilizaciones: la del coronel Gottdiener y la de don Xpil de Maní. Lo que diseñó la inteligencia lo ha esculpido el corazón. Cada árbol de ese bosque es humano en su significado.

Las costumbres, las ideas, los hábitos y el estilo del Yucatán autóctono están allí. De inmediato salta a la vista la diferencia: Gottdiener no esculpe a los dioses ni a los vendedores. Su arte no es palaciego.

Rescatar los valores de una raza

–Trato de rescatar los valores culturales de una raza, de una etnia. De este maravilloso pueblo que es el maya. Pueblo bueno, pacífico, humano; pueblo de artistas exquisitos

y delicados cuyas manifestaciones culturales no son nunca invitación a matar. Hay que resucitar los valores de esta raza. Ese humanismo merece nuestro apoyo. Con mis esculturas pretendo emocionar a la gente para que se percate del valor que encierra el respeto al hombre—.

—¿Qué es para usted la escultura?—

—Es una lectura de las formas, en primer lugar. Hay que estudiar al modelo, su anatomía, sus proporciones, sus “tics”. Pero lo formal no basta. Cualquiera hace un maniquí. Para comunicar algo es preciso penetrar en el universo cultural, intelectual, moral, ético, religioso del modelo. Traer a uno esa forma compleja y completa, dar la fuerza y llevarla a la materia. No debe ser un lujo de privilegiados sino un medio de educación popular. Por eso soy de quienes no creen en las esculturas de pieza única. Tampoco en la repetición ilimitada, porque ya no se puede mantener la calidad artística. La escultura es también atención al tiempo (Gottdiener tiene dos relojes en el brazo y dos más en las paredes de su taller-museo). Ya son otros los que bailan. Mira, allí ves la estatua de una bailadora de la Sala Montejo y allá otra de una chica en pantalones. La mestiza y el mestizo de hoy no tienen ni siquiera el modo de pararse de los de ayer...—

La lista de las obras de Gottdiener es kilométrica. Está *El limpiabotas de la Plaza Grande*, *Las comadres de Hochtún*, *El regreso del molino*, *El Express particular*... Las hay en palacios reales de Inglaterra, de Bélgica; en museos del Vaticano, de Budapest, de Bucarest, de Roma, de Jerusalén, Nueva York, Chicago, Dirham, Teherán; no faltan en Los Pinos. Ni en la Universidad de Yucatán. Tema habitual, persistente, el hombre del Mayab. Cada pieza nos lo muestra como el hombre en espera de justicia. La escultura de Gottdiener tiene una energía enorme porque es espiritual y porque es social. Porque en ambos casos muestra lo que no se ve. Porque es profética: de un futuro distinto, mejor, más humano, más fraterno.

Dios, el hombre y el brujo

—¿Cree usted en Dios?

—Creo que si no hay alguien superior, los hombres nos erigimos en jueces de otros hombres y acabamos matándonos, pues concedemos el derecho de decidir

quién tiene derecho a vivir quién no lo tiene. Soy liberal. Estoy con lo que sea moral y justo en las exigencias de los jóvenes. Creo en el amor al prójimo y en la convivencia de los que son diferentes. Mi mujer –la conocí en Campeche cuando era misionero cultural y fui a pintar un telón para una fiesta escolar, pues ella era maestra allí– es hasta catequista. Yo no. Y nada nos ha impedido comunicarnos, amarnos y respetarnos–.

Nos sorprende un tema escultórico reiterado: el del brujo. Lo hay en pie, caminando, sentado. Su cara tiene algo de la del escultor. Su cuerpo, con la edad de las estatuas, se deforma. Preguntamos.

–Es algo patológico. Como yo tuve que caminar con bastón y este hechicero –que es real, yo lo dibujé en Tixkokob– así caminaba, la obra es un poco autobiográfica. Tiene algo de magia y es una buena escultura. Me han ofrecido mucho por ella, pero no lo vendo. El niño limpia botas que está allí lo dibujé en la Plaza Grande el día que tiraron uno de los laureles. El chiquillo estaba apoyado en el tocón. Quién sabe qué fue de él–.

Volvamos a los *butaques*. Más café en las tazas de piratas. La historia sigue, Gottdiener fue nombrado profesor de dibujo y modelado de la Escuela Secundaria Federal de Mérida en 1937 –también daba clases de Bellas Artes y fue director de esta institución de 1964 a 1970–. Los bocetos que trazó en 1937 pudieron ir volviéndose estatuas hasta 1966, cuando se jubiló como maestro federal. Su esposa, la señora Alina Estrada, es de Calkiní (“Los austriacos son los campechanos de Europa”, acota el maestro) y tienen cinco hijas, todas casadas: Elizabeth, Azul, Eloísa, Elena y Elma.

–Me quedé en Yucatán porque me fascinó su gente, su cultura, la versatilidad de este pueblo que tiene gusto y la costumbre de leer periódicos. No tengo idea de cuántos yucatecos llevan en collares o en anillos miniaturas talladas por mí. Me he propuesto proteger los valores humanos que he descubierto en los mayas de Yucatán, aunque sea una sonrisa–.

Pero el sonreír de las estatuas de Gottdiener no es ni convencional ni inexpressivo. La sonrisa de su hechicero es enigmática. Las facciones de muchas de sus obras son un poco hoscas. No agresivas. Más bien dueñas de una transparencia y

sencillez viriles. Como si el estudio paciente del hombre en cuanto forma y anatomía condujera al artista a percibir el alma humana como polo de irradiación, como fuente de acciones y conductas. Tampoco es la sonrisa de complacencia del arte separado de la vida real, producto refinado para una elite.

Una inocencia sólo aparente

El ritmo y la armonía, el movimiento que las manos del artista han sabido hacer pasar de lo móvil a lo inerte, están puestos al servicio de una idea. Son medios. Esa idea es la de que no debe haber culturas que opriman y destruyan a otras culturas, ni hombres que aplasten y aniquilen a otros hombres. Repitiendo hasta el cansancio la imagen del vencido, Gottdiener trata de mover la conciencia del vendedor. Por eso sus mayas no son el maya ideal de cierto indigenismo vulgar, sino el maya real, el hombre del Mayab aún por rescatar culturalmente. ¿No se acostumbra decir que una mestiza “se vistió” cuando ha asumido la moda occidental? ¿Estaba desnuda antes? En realidad, la expresión denota que al hipil se le considera un no vestido.

Gottdiener demuestra la falsedad injusta de ese tipo de discriminación. Y comprueba una vez más que en escultura “no cuenta la originalidad, sino la vida” (Rodin).

Las obras de Enrique Gottdiener Soto son inocentes sólo en apariencia. En su candor está su fuerza. No son la imagen de las clases sociales ascendentes. Son producto que adquieren las capas más favorecidas de la sociedad –que se rinden ante el artista– y que recuerdan a su poseedor la existencia de los desposeídos.

–Quiero mostrar la independencia humana, lo que nos une a unos hombres con otros hombres. Este es el servicio que quiero prestar a la humanidad. Hacer notar a quienes gustan de mis obras que la existencia humana es un valor. Es mi siembra, por eso quiero que mi escultura hable sin elementos que distraigan al que la contemple. Por eso no le puse guitarra a Gutty Cárdenas: el instrumento alejaría la atención.

Nadie pensaría en el hombre que fue. Mira a mi enfermera maya, mira a doña Zenaida molesta con don Xpil en una banca del parque de Maní, mira a esa mujer agotada y a ese hombre que se seca la frente. Mira sus manos. El maya habla con ellas: allí está el *Conciliábulo* que mandé a Los Pinos, lleno de manos expresivas.

Gottdiener nos dice que trabaja intensamente desde que salió de su última operación. Afirma que aún falta una nueva intervención quirúrgica “para que circule bien la sangre a mi pierna izquierda”. Parece decirnos que tiene una batalla personal contra el tiempo y que lucha contra él con la armas de su arte, para hacer todo lo que tuvo que aplazar durante años. Explica que se ve obligado a enviar sus originales a Durango, Guanajuato o México cuando quiere fundirlos en bronce–.

Aclara que el dibujo pasa al yeso, del yeso a la madera o a la cera y de la cera al metal. Casi no vende originales en madera y lo que vende son las cuatro o cinco copias de bronce.

–Tengo que ir buscando nuevas líneas. La sensibilidad de este tiempo es otra y el escultor no debe quedarse atrás. Hoy se prefieren las cosas más rectilíneas. De todos modos, la raíz son estos hombres de carne y hueso, con cara, historia y mundo–.

Vuelta al mundo en doce cinceles

Hombre de experiencia y contemplación, solitario como un místico y solitario como un militante, Gottdiener nos acompaña hasta la puerta gris de su taller-museo de la calle 60. Su mirada incansable, abierta al mundo, se asoma y los ojos se le habitan de la luz del mediodía.

Con un ademán sus gruesos dedos –hechos por las estatuas que hicieron– nos dicen hasta la vista. Bien puede uno pensar que detrás de sus hombros el encorvado brujo de Tixkokob se yergue, extrae de su fantasmagórica mochila un añoso uniforme austriaco y un violín empolvado, los ve y se muere de risa. Gottdiener es trashumante. No puede quedarse aquí porque ya está en todas partes y si quisiera fijar residencia en un lugar se volvería extranjero, porque “en las repúblicas fundadas por nómadas es indispensable el concurso de forasteros para todo lo que sea albañilería”. Él sólo sabe de tiendas que avanzan con el peregrino y que clavan sus raíces para arrancarlas con la luz de la aurora.

Hemos dado con él la vuelta al mundo en doce cinceles. Al entrar pensamos que su taller era pequeño para dos, que el desorden y el desaliño son ridículos. Al

decirle adiós comprendemos que en su mundo estamos todos y que allí no caben las excentricidades, porque el centro es el hombre. Junto a Gottdiener nos sentimos a gusto “tal vez sea porque se preocupa por otras cosas y no por si mismo” o porque, como señala Saint-Exupéry, hay un taller en el que es muy importante “que los corderos no se coman las rosas”.

*Mérida, Yucatán
julio de 1977*

PODER QUE MATA, UNA SEÑAL DE ALERTA

Decididamente, toda reforma o toda revolución –o en general todo cambio– tienen como condición previa una negación, una crítica o una denuncia. no se rectifican los usos sin haberse señalado los abusos. En este sentido puede decirse que *Network* –película exhibida en premiere la noche del viernes pasado– es agente de cambio. Pero la afirmación debe ser matizada, ya que al mismo tiempo, el filme es la representación que los Estados Unidos de América de hoy se hacen de sí mismos. Y Norteamérica, a través de *Network*, se exhibe cansada de sí misma, hastiada de sus mitos modernos y con cierta nostalgia por un ayer irremisiblemente perdido. Primera pérdida que se detecta: la del individuo que triunfa por su esfuerzo propio, solitario. Dolorosa pérdida en un país que hizo del *self made man* su imagen.

En la medida en que la vida social, los procesos económicos y los mecanismos políticos se complican, nadie vale un adarme si está fuera de la *Network*, es decir, de la cadena o de la red, ya que la palabra net-work se refiere a ambas. Ni el locutor de la UBS –Peter Finch en su última actuación, como Howard Beale– ni el experimentado productor de programas y amigo de Beale, Max Schumacher –William Holden– ni Hackett, el ejecutivo escualo, ni Diana –Faye Dunaway–. Su talento adquiere precio por su posición en la cadena televisiva, que no es una comunidad laboral sino algo así como un universo de guerra constante, en el que no hay “más que átomos, átomos que se muerden”.

Segunda pérdida: la del humanismo. *Network* es un lagrimoso lamento, una jeremiada fotográfica del liberalismo que topa con sus límites y no quiere aceptarlos. Y de eso no tiene la culpa la televisión. El envilecimiento de este medio masivo de información es consecuencia del sistema económico en que está ubicado. Allí en donde una falsa “libertad de empresa” ampara la utilización de cualquier medio con tal de que se produzcan utilidades, la pobre televisión no puede sino ser esclava (“en cadena”) de los principios que rigen a la totalidad social, sierva del materialismo práctico.

Tercera pérdida, la de los valores absolutos ¿No se proclama que todos los “dioses son efímeros en la pantalla chica”? ¿Por qué lloriquear si esas deidades quedan

exprimidas como limones y arrojadas al cesto de la basura? Las ganancias, erigidas en divinidad, enlodan cuanto tocan y devoran a quienes las hacen posibles. Son un monstruoso Leviatán que engulle a sus engendrados. Y aún así, la amarga denuncia de *Network* –que es cinematografía y, por tanto, hecha para obtener ganancias– queda en la mira de la sospecha, porque forma parte de ese mundo dedicado a dioses efímeros y productivos: la crítica de sí mismo resulta hoy redituable.

La historia de *Network* es la de tres personajes. Conste que no se ha dicho personas. Uno es Howard Beale, el locutor que ya no puede sostener su tasa de auditorio y recibe el aviso que será licenciado. El otro es Max, el productor, quien le avisa a su amigo Beale tan triste noticia en medio de una hollywoodiana borrachera de hombres maduros en alguna calle neoyorquina. La última es Diana, una recién llegada, hija de la televisión que sólo deja de pensar en estadísticas y publicidad en el fugaz instante del clímax sexual, pero ni en sus prolegómenos ni en sus postrimerías.

Beale se despide de sus telespectadores anunciando que se suicidará en una próxima comparecencia ante las cámaras. Eso ocasiona una tempestad y hace subir el porcentaje de impacto de sus 10 minutos informativos. Se vuelve popular y, como popularidad es rentabilidad dentro del sistema *Network*, ya no se le puede echar a la calle... Entonces la cadena descubre que por el momento es productivo que alguien les diga a los norteamericanos la verdad. Que ese tipo de discurso deja dinero. La televisión comercial para seguir siendo televisión comercial. Diana capta el instante y organiza las noticias diarias como un super show en el que Howard Beale puede escupir su ira contra la cadena, contra el sistema norteamericano, contra sí mismo. “Esta es una fábrica de mentiras”, brama Beale, y gana puntos. La cadena se vuelve una cadena de montaje, un sistema de recuperación de derechos, una procesadora de basura intelectual y moral que inyecta nueva vida al aparato utilitario.

Como en este engranaje no hay verdad posible, el programa de Beale cuenta con “departamento de verdades”.

Network, la cadena, descubre por medio del enfurecido profeta Beale que es negocio dar a conocer las acciones subversivas de quienes luchan contra el sistema socioeconómico que la hace posible.

Que se puedan recuperar las batallas y que los enemigos venderán su revolución como negocio a fin de contar con recursos para seguir peleando. Todo queda contaminado. Pero el filme olvida que, en los Estados Unidos, hay en la actualidad quienes no aceptan tocar el sistema para no enlodarse y viven como *outsiders*, en empresas no capitalistas que prefiguran ya un futuro distinto, como algunas comunas californianas. De paso, la película ensucia a quienes son disidentes, en una burda caricatura.

Diana –ejecutiva, eficiente– logra que la cadena se deshaga de Max, quien no tolera el juego de que es víctima Howard.

Logra asimismo separar a Max de su familia y hacerlo escenificar un libreto en el que ella es la que habla y él el que oye. Beale baja la popularidad y la cadena decide matarlo para que no perjudique la rentabilidad de la empresa. Diana aprueba el asesinato en vivo del profeta enloquecido y corta la aventura con Max. Gana la cadena. Pierden los hombres. La empresa continuará fabricando las noticias sin esperarlas. Los revolucionarios que accedieron a filmar sus asaltos para ganar dinero aceptan el encargo de disparar contra Beale en plena emisión. La UBS gana puntos de auditorio. La película termina. ¿Ciencia ficción? ¿Pequeña venganza de dos prófugos de la televisión –el director Lumet y el guionista Chayefski– contra el universo de la pantalla chica? ¿Hipócrita manera de hacer dinero una vez más, denunciando a quienes hacen dinero denunciando a quienes...? ¿Será que *Network* no tiene más ancla en la realidad que la de producir dinero una vez más?

Para entenderlo, vale la pena saber que el 15 de julio de 1974, en Saratoga, Florida, una locutora de 30 años de edad –Chris Chubbuck– se dio un balazo en la sien ante las cámaras de la estación WXIT-TV en el programa de la mañana –a las 9:38– después de haber dicho al público: “De acuerdo con la política de nuestra cadena (*network*), que es la de llevar todas las mañanas y a todo color hasta ustedes una ración de sangre y violencia, asistirán ustedes a una gran premiere: un intento de suicidio en directo”. Luego Beale y *Network* no andan tan despistados, aunque produzcan utilidades.

El cadáver de Chris Chubbuck es bien real. Podría explicarse asimismo en el mecanismo de los “puntos Nielsen” de tele auditorio que rigen el precio del tiempo

de antena para la publicidad en los Estados Unidos. Un “punto Nielsen” equivale a 698 mil aparatos de televisión conectados en el mismo canal a la misma hora. En términos financieros, uno de esos puntos puede significar utilidades anuales por un millón y medio de dólares. De allí que el minuto publicitario se cotice de acuerdo con los “puntos Nielsen” (Nielsen es la empresa que se dedica a contar electrónicamente el auditorio) que logra un programa o un presentador. Ese costo va de 3 a 5 dólares el minuto por cada mil aparatos de televisión en sintonía. ¿Sabía usted que cuando se exhibió por televisión *Lo que el viento se llevó*, el minuto publicitario de la cadena NBC llegó a valer 268 mil dólares? Sin duda aquí *Time is money* (El tiempo es dinero) y un mundo que funciona así no retrocede ante nada con tal de ganar auditorio y, por lo tanto, “puntos Nielsen”, que en el fondo son dólares.

¿Cuáles son los valores de los “hijos de la televisión”? ¿Qué le piden a la vida los ejecutivos de las cadenas (*networks*)?

Lo que dice Diana en la película : “Todo lo que le pido a la vida son 30 puntos de satisfacción”. Si para lograrlo hay que “apagar” a Howard Beale, tanto peor para el locutor. Pero no todo es “apagable”. Así lo expresa Max a Diana al despedirse de ella, cansado de vivir con una computadora al servicio de la cadena.

Quizá Lumet quiere mostrar con esa relación la nostalgia del nuevo mundo por el viejo. Pero uno se pregunta si no es ese viejo mundo el que engendró al nuevo.

Si Beale es un profeta, la cadena lo recupera. Si es un loco, su locura resulta productiva. En cualquier caso, lo importante es que la máquina no se detenga porque detenerse sería morir ¿No es *Network* una obra que termina con una muerte para que las ganancias vivan?

¿O se trata del ya tan sobado recurso de invitar al regreso a la naturaleza, al mundo de los nuevos salvajes no corrompidos por la técnica?

En realidad, toda civilización que se pone por meta a su propio pasado es una civilización decadente, más emocionada por sus recuerdos que por sus esperanzas. *Network* nos muestra los resultados de hacer de la cultura un producto de supermercado en cuya distribución y consumo cuentan con más publicidad la

utilidad que la profundidad, el testimonio y el compromiso. Recurrir al buen salvaje es afirmar que ya no se cree en el porvenir.

Pero la película es asimismo una trampa del sistema mismo. Al culpar a “la Cadena”, al no ubicar con precisión las responsabilidades, permite a cada norteamericano –y a cada hombre que la ve– sentirse tranquilo y ajeno, libre de culpa. Además lo autoriza a convivir con la situación que denuncia e incluso a vivir de ella, denunciándola.

Network no es una película que merezca demasiadas palmas por su factura cinematográfica. Pero sí las merece como señal de alerta.

No contra la televisión en sí, sino contra el espíritu de lucro que la convierte –a ella y a todo lo que roza– en poder que mata, en “cadena” electrónica. El filme deja un sabor amargo en la boca porque no indica posibles caminos para una solución.

¿Se retira el control de la televisión a las empresas privadas? ¿Para dárselo al Estado que toleró Watergate o, en otras latitudes, al Estado que trampea, engaña, defrauda, controla, encadena?

Frente a esa encrucijada, *Network* plantea de nuevo el viejo dilema de Rousseau: ¿Cómo recuperar los valores del pasado sin destruir los medios que nos ofrece el presente para dirigirnos hacia un futuro mejor? Tal vez vale la pena transcribir una frase de ese pensador, uno de los mayores teóricos de la democracia liberal: “el día que alguien cercó un terreno y dijo ‘esto es mío’ comenzaron los males en el mundo”.

Nada bueno puede edificarse sobre el afán de ganancia egoísta, ni dentro de una colectividad a la que el deseo enfermizo de poseer bienes materiales transforma en arena para gladiadores.

Network no es una crítica a la televisión sino al capitalismo desenfrenado. Su ambigüedad reside en que es una película que esta hecha como Howard Beale: para decirle al espectador lo que quiere oír y lograr así un máximo de auditorio. Por esto es la exhibición de las virtudes, los límites y los abusos del sistema norteamericano, que gracias a la televisión sentimos como nuestro sin que en verdad lo sea.

Network debe ser vista con ojos críticos, sólo así pueden percibirse los momentos en que es ambigua, los momentos en que es hipócrita y los momentos en que, al negar, abre la posibilidad de afirmaciones ulteriores.

*Mérida, Yucatán
julio de 1977*

LOS SILENCIOS Y LAS MORDAZAS DE DIOS: TEATRO EN MÉRIDA

Wittgenstein, lógico austriaco, señalaba su famoso *Tractatus* que lo que puede decirse “puede decirse claramente” y que “allí en donde no es posible hablar hay que callarse”. Dentro del espacio de lo indecible, Wittgenstein dijo mucho más de lo que puede esperarse de un experto en lógica. No debe sorprendernos decir que algo que se puede decir es siempre decir algo. De allí que el lenguaje de los místicos sea siempre fronterizo: entre la blasfemia y el futeo, entre la palabra y el silencio. Un quedarse “no sabiendo, toda ciencia trascendiendo”, según San Juan de la Cruz.

Podría irse a buscar argumentos a algunas páginas de Ramón Xirau y afirmar con él que, al menos en Occidente, el silencio del místico lo es “con significado y con un sentido que trasciende los significados mismos”. No se trata, evidentemente, del mutismo de los escépticos, quienes piensan únicamente en los deberes de la verdad para con ellos y no en las obligaciones de ellos para con la verdad.

Al contrario del escéptico, el místico no anula posibilidad de juzgar aunque conozca el límite de sus palabras.

El místico pone a éstas al servicio de algo mayor que ellas. Su lenguaje señala lo indecible y permite aproximarse a lo inefable.

León Felipe lo dice de otra manera cuando se refiere al “salmo del desierto” que “vive sin tierra, bajo el llanto, y que sin garfios ni raíces se prende, se agarra anhelante de la luz y del viento”.

En si sea Wittgenstein, San Juan de la Cruz, León Felipe, Santa Teresa, Fray Luis, Maimónides, Eckhardt, Pita Amos, Alfonso Junco o Gertrude von le Fort, los escritores y poetas místicos se las arreglan –dice Bertrand Russell– “para decir muchas cosas acerca de lo que no se puede decir”.

Así lo comprobamos una vez más en *El Silencio de Dios*, espectáculo de poesía mística puesta en escena por María Alicia Martínez Medrano en el Teatro del Seguro Social, con las voces excelentes de Joaquín Cortés, Graciela Buchaman y Sergio Cámara, y con las buenas voces de María Teresa Sansores y Ricardo Bello.

El teatro es uno de los testimonios más obvios de esa necesidad del hombre de sentir simultáneamente el mayor número de emociones. Al paso de los años, se integran en el teatro los elementos más variados. En él se sintetizan: poesía, música, pintura, escultura, arquitectura, fotografía, cinematografía, sonorización, danza, gimnasia e iluminación.

Sin embargo, a pesar de este aspecto sintetizador, el arte dramático sigue siendo original e irreductible. Por eso es la más perfecta, la más sorprendente, la más original de las obras del hombre... La que contiene sus demás invenciones; aquella cuya invención tiene algo de divino (Jouvet).

El teatro pone al mismo Dios en escena. Pone palabras en la boca de Dios, ¿sería demasiado atrevimiento decir que lo humaniza? ¿Y añadir que el Dios hecho hombre es la palabra de Dios?

Todo lo anterior es dos veces válido si lo que se pone en escena es poesía mística, porque con palabras, gestos, recursos inteligencia, voluntad, arte y cuerpos humanos se exhibe hasta el silencio divino. Así, este tipo de escenificación indica, señala, muestra lo que es posible expresar. En este sentido puede afirmarse que por momentos *El Silencio de Dios* peca de excesos teatrales y exuberancia de recursos.

Ya se sabe que en gustos no hay ley escrita. Pero tanto harapo colgando de los techos, ciertos recorridos de figuras monacales y la personificación directa de Jesucristo acaban produciendo en los espectadores el efecto contrario: distraen, pecan de “hollywoodismo”. Las palabras desgarradoras de los poetas –casi siempre tan bien dichas por los actores– tal vez no requieran tantos kilos de escenografía para hacer visibles los invisibles andrajos del alma que busca a tiendas “porque es de noche”. Lo místico tiene la desolación serena del desierto y es más aridez que decadencia. Son las tiendas puestas sobre las arenas del yermo. Más desnudez que harapo.

Sin embargo, esta opción escénica de la directora puede haber obedecido al deseo de comunicar algún drama interior, personal, con toda la intensidad posible. María Alicia Martínez Medrano expresaba hace algunos días que llevaba “años tratando de hablar con Él”. Tal vez sus decisiones escenográficas son dóciles a su propio itinerario espiritual. Y en estos terrenos, como señala San Juan de la Cruz:...

“Sólo el que por ellos pasa lo sabrá sentir, mas no decir”. Por lo demás, el vestuario está bien escogido y pensado. Sobre todo esa camisa de fuerza que anuda los brazos de Joaquín Cortés y ese hábito estilizado que hace resaltar la gótica figura de Graciela Buchanan.

Las reflexiones acerca de la escenografía y el vestuario nos hacen volver al problema del silencio divino ¿Se calla Dios?

¿Mutismo, metáfora, paradoja?

Ramón Xirau sugiere que al humano hablar “lo anula el silencio ante un Dios infinito que nuestras palabras, a todas a la finitud, no pueden expresar”, porque “la experiencia mística es indecible”. El escritor añade que esa inefabilidad existe por tres razones: porque el alma se ausenta del mundo, porque su medio es una fe ciega y porque su fin es la contemplación de Dios.

Dios habla siempre: el hombre es a veces sordo y a veces, cuando ya ve, se queda atónito e incapaz de articular palabras. Después de la experiencia “ni el ojo vio, ni el oído oyó” y sólo puede decirse lo que no es Dios.

La teología negativa puede hablar ilimitadamente de Dios, pues le basta enumerar todo lo que Él no es. La teología afirmativa o atributiva es difícil porque intenta llegar a Él por la razón pura, y su objeto –Dios– es siempre más grande que sus medios y que sus instrumentos. La teología mística emplea la imagen, sobre toda paradoja: “música callada, soledad sonora, vivo sin vivir”, etcétera. El juego de este lenguaje ofrece una rendija por la que se cuela un resplandor, un rayo de lo inefable. *El Silencio de Dios*, en el Teatro del Seguro Social, termina con una frase incomprensible para la lógica: “Luz para romper este silencio”. A sabiendas que la luz no hace ruido, se pide la iluminación a guisa de palabra. Nadie ignora que el sonido es la única forma de “ver” que tienen los ciegos y que la luz es el camino “auditivo” de los sordos.

El verdadero místico sabe que no basta pedir luz, como si Dios anunciara que al final vencerá la claridad y sabe que la luz hiere, deslumbra. Por eso San Juan de la Cruz, el poeta de la “noche oscura”, es también el del “madero ardiente”, el de

la “Luz silenciosa” y el que indica:... “está el rayo de luz dando en una vidriera. Si la vidriera tiene algunos velos de manchas o nieblas, no la podrá esclarecer o transformar en su luz totalmente como manchas y sencilla; tanto menos la esclarecerá cuando ella estuviera menos desnuda de aquellos velos y manchas...”

Así que a la petición de luz entra en el postulante la exigencia de ser transparente, sino asume así, se limita al grito del romanticismo moribundo: “¡Más luz!” de Goethe. El místico no es Prometeo ni Sísifo. Es el hombre dispuesto a purificarse como creatura. Es el que renuncia a todo para tener todo. El romántico quiere ser creador, y fallece angustiado al percatarse de que su palabra no crea, al comprender finalmente que es un hombre y no un Dios. El místico sabe que toda teología se redacta de rodillas para que no sea teodicea, es decir, confía más en la revelación gratuita que en la razón batalladora.

Hay otro silencio de Dios que no es el “imperio silencioso” de sor Juana, ni la reposada iluminación de San Buenaventura. Es un mutismo al que el hombre contemporáneo es más sensible. Se describe en la obra de Albert Camus, quien se plantea el problema de ser “santo sin Dios” y el de dar significado a la terquedad ascendente de Sísifo, que vuelve a subir la roca sólo para verla despeñarse de nuevo. Es también, aunque de otra manera, ese terror a las repeticiones cíclicas del mal que habla León Felipe, y que también declara Joaquín Cortés, es el miedo a “contar mañana otra vez los mismos escalones”, o el grito de alerta al hombre para que no se convierta en noria.

Camus no fabrica prometeos. Su punto de partida personal y literario –el ateísmo– se lo impide. Lo ha hecho notar con agudeza Lebesque: ...“no hay Prometeo sin Zeus... Por fuerza, su tragedia es sólo humanista y, por tanto, mutilada”. El silencio que indigna a Camus es el que rodea al sufrimiento humano de los inocentes. “Mira el cielo, no responde”, dice el novelista a un amigo ante el espectáculo de un niño arrollado por autobús en algún sitio del norte africano.

“Al menos éste era inocente”, repite uno de sus personajes en *La Peste*, al ver morir al hijo del juez Othón. Desde su perspectiva, Camus considera injusto que “paguen justos por pecadores” y, como el pueblo que él mismo describe, el novelista “ha situado todos sus bienes en esta tierra y por eso ha quedado sin defensa contra la muerte”.

He allí el drama del humanismo ateo. No es que Dios guarde silencio, sino que *a priori* está amordazado. Los profetas del Antiguo Testamento hacen saber que Dios es mucho más que el pan, que un reino terrestre, que un poder político. Y el Nuevo Testamento nos muestra al justo que sufre por todos. Bajo ninguna otra luz tiene sentido de dolor humano. Dios no calla ante el sufrimiento de los hombres: lo comparte. Es la palabra viva sometida a tortura.

Lo que le preocupa a Camus es quizá el silencio de los creyentes y eso que Mounier llamó “la asociación de lo espiritual con lo reaccionario”. Porque, quién va a negarlo, muchas veces la idea del carácter redentor del sufrimiento hace al hombre de fe un inútil para combatirlo. Erróneamente, porque nada autoriza al cristiano a no luchar contra el dolor con todos los recursos que disponga. Y ello, pese a que se sabe que nunca se podrá establecer en el mundo una sociedad totalmente armoniosa.

Por eso Camus afirma que la única manera de equivocarse es hacer sufrir a los otros.

Los inocentes sufren. La muerte y el sufrimiento son opacos a la razón pura. Las explicaciones fáciles acaban decepcionando, son palabrería que intenta vanamente volatilizar el dolor actual, sensible. Es mejor el silencio, como diría Wittgenstein.

Sólo cambiando de escala, saltando la fe y la luz en la oscuridad de los místicos, el sufrimiento y el morir toman sentido. Ni siquiera el haber consagrado toda la vida a luchar es respuesta. A la muerte hay que verla de frente y asumirla, como el dolor, en tanto que constitutiva del ser de creatura. Y como puerta: “vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero”, e incluso el verla así carece de importancia real. Porque lo que importa saber es otra cosa: “vuestro soy, para vos nací, ¿qué quereis señor de mí?”.

*Mérida, Yucatán
julio de 1977*

BARRIO DE HÉROES Y BANDOLEROS

Nadie sale de Roma sin conocer el barrio más típicamente romano de la urbe, el más generoso, el que mejor ha conservado el sabor de otros días, otra gente y otro ritmo de vida. Por supuesto se trata de Trastevere, área ubicada del mismo lado del Tíber que el Vaticano.

Caminando hacia el suburbio –antes de cruzar el río– la atmósfera va transformándose. Se siente, en primer lugar, un cierto sabor de violencia en el aire. Los vecinos comentan en voz alta los robos de la noche anterior los actos de violencia callejera, políticos o simplemente delictivos de las jornadas precedentes.

Las joyerías y orfebrerías –acurrucadas en portales patinados de siglos– tienen alarmas y rejas y cerrojos... Y no tienen joyas.

Es una vidriera destrozada y remendada con maderas y barras de metal, es posible leer un cartelón que suplica: “A los señores ladrones: por favor ya no rompan el vidrio. Aquí sólo hay imitaciones. Las joyas auténticas las tenemos en una caja fuerte de banco”. Una gota de humor trasteverino en medio de la dramática continuidad de los atracos.

Zumban las motocicletas y los minúsculos Fiat 500 por las callejuelas. Sentadas a sus puertas, gordas mujeres italianas sonrientes y dicharacheras previenen al transeúnte.

A las turistas les recomiendan llevar el bolso del lado de la pared, para evitar a los raterillos motorizados que dominan la técnica de cortar las correas de esos inevitables instrumentos femeninos sin lastimar a la paseante. Pero a veces las cosas no son tan sencillas: el cuero no cede y la víctima corre el riesgo de que la moto la arrastre si no suelta la prenda.

Se puede cruzar el Tíber por el puente Fabricio. Es el más viejo de Roma, todavía en pie, original. Ya superó los 2,000 años. Fue una obra urbana del cónsul del mismo nombre, en el año 62 antes de Cristo. Irremediamente, la imaginación vuela hacia las obras públicas de la patria y del terruño. ¿Hay alguna calle de Mérida

que haya resistido diez años sin erosiones? Dejamos la respuesta para otros días. Es mejor levantar la vista y lanzar la mirada hacia las pendientes de las colinas. Encaramada sobre el Aventino, Santa María in Cosmedin –la iglesia de la comunidad griega– alza su campanario románico tardío.

El Fabricio termina en la Isla Tiberiana, a la mitad del río. De ésta a la otra orilla el lazo de unión es el también bimilenario puente Cestio. En la isla –que un tiempo honró al dios de la Salud, Esculapio– está la iglesia de Bartolomé. El Cestio deja al caminante en el Trastevere.

Antes, el barrio era famoso por sus torres y sus palacios, que destacaban entre las casas bajas. Los diversos planos reguladores de Roma han ido alterando la geometría –y desplazado el centro– del suburbio. Eso no obsta para que sea un placer zambullirse en sus callejas. Ni siguiera el folclor prefabricado para consumo de texanos lo ha privado totalmente de su gracia ni de su solera humana.

El Trastevere ante todo es un modo de ser. Una forma de humanidad. Un espíritu bohemio que se anula en las voces –gritos a veces, cantos otras, insolencias en ocasiones– dialectales. Una agudeza que se plasma en los versos pícaros, improvisados a la velocidad inseguible, de los guitarristas o mandolinistas populares. Un fatalismo agridulce, melancólico, como si toda la memoria de los tiempos idos –siempre mejores, dicen algunos poetas– se conservara aquí, bajo los adoquines y en los nichos poblados de santos que adornan las aristas de tantas esquinas. Pero detrás del bullicioso ambiente –que llega a su clímax en el mes de agosto, cuando el barrio celebra su fiesta propia– hay una especie de serenidad fascinante y despreocupada, un oxígeno sincero.

El Trastevere es algo como el tepito de Roma. Las viejas *trattorie* tienen las paredes llenas de inscripciones al carbón, a la pluma, a lápiz, mensajes simples, amorosas declaraciones, refranes más o menos groseros. En su interior vive el barrio durante los meses fríos. Cuando el sol se pone, ya tibia el agua de las fuentes, las mesas vestidas a cuadros salen a las plazas. La más bella de éstas es, sin duda, la de Santa María in Trastevere, primera iglesia que abrió al culto en Roma, hacia el año 225. Y los trasteverinos están orgullosos de la primicia.

El habitante de este suburbio se considera un ser diverso y especial. Así lo

demuestran los versos del célebre Triusa –una especie de “poeta del crucero”– que sólo entienden los trasteverinos por dos razones: están escritos en dialecto y se refieren casi siempre a historias, anécdotas o historietas del rumbo. Hay un cierto gusto por sentirse dueños de su lenguaje: la llaman “la festa de Noantri”.

Esta última palabra –“Noantri”–, es una degeneración de *noi altri*, que equivaldría a un “nosotros”, pero subrayando el “otros” con el sentido de “distintos”. La expresión equivaldría a “la fiesta exclusiva nuestra” o “de nosotros”.

Y así, el Trastevere tiene su tradición muy peculiar. Allí acamparon los etruscos milenarios. Allí reclutaban los barones y nobles sus milicias más fieles y más audaces.

Allí el pueblo salió a la calle en 1849 a defender la institución republicana. Todo esto además de haber sido refugio de bandoleros, casa-cuna para hijos de náufragos –aún existe el hospicio de los genoveses, propiedad de la confraternidad marinera de San Juan Bautista, formada por hombres de mar oriundos de Génova–, conventos infranqueables, palacios amurallados con prestigio de maravillosos y mil secretos más.

En el Trastevere, la Roma bohemia –ahogada por la urbe moderna– resiste a la derrota definitiva. Se niega a entrar en el presente. Se aferra a lo que fue. Pero ¿qué pueden contar los rincones relativos del tiempo medible en la Ciudad Eterna?

*Mérida, Yucatán
agosto 1977*

MEDITACIÓN EN LA VÍA DE LOS FOROS IMPERIALES

¿Qué culpa tuvo Cayo Publico Bíbulo de ser compañero de César? La pregunta surge en la Plaza Venecia en, Roma, en cuyo jardín interior está la tumba del desafortunado político. El monumento es un vestigio arqueológico de importancia, pues a nadie se enterraba dentro de la urbe. Quiere decir, pues, que la Plaza Venecia, hoy centro de la ciudad, no lo fue siempre. Al menos en el siglo I antes de Cristo, la plaza hubiera quedado extra muros, como la tumba de Bíbulo, el pobre cónsul que batalló infructuosamente contra César –niño mimado de la plebe y de la burguesía romanas– y sólo ganó denuestos como pago por sus defensas de la aristocracia, en franca retirada para aquel entonces.

A la Plaza Venecia desemboca la Vía de los Foros Imperiales, proveniente del Coliseo. Son 850 metros de avenida. Tiene 30 de ancho y es una de las pocas arterias amplias de la Ciudad Eterna. Junto a la añosidad de las ruinas que la flanquean, su acta de nacimiento suena ridícula. Data de 1932. Pudorosamente, las guías de Roma callan que es obra de Mussolini para poder enorgullecerse de ella. Nadie ignora la verdad, pero a pocos les parece prudente proclamarla. El silencio permite evitar la mentira. Pero la obra está allí, pese a la dictadura, al dictador, a sus locuras, a su trágico fin y a sus crímenes. Y los romanos aprovechan esa amplia calle para caminar entre árboles, y para asomarse al pasado. Al pasado remoto que, mientras más lejano, se antoja más pretérito perfecto.

La Roma republicana es ruinas y sólo ruinas. Sus vestigios hablan. Caminar y verlos provoca la admiración, el disgusto y la nostalgia. Pensar en cómo fue posible que lo grande se volviera ruinoso es una actividad llena de escollos. Por lo que no se sabe. Por lo que se preferiría no saber. Por lo que, al saberse, obliga a ver el presente. Un hombre de aquella época, Cicerón, aseveró algún día que la historia es “maestra de vida”. Y, las más de las veces, los maestros estorban.

¿Qué era la Roma republicana? Polibio nos dice –desde el palco gris de su escepticismo– que la urbe se distinguía de las demás naciones por su respeto a los dioses. Los romanos –constructores de teatros, foros y basílicas– tenían un agudo sentido de subordinación del orden estricto. Por eso fueron los creadores del Derecho. Y conquistaron el mundo porque se sentían imbuidos de una misión superior, guiados

por un numen. Dominaron “en el nombre de” algo que sentían mayor y ajeno. O, como expresa un poeta, gobernaron al mundo porque se consideraban “inferiores a los dioses”.

Deambulando hacia el Coliseo, bien puede volverse la vista atrás. Se alza, *impromptu*, una imagen típica de Roma, la columna de Trajano, flanqueada por las iglesias de Santa María de Loreto, edificada en 1507, y la del Santo Nombre de María, construida en 1736 para conmemorar la liberación de Viena, por Sobleski. Las dos cúpulas son casi iguales. La columna trajana yergue sus cuarenta metros de mármol blanco contra el cielo. A un lado –dice la historia– estaban dos bibliotecas. Los 18 bloques marmóreos que forman el esbelto monumento tiene esculpida, en espiral y a toda su longitud, la historia de las batallas de Trajano contra los dacios, habituales belicosos de lo que hoy es Rumania.

La columna ocupaba el centro del Foro de Trajano, colección de plazas, bodegas, tabernas, comercios y terrazas, diseño de Apolodoro de Damasco. La estatua del emperador coronaba la columna, pero en 1587 la desplazó otra, en bronce, de San Pedro, que la preside hasta la fecha. El metal brilla contra el sol de la tarde. Los pliegues del manto lucen sus estrías dorado-verdosas como seguramente lo quiso Tomasso della Porta, autor de la efigie.

Se veneraba en la Roma antigua a los gobernantes, a la familia, a los ancestros. (en Italia sigue siendo un grave insulto el referirse con desprecio a los antepasados. *I mortacci tuoi* –que equivaldría a tus muertejos, en español–, es todavía uno de los improperios predilectos en los estadios de fútbol ítalos). Se rendía culto a los muertos como a los dioses. El romano se sentía vinculado a ellos. Esa vinculación se manifiesta en la piedad (*pietas*) que era el sentimiento de relación con padres, ancestros y dioses. El varón romano era un hombre pío (*pius*), que vivía esa vinculación como deber y como fuente de deberes. ¿Qué fue de la piedad? ¿Dónde quedó después de la zozobra del imperio?

Entre los jardines de la Vía de los Foros Imperiales surge la estatua de César, copia metálica de un original en mármol. Es la célebre efigie del dictador Perpetuus. Julio César fue un poeta audaz y amoral. Poco le importó nada. Pasó por encima de normas, hábitos y leyes. La plebe lo adoró. Salió con quien le fue útil: Pompeyo, el militar valeroso y tímido político; Craso, el riquísimo ciudadano que pagaba las

deudas del ambicioso cónsul para que a César lo dejara engrosar el contenido de sus arcas y el decorado de sus *ville*. ¿Qué le quedaba a César de las virtudes romanas? Cuando mucho la frugalidad (*frugalitas*), es decir, los gustos sencillos. General, dormía en su carro y al aire libre. Pero, ¿conocía la severidad (*severitas*), el rigor moral consigo mismo? Difícilmente podría afirmarse de quien fue marido de todas las mujeres y mujer de todos los maridos”.

Y, sin embargo, César desposeyó al senado del aura de secreto que lo rodeaba e hizo verdaderamente público el debate político en Roma. Él dispuso el primer diario de debates –el Acta Diurna– que se fijaba en las paredes de la ciudad para que la gente se enterara de las discusiones senatoriales y el cuerpo legislativo no escondiera sus argumentos ni sus errores. César transformó buena parte del mundo en una ciudad al hacer ciudadanos romanos a hombres de 100 razas distintas. Ser “ciudadano romano” era el pasaporte mundial de su época.

En César, declarado divino, el pueblo se rendía culto a sí mismo. Tal vez por ello al morir César comienza a agonizar Roma. Pero ya muchas energías se habían agotado. Los asesinos de César mueren también. Augusto manda a hacer un templo a Marte Vengador para celebrar el fin de Bruto y de Casio. El Foro de Augusto –siempre a la vera de la Vía de los Foros Imperiales– da testimonio del *Mars Ultor*, dios del desquite. Está cerca del Foro de César, en donde impera Venus Generatriz, de quien el vencedor de la guerra de las Galias se decía descendiente.

Las características de los hombres que hicieron Roma eran la constancia, la firmeza, la disciplina, la industria, la energía, la clemencia y la frugalidad. El romano asumía gravemente sus deberes (*gravitas*) y despreciaba la frivolidad (*levitas*) de los irresponsables. En ese cúmulo de virtudes radicaba la ciencia romana. Ellas hicieron posible la grandeza imperial de Roma. ¿Quién no recuerda que algunos generales volvían de sus campañas a sus agros para labrarlos? Las ruinas de los foros romanos llevan a cuestras la pregunta radical: ¿qué hizo Roma de las costumbres de sus antepasados, de las *mores malorum*?

Ortega y Gasset escribió alguna vez que Roma cayó por un simple problema electoral: los ciudadanos dispersos y lejanos no podían venir a Roma con la celeridad que lo exigían las votaciones y dejaron de interesarse en la participación cívico-política, vendieron su voto y así Roma quedó en poder de unos cuantos, no exactamente los

mejores. Otros autores afirman que fue un problema de orden económico estructural. Un cambio de lo agrícola a lo industrial, del trabajo personal a las labores alquiladas o usufructuradas. Alfonso Reyes nos habla del paso de la “polis” a la “cosmópolis”.

Cicerón, orador de antología, negociante desparpajado, eclético y brillante, da otra respuesta. Tal vez no sea la mejor, pero es de alguien que vivió el naufragio republicano en primera persona: “Se debe a nuestro propio fracaso moral, y no a un capricho de la suerte, el que, si bien retenemos el nombre, hayamos perdido la realidad de una república”. ¿Hasta dónde fracasan históricamente los pueblos y sus instituciones al tolerar goces excesivos, concesiones éticas?

La frase ciceroniana campea sobre los restos pétreos de la Roma añeja, como un viento que levantara el polvo de los Foros Imperiales y lo asentara sobre la vorágine de automóviles que, sin mirar al pasado, hieren a la Roma de hoy con sus gases venenosos y sus bocinazos contaminantes. La rapidez se ha vuelto más importante que la dirección: velocidad sin sentido.

*Mérida, Yucatán
noviembre de 1977*

DE LOS ÁRBOLES Y EL PUEBLO

¿Ágora, foro o plaza?

Cinco de mayo. Plaza grande. La obra de remozamiento terminó. Los árboles están en su lugar pero, en virtud de la nueva altura del pavimento, los follajes y su verde se aproximan más al transeúnte que –me asegura un amigo– se siente más envuelto en sombra que antes. Lenta repoblación de las bancas, donde incontables manos izquierdas se levantan al sonido de cada cuarto, para reconfirmar que las agujas del reloj personal coinciden con las del municipal. El ademán es casi un rito. Una especie de tribu añatómico o de aceptación maquinal. Los tiempos personales deben tener un tiempo de referencia.

Si no, el escepticismo cronológico –subjetivismo temporal– disolvería la posibilidad misma de la puntualidad. ¿Se trataría al retardo con respeto si no hubiera una “hora del municipio”? No es que aquí veneremos a la autoridad. La verdad es que nos fascina la irreverencia hacia ella, sobre todo si la cometen otros, o si, al cometerla, nada arriesgamos. Somos un pueblo ácrata, más bien alérgico a la organización. Aquí la dimensión tradicional más extensa de los coros estables se reduce al trío, como si en algo nos pareciéramos al español del sur –sevillano– que critica los orfeones del norte –vascos o catalanes– aduciendo que no tiene caso reunirse 40 para repetir la misma cosa. Y habría que añadir la muy noble, muy leal y archimeridiana abundancia de motocicletas. Nadie que pueda comprarse sus propias ruedas –aunque sean sólo dos– se resigna al transporte colectivo. ¿Se resignará usted? A pesar de todo, bueno, está bien que haya una hora municipal. Así cuando menos es posible dirimir de un vistazo las disputas sobre la exactitud y, si los partidos comunistas no renuncian a su “centralismo democrático” (eufemismo para justificar el autoritarismo), ¿porqué no habríamos de aceptar un discreto y pragmático municipalismo cronométrico? Ambos son esdrújulos.

Lo importante es que en la Plaza Grande sigan vivos y de copa ancha los árboles. Frescura obligada en esta tierra firme y ardientemente besada por el sol. Pero siempre queda una duda ¿A qué concepción obedece esta abundancia de vegetales? ¿Es sólo consecuencia del amable deseo de regalar sombra, verdor, solaz al ambiente cotidiano del sitio? ¿Es mera defensa contra el calor? En última instancia, ¿qué diablos es una plaza?

Ágora. Foro. Plaza. Sinónimos para el diccionario de sinónimos y, en consecuencia, para el redactor de un periódico. En un título de noticia equivalen la premura, el espacio y el impacto que los identifican. Pero no son exactamente lo mismo. Ágora viene del griego y, para mayor precisión, de un verbo que significa “juntar”. Foro viene del latín y se refiere al espacio abierto donde arreglan los negocios públicos y privados. Plaza se deriva de *platea*, que en la lengua de los romanos sería lo mismo que en la nuestra patio. Cronológicamente, la primera es la primera: ágora.

Si ésta viene de un verbo, quiere decir que el nombre del lugar provino de lo que allí se hacía.

Los griegos nunca quisieron que sus ciudades fueran demasiadas grandes (“que se pueda oír en cualquier parte el grito de un hombre”, señala con precisión acústica Aristóteles. Les gustaba reunirse para escucharse. El sitio en que se ejecutaba esa acción –ciudadana, generadora de decisiones, política– de resolver lo que era del interés de todos (excepto, por supuesto, de los esclavos; cosas del tiempo y de la madurez histórica), recibió el nombre de ágora. Algo así como “reunidero”.

Los romanos eran más prácticos. Su foro no sólo servía para lo que los helenos utilizaban el ágora (sobre todo porque, a fuerza de pragmáticos y cosmopolitas, no se complicaron demasiado con discusiones públicas y encerraron la palabra política en el senado). En realidad servía para la oratoria electorera de vez en cuando, y para el comercio cotidiano. Hasta el punto que foro casi pasó a ser sinónimo de mercado. Curiosa transformación. Y de mercado a patio (*platea*, de allí plaza), el cambio suena a degeneración total. En cualquier caso, una plaza llena de árboles está hecha para que se goce allí de la sombra, pero de ninguna manera con la idea que allí se ventilen asuntos públicos de manera pública. Allí caben mejor los letreros de “no pise el césped” que las invitaciones a la participación ciudadana. El pueblo puede tomar fresco, pero las cosas se arreglan en el Palacio. La plaza pública se vuelve privada, y no menos privado del poder que debía también ser público. Los funcionarios están lejos, altos. Muy arriba, como los libros menos leídos (¿y más inútiles?) de las bibliotecas. Y siempre queda el justificante de que, si no hubiera árboles, habría sol. No vaya usted a pensar que estoy sugiriendo que se corten los maravillosos árboles de la Plaza Grande. Debo confesar que me gustaría. Declaro solemnemente que, si no los hubiera, ese cuadro sería un espejo solar que irradiaría sabe Dios cuantos

grados de calor y que el fresco de la Plaza Mayor es uno de los pocos regalos que puede darse gran cantidad de meridianos.

En fin, sólo quiero decir que una Plaza Mayor sin pueblo es una plaza menor, un arbolario. Que una plaza grande sin ciudadanía es una plaza chica. Que una plaza cívica sin civismo es como candil sin mecha: adorna pero no ilumina. Con árboles o sin ellos, es el reunirse de los hombres libres, dispuestos a tomar en sus manos el destino de su ciudad lo que impide que el ágora degenera en mercado o se reduzca a patios de palacios. Ya tenemos ¿ágora? ¿foro? ¿plaza? Subraye lo que guste y póngase los puntos que guste.

*Mérida, Yucatán
mayo de 1978*

UNA SOLEDAD EN BUSCA DE PUEBLO

Nadie se atrevería, no se atreve a negarle a Gabriel García Márquez su calidad de gran hombre de letras, de relevante escritor de la lengua castellana modificada y enriquecida por la realidad y la expresión cuajadas en este continente nuestro. Tampoco que su obra, consagrada por los poderes terrenales en la capital de Suecia, es digna de idolatría. Probablemente es mejor la sintaxis de Vargas Llosa, más iluminada la imaginación de Carpentier y más vigorosa la protesta –y mejor escrita– de Manuel Escorza, el peruano autor de *Redoble por Rancas*, *La historia de Garabombo el invisible* y otros libros recios, claros e irrecuperables.

Pero ha sido Gabo el escogido por la Academia Sueca de letras. Y ha sido él, en “liqui-liqui”, el que ha tenido que tragarse los discursos en francés con los que Escandinavia describió y midió la producción del colombiano. Curiosa función de la camisa caribeña: casulla bordada para presidir una liturgia cuyas lecturas no fueron en la lengua del autor. Para hacer un acto de rebeldía contra las formalidades acartonadas de la tradición sueca, más hubiera valido el jaquet si se exigía, aunque hubiese sido en los términos más diplomáticos, que la traducción simultánea estuviera dirigida a los premiantes y no al premiado.

Es esto sólo una anécdota, como lo son las mil y una de esos *Cien años de soledad* en los que parece no haber historia alguna. Anecdótico, don Gabriel dedicó la mitad de su discurso de galardonado a añadir anécdotas a las anécdotas. Y cuando llegó a la historia –que trazó con cifras de muertos y refugiados latinoamericanos–, su contabilidad –tan eficaz para dirigirse a un auditorio de la ilustración racionalista y humanitaria, cruza de inventores de la dinámica con mecenas de la Cruz Roja–, olvidó algunos números: los de Cuba que, en estas mismas páginas, se recuerdan en un artículo acerca de Armando Valladares; los de Nicaragua, donde se impide efectuar labores solidarias a los mismos que ayer salvaron de la satrapía somocista a quienes hoy encarcelan, expulsan, matan y torturan; los de la guerrilla salvadoreña en epidemia de arreglo de cuentas interno, tan sangriento como los de cualquier mafia. ¿Por qué no haber hecho la suma completa? ¿Por qué rendir homenaje a la política internacional de las buenas conciencias europeas, cuya protesta opulenta se transforma en patrocinio de revoluciones que hacen disparar a las minorías latinoamericanas y huir a los pueblos de esta atormentada región del Planeta?

Si, como lo afirma humildemente García Márquez, lo que ha merecido la atención de los ungidos oficiales nórdicos es “esta realidad descomunal y no sólo su expresión literaria”, hay que decir que la opción fue hija de una formación visual, vástago a su vez de otra más grave: la que padece la inteligencia europea a la hora de explorar la América de Gabo –y aquí hay que recordar a aquel José Arcadio Buendía, fascinado por Melquíades y por los inventos que el gitano traía en sus viajes a Macondo–. García Márquez nos pinta al autóctono embrujado por el forastero, transformado por el contacto con el hielo y con los imanes y con los fracasos y con la daguerrotipia. Y nos añade que, para José Arcadio, “la única posibilidad de contacto con la civilización era la ruta del norte”. Así han sido las minorías ilustradas latinoamericanas. Si es válido crearles un adjetivo, habría de ser josearcádicas. Cuentan sus pueblos en París y se consagran allá. De allí vienen y ahí vuelven. Y son capaces de perdonarle a Francia lo que no le absuelven a España, digamos por ejemplo, porque la ilustración racionalista ante la cual se rinden pasa por los delirios de la búsqueda del buen salvaje, por la negación de la libertad humana, por la angustia de los solitarios de Saint-Germain-des-Prés, por el frío de las bibliotecas londinenses... Nadie duda que, cuando regresan de las metrópolis, las llamadas elites latinoamericanas padecen hastío, soledad, frenesí revolucionario y nostalgia de acomodo. Pero ¿será cierto que los pueblos son víctimas de los mismos males? ¿No será que los personajes enfermos de macondismo son más engendros de Rousseau y Sartre que se extraviaron en la selva, que latinoamericanos siempre dispuestos a la fiesta y a la comunión, humanamente reales, más reales que lo que puede dibujar cualquier realismo mágico?

La obra de García Márquez, como su discurso de Estocolmo, es víctima de un prejuicio propio de la sociología, de la antropología y de la etnografía noratlánticas, racionalistas, liberales, marxistas o protestantes: carecen de capacidad para comprender una de las realidades más hondamente arraigadas y más decisivamente influyentes en la historia latinoamericana. Me refiero a la Iglesia católica. Al arrojar lo católico al infierno o al limbo de lo no –moderno– de lo arcaico, de lo infantil, sólo pudieron estudiar a la minorías ilustradas, europeizantes, secularizadas. Son esas minorías las que se ven obligadas –en su insomnio– a colocar en todos los macondos letreros que recuerden que “Dios existe”. Pero estos son memoranda para grupúsculos, no para pueblos.

La soledad de los pueblos latinoamericanos es distinta de la de sus minorías cultivadas y “progresistas”. Radica precisamente en el hecho que estas elites –que obviamente consiguen tener voz y voto en el mundo rico, liberal y secularizado que consagra talentos y avala políticas aunque sean antipopulares– han impedido que surjan elites genuinamente populares. Es su divorcio de lo popular lo que aísla al pueblo.

Piénsese en el pueblo de México que ha resistido liberalismos, jacobinismos, marxismos... Y sigue siendo religioso, cristiano, católico. Sólo a José Arcadio Buendía puede ocurrírsele –bajo el imperio cultural del Melquíades– tratar de encontrar la vía fotográfica para probar científicamente la existencia de Dios. Sólo una mente colonizada por las doctrinas del siglo XIX puede atreverse a pensar en una comunidad latinoamericana que “arregla los negocios del alma directamente con Dios y ha perdido la malicia del pecado mortal”, y que acepta que la levitación de un cura, por obra y gracia de una pócima a base de chocolate, demuestra lo que los daguerrotipos son incapaces de probar.

Los noratlánticos parecen comprender muy bien a los personajes macondianos. ¿Por qué? ¿No será porque se trata de europeos occidentales de viaje por el trópico? Y ¿no es lo preciso de sus descripciones y anécdotas –hechas a través de su cristal de ilustrados que contemplan a bárbaros– lo que hace merecer premios a tales trabajos? Pigafetta y Humboldt, en el cerebro y en la pluma de latinoamericanos, mejoran la forma literaria. En el fondo son lo mismo. Y viste más premiar al bien colonizado.

Hasta parece que se galardona la originalidad ajena, cuando lo que se hace es condecorar al propio espejo. El discurso de García Márquez le pide a los noratlánticos que no piensen de otra manera. A nosotros nos deja la utopía –el sueño metódico de la razón derrotada– y la ilusión. Allí en sueco o en francés –porque sería muy poco elegante aceptarla en inglés– queda la razón. No es extraño que Fidel Castro –un colonizado por la razón de otro Melquíades extranjero– repartan las botellas de ron para festejar en Estocolmo el premio a Gabo. Y esto aunque, para salvar la cara en un foro neutral asustado por los submarinos rusos, García Márquez hubiese hecho una tímida alusión a dos –y no a uno solo– imperios. Los ilustrados europeos o latinoamericanos parecen no poder captar que ha llegado, para los pueblos latinoamericanos, la hora de esa “Segunda independencia” de la

que hablara Vasconcelos: la de civilización, la del espíritu. Y es que hay superar los presupuestos mismos en Londres, en París, en Washington. Habremos pues de encontrar raíces católicas –populares– de la modernidad y no tragarnos la modernidad ilustrada, extranjera aunque esté traducida al español. El mismo Marx –como lo demostró Gabriel Zaid– vino de París y vinieron a buscarlo de ahí mismo los llamados “nuevos filósofos”.

Úrsula, aquella mujer sensata, esposa de José Arcadio Buendía se acerca más a la clave de una posible superación del error cultural que nos impregna y que asimismo contamina la obra entera y del discurso sueco de García Márquez. Ella se tapa los oídos con cera para no perder el sentido de la realidad. Ella lleva a sus niños a rezar. Ella demuestra con hechos que Macondo no es una isla (como lo son todas las utopías europeas). Ella pugna por preservar el sentido común. Ella evita que la imaginación se vuelva delirio perpetuo. Lástima que su vida solidaria esté anclada más en “un común remordimiento de conciencia” que en el amor, raíz que es más sartriana que colombiana. Al europeizarla, se la deja sola.

Y no se pasa de la anécdota a la historia por el camino de las ilusiones y de las quimeras. Ni se tiene segundas oportunidades históricas (la segunda sería si se da la espalda a la realidad o se soslaya el dato más importante de ésta). Obra y discurso del Premio Nobel 1982 parecen así, más que la historia de los pueblos en soledad, la de una soledad en busca de pueblo.

Para criticar a García Márquez es necesario ir más allá de lo literario. En resumidas cuentas, como dice Gabo que dijo alguna vez José Arcadio Buendía –ya loco y atado después de aniquilar todas las huellas materiales del paso de Melquíades– las contiendas no tienen sentido si los adversarios están de acuerdo en los principios.

*Mérida, Yucatán
julio de 1983*

KAROL WOJTYLA, POETA

Quizá en ningún país los poetas han descubierto y desarrollado su vinculación con el alma nacional como en Polonia. Si la poesía es, en cualquier parte del mundo, la primera forma metaindividual en la que se expresa la experiencia de una nación o de una generación, los bardos polacos han sido, consciente y voluntariamente, héroes de la resistencia nacional. ¿Por qué? Porque, Polonia, martirizada y dividida, invadida y oprimida tantas veces a lo largo de la historia, ha encontrado el camino de la resurrección histórica gracias a los “defensores del Alma polaca”: sus poetas y sus intelectuales.

La afirmación debe ser justificada. Para abundar en detalles, baste decir que Polonia se ha visto en situaciones casi constantes de sujeción a un estado extranjero. Suecos, rusos, austríacos, alemanes han ido y venido sobre su tierra y, como lo dijera Juan Pablo II, han proyectado varias veces la desaparición de la nación. Cada invasor ha intentado suprimir la lengua polaca, enseñar una historia diferente de la nacional, imponer una cultura foránea. Ante la imposibilidad frecuente de emprender una acción bélica contra el conquistador, los polacos optaron cada vez que fue necesario por resistir en el ámbito de la cultura. Para sobrevivir como nación.

Mickiewicz, Slowacki, Krasinski, Norwid y Wyspianski hicieron poesía enraizada en el hablar, en el recuerdo, en la religión, en la historia polaca.

Son todos ellos los maestros literarios de Karol Wojtyla, hoy Juan Pablo II. Junto con los poetas, la Iglesia católica ha sido reducto de resistencia nacional. De ninguna manera ha intentado hacer frente a éstas manteniendo su identidad y defendiendo no a un sistema, sino los derechos del hombre concreto. Poetas y profetas, en Polonia, se han propuesto organizar a la nación fuera del Estado y de las estructuras de éste, pues los estados han sido extranjeros durante siglos. Sin Estado nacional, y en un sólo frente, poeta y pastores han dado batalla. Lo relevante de Karol Wojtyla es que sea al mismo tiempo, obispo y poeta.

Resistir, en esta óptica, es transmitir la lengua, la cultura y la religión nacionales. En todos los casos, el problema es de palabras.

Éstas, desde tiempos de Kotlarezyk –el padre del teatro rapsódico polaco, también maestro del joven Karol Wojtyła–, no sólo son vehículos de un significado: también tratan de provocar la evocación de una emoción por medio de su intensidad y de la intensidad escénica que en el caso del actor, se vive en el acto de expresarlas.

Adolescente y joven dentro del medio teatral y literario de su patria, Karol Wojtyła escribe obras para poner en escena. Luego deja ese mundo y entra en el seminario. No está de más recordar que su tesis fue sobre un poeta y místico, español para completar el cuadro: San Juan de la Cruz.

De aquí en adelante, el interés literario del autor polaco pondrá su centro en la búsqueda de la verdad acerca del hombre. Filósofo polaco y poeta polaco, Wojtyła se enlazará con una tradición de pensadores que, además de filosofar, hacen literatura o crítica literaria, o ambas. Son como Ingarden y Kolakowski. Y todos tienden a lo mismo: convertir a la obra de arte en un elemento más de la formación y la preservación del *ethos* nacional.

Materia para la poesía, en Polonia, sobra. Una historia de dolor, de opresión, de heroísmo, de injusticia hace a cada polaco el cantor de un sufrimiento y el heraldo de una esperanza. Particularmente, los tiempos de la Segunda Guerra Mundial y, al final de ésta, los de la usurpación comunista, permitieron superar cierta esterilidad creativa que se nota en pueblos menos abrumados por las fuerzas del mal. Czesław Miłosz abrirá el camino a las certezas nuevas y siempre viejas: la irracionalidad de la maldad y la luminosidad alentadora del Dios piadoso: Wojtyła buscará en la tierra y en el agua el reflejo del hombre, para inquirir a la naturaleza del terruño por la verdad de la persona.

En su “Canto al esplendor del agua”, el poeta nos habla del líquido como de “una pupila”. Ese instrumento sensible no captará la plenitud de la persona más que con el auxilio de lo alto. La conciencia auténtica de la verdad no es cosa de ojos, sino de gracia. Del mismo modo, en “Pensando patria...” Wojtyła hace de la tierra el espejo donde el hombre se refleja como “fruto del amor de las generaciones, del amor que ha vencido al odio”. Inmensa, delicada, detalladamente descriptiva, la poesía de Karol Wojtyła parte de la vida a la transformación de la vida, es decir, al fecundo encuentro entre el hombre y la verdad. Wojtyła llega así, como lo señala

Rocco Buttiglione, a una limpia religiosidad sin apologética, que sólo manifiesta su repudio a la mediocridad “de la vida decente sin esfuerzo ni tensión”.

Así, los poemas dedicados a los obreros –al de la fábrica de automóviles y al de la fábrica de armas– manifiestan el rechazo de la irresponsabilidad: “Sé que no es bueno el mundo que fabrico, pero yo no soy el que hago al mundo malo, mas, ¿esto basta?”.

El trabajador que habla en el poema no puede conformarse con su hacer, debe preguntarse por el sentido de su labor y el resultado de su obra: “No pecco, pero me angustia saber que fabrico minúsculos tornillos que preparan fragmentos de hecatombe”. No, no es suficiente, “que ninguno traicione la palabra”. Habrá que hacer congruente verbo y vida. ¿Cómo? Por la fidelidad a la conciencia y a los demás: “no llamen bien al mal, ni mal al bien”.

La verdad es la que libera. Emancipa al hombre individual y salva a la patria. “No recubre con aceite las heridas, para que sean menos dolorosas”, escribe Wojtyla en “Evangelio”. No. La verdad “debe hacer daño y debe esconderse”. Pero el hombre que lucha por la verdad tiene que “mirarla de frente, porque, si no lo hace, será alcanzado por el miedo”. La vida según la verdad es victoria sobre la fuerza y sobre la muerte. El obrero que muere en la cantera “se lleva con él la estructura íntima del mundo”, pero la rabia de los que le sobreviven es una verdad que debe unirse al amor para que, sin violencia ni rencores “estalle finalmente”. Wojtyla afirma, en “La cantera”, que la ira del oprimido adquirirá significado y sentido si es capaz de alimentar el amor, no el odio.

Y luego, en “Piedra de Luz”, el poeta se detiene ante una realidad más honda:

“De la vida pasar a la muerte:
esta es la evidencia;
a través de la muerte pasar a la vida:
este es el misterio...”

Wojtyla canta al amor y a la familia como realidades que perduran gracias al trabajo humano: “Las manos –escribió en “El sabor del pan”– son el paisaje del

corazón... Las manos que el hombre sólo abre cuando las ha llenado de fatiga, que es cuando ve que, gracias a él, los suyos pueden caminar tranquilos..." Luego añadirá con angustia:

“¿Quién ha dicho
que en la balanza del mundo
pesa más el hombre?”

Y la metáfora del amor conyugal será bella: “Yo no quiero cualquier par de zapatos, los quiero de tacón alto. Andrés es más alto que yo, y eso basta para que yo quiera ser alta. No es esto pensar en mi misma: es pensar en él”.

Indicará así que el amor verdadero no permite al cónyuge conformarse con lo que es, sino avanzar. Y el imperativo de ser mejor, para que el otro quiera serlo, de crecer para que el otro quiera ponerse “tacones altos”.

Sin embargo, en “La tienda de orfebre” nos dice el poeta que ese crecimiento depende de la verdad:

“¿Por qué y a qué precio
quieres, amor, vender tu fe?
¿Qué quieres con esto?
¿Destrozar tu vida?
La vida es una aventura
que tiene su lógica, su coherencia,
pero no se puede dejar ahogados
en sí mismos al pensamiento
y a la imaginación...
El pensamiento debe estar en la verdad...”

Y así en la vida conyugal y familiar, no debe haber acto del que la verdad esté ausente. Ni siquiera como lo ha dicho en prosa Juan Pablo II, puede el cristiano plantear la posibilidad de que alguno de sus actos se produzca como si Dios no existiese. Por eso esta poesía es, al mismo tiempo, tan clara y tan misteriosa, tan intelectual y tan religiosa. No es idealista ni prometeica: es humana, del hombre que

abre las puertas a lo sobrehumano y se convierte. En esta verdad no sólo navega la persona a velas hinchadas, sino que se funda en un calor incommovible la nación, la patria. El pueblo, que es comunidad de recuerdos, engendra así su proyecto y se hace nación, comunidad de esperanzas.

*Mérida, Yucatán
octubre de 1983*

HOMENAJE A RAMÓN XIRAU

Nada más justo que un homenaje a Ramón Xirau. Ahora, hace unos días, le ha sido rendido en la ciudad de México en ocasión de su cumpleaños número 60. Maestro de generaciones universitarias, filósofo, poeta, historiador de la filosofía, espíritu abierto, dialógicamente intransigente y generosamente integrador, Xirau ha sido autor de obras que dejan huella, tanto en su magisterio hablado como en el escrito. A mi me hubiera bastado un epígrafe de los que ha dejado casi anónimos en las primeras páginas de la revista *Diálogos* de El Colegio México, para admirarlo. Pero don Ramón ha dado mucho más que esas gotas condensadísimas de saber, buen gusto literario y sentido común.

Ahí está su *Introducción a la historia de la filosofía* (nueve ediciones, cada una superior a la precedente), su *Palabra y silencio* y su agudísimo *El desarrollo y la crisis de la filosofía occidental* para hablar por él. Y habría que añadir libros, ensayos, artículos y poemas. En fin, que razón para homenajar la hay y es loable.

¿Cuál ha sido la preocupación del maestro Xirau? Podría decirse que tender puentes y cavar pozos de comprensión. Estos, para ir al fondo de las corrientes filosóficas de ayer y de hoy, para escarbar en la realidad de la poesía, para penetrar en el ser de las cosas y de las palabras que se dicen de éstas y hasta del silencio que engarza los verbos y se manifiesta en ellos. Los puentes, para plantar caminos de todo tipo entre las varias profundidades. De ahí la hondura y la amplitud de sus reflexiones, entre las que destacan aquéllas que buscan los vínculos entre artes y filosofía, especialmente poesía y arquitectura.

Ramón Xirau llegó a México casi niño. Vino con su padre don Joaquín –recordado catalán transterrado que, junto con otros españoles como José Gaos, dio senderos a las humanidades en nuestro país– y se hizo mexicano pleno a los 31 años. Y cómo ha dado lustre a ésta, su patria de adopción. Desde la cátedra universitaria –a partir de 1949– en la UNAM, en centros de altos estudios como el Colegio México y en tribunas foráneas. Xirau ha calado y brillado desde el silencio.

No es el tipo de pensador ruidoso que, a la manera del sofista, practica esa

forma de negar la palabra que es la multiplicación de la opinión sin ton ni son. Espiritualista, transita sin temor ni complacencia por las filosofías de la materia y las críticas, y las denuncia. Y da la impresión de que su pasión es hacer salir a la cultura mexicana del abismo oscuro del siglo XIX y darle una morada libre de ataduras y tuteladas.

Explicuémonos con sus palabras. Para Xirau, el pensador del siglo pasado –“todavía nuestro antecesor inmediato”– tiende a suprimir a Dios para que un ser relativo –historia, ciencia, sofía, poema– venga a ser el nuevo dios. Se trata precisamente de la que De Lubac ha llamado “el drama del humanismo ateo”. Drama porque una vez que se ha perdido a Dios no se encuentra la divinidad en los ídolos de la historia. Y el maestro multiplica los ejemplos para probar su aserto y poder afirmar que se trata de una búsqueda que “equivale a un acto de soberbia, a querer ser como Dios”. La desembocadura de este río es a un abismo, al tártaro que Xirau, con palabras del poeta Henri Michaux llama “Miserable Milagro”.

Resume el autor este proceso en tres etapas. Primero la del pensador o poeta que niega a Dios. Luego, la del intento por erigir al hombre en absoluto. Finalmente, el cruel descubrimiento de quien juega al ángel hace de bestia. Superhombres, clases sociales mesianizadas, historia convertida en trascendencia, ciencia canonizada y venerada, poesía elevada a los altares deshumanizan, corrompen, pervierten, matan, y es que después de liquidar a Dios, ¿qué trabajo puede dar acabar con el hombre? Feuerbach, Hegel, Marx, Freud, Comte... El siglo XIX entero, el iluminismo que se creyó dueño de la modernidad y creador del progreso indefinido, yacen juntos con las víctimas de su desmesura: torturados, detenidos, esclavizados, sometidos, desaparecidos, oprimidos, despojados de Alemania, de Rusia, de Cuba, de Chile, de Nicaragua. Todos sacrificados en el altar de algún relativo al que se quiso hacer absoluto.

Pero no postula Xirau, para poner fin a esta barbarie cuyos testimonios nos llegan todos los días, un regreso al pasado. Ni padece de nostalgias rousseaunianas –tan siglo XIX, tan liberales, tan socialdemócratas– de buenos salvajes o de *ages d'or*. Sí intenta trazar el camino para recuperar la unidad “de amor y razón”, sin “negar de nuevo nuestro cuerpo, el de la ciencia, el de la técnica”. La aspiración es poética, arquitectónica, filosófica: hacer habitable nuestro mundo. Y para esto se requiere un espacio interior y exterior hecho de calma, de argumentación y de conciencia clara que permitan al hombre pensarse y hacerse íntegramente: a sí

mismo, a su relación con los demás y con lo demás, a su vinculación con Dios. En síntesis, superar la herejía del XIX que chestertonianamente hablando, equivale a tomar a una parte por el todo y, a la Xirau, consiste en querer hacer absoluto lo que es relativo.

Y es que, afirma el homenajeado maestro, la crisis por la que hoy pasamos –enraizada en el siglo pasado– consiste en aquella absolutización indebida y en la escisión de la persona en partes irreconciliables. Dos vías convergentes para llevarnos a la pérdida de toda posible armonía o relación estable y consciente con lo otro (naturaleza), con los otros (prójimo) y con el otro (Dios). En última instancia, concluye Xirau en su libro sobre la filosofía occidental, “la verdadera preocupación del hombre es religiosa”, y es por la senda de la religión por la que “los hombres podrán volver a estar sobre sí, a estar con los demás muy a sabiendas que este estar no consiste en querer ser su propio Dios”.

¿Dejaremos –de la mano de Ramón Xirau y de tantos pensadores lúcidos como él– ese siglo XIX que nos ahoga y nos amenaza?

*Mérida, Yucatán
enero de 1984*

VOLVERÁS

Volverás. Volverás porque aquí están los manantiales de tu savia y las raíces de tu sangre, el mar de tus piedras y las cuevas de tu agua. No perdiste nada. Apenas fue tuyo. Sólo rozaste las grecas deshabitadas que dejaron los mayas. Tus manos nuevas acariciaron muy por encima las viejas piedras que los urbanistas extremeños y los talladores de Maní dieron por marco a la Plaza Grande. Sabes que volverás. Recuerdas la agresividad de la ortiga, la luz del flamboyán, el carapacho del zaramullo, la pulpa roja del mamey, las eses de la culebra sobre la carretera, la nube de los flamencos en la ría, las montañas cegadoras de la sal, el garfio amenazador del alacrán y el diseño impecable de la mantarraya. Sabes que están acá. Volverás.

Te sorprendieron la herrería talar de las grandes ventanas, las puertas dobles con postigos, los aljibes en que descansa la lluvia y los parques que te iniciaron en la caminata, el salto y la carrera. Los has vuelto a ver. Velozmente. Volverás a buscar los granizados y encontrarás, quizá sólo en tu memoria, el hielo y los jarabes de nancen, de caimito y de grosella que el viejo soldado preparaba bajo el laurel, junto a aquellas rejas pobladas de esferas, custodias de los areneros, de los columpios y de los árboles sinuosos, tus primeros maestros de la escalada en esta llanura interminable y sin crestas. Muy cerca está la fuente con sus elevadas serpientes de piedra, bocabajo, cada una un chorro vigoroso en esta tierra huérfana de cascadas. Treparlas fue tu primer reto, tu ensayo general de la cordada.

¿Te acuerdas de la calle ciega –*chopcalle*– en la que vivió la bisabuela Ignacia? Casas de techos altos. Cantina y tienda en las esquinas. Maderas añosas, antiquísimas bisagras, increíbles aldabas, restos de adoquines franceses entre Santa Lucía y Santa Ana. Doce hijos –tres pares de gemelos– que fueron a dar a Poza Rica, a Hermosillo, a Nueva York, a Veracruz, a Villahermosa, a Nueva Orleans, a Guadalajara. Algunos se quedaron. Una pobreza digna. Tres maestras explotadas. El hijo del gobernador regenteaba una oficina en que los profesores del Estado tenían que vender, a mitad de su valor, los cheques que su padre firmaba y ningún banco cubría. Bartolomé García Correa –*Bosh Pato*– cobraba la mitad de los sueldos de todos los maestros y residía en Palacio. Las ligas de resistencia ordeñaban al poder, los profesores vivían en la miseria y la humillación, los periódicos padecían la disyuntiva de someterse o ser asfixiados, invadidos, despojados. *Bartolo* fue diputado constituyente, legislador local, presidente del Partido Socialista del Sureste, secretario particular de Felipe Carrillo Puerto, senador de la República, gobernador interino tres veces, constitucional una, y finalmente senador. No se quedó aquí. Se retiró a Tecomán,

Colima, donde hizo buenos negocios y murió en 1978, veintiséis años después que la bisabuela Ignacia.

Ella nació en San Antonio de los Naranjos, rebautizada luego San Antonio Cárdenas y más tarde reducida a Cárdenas. En la Chontalpa. La villa siesteaba sobre la orilla izquierda del río Seco, antiguo cauce que llevaba al mar las aguas del Grijalva. La memoria de sus ojos y de sus manos era urdimbre de caña de azúcar, plátano, cacao, maíz y frijol. Nunca supe por qué tal mujer recibió ese nombre. Dicen que Ignacia viene del latino *ignatus* que significa “ardiente”, modificación a su vez del celtibérico *egnatiús*. Ve tú a saber.

También ignoro si en su pueblo natal o en San Juan Bautista—luego Villahermosa—la encontró Ramón mi bisabuelo, cuándo se casaron, cómo fue que decidieron retornar a la tierra de él, ni en qué fecha volvieron. Tuvo que ser por barco, desafiando el escollo arenoso y los oleajes convulsos que marcan el límite entre las aguas del río y las del mar. Tuvo que ser durante el último cuarto del siglo XIX porque mi abuela Carmen nació acá en 1894. Y no fue la primera: el primogénito se llamó Ramón; ni la última: el menor llevó por nombre Eduardo. Nadie me aclaró jamás si el marido la dejó, si la bisabuela enviudó, si su duro carácter la hizo despedir a aquel hombre tan engendrador, gajo venido a menos de una familia adinerada y muy probablemente con más alcohol que sangre en las venas. Nunca sabré si la ausencia del bisabuelo se debió a motivos más o menos fúnebres, ni si la triste ruptura tuvo que ver con alguna vida alegre inmencionada. O con la depresión, hija del infortunio, y algún probable y muy pecaminoso tratamiento para curarla. No hubo, no hay, no conozco vestigio de queja al respecto por parte de la bisabuela Ignacia. Férrea, mandó en solitario sobre su prole con poquísimas palabras, un nudoso bastón en la mano y las crecientes del Grijalva en la mirada.

Su muerte fue mi primer encuentro con lo misterioso y lo irremediable. La bisabuela Ignacia capituló el 24 de diciembre de 1952, casi centenaria y totalmente perdonada. Me vistieron de blanco. Mientras caminábamos hacia el velorio, después de bajarnos del camión que llamábamos *guagua*, mi mamá me dio la única razón posible del silencio, la rigidez y el atuendo insólitos de aquella anciana: “Se la llevaron los ángeles”. En el cuarto languidecían varias gruesas de velas encendidas, cientos de azucenas, miles de moscas, un cuchicheo adormecedor y un aroma dulzón tan denso y penetrante que me produjo mareo y algo de basca. La velamos en aquella casa con

jardín interior por el que vagaban impávidas dos tortugas que no fueron pasadas a cuchillo años antes, tal vez por pereza o quizá por hastío, pero que eran todavía recuerdo transeúnte, mudo y aburrido del tío que las trajo y las abandonó. Hace poco aprendiste a reconocer esa casa entre varias, iguales y contiguas. Volverás.

Bajo el sol de un febrero te describí a esa hierática tabasqueña de rostro impenetrable y abundantes enaguas que fue enterrada donde no nació. Uno sabe normalmente dónde vio la luz primera, pero no puede adivinar en qué oquedad lo tapiarán después de haber visto la última. Quedaron la cama de latón, el sillón de cuero, el durísimo butaque de caoba y uno o dos anémicos anillos de oro viejo y esmalte azul. Jamás habló la bisabuela Ignacia de los paisajes, los techos, los tiempos, las ilusiones, los hijos y el hombre perdidos. Ni de los ajetreos, las fatigas, las vergüenzas, los dolores, los sufrimientos y las desesperanzas que soportó o se impuso para sacar adelante a una docena de vástagos que comía tres veces al día. Sin contar la suya, eran treintiséis raciones diarias. No pudo ser fácil. Tarde dominan los hijos esta aritmética elemental. Algunos de los que ella crió no fueron lo que se dice un ejemplo para las generaciones siguientes. La mayoría, empero, resultó gente de bien. No los conociste. Ni a los buenos ni a los menos presentables. Volverás.

De esa casa que sigue mirando al sur salió dos veces rumbo a Tabasco uno de los retoños, Carlos, en 1943, mes de enero. Era bajo de estatura, blanco de piel, tostado a veces por el sol y enrojecido siempre por los alcoholes fuertes, sin mujer conocida allá ni acá. Volvió en abril con cientocincuenta ensordecedores loros divididos en quince jaulas de fierro, y luego en noviembre con veinte *huacales* repletos de flemáticas tortugas. Soñó vender los unos y las otras aquí para hacerse rico de la manera más contundente y más rápida. Fracasó. La bisabuela Ignacia decretó una tarde tórrida de junio abrir las ventanas a todo lo que daban y dejar así en manos de la Providencia la manutención de aquellas aves que mermaban la penuriosa hacienda familiar, zurraban sin horario y maltrataban los tímpanos de locales y visitantes. A principios de enero del 44, decidió inapelablemente que las tortugas fueran desnudadas, degolladas y trasladadas, a razón de dos por viernes, a las ollas de su cocina sahumada. Así se respetaría el cristiano precepto de la vigilia, se evitaría patinar sobre los caparazones al levantarse por las noches en busca del baño, se salvaría a las buenas hierbas del jardín y se aportaría materia prima inigualable a la tía Conchita –profesora de corte, confección y tejido en la escuela del sindicato de camioneros– para preparar guisados en verde, en sangre, en escabeche y en *bistec*.

Del tío abuelo que trajo a los pájaros parlanchines y a los lentísimos quelonios, decía su cuñado Pedro que era “una quiebra con garganta” y que no tenía “oficio ni beneficio”. Pocas veces lo ví. Lo recuerdo como a un hombre de poca hambre y de mucha sed. Un día se fue para no regresar. Quizá un año después de que murió la bisabuela. Ignoro dónde falleció. Tal vez lo supe. Dicen que lo vieron en Veracruz merodeando por el barrio de Pescadería, las más de las veces borracho. Al puerto había emigrado su hermano Ramón, quien allí fabricaba bolsas de henequén con asas de la misma fibra, de ésas que servían para ir al mandado y que por acá llamamos *sabucanes*, aunque ahora los hacen de plástico. En sus delirios, casi siempre susurrados al oído de una mesa en “La Parroquia”, por cuenta de Ramón, Carlos lloraba de añoranza por el *kabik* que cocía su madre, la bisabuela Ignacia. Ella preparaba, como si hubiese nacido aquí, ese plato caldoso, agresivo y refinado, sazonado con todo tipo de especias e inflamado con chile *xkatik*. También suspiraba el tío por el sabor exótico y las propiedades medicinales de la cajera y de la naranja agria, cítricos rectificadores de estómagos e intestinos en desgracia. Alguna vez, según su hermano Ramón —a quien conocí en julio de 1952, cuando tu abuelo me llevó en barco a ese puerto—, maldijo la arena gruesa y oscura de aquellas playas, incomparable con la de las nuestras que es fina y blanca. Tú conociste ésta antes de cumplir cinco años, cerca del muelle viejo que el ciclón Gilberto se llevó en el 89 y que era de zapote en recias y gruesas tablas. Como la inquietante viga labrada del castillo de Chichén Itzá, corona vegetal de la pétrea y solar escalinata que subiste agarrado de la cadena gorda y casi eterna. Volverás.

La bisabuela Ignacia no tuvo bienes y en consecuencia careció de motivos para redactar testamento. No dejó pretextos para disputas familiares. Entre pobres no hay materia para juicios de intestado. La casa era de alquiler y en ella se quedaron a vivir mi abuela, normalista y directora de una escuela pública frente a la iglesia de Santa Ana, y su hermana Concepción —decían que fue la más bella, pero murió soltera—, maestra de oficio y cocinera por vocación. Nos dejó, empero, doña Ignacia una herencia para mí borrosa pero iluminada por colores brillantes e hilvanada con palabras que casi sólo nosotros usábamos aquí. Mi madre, mientras pudo hablar, llamó *jicoteas* a las tortugas de río. La mamá de mi mamá suspiraba por un dulce inencontrable al que se refería como *tornolargo* y la tía Mercedes por los sabores indescifrables del *totoposte* y la *pomarrosa*. Tuve que llegar a los treinta y cinco años de edad —cuando viajamos a Villahermosa contigo en brazos— para conocer al fin el aspecto y la consistencia de la carne de un pez de agua dulce, miniatura

sobreviviente de algún monstruo prediluviano: el *pejelagarto*. Creo que entonces ví por vez primera un *canalete*. Dudo. Es que yo también pasé algún tiempo en Villahermosa, cuando tu abuelo se fue a Tabasco con los que trazaron la carretera a Escárcega. Recuerdo mejor lo que oí acá en nuestra tierra que lo que ví allá, donde más que tierra hay agua. Para que no se te olvide lo que viste, volverás. Lo que oyes tiene el inconveniente de que pasó por alguien que vio o que oyó, al que tendrías que creerle. La fe es esto: dar crédito a un testigo. Tienes que estar seguro de que éste transmite fielmente lo que vio, de que su testimonio es digno de confianza. Lo que tú mismo ves no necesita intermediarios, pero tienes que convertirte en buen testigo ante tí mismo. Ver mucho, mirar, volver a ver, comparar lo visto con lo oído y lo vuelto a ver con lo escuchado; cotejar lo mirado y lo escuchado con lo recordado. Ver dos o más veces da mejor resultado que haber visto sólo una vez. Mirar es aún mejor, pero implica ver de nuevo, volver a ver. Para ver otra vez, ver mejor, mirar y no olvidar, volverás. Hazte de buenos ojos para saber. Para no tener que creer ni en mí, volverás.

La bisabuela Ignacia dejó parientes en Teapa, en Cárdenas, en Villaerмосa, en Jonuta y en Macuspana. Gente de campo, insensible a los ruidos de la selva y sin culpas derivadas de las premuras y las ansias que imponen al bajo vientre las ausencias prolongadas de la casa, el calor agobiante del trópico y el horno a cielo abierto de los cuerpos limpios y casi desnudos. Los ranchos de los tíos se llenaban de mujeres de los tíos y de hijos de los tíos. Por aquí las cosas no eran muy diferentes, pero sí considerablemente más pudorosas. En las llanuras tabasqueñas todo era fecundidad sin presa, sin cuota, sin lamento. Muchos años después vine a enterarme, cuando un desconocido se me presentó como “hijo de tu tío Moncho”. Tarde supo también mi padre, por estos nuestros rumbos, que su apacible vecina de tantos lustros era nieta del mismo abuelo, tu tatarabuelo, un hombre incapaz de tocar el dinero público que pasaba por sus manos, en el que confió hasta su enemigo político, esa especie de calvinista sinaloense y descreído que fue el Gral. Salvador Alvarado.

Lo recuerdas. Te conté que hacía colgar a los ladrones de los laureles de la Plaza Grande. Te dije también que acabó con la servidumbre por deudas en el campo, que decretó la “república escolar”, que declaró guerra a muerte a la prostitución y al alcoholismo —en esta tierra de bohemios— hasta el punto de proclamar al nuestro “primer Estado seco de la República”. Leíste que Alvarado reorganizó con exuberantes resultados la economía henequenera. Por mi papá te enteraste de que fue un anticlerical virulento y de que toleró, si es que no propició, el derribo del retablo de la Catedral, primera construida en tierra firme americana entre 1561 y 1568. Él recordaba el día en que un asesino a sueldo fue a matarlo a su casa, de planta de alcayata, y la forma en que mi bisabuelo le aporreó el bastón en el brazo y lo desarmó. La pistola fue, durante años, el pisapapeles favorito del viejo, a quien todos los miembros de su tribu familiar llamaban Padodo. También los días en que ocultó a don Carlos Menéndez González, perseguido de nuevo por alguno de los sátrapas que imperaron sobre la tierra nuestra, acosados por aquel periodista sin par. Por él asimismo supiste que Alvarado, en sus tiempos de carrancista, nombró a mi bisabuelo, obregonista, tesorero del Estado, es decir, encargado de vigilarle las manos. “¿Sabe Ud. quién soy y de qué lado estoy?”, le preguntó atónito tu remoto y bigotudo antepasado. “Porque sé quién es Ud. y de qué lado está le confío”, respondió el militar que moriría en 1924 en un paraje del estado de Chiapas conocido como El Hormiguero. Fue una emboscada. Una más de tantas, en aquella época. El tío Pedro me contó a mí otras cosas como éstas. Fue marido de la tía Mercedes, maestro vasconcelista, administrador de fincas henequeneras, cordelero

y, sobre todo, apicultor. Aquí, en boca de los viejos que todavía viven y en las hojas muy frágiles de algunos diarios de esas épocas, están los recuerdos. Para sumergirte en ellos volverás.

De los acuosos rumbos de Nueva Zelanda, Santa Rosalía y Santa Rita llegaban a la enjuta casa de la bisabuela Ignacia, y luego a la de mi abuela, sacos de cacao entero, tablillas de chocolate dulce y amargo para batir, paquetes de café molido, frascos de mantequilla sin etiqueta, un queso insólito envuelto en hoja de plátano y todos los ingredientes necesarios para preparar *tamalitos de maíz nuevo*. Tabasco se nos metía al cuerpo. Cuando el cargamento entraba por la vetusta puerta doble, un Usumascinta de aromas inundaba la sala, el comedor, los cuartos, los pasillos, el baño y la cocina. Gracias a Dios. Y es que durante los meses que transcurrían sin la presencia de aquellos olores intensos, la casa que conociste por fuera permanecía impregnada por dentro de las pestilentes emanaciones del orín de las gatas. La bisabuela mantenía a tres, a las que nadie, después de su muerte, se atrevió a tocar. Murieron de viejas. En su casa nunca hubo ratones. Nadie sabe lo que es ni lo que fue una ciudad si no ha percibido sus aromas. No hay civilización que pueda prescindir del olfato. Nunca serán cultos los hombres que sólo saben a qué huelen su pueblo, su domicilio, su cocina local, su propia patria. El mercado de tu barrio te civiliza. Pero sólo serás culto si logras reconocer con tus narices las frutas, los animales y los rincones ajenos. Si no tienes civilización no tendrás ni aldea. Si no sales de tu aldea, nunca tendrás mundo. Volverás para saber a qué olemos aquí y distinguir nuestro aroma del de los otros; para poder mezclarlos y tener olfato universal; para urdirte la hamaca de olores innumerables que es la cultura y mecerte en ella a tus anchas; para aprender dónde termina lo que se te impone por nacimiento y dónde empieza lo que acoges y aceptas por vida. Volverás porque la cama es monótona, monocolor, plana e inmóvil.

Heredamos también al tío Evaristo, hermano de la bisabuela Ignacia, célibe hasta su muerte y ajado como cáscara de mango viejo. Su cabeza no asimiló jamás el traslado definitivo a que hubimos de someterlo cuando nos enteramos de que vagaba por Villahermosa hablando solo y en paños menores. Fue después de la enlutada Navidad del 52. El tío Pedro pagó el boleto y se las ingenió para que alguien subiera al viejo, *velis nolis*, al DC-3 de la Compañía Mexicana de Aviación que saltaba de aeropuerto en aeropuerto por la orilla del Golfo de México, procedente de la Capital de la República. Llegó de sombrero en fieltro y abrigo cerrado al cuello

para que no lo fuera a “batir el viento”. No trajo maleta, sino baúl. Dormía en cama, comía poco y mencionaba cosas, sitios y gente que desconocíamos. Recordaba lo muy remoto, pero no lo reciente. Se levantaba temprano, antes del alba, y salía a buscar su río, convencido de que aún vivía en la antigua San Juan Bautista y no aquí. Perdido aquel líquido punto de referencia, él se perdía a su vez en la ciudad nuestra y se extraviaba todavía más dentro de sí mismo. El cambio lo metió en dos laberintos: el de su cabeza y el de afuera de su cabeza. Ni por el uno ni por el otro salía de algún lugar o llegaba a parte alguna. Piadosas manos lo traían de nuevo a la casa, pues era un personaje totalmente reconocible y ubicable: no había otro ser humano que, en nuestra hervorosa ciudad, se paseara por las calles con bufanda de lana. Él se dejaba ayudar pero jamás convencer de que aquí no hay vías visibles de agua. Nunca pudo entender la expresión “río subterráneo” ni su equivalente local que es *cenote*. Esta palabra lo hacía sonreír de modo oblicuo y en ángulo pícaro. Algo le recordaría en otra lengua y con otra ortografía. Para nosotros viene de *tzonot*, en la maya de acá. En Tabasco sería impensable: allí el agua es parte de los ojos, abiertos o cerrados. La conclusión diaria del anciano perdido y hallado, mezclada con un antiyanquismo que nos parecía excéntrico, era irrefutable: “Los americanos se robaron el Grijalva”. El tío Evaristo murió aquí, pero de cuerpo y alma presentes en Villahermosa, nómada obligado por la materia, sedentario de espíritu. Vuelve. Vuelve en tanto puedas decidirlo tú. Vuelve. Que no te traigan. Si tienen que traerte, en verdad que no volverás. Te quedarás en el lugar del que viniste contra tu voluntad. Serás esclavo por tus recuerdos y no libre por tu memoria. No podrás salir de ti, no lograrás evocar el mañana ni construir tu esperanza. Vuelve por tus propios pies. Tú no quisiste irte, o al menos no te tocó decidirlo. Volver tiene que ser cosa tuya. Sólo si vuelves porque tú lo quieres volverás de verdad y no te atrapará el dédalo infernal sin entradas ni salidas, madeja de *chopcalles*. Sólo así podrás decir, con nuestro admirado Kavafis, “fui y me liberé”.

Tu bisabuelo, el papá de mi papá, fue ingeniero agrónomo, por la Universidad de Cornell, pero siempre ejerció la ingeniería civil. Hay fotografías que lo muestran muy joven y uniformado en Chapingo, pero al fin fue a dar a aquella famosa institución de Nueva Jersey. Su hermano se graduó como arquitecto allí mismo, con honores: fue el *valedictorian* de su generación. Algo así como el primer lugar. Antes de que volvieran, su padre les pagó un viaje a Los Ángeles. El tío Carlos me contó que lo terminaron en diligencia. Luego pasaron un año en La Habana, donde comenzaron a trabajar. Después hicieron media ciudad nuestra. Viste sus nombres –Manuel y Carlos– impresos en ladrillos tras las puertas de la universidad de aquí. Te mostré la torre que le empinaron al Ayuntamiento. En Sevilla, una noche inolvidablemente lluviosa, contemplamos juntos el que fuera pabellón mexicano para la feria de 1942, firmado por los paisanos Amábilis y Tomassi, de los que fueron asociados tu bisabuelo y tu tío bisabuelo, coinventores con aquéllos de la llamada arquitectura “mayista”.

Ingenieros o arquitectos son todos tus tíos abuelos paternos. Tu abuelo no. Por diversas circunstancias no terminó la carrera y, a la vera de la parentela constructora, hizo tareas de topografía –teodolito al hombro– y montó un modesto negocio de copias heliográficas. Se hacían al sol, en bastidores giratorios de madera y cristal que permitían sobreponer el plano original a un papel opaco sensible y exponerlos a la luz natural, pegados, por unos segundos. Luego había que meterse al cuarto oscuro e introducir el papel mate en un cilindro de metal dentro de cuya base había un frasco de amoníaco. Los vapores de éste hacían pintarse en azul o en café los trazos en tinta que los dibujantes dejaban sobre la hoja original de calca. El trabajo no era duro, pero obligaba a pasar todo el día de la luminosidad más cegadora a las oscuridades más densas, lo que dañaba la vista, y a contener el aliento para no aspirar demasiado el penetrante vapor amoniacal. Tu abuelo ocupaba el cuarto más remoto de la oficina, el menos lucidor, el de atrás. Sus parientes diplomados siempre gozaban de la luz en la sombra. Él pasaba del sol asesino a las tinieblas y casi no tenía contacto con la gente. Como un minero urbano. Pero era amigo de los “maistros”. Del gordísimo Esteban y el apergaminado “la Momia”, albañiles; del “Macareno” que era electricista; de “Panchoburro” que era fontanero. De niño, todos ellos me cargaron alguna vez o me subieron a los muros en ascenso que sus peones alzaban con mamposterías de factura muy antigua, sólidos y gruesos. Los sábados al mediodía, ingenieros, arquitectos y “maistros” pasaban a la cantina de al lado y de allí muchos seguían la fiesta en la zona de tolerancia. Tu abuelo se quedaba. Hacía sus flacas cuentas, guardaba algo

para comprar Bonos del Ahorro Nacional o pagar alguna mutualista, llevaba a la casa las ganancias netas, daba el gasto y, si sobraba, nos invitaba al cine. Tú viste el edificio *-art déco-* de alguna de las salas. En pleno centro. Volverás.

Los rendimientos de aquel trabajo eran escasos. Tu abuelo decidió entonces aceptar la oferta de su amigo Rubén, ingeniero, que iría a Tabasco para encabezar las obras carreteras que habrían de unir por tierra las ciudades más importantes del sureste. Se fueron él, mi madre y mi hermana. A ver si mejorábamos. A mí me dejaron acá bajo la tutela de todos los tíos, abuelos y tíos abuelos al alcance de la mano. La razón de mi permanencia era, por lo demás, obvia: en la capital tabasqueña no había una sola escuela católica para varones, traza indudable de Tomás Garrido Canabal, de su descocado ateísmo militante y de sus campañas antirreligiosas de los años veinte. El hombre, chiapaneco de origen, obtuvo el título de abogado en Campeche y fue nombrado por el Gral. Alvarado como vocal de la Junta Revisora de Procesos Penales aquí. Luego fue gobernador interino tanto acá como allá, y más tarde constitucional de Tabasco, a partir de 1923. Lázaro Cárdenas lo hizo secretario de Agricultura y Fomento, en los treinta, lo que le dio ánimos para fundar el grupo “camisas rojas”. Ése que mató, con su fundador a la cabeza, a varios feligreses que salían de la parroquia de San Juan Bautista Coyoacán, un domingo de diciembre. Año de 1934. Ciudad de México.

Garrido culminó así en la capital de la República lo que había comenzado en Tabasco desde 1917. Todo envuelto en “escuela racionalista” y “combate contra la ebriedad”. Curiosas épocas, no sé si ya superadas. Garrido fue gobernador provisional del estado de Tabasco en 1919, del nuestro en 1920. Iba de una entidad federativa a otra y en todas encontraba cómo trepar cambiando, si era preciso, de gallardete: carrancista, obregonista, callista, cardenista. Tanta pirueta acabó por conducirlo a Costa Rica, cuando Cárdenas sacó del país a Calles, y ahí fue empresario agrícola. Murió en Los Ángeles, California, en 1940. Tantos cargos en México durante su vida y tener que cruzar la frontera para vivir su muerte. El poder es extraño. Las trashumancias que impone, también. No todos los exilios son heroicos. Ni honorables.

Un tren lentísimo pero muy cómodo me llevó a Villahermosa. Era el verano de 1955. Quizá de 1956. Subimos en la estación de Campeche y bajamos en la de Teapa, cerca de las grutas de Coconá. Gastamos tres días oyendo bufar a la locomotora entre pantanos y cuestras leves. Recuerdas Palenque. No era entonces como tú lo conociste. Paramos ahí. Cometí el error de abrir la ventanilla del compartimiento, para susto del tío Raúl y la tía Chata, que iban a averiguar cuál había sido la suerte de la parte de la familia que emigró. Se nos metieron millones de mosquitos hambrientos. Tus abuelos nos esparaban allá. Era de noche. En un automóvil destartado, por una brecha infame, nos trasladamos a la capital de Tabasco.

La ciudad era en aquel tiempo un lodazal trotado por caballos bien montados y chapoteado por todo tipo de cuadrúpedos menores. No era raro que se inundase. Cuando se daba el caso, había que contratar *cayuco* para cruzar de una acera a la otra –si las había– de esos espacios que recibían el pretensioso nombre de “avenidas”. Para ir a dar catecismo del otro lado del río, era preciso usar alguna lancha. Tu abuela lo hacía cada sábado, después de la comida, con las monjas de la escuela de niñas. Si hubiera habido muchas como ella, tal vez hoy no habría por allá tanto protestante. Todavía me tocó ver peleas a machetazos en la calle. De los diarios locales recuerdo un titular voceado por una garganta infantil sostenida por unos pies descalzos: “¡Un hombre murió a balazos y otro a garrotazos!”. De un tiro mataron en su despacho al abogado que llevaba la sucesión de los Ortiz. Nadie supo por qué. El pistolero entró, saludó a la sudorosa clientela, sacó la escuadra de la copa del sombrero que llevaba en la mano izquierda, terminó su encargo en quince segundos y salió impávido por donde había entrado. Todos los que allí esperaban audiencia, bajo un abanico eléctrico en cámara lenta, las aspas de madera, lo oyeron. Ninguno lo vio. Los muertos eran visibles. Los asesinos, transparentes. El pasado no tenía lengua ni cuerdas vocales. El presente carecía de ojos y de memoria. No había oídos para el futuro.

De los grifos brotaba entonces un líquido atabacado, malo para lavar trastes o ropa, imposible de beber. Un obispo católico enérgico y jovial recuperaba palmo a palmo el terreno perdido por decenios de persecución y anticlericalismo premiado con cargos públicos y favorecido por la resignación y la cobardía de muchos bautizados. El prelado era capaz de hacerse entender a insolencias e ingenio por cualquiera que se atreviese a espetarle una burla, e incluso de liarse a golpes con los agresores. Lo respetaban y lo querían. Los taxistas de la Plaza de Armas lo transportaban gratis con tal de hacerse de palabras con un cura que no tenía miedo a nada y que acabó por

convertirse en interlocutor y amigo de Carlos Madrazo, sucesor del Gral. Orrico de los Llanos quien, a su vez, reemplazó al gobernador Manuel Bartlett Bautista.

Mis papás padecieron esta sustitución, que fue violenta. Bartlett Bautista fue un abogado nacido en Tenosique. Maderista. Combatió a la dictadura de Huerta. Llegó a ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y como tal votó a favor del amparo electoral –caso único– promovido por los guanajuatenses después de la matanza de León, en 1946. Las turbas ocuparon la plaza de Villahermosa durante varios días con sus respectivas noches. Acamparon y ensuciaron todo. Apedrearon al digno exministro que tuvo el valor de resistirse a los caprichos del presidente Ruiz Cortines. Se proclamaban y eran consideradas “madracistas” de estricta observancia. Nada –o todo– se hizo en la Secretaría de Gobernación: el jurista cayó y tomó la batuta el general. Nadie andaba las calles, por miedo a los alzados que agredían bien o a los militares que vigilaban mal. Mi padre salía de madrugada a ver qué podía conseguir en el mercado o sus alrededores para que se comiera en la casa. Nada de esto padecía el distantísimo Presidente: jugaba dominó. Era ya la época “del desarrollo estabilizador”. En el país, decía el tío Pedro, reinaba una paz muy parecida a la que impera en los sepulcros después de que los gusanos terminan, ahítos, su macabro festín. Éramos un ejemplo de democracia. Cuando volví a Tabasco en 1995 lo recordé.

Conversaciones capturadas en el silencio impuesto por los mayores, o desde la hamaca donde éstos me suponían dormido, me informaron de los tiempos en que las barcas naufragaban al tratar de salir por el río al mar, atrapadas en la barra. También de los días en que los niños tenían que romper una imagen pía –o pisotearla, o escupirla– para ser admitidos en las escuelas públicas tabasqueñas. Asimismo de los matones como un tal Prats, que no tenían cliente aborrecido. Se murmuraba que la Nestlé elaboraba un proyecto cuya realización permitiría recoger leche bronca en lanchas, y llevarla a pasteurizar a una fábrica todavía inexistente.

Fui testigo de algunos desbordamientos menores del Grijalva. Conocí con los dedos el cacao. Oí freír y escuché prensar el plátano. Oí el *nance* –que es la fruta más aromática– y probé la guanábana –que es la más aristocrática–. Tú aprendiste leyendo a Pellicer que esta última es “la bolsa de semen de los trópicos”. También la tenemos acá donde, cuando regreses, volverás a devorarla. Recuerdas su piel verde oscuro y como con verrugas, sus semillas negras y lustrosas, su sabor agridulce,

sus dotes para mezclarla con leche y transformarla en refresco o en helado. La comimos y la bebimos juntos bajo los arcos de la Plaza Grande de acá, el día que te mostré la Casa del Lagarto. Volverás. Cuidarás las piedras venerables. Hablarás y escribirás para que sean de todos, porque sabes que los espacios y los volúmenes que equivalen a tiempo no pueden ser de alguien en particular. Son el pasado de todos. No se pueden comerciar. No se debe. Los terrenos y los edificios que son historia no pueden tener dueño. La historia no se compra, ni siquiera con impuestos. Hay casas que constituyen a la comunidad en el recuerdo, como hay ideales que la edifican en la esperanza. Ni aquéllas ni éstos se pueden poner en venta. Volverás.

Acá y allá seguí de lejos y de oídas los difíciles pasos de la carretera que avanzaba trabajosa sobre imposibles e inacabables fangos en dirección al sur, ayudada en algo por los afanes de mi padre, tu abuelo, víctima permanente y a veces desesperada de las complicaciones burocráticas para cobrar su magra paga. Para mí, Tabasco sólo era residencia de vacaciones. Tu abuela completaba los ingresos domésticos cosiendo vestidos, urdiendo *frivolité* con el que adornaba servilletas, pañuelos, mantillas y manteles de estilo antiguo para amigas tabasqueñas de cuño nuevo. Era infatigable. Atendía a la familia, aceptaba encargos, enseñaba a rezar, declamaba en el grupo de damas de la Santa Cruz, asumía la dirección de las *kermeses* del colegio, actuaba en obras de teatro, promovía las cajas populares, escribía cartas, visitaba enfermos. Le dolían los dolores de todos. Encontraba el modo de comprarnos juguetes en Navidad y de festejarnos el día del santo. Pedía prestado para que estrenáramos. Dibujaba flores a lápiz. Se hacía su propia ropa y guisaba para fiestas ajenas allá. Dirigió aquí una escuela. Obtuvo su título de Odontóloga después de cumplir cincuenticinco años, ante un sínodo conformado por viejos compañeros que se habían graduado a tiempo. Nunca bajó la guardia. Tú la disfrutaste sana. También la sufriste enferma. Cuando vuelvas, encontrarás a los que fueron sus ahijados o sus alumnos. Te hablarán de ella. De sus manías y de sus obsesiones, de sus extremos y de sus mañas, de su eventual incapacidad de perdonar, de sus trucos para salirse con la suya. Te dirán también de sus virtudes que fueron más que sus defectos. Qué quieres. No puedo ser imparcial. Como algún día escribió Camus, “entre mi madre y la justicia, mi madre”. O con el Pemán cuyos poemas admiras: “Yo madre, de tu partido; yo contigo frente a todos”. Volverás.

El Tabasco que conocí todavía guardaba mucho del que describió en *El poder y la gloria* Graham Greene. No dejes de poner ese libro en la pila de los que habrás de leer. Donde tuviste *Las memorias de Adriano* hasta que sentiste que ya sabías lo suficiente para abordarlas. No seré yo quien maljuzgue ni menosprecie esa obra que te fascina y te enseña lo que un emperador romano que agoniza siente y piensa de la vida, de los caballos, de los amores, de las intrigas, de la filosofía, de la caza, de la guerra y del poder. Roma es Roma y está bien que aprendas que hay que entrar en la muerte con los ojos abiertos, que para la mirada del médico un César no es más que un *potpourri* de caldos y que para la montura del rey más refinado, éste es sólo los vulgares kilos que pesa. Nunca estará de más saber cuántos gansos cuidaban el viejo Capitolio. Pero serás extranjero en tu país si ignoras el dolor y el sufrimiento de sus pobres, el tormento de sus padres sin empleo, la vesania de sus tiranos, las traiciones de sus hombres buenos, la soledad de sus ancianos, la tibieza de sus afortunados y las epopeyas de sus hombres comunes. Nada sabrás de tí mismo si no descubres lo que puede haber de mal en el bien, ni cuánto bien puede germinar en el mal. Poco sabrás de nosotros si se te esconde para siempre la historia atormentada que raras veces consignan los textos escolares, o si te queda inadvertida la mentira que nos entregan nuestros muralistas más renombrados. No somos como nos han pintado. Las paredes que proclaman las glorias de los defensores de la República frente al imperio extranjero, enmuran sus vergonzosos intentos de vender al nuevo Capitolio nuestro istmo de Tehuantepec. Las delicias del estoicismo universal del romano Marco Aurelio no son tan relevantes como las muecas espantosas de aquellos humildes colgados de nuestros orgullosos postes de telégrafo, adornos macabros de nuestras revolucionarias vías de ferrocarril. Entre los libros que rescaté de la biblioteca del tío Pedro está uno que se llama *México falsificado*, de Carlos Pereyra. Aquí lo tengo, junto a *El poder y la gloria*. Para leerlo volverás.

Carlos Madrazo hizo demoler el palacio municipal de Villahermosa para complacer a aquel obispo de mangas arremangadas que llegó del Bajío, y que quería que la plaza estuviese señoreada por el templo que había quedado atrás de aquél. Era el de La Conchita. Lo habían defendido los sinarquistas conducidos por Salvador Abascal, en el último capítulo cruento del conflicto religioso en Tabasco. Pudo más la bonhomía de solideo rojo y sotana negra, que las pasiones del camisa roja de guayabera blanca. El obispo tenía la mirada puesta en la eternidad. El político, los ojos fijos en el futuro. Les acabó faltando tiempo a los dos, aunque por distintas razones con denominador común: la muerte. Al obispo le llegó cuando la catedral

que comenzó a construir era sólo torres. A Madrazo lo sorprendió en un avión que fue a estrellarse contra el pico del Fraile, cerca de Monterrey. Mucha tinta corrió en torno de este accidente espectacular. Muy poca en relación con aquel tránsito sereno. Ten cuidado con las grandes noticias. Casi nada de lo que es bueno consigue un titular mayor. De todos modos, no importa. El único lector real que tendrá la información acerca de tu muerte serás tú. Para eso abrirás inmensos los ojos antes de que alguien te los cierre. Responderás a las preguntas –no serán muchas, probablemente sólo una– del único examen final. Y leerás el título que mereciste. No el titular. Para que hablemos de estas cosas, oyendo el graznido de los *xkaues* que en otras partes llaman tordos, y el arrullo de las *bechitas*, que son las tórtolas, volverás.

Aquel sanguíneo y desenfadado clérigo discurrió que Villahermosa debía tener catedral genuina y juró que la haría tan alta que se pudiese ver desde muy lejos, presidiendo las demás construcciones de la ciudad. La empezó a edificar. No supe de dónde hizo traer las piedras, tan escasas en el rumbo, pero sí que los cortadores vinieron de su lejano pueblo natal. Ordenó que la obra comenzara por las torres. Trasladó su residencia a un tejabán techado con lámina de cartón, igual a los que ocupaban los alarifes. Heterodoxo y angustiado por la falta de sacerdotes, a veces convocaba a ese lugar a seminaristas que no habían terminado totalmente sus estudios y les confería, de madrugada, las órdenes sagradas. Tenía prisa y carecía de vehículo como de casa. Todo empezó a cambiar cuando el gobernador quiso hablar con él por teléfono, descubrió que el prelado no contaba con tal adelanto y fue a visitarlo *in situ*. Madrazo mandó hacer un cuarto de concreto para el obispo y, recordando el calor que padeció mientras conversaba con éste, le hizo instalar un equipo de aire acondicionado. También un teléfono. Un día se lo encontró caminando por alguna vereda. Le mandó un *jeep* con todo y chofer. “No es digno de Tabasco que su obispo ande a pie”, dicen que dijo, pero no puso el vehículo a nombre del obispo: sabía que lo vendería para destinar el dinero a la fábrica de su catedral. Las dos torres se alzaron hasta donde la ingeniería, los fondos y la vida le permitieron al prelado. La colosal pareja es como el monumento al político y al cura. Paralelas que nunca llegan a juntarse o, como dicen los matemáticos, se reunirán en el infinito. La catedral, empero, todavía hoy es un galpón de madera y láminas. Inconclusa. No como la de acá, que existe desde antes que tú, que yo, que tu abuelo y que el mío tuviésemos memoria. No es lo mismo nacer con catedral que sin catedral. Volverás.

Villahermosa fue para mí selva verde y agua achocolatada, calor agobiante, insectos en número indeterminable, mujeres vestidas de rojo vivo, un museo arqueológico prodigioso, vueltas de varones y niñas en sentidos contrarios sobre la plaza principal, flores como incendios, un mercado indescrutable y en el ambiente –sobre todo masculino– algo de temor de entrar en los templos que, de todos modos, bullían de gente, de motetes y de vapor los domingos. Poco a poco, la religión volvía a poder ser también “cosa de hombres”. Tu abuelo me llevaba los domingos, después de misa, a un descampado en el que se jugaban partidos de beisbol entre equipos de las diversas dependencias oficiales. El suyo y el mío era el de Recursos Hidráulicos. Allí me encontré a Ovidio, un tabasqueño bastante mayor que yo que estudiaba acá en el mismo colegio, y que vivía en casa de don Eligio Magaña, un maestro inolvidable que todavía te recibió a ti cuando empezaste la primaria. El mundo es agotable. Te diste cuenta cuando, en París, llegaste a la tumba de Jim Morrison y descubriste que su epitafio estaba escrito en griego. No en inglés ni en francés. Tu bisabuelo hablaba perfectamente bien español, maya e inglés. Acá y entonces, era suficiente para él. Cuando en uno de sus muchos cambios de casa descubrió que yo corría con una caja de metal en las manos, haciendo sonar su contenido, de manera instintiva y súbita me preguntó a gritos “*¿Tuux kabín?*”, que quiere decir “¿a dónde vas?”. Luego añadió: “Te estás llevando a mi mamá. Son sus huesos”, y me arrebató aquella lata. Cuando muera, incinérame. No vayan a jugar tus hijos con mis despojos pero, si se diera el caso, tómalos con buen humor. Riega mis cenizas donde quieras, pero acá. Si viejo y deteriorado no puedo o no quiero bañarme, amárrame a un silla y lávame con la manguera. No me dejes pudrir en vida ni inspirar repugnancia. Entálcame, perfúmame, péiname, rasúrame, vísteme limpio, léeme, rézame y sácame por la tarde a tomar el fresco de acá. Llévame cuando puedas a ver el mar. El que vimos y nadamos juntos del lado de Chelem y Chuburná, o cerca de Telchac. El nuestro. Nuestro mar. Volverás.

Si más de medio siglo después de dar a la prensa su novela, Graham Greene volviera al estado de Tabasco, tal vez le sucedería lo que me pasa cada vez que lo atravieso o lo visito. Hallaría puentes completos y orgullosos, tanto como puentes que no cruzan sobre carretera ni río algunos –como el que vimos cerca de Cárdenas–. Le faltarían las *pangas* rudimentarias y los lanchones que servían para ir de una a otra ribera. Encontraría avenidas verdaderas donde antes hubo barro y charcos navegables. Vería erguirse sobre el suelo cenagoso decenas de tubos coronados de llamas en las que se desperdician o sencillamente se queman los gases que ascienden de esas entrañas millonarias que el poeta quiso veneros notariados por el diablo. Comprobaría que los sacerdotes católicos siguen siendo pocos y que escasean los mártires. Oiría atónito charlas entre añosos anticlericales y piadosísimos jóvenes. Se indignaría por los precios llevados a las nubes por obra y gracia del *boom* petrolero, inimaginables en la sociedad aldeana y casi de trueque que él conoció. Se alarmaría frente a los lodos ayer fecundos en los que se asfixian peces, se envenenan pastos y se agostan tallos. Eso no sucederá acá. Nadie nos asignó ni escribió petróleo. Algún viejo memorable dijo alguna vez aquí, retador, que la primera botella de aceite que sacaran de nuestro subsuelo se la bebería. No tuvo que hacerlo. Nuestras vísceras son agua, como nuestra piel es dura y arenosa cal. Volverás.

Probablemente no encontraría el escritor inglés en esos calurosos y tropicales pagos tabasqueños –tan distintos de su templado, estudiantil Oxford– curas como el héroe de su novela, torturados por sus propias debilidades pero concientes de que la gracia florece en el pecado como alzan el vuelo y el trino esas garzas de alas pegajosas, o como caminan las gallinolas sobre las arenas embetunadas que, desde los años setenta, son frutos malos de la riqueza buena que yace en las playas, fondos y aguas del Golfo de México, a la vera de los ríos o en las márgenes de lagunas otrora luminosas, translúcidas.

El aceite *modernizó* a Tabasco. Lo atiborró de hombres y mujeres nacidos en otros climas, otros olores, otros sabores, otros colores y otros ruidos. Lo hizo saltar de la jungla al asfalto, de las suaves techumbres entramadas con palma a los ásperos techos coagulados en concreto, de la religiosidad como raíz invisible de la vida al espectáculo litúrgico dominical. Cuando fue escrita *El poder y la gloria*, decir en esa tierra *religión* era hablar de la Santa Cruz, que aún se evoca el 3 de mayo bajo un sol aplastante y entre un vaho abrumador, y del *Señor de Tabasco* a cuyas plantas se lloraba y en cuyo honor se cantaba a pesar del humo de las veladoras y del

copal. Era y sigue siendo distinto decir aquella palabra acá, donde la persecución de los veinte fue leve y no hubo *cristeros*: en casa de tu abuelo paterno, que se decía tan agnóstico y tenía amigos tan decreídos, se dio catecismo y se preparó para la primera comunión a todos los vecinos y parientes que llegaron entonces a la edad de hacerla. No era tan *tepché* como para desafiar al catolicismo acendrado y rezandero de mi abuela, ni quiso someterse al fanatismo antitirreligioso del poder, aunque hay que reconocer que aquí no padecimos a ningún Garrido y que el mismísimo Carrillo Puerto tuvo a su hija estudiando en un internado de monjas en los Estados Unidos. De cualquier modo, un hombre que tocaba la guitarra como lo hacía mi abuelo no podía poner radicalmente en duda la existencia de Dios. Además, si la abuela le toleraba sus sabidísimas escapadas, él no podía menos que encubrirle a ella sus desafíos nada públicos a la ley de cultos. Trato hecho. Así las cosas aquí y ayer. Volverás. Te mostraré, si aún existen, los recaladeros de aquel trovador y las catacumbas de tu bisabuela. Ya te he presentado a algunos de los muy cristianos nietos de Carrillo Puerto. Su madre, junto con la mía, fueron destacadas dirigentes de la Acción Católica. Nuestro país, nuestra región y nuestra religiosidad son de lo más peculiares. Se parecen a las viejas peluquerías en cuyas paredes había un ciento de fotos de mujeres semidesnudas, alrededor de una imagen bien iluminada y floreada de la Virgen de Guadalupe. Así son también los muros de los talleres mecánicos. Así eran, aquí, las barberías de “el Cuino” y de “el Conejo”, y el solar aceitoso en que “el Mulix” reparaba automóviles. En estas materias, lo que acaba importando es qué ponemos en el centro. El pueblo lo entiende mejor que los teólogos y, a la hora de la verdad, falla menos que éstos. La gente común sabe muy bien dónde y cuándo arrodillarse. Sobre todo, ante quién. Muchos teólogos no tienen idea. Volverás.

Hoy, en Tabasco, confundidas entre helechos, malangas, platanales, cacaotales y torres de metal ennegrecido, ascienden como burbujas centenares de capillas asépticas que exhiben nombres inverosímiles en los años veinte: “Estrella de Betsheda”, “Templo verdadero de Gedeón”, “Paz de Israel”...

Graham Greene se tropezaría con ministros de cultos sin cuenta, armados de Biblias y aprovisionados de dólares, entusiastas y cantadores, devotos de Juárez, dispuestos a ofrecer a los más pobres cielos nuevos en estas tierras y aguas viejas. También con aguerridos discípulos de los jesuitas, tan radicales como se los sugieren las teologías de la liberación y tan moderados como se los permiten las circunstancias. Podría entrar en un estadio vibrante de *aleluyas* y anuncios del inminente fin del

mundo, o llegar a una población “tomada” por centenares de peregrinos de algún movimiento carismático. Y tendría tal vez que inscribirse en una Escuela de la Cruz para comprobar que aún hay quienes creen que el sufrimiento es la materia prima de la redención. Quedaría seguramente pasmado al escuchar por la radio al obispo católico de Villahermosa. Nadie le diría que es necesario destrozarse una imagen para lograr cupo en una escuela del Estado. En las logias de antaño hay pocos hermanos hogaño. Muy pocos al parecer y, según las esquelas que he podido consultar en los periódicos tabasqueños, mueren fuera “del seno de la Santa Madre Iglesia”. Sería políticamente incorrecto. Ya no hay diputados que, como uno de los viejos tiempos, aunque en Veracruz, haga imprimir en su tarjeta de presentación el título “Enemigo personal de Dios”. Terminó el tiempo de las jaculatorias al revés. Ahora todo es al derecho. Tal vez por eso, allá y acá, andamos patas arriba.

Húmedo de la cabeza a los pies, Greene se asombraría con el tránsito de *jeeps*, *pickups*, *rangers*, *suburbans*, *vans*, similares y análogos, sustitutos de burros, bueyes, caballos y carretas; con los insecticidas en aerosol que dejaron atrás las humaredas de las cáscaras de coco que se quemaban para ahuyentar a los *chaquistes* y a las víboras. Hasta podría encontrarse a hijos de perseguidos de ayer convertidos en perseguidores de hoy. También, como decía “el Macareno”, *hay viceversa*. Le interesaría mucho averiguar por qué hay gente que cierra el paso a los pozos y cuánto cobra por abrirlo. Nos contaría cómo fue que retrocedió la selva y el *pejelagarto* dejó de ser alimento de pobres para reciclarse como manjar de privilegiados. Lloraría probablemente por los pájaros blancos teñidos de oro negro. Si a Greene lo inmovilizara una bala, ésta quizá no saldría del cañón de la carabina de un rabioso comecuras, sino de la boca de una metralleta de un sicario del sindicato petrolero, del vomitadero de la escuadra de un guardián del fraude electoral o del fusil de un redentor blanco y barbado de indígenas prietos y lampiños. Tendría que repensar la gloria y redefinir el poder. O tal vez, como el barón Von Humboldt durante su segundo viaje a nuestro Continente, imprecaría: “¿Qué hicieron con mi paraíso?”.

Conoces a los europeos. Los has visto y escuchado, leído y mirado. Tienden a identificar las tierras que les son lejanas con el Edén, y a los hombres que las habitan con alguna versión más o menos macilenta de los ángeles: hambrientos, pero incapaces del mal. Graham Greene no cayó en tales ingenuidades. Su jardín de las delicias no se parece al del Génesis ni al que prometen los tecnócratas de la Historia. Es un espacio violento en que la naturaleza inclemente y el hombre que actúa con

ruindad parecen desafiar con muy buen éxito al trabajo humano y a la creatura que necesita saberse redimida. Es un paraíso extraño en el que los aparentemente peores saben que la misericordia divina y la terrestre brotan entre el *humus* de las llagas y la crueldad de los hombres. No sé quién podrá escribir la novela que descubriera o inventara cómo hacer frutecer las maravillas del perdón y la generosidad en las nuevas tierras de la impiedad, en el nuevo mundo atroz, pródigo, mafioso, descreído, optimista, iluso, coriáceo y agotado que siguió al *boom* petrolero. Tal vez tú. Son otros tiempos. Los tuyos. Son otras tierras. No sé de quién.

Tiempos y tierras, por cierto, en los que ni siquiera habría podido soñar la bisabuela Ignacia antes de que los ángeles se la llevaran lejos, muy lejos de su sillón, de sus gatas malolientes y de sus linfáticas *jicoteas*. Lejísimos sin duda del poder, pero seguramente cerca, muy cerca de la gloria. Volverás.

Las ciudades pequeñas son endogámicas y degenerativas. También opresivas y alcahuetas de la peor hipocresía. Paradójicamente, son también de una transparencia insoportable. Todo acaba sabiéndose. En ellas se puede tener, como en las grandes urbes anónimas, vida pública, vida privada y hasta vida discreta. Pero en ellas no hay secretos ni intimidad posibles. Sus lados buenos son muchos y son otros. No todo lo que producen resulta grato. Generan ruidosos y colectivos silencios respecto de lo que todos conocen pero nadie dice, al menos en voz alta. Eso de que “aquí todo se sabe”, o lo de que “aquí sabemos todo de todos”, podría ser lema o programa de cualquier policía maligna o de cualquier gobierno inaguantable. Aquí opera una especie de gran hermano colectivo que puede ser tan comprensivo como sin piedad.

Te he contado que, desde hace años, funciona aquí con gran eficiencia una lotería clandestina cuya autoría intelectual se disputan –sin que haya podido establecerse quién de sus pretendidos padres tiene razón– los nativos de acá y los inmigrantes que nunca se sintieron árabes, a los que durante mucho tiempo llamamos un tanto despectivamente *turcos*. O hasta *turcos cebollones*, por su afición a comer esa raíz translúcida y redonda que, como escribió Ibsen, puedes pelar cuanto quieras y nunca le encontrarás un centro. El apelativo se debe a que salieron de sus países de origen con pasaportes del Imperio Otomano, Turquía, y amparados en tales documentos viajaron hasta sentar sus reales en ésta y en otras ciudades del Continente. Ellos nos trajeron guisos y genes nuevos con los que se enriqueció nuestra cocina y se limpió nuestra sangre. Antes de su arribo, se decía que para saber aquí quién era de alcurnia local había que averiguar si tenía hacienda, si había estudiado en el extranjero y si tenía hijo idiota. Y es que se casaban entre primos y todos eran parientes de todos. Gracias a los turcos disminuyó el número de albinos y comenzó a ser menor el riesgo de tener nietos con taras. O con cola, como exageraría García Márquez.

El primer siriolibanés que entró oficialmente en territorio nacional vino a parar aquí, después de haber ingresado por El Paso a Ciudad Juárez, al parecer en 1878. Le gustó nuestra tierra y volvió a su natal Hassrún para traer a su mujer y a sus hijos ya nacidos. De algún modo emparentó con nosotros, porque uno de sus nietos se casó con mi hermana. Tus únicos primos hermanos son sus bisnietos. Un tío abuelo de ellos nació a bordo del barco que trasladó a la familia. Le pusieron Alfonso en honor del rey de España cuyo nombre llevaba el navío que lo oyó gritar por vez primera, a medio Atlántico, entre las Islas Canarias y Puerto Rico. Venían de aldeas cristianas

maronitas, seguramente muy parecidas a la que inspiró a Amin Maalouf la novela que acabas de leer: *La roca de Tanios*. Huían de la guerra más o menos caliente con la que las potencias de la época se disputaban los territorios que hoy conocemos como Siria y Líbano. Escapaban también de la cruel agresividad racial y religiosa de los verdaderos turcos. Estaban hartos de ser el pasto que trituraban a su paso los ejércitos de Ankara, El Cairo, París y Londres.

Aquí, los siriolibaneses se asentaron en el barrio de San Cristóbal, en torno de la parroquia del P. Crecencio Cruz, hombre de proféticas convicciones y empresas sociales, entusiasta organizador de jóvenes, apóstol de obreros. Por su vigorosa defensa de la libertad religiosa, el cura tuvo que irse un tiempo a Cuba, pero murió aquí. En aquel templo del que fue párroco –que es el de la Virgen de Guadalupe– dicen que se efectuó el primer matrimonio religioso entre *turcos* del que se tiene memoria. Fue en 1902 y, para atestiguarlo, vino de Nueva York un sacerdote de rito católico oriental llamado Rafael Aguavine. El P. Cruz conjuró la posibilidad misma de conflicto religioso entre cristianos que ignoraban cuán semejantes eran y pensaban que sus diferencias rituales eran teológicas. Luego, según me contaron, hasta los poquísimos drusos que nos llegaron se hicieron católicos romanos y así se consumó una de las más completas integraciones y uno de los más afortunados mestizajes de estos rumbos. Con el tiempo, sólo doña Emma Amar fue capaz de escribir en árabe. Ella se ganaba la vida redactando cartas para los familiares del distante país, y descifrando las que venían de allá a los que se quedaron para siempre aquí. Ella sí que sabía lo que era un secreto y cómo guardarlo.

En San Cristóbal pudieron officiar los ministros ortodoxos y maronitas –como Pablo Anden– que venían a atender a sus paisanos en lo que toca a los asuntos del alma. Vimos ese histórico templo, con sus canchas deportivas y oficinas alledañas, sus piedras talladas, sus leyendas latinas y sus placas conmemorativas, al caer de una tarde primaveral. Habíamos ido juntos antes de que cumplieras seis años, cuando aún vivíamos aquí. Tú apenas te acordabas. Como entre brumas, evocaste a los corredores con antorchas en la mano, que llegaban el 12 de diciembre a refrendar piedades y devociones populares ancestrales, vincha en la cabeza y sudor en las espaldas. Te mostré allí cerca las casas en que tu tío Juan y su primo Santiago –al que también le dices tío– agotaron sus infancias, y un poco más lejos el monumento que marcaba el omega de la ciudad y el alfa del camino a Izamal. Se le conoce como “la Cruz de Gálvez”, y ostenta un poema que recuerda al gobernador colonial

de tal apellido que le dio a la ciudad hospicios, alamedas y calles, y a la región carreteras, hospederías y ventas. No pudo hacer mucho: fue asesinado. Tomaste nota. Descubriste las profundas alguazales de ese sentido de independencia personal y de libertad tan arraigado en la gente de aquí, que bien admiras y mejor profesas; también las extendidas almajaras de esa solidaridad y ese civismo que viviste por instantes deslizándose volantes bajo las puertas de las casas del antiguo San Cosme, alrededor de tu primer colegio. Recordamos ya de noche aquellas andanzas del 81 y el 84, en las que hasta tú, sin darte cuenta, te jugaste el pellejo. Te expliqué por qué creo que todo lo que hicimos después germinó aquí, gracias a las semillas que sepultó y regó el P. Cruz. Hiciste como que no te dabas cuenta de que, mientras te hablaba de estas nuestras raíces más nobles, me brillaban inundados los ojos y se me tronchaba la voz. Para beber en estos aljibes de mis mejores lágrimas y en estas acequias de mis sueños más entrañados volverás. En San Cristóbal fui bautizado y aquí mismo empuñé mis primeras armas por antiguas y señeras, todavía actuales causas. Este lugar me dio cuna, memoria, juventud y pertenencia. Cuando regreses, acércate a mis hontanares, que son los tuyos. Abreva en ellos. Con mucha más sed que yo. Volverás.

El tío Pedro me contó que, al oriente de los arcos de Dragones y del Puente –viejas puertas de la ciudad–, hubo un tiempo en que hasta se podía pensar que uno estaba en Líbano. Mujeres y hombres se ataviaban como lo hacían allá. Se comía alfajores, se medía los granos en almudes, al médico se le llamaba alfaquín, las casas tenían alhamíes, se prepara el *tabule* y se entendía lo que era una albarrada: la cerca que aquí se usaba, alzada piedra sobre piedra sin argamasa, cuyo nombre nos llegó del latín *parata*, transformado en España por los árabes. Cuando visitamos el claustro de La Mejorada, a unos metros del primer arco, te mostré el primer límite que tuvo nuestra ciudad. El convento, como tantos otros de su género, fue reducido a cuartel. De pequeños no nos dejaban algarear por ese barrio, porque era creencia común que los soldados fumaban mariguana. Hoy, la demora franciscana alberga a la Escuela de Arquitectura. Su biblioteca recuerda al tío Carlos, pues lleva su nombre y nuestro apellido. En 1857, este cenobio fue el último refugio de don Justo Sierra O'Reilly, quien redactó allí el Código Civil durante los cuatro años finales de su vida, en que lo fue destruyendo la lepra. El texto se lo había encargado el gobierno liberal, acampado entonces en Veracruz. Caminamos por el parque, tan evocador de una tarde en que te levanté con una sola mano: apenas ibas a llegar a tus tres años de edad. Nos dirigimos hacia el centro. Al paso, te señalé el edificio que sustituyó a

una casa señorial de amplio zagüán, sobre cuyo pórtico se asomaba, tamaño natural, la cabeza esculpida de un caballo. Hace poco me enteré de que esa vivienda marcó la vida y anunció la muerte de uno de mis tíos abuelos paternos. No la casa, para ser exacto, sino sus habitantes: un varón afortunado en los negocios y en el juego, y una mujer que, al parecer, no lo fue en el amor hasta que conoció al jovencísimo Hernán, adolescente impetuoso de rostro espléndido, carne ávida incombustible, aventurero por naturaleza y por necesidad. El secreto de los dos se hizo público una madrugada, antes que los aromas de las mariposas y los galanes de noche se extinguieran en los jardines: la envidia o el afán de venganza se hizo octavillas que volaron y se posaron por toda la ciudad. Hernán todavía no llegaba a la casa paterna cuando el leoncillo de bronce golpeó la madera con fuerza suficiente para despertar a mi bisabuelo Luis. Apareció bajo el umbral un cochero que solía prestarle servicios con su calesa. De inmediato, el asustado mensajero entregó el papel y sugirió: “Saque al niño de la ciudad. Hay barco en puerto. Si no, lo van a matar”. Onésimo no esperó más y se alejó del barrio de San Juan, donde aún queda otro arco de los que marcaban el *finis terrae* de nuestra *matria*: el que lleva el nombre de ese santo decapitado, insinúa la ermita de Santa Isabel, anunciaba ya en 1821 el cementerio de Xcoholté y abría el conteo de leguas que faltaban para llegar a Campeche por el Camino Real.

Don Luis sabía. Pero una cosa era de oídas y otra de vistas, sobre todo si los versos invitaban al agraviado a salvar la honra empuñando el hacha. El bisabuelo no salía de su asombro y ya entraba en su miedo mientras leía:

*Un noble de alto blasón
cuyo nombre yo me callo
puso encima del portón
la cabeza del caballo
en vez de la del cabrón.*

El sol de la tarde bañó a Hernán sobre la cubierta del carguero, trapeador en mano e insolencias vociferadas en noruego contra los tímpanos. Treinta años hizo en más de siete mares, hasta que bajó en Nueva York en busca de platos que lavar. Los encontró. Los limpió de lunes a domingo desde el final de la primera gran guerra hasta el inicio de la segunda. Sus primeras cartas desde tierra informaban que ejercía de “platero”. Fue a casarse allá con una mujer de acá. Anudó amarras definitivas en

Nueva Orleans y murió viudo, viejo, resignado y desangrado a orillas del Misisipi una noche de diciembre: cuatro adolescentes de color asaltaron la tienda en que hacía de guardián bajo la bandera de la Pendleton, empresa de seguridad privada. Cuando allá por los cincuenta se atrevió a volver, descendió del avión con aspecto de obeso: bajo los masculinos atuendos traía puestas varias capas de ropa interior femenina de *nylon* que regaló a codiciosas hermanas y sobrinas. La importación era ilegal. A mi me obsequió el reloj que traía en la muñeca y que yo me coloqué más arriba del codo. Mi abuela besó a Hernancito como si fuera el Niño Dios, no sé cuántas veces. Antes de volver a Luisiana, mi abuelo se encargó de que su cuñado reconociera todas las cantinas anteriores a los veinte. Y no necesitó de guía ni de consejero alguno para dejar sus dólares entre las piernas de las muchachas que dormían de día en “Villa Magdalena”, una de las casas de buena fama y mala nota que, para darse aires de decencia, clausuró en los setenta Carlos Loret de Mola. La elección de éste como gobernador había sido un insulto, un agravio y una desvergüenza que todavía se recuerdan con rabia. “Hijo de arrepentida madre de haberlo sido”, le dijo el poeta ciudadano al que te presenté a la sombra de unos ramones y unos zapotes, en el que fuera el pueblo de Itzimná. El “tío Roger”, como aprendiste a decirle, es autor de algunos de los poemas que me has oído recitar de memoria cuando la patria, la ciudad, la miseria y el misticismo de los mayas respiran por esas llagas que me conocen porque nunca han podido cerrar. Para encontrar los garfios que me las abrieron volverás. No podrás curármelas, pero sí tendrás con qué desmadejar todas las coronas de espinas que aún queden por aquí cuando tú vuelvas. Volverás porque la pobreza que no se elige libremente jamás será virtud. Para secar la herida de los nuestros volverás.

MÉRIDA EN SEIS LECCIONES

1) Calles, olores y escuelas

Mérida, la de Yucatán, es para mí el calor y la infancia, los vestidos de lino de abuelas y tías, las maderas olorosas de los estantes, las guayaberas almidonadas de los mayores, el patio con árboles de anona, zaramullo, uaya, cajera, caimito y aguacate. Es también el depósito de agualluvia para beber y lavarse el pelo, el pozo y su veleta quejumbrosa, los techos altos que se barren poco antes de la temporada de las nubes gordas, el jazmín que cuelga sus aromas de la pared, las mariposas abriendo sus pétalos al atardecer, el limón perlado de azahares, la bolsa de sabor de la guanábana, el apazote (así le decimos allá) y la cebollina sembrados en latas oxidadas y terrosas.

Los puntos cardinales de mi niñez fueron más de cuatro, porque en cada cruce de calles había cuatro esquinas, pero no llegaron a ser dieciséis porque no había cuatro tiendas por crucero. Sus apellidos teologales fueron Santa Teresa, El Xkau (así llamamos al tordo), La Tucha, El Dzalbay (que es una planta rastrera y espinosa que suple a la cerca y no deja pasar ni a las culebras), El Loro y La Madrileña. Central en la memoria pero excéntrico en el mapa, el colegio Educación y Patria. Respectivamente, se iba a esos lugares a buscar hogazas, charritos y tortillas, revistas cómicas infantiles, inyecciones, chicles de orozuz, incomprensibles “ultramarcos”, a la señorita Hilda Piña que enseñaba a escribir y al P. Domingo Herrera Castillo que repartía, burlando las leyes, primeras confesiones y comuniones a los educandos sudorosos y entalcados.

Más allá de este primer círculo estaba el parque de Santa Lucía con sus arcadas en alcayata, su obelisco inexplicablemente trunco, su gasolinería primitiva en la estrecha acera (que allí nombramos escarpa), su Casa del Zapatero (todavía con él adentro), el Centro Libanés a un lado y los entusiasmos catequísticos del P. Fernando María Ávila Álvarez los sábados por la mañana. Allí paraba el apacible camión verde que subía por la calle 60 y hacía escala antes de atravesar la 47 para que se subiera –vestido de blanco y sombrero– don Ernesto Ongay Reyes. Este maestro, que vivió masón y murió católicamente absuelto, bajaba en la Escuela Modelo. En la 43 se “trepaban” los Marqués y los Segovia que, como yo, terminaban el viaje en el Colegio Montejo.

La Modelo nació como institución laica sostenida por hacendados influídos por la pedagogía anglosajona de principios de siglo; estuvo dirigida en sus mejores épocas por maestros más o menos vinculados a la masonería. El Montejo surgió de la conciencia religiosa de henequeneros y cordeleros que patrocinaron el arribo a Yucatán de los Hermanos Maristas, monjes y deportistas sabios, hijos de la cultura católica francesa. Rivales y complementarios, los planteles escolares se fundían en bodas y velorios aunque compitieran en las canchas. Su síntesis más acabada se produjo el día que murió el maestro Ongay Reyes.

Don Ernesto era un trasterrado español republicano, abierto y jovial, declamador inspirado, inspector por cuenta de la Secretaría de Educación Pública para las escuelas católicas de la ciudad que, a excepción del Montejo, eran de monjas para niñas. El hombre, agonizante, solicitó un sacerdote. Acudió nada menos que el sapientísimo arzobispo de Yucatán, don Fernando Ruiz Solórzano, quien franqueó con relativa facilidad el cerco formado por los socios de la logia para realizar su tarea. La velación del cadáver resultó de un precursor ecumenismo: el féretro estaba en el centro de un triángulo de gruesos cirios, custodiado por masones en traje ritual, escudado por un crucifijo y rodeado de escolares encabezados por frailes y religiosas que dirigían rosarios y letanías interminables. Los capellanes de los colegios celebraron todas las misas que les permitió el tiempo.

Mi ciudad estaba llena de perros premodernos, ineptos para cruzar las calles de cuyas muertes avisaban nutridas y móviles puntuaciones de zopilotes. Mérida alumbraba auroras en las que había que caminar con cuidado por las escarpas, para no pisar la traza muelle, maloliente, múltiple y esférica que dejaban a su paso los rebaños de chivas lecheras a las que sus pastores ordeñaban en cada puerta a cuyo umbral yacieran arrugados picheles metálicos. Cobraban a la semana. No hacía falta documento ni firma. Bastaba la palabra de los marchantes (que así se refería el comprador al vendedor y éste a aquél en recíproca identidad, aquellos días en que “económico” era sinónimo de “barato”).

Entre la 55 y la 61, sobre la 64, diciembre era todavía en los años cincuenta un nocturno florecer de nacimientos tras las rejas talares de ventanas insomnes. El resto del año, la acera era un bosque abigarrado de sillones, tertulias familiares y empolvilladas damas que salían a “tomar el fresco”.

Desde el claustro de la hamaca protegida por el pabellón (esto se dice en otras partes “mosquitero”), quien durmiera en las inmediaciones del Bar Chemas podía escuchar los gritos de la clientela del Circo Teatro Yucateco –había box– y los estertores de los últimos pobladores de aquella cantina célebre por sus botanas y por el letrero en inglés de su anexo respetable: Family Circle. Mañana y tarde, ricos y pobres traían su carga de enfermos confiados y dóciles a la ciencia redonda, secular, barbada, eficiente y magnánima de viejo doctor Colomé, cirujano, alópata y a veces hasta homeópata de grande y merecido prestigio.

No todos los libros de Geografía consignaban entonces la existencia de Plutón. Las quemadas de milpas pintaban el cielo y desdibujaban las estrellas. El universo infantil terminaba en Santiago, San Juan, Mejorada y San Cristóbal. Llegar al Parque de las Américas, al del Centenario o a la Ermita de Santa Isabel equivalía a trascender el Cosmos. La aventura mayor consistía en esperar el paso del tren de Progreso en el Cruce de Itzimná para poner monedas de níquel de a diez centavos sobre los rieles y rescatarlas más anchas, más planas, menos elocuentes y absolutamente inútiles.

La educación del alma era aprender que no se niega una caridad –en dinero, en comida o en agua– a quien la pida “por el amor de Dios”. La del cuerpo, ayudar a meter a la casa las cargas de leña o poner el carbón en los fogones de la hornilla, entender para qué servían –entre la leña– el prenderrápido y –en el agua hirviendo del lavado– el azul, cuidar los nidos de las tórtolas, contemplar la salida de los pollos –amarillentos y pegajosos– de cascarones recién fracturados, ver desollar el conejo, degollar al pavo, torcerle el pescuezo a la gallina y extraer lo comestible de la tortuga del sólido cofre de su carapacho.

2) El hombre del parque

Personaje inolvidable del rumbo fue el Chino Mateo. Inverosímilmente encorvado, silencioso, aparentemente muy sucio, casi siempre descalzo, con los pantalones cortados o enrollados a media pantorrilla, el oriental solía pernoctar bajo los arcos de Santa Lucía después de ganarse el sustento. Lavaba automóviles particulares o de alquiler en el sitio ubicado al costado sur del templo, entre la esquina 55 con 60 y el portón de la casa de los Canto. También ayudaba a los cocheros a adecentar los caballos y las calesas estacionados a la vera del parque, sobre sólidos adoquines franceses que vinieron como lastre en los barcos que acarreaban henequén hacia los Estados Unidos y Europa.

Maldosas lenguas aseguraban que, dada la comba de su espinazo, al Chino habría que darle por ataúd uno de esos cilindros metálicos, anchos y chaparros, de tapa cónica, que servían a los vendedores callejeros de pan dulce y a los que se llamaba globos de panadero.

Nadie sabía si Mateo era, pero todos los chamacos teníamos la certeza de que estaba. A veces gruñía, regañaba o amagaba con una persecución. Era una versión nada imaginaria del “tucho” (así nos referimos en Yucatán al “Coco”), materialización de la fantasía que da sustancia a las amenazas de los mayores. Su cubo de agua y sus trapos de limpieza –más un cobertor que salía Dios sabe de dónde al menor asomo de frío– constituían sus únicas pertenencias conocidas. La imaginería infantil nocturna contaba con su presencia obligatoria, palpable y temible. No recuerdo haberlo visto comer. Tal vez por eso me angustiaba la posibilidad de que estrenara su maltrecha, incompleta dentadura conmigo. Tampoco se le vio jamás en peluquería alguna, por lo que resultaba extraño e incomprensible su pelo siempre corto, lacio y escaso, que caía como víscera natural sobre sus ojos oblicuos. Las ferrosas bancas y los macizos confidentes del parque, cuyos arriates regaba y vigilaba el Chino para salvarlos de la sequía y de las agresiones deportivas de la chiquillería, daban forma a lo que hoy podría llamarse el “ecosistema” de aquel hombre tan misterioso como escuálido.

3) Sólo para peloteros

Las generaciones que estrenamos las aulas del Colegio Montejo en el suburbio de Itzimmá caminamos sobre la historia meridana del base-ball. Primero, porque las listas de asistencia escolar estaban bien pobladas de Ponces, dueños del equipo “Mérida”, y de Palomeques, copropietarios del “Estrellas Yucatecas”, las dos novenas rivales en el parque “Carta Clara” de la cervecería local, que tenía en los cincuenta fama de ser el mejor iluminado de la república.

Pero, además, los terrenos sobre los que se construyó aquella escuela fueron los del viejo campo que vio jugar a los más organizados entre los precursores del base-ball en Yucatán. Podíamos pisar el maderoso *home plate*, subir a lo que quedaba del viejo montículo y pararnos sobre el *box* que hollaron los lanzadores de antaño, meter los dedos en las argollas que sirvieron de ancla a las tres almohadillas y apreciar las fronteras entre césped y grava que daban forma al diamante y marcaron alguna vez el inicio del *outfield*.

Lo beisbolero era, por supuesto, mucho más que el nostálgico predio a cien metros de la iglesia del Perpetuo Socorro, a la que acudían cada martes o cada día 14 del mes centenares de muchachas a pedir buen novio y mejor marido a la Virgen. Era, sí, las conversaciones de los lunes por la mañana –antes que sonara el timbre que ordenaba formar filas– y que incluían nombres, apellidos y apodosos inmortalizados por las crónicas de Juan Fanático o Chucho el de San Sebastián en la última plana del Diario de Yucatán, periódico pródigo en seudónimos y de tan cuidada como sabrosa escritura. Era también la familia entera encaramada en el graderío del “Carta Blanca” y protagonista de una curiosa división del trabajo: abuelos, padres y adolescentes varones emitiendo juicios en torno de las jugadas; abuelas y madres hablando de cualquier cosa y a veces hasta tejiendo; niños y niñas a la caza del arrugado dueño de la voz, de los cacahuates y las de pepitas envueltos en papel de estraza, publicitados al gutural pregón de “¡peladito, peladito ...!”

Los iniciados y conocedores sabían quién era “Trompoloco” Rodríguez, recordaban al “Charolito” Horta, disfrutaban las actuaciones de “Chico” Morillas, Ultus Álvarez y Reynaldo Verde, del catcher cubano Andrés Fleitas y del también isleño manager Adolfo Luque. Por las discusiones se atravesaban los titubeos de Zacarías Auáis. Los lances de Conrado “Babalú” Pérez, los batazos de Luis Ordaz, las atrapadas de Daniel Morejón y las serpentinadas del “Zurdo” Cruz. Ángel “Cuco” Toledo, un negro que le pegaba con todo a la esférída, nos enseñó a empuñar la majagua en el colegio mismo y murió viejo y estimado en Mérida. Hubo familias beisboleras en pleno como la de los Montañez –de Motul– y la de los Comas, de la colonia de los santos Cosme y Damián, hoy García Ginerés, Mérida. Y leyendas como José “Indio” Peraza, gran lanzador, y el pitcher de la bola de *yuntum* (submarina) Luciano Ku, que todavía encontraban las esquinas del pentágono a sus sesenta años de edad. Mucho más tarde, Fernando “el Toro” Valenzuela comenzaría a brillar en Yucatán, donde lo encontraron los scouts de las Ligas Mayores y él halló mujer y contrajo matrimonio.

Pero, volvamos a las mañanas de charla beisbolística previa a las clases. Los menos afortunados no iban a ver los juegos y poco hablaban; tenían que conformarse con seguir los partidos gracias a las narraciones de George White –quien se llamaba en verdad Jorge Blanco Martínez– y de Jorge “el Primo” Abraham, entre melodías que invitaban a consumir Chocolate Pérez o a utilizar filos Gillete. Había incluso marginados totales a los que no les permitían oír las transmisiones por la

noche y que sólo podían referirse a las reconstrucciones radiofónicas, sintéticas y tempraneras, que hacían aquellos dos locutores al día siguiente, “*inning por inning, jugada por jugada*”.

Para los meridianos, en buena dosis culturalmente dependientes de los mayas, el base-ball es, ha sido y será “el juego de pelota”. Asistir al estadio es “ir a la pelota” o “gustar la pelota”. Y esto incluía, incluye e incluirá los aplausos, los ingeniosos y estentóreos aforismos y picardías del Gordo Cahuich, los retumbantes aullidos de Miguelito para sus pastelitos y, todavía sin saber cuál sería su desempeño en el juego, la rechifla agresiva, despectiva e insolente al elenco de umpires. Hay en esta ruidosa furia una implícita confesión anarquista: las leyes deberían bastarse a ellas mismas para ordenar la convivencia; la autoridad es una concreción lamentable, enemiga de la perfección de la norma. Ser árbitro o juez, desde esta perspectiva ácrata, es un estigma, una cruz que los árbitros deben cargar, un trabajo en los límites de lo vergonzoso. En el silbido multitudinario late el anhelo de un orden que para imponerse no requiera la mediación de un poder.

En las gradas, los mayores siguen esforzándose para convencer a los menores de que es preciso respetar a los árbitros y, por extensión, a la autoridad en general. Vano intento. Lo saben los gobernadores de Yucatán y los alcaldes de Mérida –salvo excepciones muy conocidas, todas no priístas– que se atreven a ir a la loma a lanzar la primera bola de la temporada. La fanaticada les suele manifestar un repudio todavía más violento que a los vituperados árbitros. No importa si fueron, son o pueden llegar a ser buenos gobernantes. Lo que molesta al multicéfalo es que pretendan reinar más allá de sus palacios, en el templo del deporte más regulado y memorioso del mundo, cuyo carácter sacro quedará siempre empañado por la presencia de “los de azul”. Cuantimás por la de cualquier político. La autoridad civil o militar puede ir a su palco y ser un espectador más. Pero el sancta *sanctorum* es, debe ser para el uso exclusivo de los peloteros y sus fanáticos.

En el estadio se mezclan la racionalidad más escrupulosa y la pasión menos controlada, en curioso interclasismo que no deja espacio para las teorías del conflicto social. Es cierto que hay quienes sólo pueden pagar asiento en “general” y a quienes los recursos les alcanzan para ubicarse en “preferencia numerada”, pero lo mismo se exhibe en trance de estrépito soez un normalmente reposado caballero, que en erudito soliloquio un descamisado barriano. Prueba de lo que se escribe es que uno de los

más fieles y animosos asistentes a “la pelota” es también uno de los mejores filósofos y sicólogos yucatecos –sin duda el más ecuánime–: Víctor Castillo Vales. Todavía se recuerda como asiduos, enterados y perspicaces aficionados a dos sacerdotes católicos: Mons. Ramiro Canto Solís, quien fuera el vicario de la arquidiócesis, y el P. Roberto Caamal, músico de polendas, organista consumado, director de la Schola Cantorum del seminario de San Ildefonso, así como del siempre aplaudido y secular Coro Brahms.

4) El mester de yucatanía

La lengua maya, me enseñó alguna vez en voz baja Fernando Marrufo –poeta y pintor, editor, músico, juglar, forjador, traductor de Shakespeare y sobre todo ciudadano–, ha demostrado no sólo una resistencia tan terca como descomunal a la desaparición, sino una capacidad de invasión cultural sin precedentes que enriquece y distingue al castellano que se habla en Yucatán. Ahí está en cada frase, hasta en el último recoveco de la conversación meridana. La afirmación validísima en los años cincuenta, todavía es certera, no obstante el paso del tiempo y la influencia homogenizante y empobrecedora de los medios electrónicos de información llamados “nacionales”, que imponen vocablos, tonos, acentos y usos más bien emparentados con el inglés y con el francés. Cierto que la potencia de “la maya” merma. Pero mis hijos, que han vivido mucho más tiempo en la ciudad de México que en la de Mérida, todavía le llaman ombligo *tuch* y el sobaco *shik*.

Puede intentarse cuanta explicación se quiera para el hecho de la persistencia de ese idioma en la vida yucatanense, así como para el paulatino debilitamiento de su presencia. Ya lo harán los especialistas nacionales y extranjeros, aficionados o profesionales, con beca o a sueldo, y engendrarán libros, bibliotecas enteras. En esta materia, como en la Historia al decir de García Márquez, más vale hablar de lo vivido y recordado antes de que lleguen los diplomados y los antropólogos a inventarnos pasados.

Mis abuelos, o a quienes tuve por tales, muy buenos ambos para la ortografía y la sintaxis castellanas y uno excelente en inglés, hablaban con sus colaboradores en maya. Por el lado materno, se trataba de un profesor normalista inspirado de vasconcelismo, cuyas actividades preferidas fueron la cordelería y la apicultura. Por el paterno, el viejo ejerció la ingeniería civil, no obstante haber estudiado para

agrónomo en Chapingo y en Cornell. Maestros albañiles, plomeros, carpinteros, electricistas y herreros; alarifes y aprendices de todo oficio; ejidatarios que le entendían a las abejas y a la miel... Todos desfilaban por las casas de aquel par de hombres maravillosos en busca de salario, ayuda, consejo, compadre, recibos, avíos y medicinas. Y todo o casi todo se trataba en maya.

Además, esos hombres y sus sacrificadas esposas enviaban a sus hijas a las casas para que aprendieran las labores domésticas efectuándolas bajo la tutela de las abuelas. Allí las jóvenes daban servicio, recibían un ingreso, eran enviadas a la escuela y al catecismo, recibían las vigiladas visitas de sus pretendientes y solicitaban permiso para casarse, lo que elevaba los compadrazgos a la segunda potencia y multiplicaba geoméricamente el número de ahijados. Pero todo se hablaba en maya. Y los nietos aprendimos los nombres de las partes de nuestros cuerpos, los de vegetales y animales, los de algunos males menores y circunstancias habituales en maya.

Para los foráneos que han pasado por Mérida o visitado Yucatán, es un timbre de orgullo recordar ante yucatecos que a la parte final y externa del intestino grueso se le da el nombre de *pirish*, y a lo que por allí se expele, si es sólido, se le llama *tá* y si es gaseoso *kís*. Pocos, empero, saben que a la mugre que se pega al cuello de la camisa se le dice *kiritz*, al olor desagradable a guardado *komó*, a las manchas de humedad *cushum*, al retortijón *chotnac* y a la lagaña *chem*.

Todavía la pasta de chile habanero se pide como *kut* y la botana de pepita molida de calabaza como *zikilpak*. A la salsa de habanero y cebolla rebanados en naranja agria la seguimos llamando *xnipek* —que quiere decir “nariz de perro”, es decir húmeda como queda por comer picante— y al hombre o a la mujer pelirrojos se les recuerda como *chacpoles*. Cualquiera gordo es un *purush* y todo calvo o rapado es un *kolís*. El resto final de bebidas o de comidas es el *shish*, andar inquieto por hacer algo o por lo que se aproxima es “tener *shkikil*”. Los yucatecos nunca dicen “hacer pipí” ni mucho menos “orinar”, sino *uishar*, lo que salva su intimidad ante foráneos; si tienen que hablar de una impúdica diarrea, dirán prudentemente *tirishtá*, y si tuvieran que referirse a una mujer de trasero caído utilizarán el misterioso vocablo *kisluum* (echar aire contra el piso).

El lenguaje meridano es peculiar no sólo por las inexpulsables locuciones

mayas, que permiten a quienes las conocen actuar como cofradía secreta e impenetrable en el seno de grupos hispanoparlantes más extensos, sino por el uso de expresiones castellanas más o menos arcaicas propias del terruño. Nadie podrá ser considerado yucateco de verdad si ignora la diferencia entre tener frío y “sentir una heladez”, ni meridano genuino si se atreve a espetarle a alguien un agresivo “¡mientes!” en lugar de un mesurado “sólo lo dices”. En Mérida las aceras o banquetas se llaman escarpas y las esquinas redondeadas de las calles chaflanes; de quien se resfría se dirá que lo batió el viento; nadie agita una mezcla de líquidos: la chicolea; quien hace circular dentro de la boca un caramelo no lo chupa –eso se hace con las paletas– sino lo anola.

Un viaje agitado en vehículo de ruedas sobre terreno muy irregular equivale a un zangoloteo. Sacudir a alguien por las solapas es zamarrearlo. Un zapote negro es un tauch; unos huevos tibios, abotonados; acariciar táctilmente más allá de lo debido a una compañera será bacalearla, o ponerle un bate o darle su bashamish. En Mérida un pandillero es un pelafustán y un personaje de esos que los franceses llaman *voyeur* es un licapigio o un pulsador.

Al juego “de las vencidas” los yucatecos lo describimos con la expresión rendir pulso y al que los niños de otros lugares llaman “avión” o “rayuela”, los de la Península lo apodan chácara. Un triciclo será siempre un velocípedo; un volantín circular sobre las manos, con las piernas extendidas, pacajás, y una coladera, sifa. Estar “en la sifa”, sin más rodeos, equivale a “estar jodido”, y el que quiera o tenga que rendirse en algún tipo de competencia física o intelectual declara que mata su pavo.

Para yucatecos en general y meridanos en particular, el mondongo es un guiso tan sabroso como lleno de colesterol de todas las densidades, pero no el conjunto de meneadas y apetecibles redondeces de alguna dama; el menudo no es el platillo que mitiga los efectos de una noche tormentosa, sino la moneda fraccionaria que sirve para dar vuelto, que no cambio; los panuchos, codzitos, salbutes y papadzules son exacta y deliciosamente lo que sus nombres indican; dar el pecho a un lactante es darle chuchú; dormir a un pequeño es hacerle chichís. Una persona que desea ostensivamente lo que no tiene ni merece es que está poch. La abuela es la chichí o la chich; un chamaco es un dzirís y el gnomo es el alush. Al ancla de cualquier nave se le llamará potala y al rico apotalado. Aplastar algo será hacerlo puch. Acompañar cariñosa o tiernamente a alguien en la hamaca, en la cama o incluso en el sofá se

dirá hacerle loch. La verdad es que los vocablos más conocidos como yucatecos, y más usados y molestos por estereotipados –como lindo, bosh o caballo– ya casi no se utilizan.

Persiste –y con una carga probablemente despectiva– el empleo de la expresión “se vistió” para referirse a la acción de la indígena o mestiza que cambia el hipil (no “huipil”) por el atuendo occidental. Cuando en algunas poblaciones se pregunta si la gente que se ve es de allí o es foránea, la respuesta suele ser “venir hace” para precisar que se trata de visitante.

A pesar de radios, televisiones, libros, periódicos y discursos que ignoran o suprimen las notas propias del habla de los yucatecos, ésta es todavía un hueso por descarnar que resiste y resiste bien. Hay algunos enclaves que la conservan, protegen y difunden: el teatro regional de los Herrera, hoy encabezado por “Cholo”; los títeres de otro Herrera –Wílbelt– y en especial su personaje central Lela Oxkutzcaba; la primera columna del *Diario de Yucatán*, donde don César Pompeyo –un reportero tan real que se antoja imaginario– defiende la democracia, la justicia, la libertad, el federalismo y el municipio libre con el más clásico de los modos yucatanenses de decir las cosas.

En tanto estas fortalezas se mantengan en pie, habrá esperanza razonable de que el “mester de yucatanía” no se extinga. Que así sea.

5) La memoria oral de la tribu

Las sobremesas, veladas y tertulias meridianas suelen inundarse o al menos salpicarse de anécdotas variopintas, viajes relámpago a los pasados familiares, recuentos genéticos, así como evocaciones de parientes extravagantes y de coterráneos excéntricos. Hay paisanos cuya memoria atesora dichos y sucedidos breves o extensos, únicos o interrelacionados, simpáticos, irreverentes, grotescos y hasta tétricos, colgados de los más modestos o de los más rancios árboles genealógicos.

Tuve el privilegio de escuchar durante horas que se antojaban instantes a hombres que eran como minas hinchadas de vetas. Don Abel Menéndez Romero y su hermano Mario, el arquitecto y trovador don Carlos Castillo Montes de Oca, el caballeroso don Gustavo Vega Ibarra, el político don Mario Zavala Traconis,

el dentista y gramático don Manuel Cárdenas Berny, el inimitable escultor don Enrique Gottdiener Soto, la irrepetible doña María González Rivas de Gutiérrez, el yucatequísimo sacerdote don José María Casares Ponce, el inolvidable don Ricardo Gutiérrez González, sin hablar de la parentela mediata o próxima. Sigo teniendo la invaluable fortuna de encontrarme con el Dr. Jorge Muñoz Rubio –ortopedista del cuerpo y del alma–, con don Ernesto Molina García –narrador de humor inextinguible–, con el bohemio impenitente, poeta y político que es Roger Cicero MacKinney y con otros archivos vivientes.

Lo escuchado de tantos se me confunde y agolpa en lo que va quedando de mi dotación original de células grises.

Transcribo –apelando al recurso de atribuirlo a tíos o tías, sin la certidumbre de que así hubiese sido– algo de lo oído aquí y allá, ayer y anteayer.



Hubo en Mérida dos damas recatadas y piadosas –obviamente tías carnales–, hermanas que se casaron con dos hermanos, bastante tarambanas éstos –evidentes tíos políticos ambos–. Cada una a su tiempo enviudó. Mientras la primera en liberarse del marido acompañaba a éste a bien morir, tomándole la mano en la hora de la hora, aquel donjuan agonizante daba indicaciones a la inminente Mónica:

– Prométeme –le decía– que no te volverás a casar–, imaginando tal vez que su esposa disfrutó del matrimonio como para intentar una segunda experiencia.

Ella, por su parte, al fin y al cabo en su papel provinciano y barroco de compañera abnegada, sumisa y resignada, prometía lo pedido casi convincentemente pero, al soslayo, se dirigía a los demás miembros de la familia que rodeaban el lecho del moribundo y les decía en voz baja:

– A este cabrón nunca lo obedecía de vivo y ahora cree que lo voy a obedecer de muerto.

Pocos años después la otra hermana llamó una somnolienta tarde a los parientes

para informarles que su esposo acababa de fallecer y convocarlos al rito entonces doméstico del velorio –hoy simplificado, despersonalizado y aséptico gracias a las agencias funerarias–, al que un sobrino fue enviado con el encargo de permanecer cerca de la neoviuda toda la noche.

Ya cerca del amanecer, sólo quedaba en la sala de la casa –separados por el féretro abierto en que yacía el difunto– la tía y el obediente muchacho. Los rosarios habían concluido y la mujer, seguramente pasados los momentos del perdón y el olvido, vencida por el cansancio y el sueño, recordó la infame vida que le diera el ahora muerto, y la cristiana resignación con que le soportó agravio tras agravio. Entonces cerró el ataúd, hizo una cara entre sonriente y revanchista, y le dijo al sobrino político del muerto:

– Vámonos a dormir, porque este hijo de la chingada no era pariente tuyo ni mío.



Otra historia breve del humor negro familiar la escuché de mi padre y puedo contarla sin demasiadas precauciones porque es asunto de casa.

Había fallecido mi abuela materna y, como es aún costumbre, los varones se dirigieron al cementerio para testificar la inhumación del cadáver. Mi padre era al parecer un adolescente y caminó al lado de su tío Carlos hasta el borde de la recién excavada tumba. Entre el inicio de las preces de rigor y el momento de la sepultura, se desanudaron las nubes y una lluvia torrencial típica de los trópicos cayó sobre el lugar y los concurrentes, sin clemencia para nada ni para nadie. La fosa se llenó de agua cuando los enterradores comenzaban a deslizar el catafalco por medio de cuerdas. El féretro quedó flotando hasta que el agua penetró en él. Invadido, se hundió en virtud del peso del líquido.

Empapado y meditabundo, el tío Carlos –hijo de la difunta– comprobó la inmersión total de la caja y le dijo a mi padre:

– Ahora sí que se chingó la vieja. Si no se había muerto, se ahogó.



De don Mario Zavala Traconis escuché otra narración de la que el veterano político e intelectual me hizo partícipe en alguno de sus últimos días, ya virtualmente soldado a su butaque pero todavía dueño de una ironía y de una lucidez inolvidables.

Mi interlocutor había sido secretario general de Gobierno y, por ausencia del gobernador, despachaba en lugar de éste. El diputado local Víctor Cervera Pacheco, a la sazón también directivo estudiantil, encabezó entonces –o cuando menos auspició– una belicosa movilización de jóvenes que incluyó bloqueos de calles y uno que otro acto de pillaje y violencia. Don Mario quería resolver el problema antes del regreso de su jefe.

El sagaz funcionario –que había militado en las filas del cardenismo– convocó a la biblioteca de su casa a los legisladores locales yucatecos, excepto al instigador de los revoltosos. Había hecho preparar el acta ficticia de una sesión jamás realizada del Congreso, en la que se hacía constar que, por votación unánime, se decidió desaforar al diputado Cervera Pacheco. Con un pase de magia de los que entonces eran perfectamente posibles, don Mario consiguió la firma de los presentes y se guardó el documento.

Con el preciado papel en su poder, y después de hacer servir cuanto desearon a los firmantes, el gobernador en funciones ordenó al jefe de la policía detener al legislador. El impulsivo muchacho trató de oponer resistencia al cumplimiento de la orden, aduciendo en vano su privilegio. El polizonte lo trasladó a la casa de don Mario, quien dejó a sus otros convidados entre libros, vasos y tazas, recibió a uniformado y legislador en una oficina contigua a la biblioteca pero con entrada independiente.

Allí escuchó Zavala Traconis las quejas airadas del fogoso diputado que reclamaba la violación de su fuero.

–Tenías fuero–, respondió serio y sereno el secretario blandiendo, agitando, leyendo el acta.

Ante la perplejidad del joven, don Mario le explicó que, seguramente por

estar “metido en chingaderas” no se había enterado de la cita a la reunión matutina del Congreso, ni menos de la decisión de sus colegas en el sentido de retirarle la inmunidad. Azorado, lívido, temeroso Cervera Pacheco preguntó qué tenía que hacer para recobrar curul, salario y prebendas.

–Si en una hora me pones en calma la ciudad, yo puedo intervenir ante los señores diputados para que esto se anule y sigas siendo uno de ellos. Hazlo. Yo los citaré a mi casa para resolver el problema–.

No fue necesario tanto tiempo. Las aguas volvieron a su cauce y Cervera Pacheco retornó a casa de don Mario, con el jefe de la policía a guisa de testigo de que la paz reinaba en Mérida. Zavala Traconis hizo entrar al desafortunado en la biblioteca y, con una sonrisa, sin explicaciones, rompió ante el pleno de la Cámara la falsificación.

Se ordenó servir más copas. Una carrera política había comenzado.

6) El poder no es Dios

Mérida es la cuna de otra manifestación inequívoca del espíritu anarquizante y burlón de los yucatecos. Se trata de una forma de lotería clandestina, conocida y practicada bajo el nombre de la bolita. Los sabios de todos los cafés meridianos todavía no llegan a un acuerdo en cuanto al genial inventor de este productivo juego de azar. La pugna es relevante, porque va entrelazada con el más reciente de los mestizajes que han salvado a la región de los efectos mentales, físicos y económicos de tipo regresivo que genera la endogamia. Me refiero al de yucatecos con siriolibaneses o libaneses, impropriamente llamados “turcos” cuando alguna brizna de racismo quedaba aún en la región, y conocidos ahora con el impreciso genérico de “árabes”.

La cuestión radica en averiguar si el creador de la bolita fue un yucateco de pura cepa, o bien un emigrado o un hijo de emigrado del Bled, que es la manera en que los ¿árabes? llaman a la montaña libanesa, tradicional refugio de los cristianos en aquella agitada región del planeta.

No puedo pronunciarme. Tengo amigos y hasta parientes que militan en uno o en otro de los bandos y que se acusan recíprocamente –no es cosa personal, sino

étnica y de honor— de robo de la idea y los beneficios que de su puesta en ejecución se derivan. Lo único evidente es que la bolita existe, funciona, genera miles de empleos, distribuye fortunas, paga rigurosamente los premios que ofrece y respeta los tratos bajo el claro, distinto e irrefutable principio de que negocio chueco tiene que ser derecho.

En efecto, nadie en su sano juicio compraría números de una rifa cuyos organizadores demostraran carecer de palabra, especialmente si contra el eventual incumplimiento no hubiese —como de hecho no hay ni puede haber en el caso de la bolita— defensa, garantía o protección legal de tipo alguno. Los mericanos en particular y los yucatecos en general, sin escollo de sangre, raza o religión, han extendido los territorios boliteros a Campeche, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz, Chiapas y Belice. La bolita es, una vez más, el universo de la ley que ha de ser respetada sin mezcla, intervención ni injerencia de autoridad alguna, con única base en la palabra que se dan y se toman los apalabrados. En cosas de bolita no hay juez, ni policía, ni árbitro que valga. La norma es sencilla, transparente y universal, conocida de todos y respetada por ricos y pobres: si el cliente gana, la casa paga.

Hay varias vías para acceder al conocimiento de la bolita. La primera es el comentario casero, *sotto voce*, de que algún miembro de la familia se dedica a apuntar, sobre todo si se sabe que el tal no tiene rifle. La segunda consiste en ser invitado a apuntarse mientras se toma un café. La tercera, toparse en un lugar público o semipúblico con algún caballero adornado con anillos impresionantes por sus piedras, con cadenas doradas, macizas y gruesas en torno del cuello, con esclavas o pulseras cual lingotes en las muñecas, y recibir del mesero, del compañero o del contertulio la explicación musitada de tan evidente prosperidad: “es bolitero”.

Hay una cuarta, infalible ruta: las autoridades, a punta de amenazas abiertas o veladas de acabar con la bolita, se encargan de hacer saber que existe. Esto es particularmente notable cuando hay campañas políticas. Durante tales temporadas se proclama con estrépito la voluntad de poner punto final a tan ilegal actividad, pero en cuanto se toma posesión del cargo, el silencio impera de nuevo como prueba incontestable de la falsedad de estas promesas y de la inutilidad de esas bravatas.

La bolita opera sin ostentación pero no camina por catacumbas. El vendedor se

aproxima libreta en mano; pregunta al presunto cliente a qué números quiere apostar y cuánto; apunta, cobra y se va. A los habituados, llega a darles crédito e incluso a apuntarlos en ausencia. Las cifras premiadas las aporta, con su sorteo inmediato ulterior al trato, la Lotería Nacional. Son en consecuencia públicas e indiscutibles, conocidas e infalsificables.

Cerradas las ventas, el agente acude antes de la hora del sorteo oficial a su banco de bolita, rinde cuentas e informe y cobra su parte. Si alguno de sus apuntados resulta agraciado, él mismo le lleva el dinero al café donde comenzó el ciclo o al domicilio del afortunado. Seguramente recibirá una generosa propina del ganador. Sencillo, bien organizado, el negocio da para que viva el apuntador, es suficiente para que todos los premios se paguen y rinde ganancias más que generosas a los arriesgados banqueros. La *vox populi* asegura que, entre éstos, rige un sistema verbal pero eficiente de reaseguros para salvarse en caso de que algún número resulte, como ellos mismos dicen, “muy cargado”, ya que en esta lotería sin billetes ni publicidad el mismo guarismo puede ser vendido tantas veces como sea demandado.

Alguna vez, un bisoño y pretencioso gerente de la sucursal Mérida de la Lotería Nacional –torero y político fracasado en diferentes épocas de su vida– llegó a la oficina anunciando sin pudor que golpearía a la bolita. La carcajada de los meridianos fue mayúscula. La ciudad quiso entender que sólo podía tratarse de un fanático del ping-pong o de un aficionado al golf. Y es que en una región castigada por decenios en su economía, la bolita crea probablemente más puestos de trabajo que todos los programas gubernamentales sumados, y que todas las empresas legalmente establecidas juntas. Tal vez lo más sensato sería regularizarla y hacerla entrar al circuito de lo que paga impuestos, pero quizá esto la haría poco interesante y menos rentable, lo que acabaría por recrearla en su condición original: un desafío diario a la legalidad, una especie de contrapoder popular que –un poco a la manera que soñaron los teóricos del foco guerrillero en tiempos del Che Guevara– viven entre la gente como pez en el agua, sostenido por la solidaridad silente de los pobres.

Suele suceder que, un día cualquiera, las notas de aeropuerto registran un inusitado salir del país de personas por demás conocidas. Los exégetas se reúnen al mediodía en la cantina de su preferencia y concluyen que están por llegar a Mérida los agentes de alguna dependencia federal persecutoria, con el encargo de combatir a la bolita. La calma del desempleo transitorio se adueña de los cafés del centro

citadino. Un silencio sonriente asfixia a los burócratas visitantes. Nadie apunta, nadie se apunta. Tampoco hay quien sepa, informe, delate o señale. Con el pasar de los días, los turistas del fisco regresan a sus oficinas del Altiplano y la bolita vuelve a girar. La omertá siciliana de los boliteros –vendedores, compradores y testigos– no sabe de orejas cortadas, de pescados en la boca de cadáveres, de acribillamientos callejeros ni de vendette, la paz es el otro nombre del negocio.

Mitos nacen, crecen, se reproducen y mueren. Por períodos sexenales, trienales o incluso menores, se habla de lotes enteros de carros-patrulla donados a la policía, de igualas para todo rango de funcionarios, de donativos generosos para obras sociales, de aportaciones magnánimas para tareas apostólicas, de colaboraciones discretas para campañas políticas, de inversiones nuevas, de empresas emergentes... Como en el Banco de Crédito Rural, todos saben todo y nadie sabe nada. Lo que no se puede comprobar tampoco se puede perseguir; lo que nadie denuncia como ilegal, inmoral o perjudicial, no habrá autoridad que quiera –no digamos que pueda– erradicarlo. Además, a ningún yucateco detenido por delitos contra la salud ha podido jamás relacionársele y menos identificársele con quienes tienen fama pública de boliteros. Tanto los padrinos viejos de este juego como los jóvenes, saben que tocar el universo comercial de la droga equivaldría a perder la complicidad social, es decir, a morir. Y Mérida es una comunidad de sibaritas, mucho más que suicidas.

Cuando uno sabe que algún tío, primo, amigo, compadre o hermano vende bolita, no pregunta nunca dónde, cómo ni por qué. Decidir convertirse en bolitero es como escoger religión; un acto libérrimo, personal, por el que lo peor que se hace es dañar al fisco. Y el fisco fue y será el adversario principal y común. Uno puede estar cierto de que vender o comprar bolita es inmoral: entonces no apunta ni se apunta. Tampoco se obliga a nadie a hacer alguna de esas dos cosas. Ni siquiera se le sugiere ni invita a participar en el deporte si muestra con claridad que no está de acuerdo. No se castiga al que se sale del negocio. Nadie sale disgustado de la empresa. Sólo el que engaña a su cliente o a su banco corre riesgos. Hasta donde se sabe, el único peligro es que tal falta se pene con la inclusión del pecador en una lista negra de quienes no podrán vender nunca más. Los dueños de la empresa se cuidan de pagar a los clientes defraudados por malos vendedores, para que permanezca inmortal su gallina de los huevos de oro. No habrá nunca barzonistas de la bolita.

A semejanzas de las rechiflas a los árbitros de base-ball, la compra-venta de

bolita es algo más que un hecho. Es decirle al poder político que no es Dios. La pelota y la bolita son, desde este punto de vista, sinónimos de la inteligencia, la creatividad y el espíritu ácrata, aventurero, deportivo y poético de los meridanos. El yucateco es un pueblo que goza de la vida, se burla de la muerte, detesta la autoridad y sabe pasarla en paz. Así lo aprueban en el Parque de las Américas, cada domingo, centenares de niños que sin policías ni semáforos circulan en bicicleta, patines y patinetas en todos los sentidos y las direcciones, sin accidentes que lamentar. Los yucatecos somos partidarios y defensores del orden, pero no nos gusta la autoridad con sus rigideces, sus billetes impresos, sus formularios, sus umpires y sus originales con siete copias.

Conclusión

Tal vez la fama y la caricatura que nos pintan con las cabezas cuadradas son el intento de venganza por parte de quienes no son capaces de entender la curvatura dorsal del Chino Mateo, las bromas macabras de las tías y los tíos, la adhesión popular a las individualistas bicicletas o motocicletas, nuestras preferencias por los tríos por sobre los coros, el doble y triple sentido del humor de la dinastía Herrera, la liberadora autoburla de Lela Oxkutzcaba, las ironías pedagógicas de don César Pompeyo, las soluciones inéditas de don Mario Zavala Traconis, la delicadeza de nuestras expresiones y gestos, nuestro ancestral rechazo a la violencia encarnada en el gobierno “del centro”, nuestro gusto por la pelota, y nuestra capacidad para vender, comprar, tolerar, comprender y ocultar la bolita.

En fin, Mérida y los meridanos con nuestras calles rectas y racionalmente orientadas y numeradas, hemos sido, somos y espero que seguiremos siendo tan cartesianos como inspirados, tan ajedrecistas como serenateros, tan cosmopolitas como arraigados. No hay en el mundo –me dijo un geógrafo– más de cinco penínsulas que miren hacia el Norte, como no hay suelos por los que no corran ríos pero estén asentados sobre agua. Yucatán apunta hacia allá y bebe de sus cenotes. A sus hijos nos duele haber sido llamados –y ser– habitantes de un lugar “de tristes destinos”, pero nos mantiene la sonrisa saber que nacimos en “el país que no se parece a otro”.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| INTRODUCCIÓN | 5 |
| OBRA PERIODÍSTICA | |
| Flores de mayo en abril | 11 |
| James Bond, ¿ideal del siglo XX? | 15 |
| Una obra inédita de Albert Camus | 19 |
| Vieja represión. Viejas técnicas | 22 |
| Los disidentes: Dostoievski repatriado | 26 |
| El hijo de la guerra | 29 |
| Ama de casa y Premio Nobel | 32 |
| <i>El Exorcista: Satanás Superstar</i> | 36 |
| La piedra y el espíritu: 700 años de una joya de arte | 39 |
| Un espíritu excepcional, Leonardo y sus escritos | 44 |
| Las aventuras de Eva | 51 |
| Darle tiempo al tiempo | 82 |
| Doctor en Teología coránica | 87 |
| Mercader de la muerte | 91 |

| | |
|--|-----|
| Embajadora de México: Rosario Castellanos | 95 |
| Henri De Lubac: un teólogo de la Iglesia | 99 |
| Wagner sin mitos | 103 |
| En cuna del capitalismo | 107 |
| Una mujer calva | 112 |
| André Malraux: desafío de un testimonio | 115 |
| Jean Gabin | 121 |
| Caminatas romanas | 124 |
| Historia de una cátedra en un bosque de estatuas | 128 |
| Poder que mata | 142 |
| Los silenciosos y las mordazas de Dios | 148 |
| Barrio de héroes y bandoleros | 153 |
| Meditación en la Vía de los Foros imperiales | 156 |
| De los árboles y el pueblo | 160 |
| Una soledad en busca del pueblo | 163 |
| Karol Wojtyla, poeta | 167 |
| Homenaje a Ramón Xirau | 172 |

VOLVERÁS

Volverás 177

Mérida en seis lecciones 202

Más allá de la política. Obra periodística / Volverás,
se terminó de imprimir en octubre de 2010,
en los talleres de Impresores FOC, S.A de C.V, Calle Los Reyes No.26,
Col. Jardines de Churubusco, 09410.
México D.F. Tel.: 56 33 28 72 Fax: 56 33 53 32
email: luzfoc@prodigy.net.mx
La edición, de 1,000 ejemplares,
estuvo al cuidado de Carlos Castillo López.



Fueron los años de Roma y Friburgo, los últimos sesentas y hasta mediados de la siguiente década, al cobijo del aula universitaria pero con los sucesos aún recientes del 68 flotando en el aire, con brisa de libertad. Fue la época de la gafa universitaria con los griegos y la escolástica, la Edad Media, Sartre y Camus, el Personalismo y Maritain, Hannah Arendt y Yourcenar; lecturas que se complementan con la experiencia cotidiana en el nuevo país, la lengua, las costumbres, los viajes por regiones aledañas, los nuevos paisajes y las nuevas vistas que llenaban páginas con los golpes entintados de la máquina de escribir.

Más allá de la política pretende retratar esos años anteriores, formativos, cuando el escritor construye un estilo que, más cercano a la estética y a la crítica, abre otra veta de esa personalidad curiosa, consciente de que los hombres y su mundo son más que la pura voluntad de dominarse, y que el alma requiere también contemplar, estudiar, aprehender lo bello.

Carlos Castillo Peraza supo ser testigo ante sí mismo, supo dar un testimonio que compartió a través de sus textos, sus reportajes, sus entrevistas, sus artículos. El registro de esos años es lo que el lector tiene entre manos, una oportunidad para reafirmar que la lectura de un autor es el mejor –y quizá único– medio para conmemorarlo. Es un gusto comprobar que, a diez años de su partida, la pluma de Carlos todavía guarda tinta para una página más.

